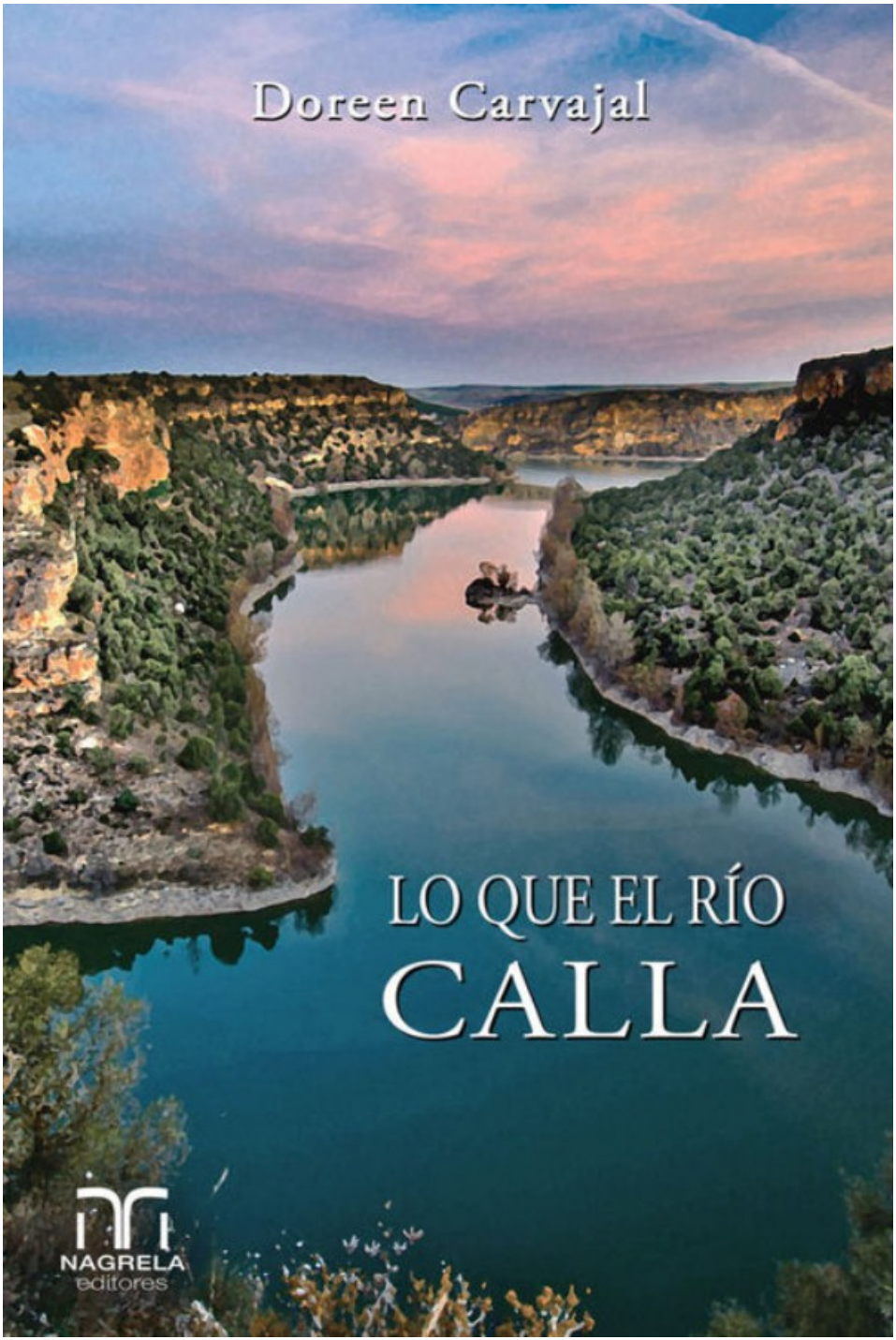
Doreen Carvajal
LO QUE EL RÍO
CALLA
NAGRELA
editores

Lo que el río calla

Doreen Carvajal

(2014)

Título original: The Forgetting River.

Traducción: Mª Ángeles Mosquera Vázquez

Diseño y Maquetación: Ignacio Olondo

Maquetación edición digital: Eliber Ediciones

Nagrela Editores, S.L., 2014

Fotografía Doreen Carvajal: Claire Zeggane

I.S.B.N.:978-84-942720-0-4

Un cuento moderno de supervivencia e identidad, y de la Inquisición.

En lo más profundo de la historia de cada familia yace el misterio de quiénes somos realmente.

Lo que el río calla es la inesperada y conmovedora historia de una periodista norteamericana que descubre en España su ascendencia judía sefardí, mantenida en secreto por su familia católica desde tiempo inmemorial.

Mientras indaga en busca de las pruebas de que su familia fue obligada por la Inquisición a convertirse al cristianismo hace 600 años, Doreen Carvajal se traslada a un místico pueblo blanco en el sur de España para descifrar los mensajes secretos dejados por los judíos ocultos – un antiguo grito del pasado.

Finalmente, Doreen comprende que la historia de su familia fluye como un río a través del tiempo.

Y que aunque la verdad pueda estar sumergida NUNCA está verdaderamente perdida.

No vayas, no, no vayas al Leteo.
Oda a la melancholia

John Keats

Para Mamita, mis padres
y la generación que supo perseverar.

1

Voces ancestrales

Arcos de la Frontera, España, 2008

Elevarse. Orar. Ocultarse. Huir. Celebrar. Las campanas de Santa María resonaban con autoridad en todo el pueblo de Arcos de la Frontera, un toque señalaba el cuarto, dos, la media y, poco después, un repique indicaba la hora en punto.

El coro de bronce fundido compuesto por trece campanas dictaminaba las órdenes en tonos plateados, notas hum y el repiqueteo de un badajo que solamente sonaba en Viernes Santo. Doblaban por los prisioneros fugados y la agonía de los moribundos. Celebraban el día de Todos los Santos y las bodas, oraban por las mujeres embarazadas de parto y lamentaban, con delicados repiques, los diminutos féretros de los niños.

Sus notas habían pervivido durante más de seis siglos a través del irregular laberinto de un pueblo blanco que se había apoderado de una peña de arenisca de más de 90 metros. Antiguamente fue una localidad que se situaba en la frontera, la profunda frontera del sur de España que una vez separó los reinos enfrentados de musulmanes y cristianos.

Las campanas de la iglesia se convirtieron en el latido de todos los que vivían a lo largo de las empinadas callejuelas de Arcos con un trono en la cima que confería al pueblo un aire soberbio de poder y grandeza.

En la actualidad Arcos tenía problemas para hacer frente al pago

de las facturas de la luz destinadas a iluminar sus fiestas. Sin embargo, se vanagloriaba de una pintura de Goya que se encontraba en el ayuntamiento del siglo XVII, y seguía reclamando el título real que le otorgó Felipe V en 1706: «La noble, muy leal, fiel y monumental villa de Arcos de la Frontera». Durante la época medieval fue una villa lo suficientemente rica como para permitirse la construcción de siete iglesias, dos de ellas basílicas que competían ferozmente entre sí. Santa María y San Pedro se disputaban a sus feligreses con las voces de más de doce campanas. Sus notas me acompañaron mientras caminaba hacia el campanario neoclásico de Santa María que se cernía sobre los acantilados amarillentos y el verdoso río Guadalete.

Conseguí escapar de la plaza soleada situada en la cresta de la peña a través de tres sinuosas callejuelas. Por debajo de un arco blanco, un estrecho pasaje de empedrado gris me alejó del precipicio. No pude, en cambio, deshacerme de la terrible sensación de que algo estaba ocurriendo a mi alrededor. Algo que se escapaba a mi entendimiento. Algo de lo que no podía huir. Una cosa estaba clara, la verdadera liberación en Arcos de la Frontera venía de uno de los dos sitios: la iglesia o el río.

La tarea más sombría de las campanas consistía en tañer las melancólicas procesiones de los destierros no deseados del pueblo a través del casco antiguo, el centro histórico del pueblo.

Durante el siglo XVII, cuando los judíos que practicaban en secreto su religión fueron descubiertos y desterrados de los pronunciados acantilados del pueblo, las notas los envolvieron melancólicamente mientras desfilaban a lo largo de un pasaje de adoquines sin salida, conocido como el Callejón de la Inquisición. Desde una encalada cárcel de la Inquisición con una sola ventana enrejada se les dirigió en dirección al norte, hacia el Cerro de la Horca. El lugar de la localidad donde se producían los ahorcamientos se reservó para los peores castigos tanto de bandidos como de asesinos, cuyos cadáveres eran descuartizados y dispersos, la justicia medieval llevaba el castigo más allá de la horca. Posteriormente el nombre de la calle cambió, y desapareció como la mayoría de los recuerdos de la «Santa Inquisición contra la herejía depravada» de la Iglesia Católica. La cruzada, junto con el edicto real español de la expulsión de los judíos en 1492, no se revocó

oficialmente hasta casi quinientos años después.

¿Qué secretos podrían revelar las campanas sobre aquellos tiempos? Encontré fascinantes las notas. En ocasiones se burlaban de mí, empujándome a continuar con mi presente locura: perseguir a los fantasmas de la familia.

Me había asentado aquí entre las casas encaladas de Arcos para buscar algunos vestigios espirituales rotos de mí misma y mis antepasados. Éramos católicos, pero sospechaba que en realidad éramos judíos sefardíes cuya identidad había sido robada, y se había ocultado y perdido durante siglos como una llave desaparecida. O, al menos, las pistas me habían empujado en esa dirección a pesar de mis dudas. La duda era mi religión.

Esta búsqueda fue la razón por la que durante años había viajado miles de kilómetros desde París a San Francisco y al río Guadalete, la cinta de jade junto al escarpado peñasco de Arcos de la Frontera. El nombre de Guadalete proviene de las aguas del inframundo griego de Hades, donde los fantasmas de los muertos bebían del río Lete con el fin de borrar los recuerdos terrenales antes de reencarnarse.

Había venido aquí para dragar las memorias del río del olvido, buscando información en una misión totalmente quijotesca. Quería sentir la vivacidad de las antiguas almas. Por eso había pasado meses estudiando minuciosamente las páginas con la antigua y elegante escritura española de los documentos carcomidos de la Inquisición y las historias encuadernadas en cuero sobre Arcos que únicamente podían encontrarse en bibliotecas particulares. Por eso cogí y me trasladé en pleno verano bajo un calor abrasador a una de las casas blancas en precario equilibrio sobre la cresta, o Peña Vieja, sobre el lateral más maltrecho y erosionado.

Por extraño que parezca, fue la razón por la que intenté entablar una conversación con las campanas.

Toda búsqueda tiene un origen romántico. La mía comenzó con la llamada de las campanas de Santa María que regularon la vida de este pueblo. La más antigua, que había repicado cada hora desde 1437, fue forjada por un campanero judío quien, hace siglos, dejó un misterioso mensaje.

Sin embargo dicho mensaje había sido ignorado eternamente. A lo largo del laberinto de Arcos, generaciones de familias habían sido

adiestradas por las lacónicas órdenes de las campanas de bronce, cobre y estaño, y pocas conocían algún dato sobre el forjador de las campanas como, por ejemplo, el nombre del artesano. Otros lamentaban que las propias campanas hubieran perdido su antigua influencia, las complejas voces de las campanadas, las notas de los golpes que identifican las campanas, las notas hum graves que perduran y provocan escalofríos.

—Con el tiempo, el sonido de la campana se ha vuelto más básico —comentó Antonio Murciano, uno de los muchos hombres del Renacimiento del pueblo con un ecléctico currículum: poeta anciano, abogado retirado, presentador habitual de los conciertos del pueblo y experto en algo tan español como la flamencología. Las campanas habían sido sus vecinas durante toda su vida, habían marcado su juventud y definido su poesía. Busqué en su enorme biblioteca, surtida de docenas de títulos por el señor Murciano y su hermano. Desde la década de los 50, había alimentado una industria artesanal de poetas amigos que dieron al pueblo el sobrenombre de Arcos de los Poetas. Un torrente de palabras llenó libros y bibliotecas locales, incluyendo las obras del alcalde del pueblo desde hacía mucho tiempo.

«¿Cuántos veranos, cuántos inviernos hemos escuchado tocar las campanas por los campanilleros?», leí en voz alta uno de sus poemas. «Bajo el campanar, mis recuerdos son las campanas de la gloria y del alma, del nacimiento y del agua».

Su crítica sobre que el arte actual de repiquetear las campanas se había vuelto más franco me pareció bastante severa. Desde que comencé a visitar el pueblo en el 2003, Santa María había protegido sus tradiciones con firmeza, resistiéndose al uso de las campanas automáticas que se había esparcido por toda España, además de a su permanente rival, San Pedro.

Los primeros signos de esta testarudez se reflejó en las sábanas húmedas que, desde el balcón del campanario de Santa María, ondeaban bajo las olas de calor del viento solano. La colada pertenecía a los campaneros que residían en Santa María, dos experimentados campaneros que fueron los últimos en residir en un campanario en Andalucía. Su vivienda se encontraba bajo un enorme y pesado reloj del siglo XVIII. Tocaban las campanas todos los días, además de una representación especial durante la

festividad del 5 de agosto en homenaje a la patrona del pueblo, La Señora de las Nieves, cuya imagen del siglo XV había sido coronada en oro en la catedral. De acuerdo con la leyenda local, la imagen había aparecido en un arroyo de montaña procedente del deshielo, después de que la escondieran durante la dominación árabe de Arcos, hasta que el pueblo fue reconquistado en 1264 por los cristianos.

Gracias a los amigos que residían cerca del campanario, al alcance del sonido producido por los campaneros, aprendí que estos se jactaban de los ilustres linajes. Hay un antiguo dicho español que dice: “El campanero nace, no se hace”. Y así fue con Manuel y Dolores, un matrimonio que llevaba las campanadas en la sangre mientras gruesas cuerdas con nudos colgaban de su segundo piso en la catedral de Santa María.

Dolores es una mujer morena de construcción sólida y pelo corto, a quien le favorecían los vestidos con estampados vivos. Dio a luz a sus tres hijos en el campanario de Santa María, y resopló con dificultad cuando subió al rellano de su vivienda en la torre. En ese rellano es donde nos encontramos por primera vez, en lo alto del campanario después de que tocara al timbre en la planta baja y le preguntara a su marido, desconcertada y con educación, si podía visitar el campanario. Manuel me invitó a subir al descansillo donde esperé por su mujer.

Mi primera impresión de Dolores fue el golpe seco y lento de sus pisadas. Desde la ventana abierta que daba al rellano, pude oír las charlas de los españoles y el incesante golpeteo de un martillo. Entonces surgió de detrás de una escalera de piedra, con su rostro fatigado y sus ojos marrón oscuro sombreados por profundas oquedades. Se sobresaltó al verme, pero se repuso tras considerarme una turista. Una turista rara de peregrinaje en su antiguo campanario.

Mi español tenía un acento nasal americano. Titubee buscando una razón plausible para invadir su coto privado. Vine hasta aquí, a Andalucía, por mi propio derecho personal al retorno, para recuperar lo que podía haber sido mi propia patria, con el fin de rescatar los orígenes y una identidad que mi familia había olvidado. Estaba intentado recuperar el territorio desde dónde mi familia, mis antepasados, hacía siglos, habían huido hasta el puerto de Cádiz

para esparcirse posteriormente en todas direcciones: Cuba, Costa Rica, Colombia y, por último, California.

A lo largo del camino, la historia de mi familia había sido descartada y reescrita, los parientes enterrados con el recuerdo sobre su lugar de origen, la información sobre por qué nos fuimos o quien nos dejó de lado. Perseguía una historia que debía sentirse tal y como se contó. Más que turista era residente temporal.

Las notas de bronce de las campanas de Santa María sonaron profundamente familiares. Solamente fui capaz de reunir unas pocas frases entrecortadas para explicarle a Dolores cual era mi misión.

—Señora, es posible que todo esto suene un poco extraño pero siento que las campanas me hablan. ¿Qué están diciendo?

Dolores asintió con la cabeza sin cuestionarme, observándome con una expresión socarrona.

—Perdona —tartamudeé—, quería decir algo diferente a marcar las horas en punto.

Sabía que las campanas eran algo más que una señal del paso del tiempo. También eran una voz de consejo y advertencia, de anhelo y desesperación. Las notas avanzaron hacia los campos que rodeaban la ciudad y dominaron todo el ruido endeble de los humanos.

Dolores se dejó caer rígidamente sobre una silla de madera con respaldo alto y dijo, mientras suspiraba, que tocar las campanas era una responsabilidad muy grande. Por su expresión, deduje que pensaba claramente que era una extranjera algo extraña.

La catedral apenas había hecho algún esfuerzo para alardear de su dinastía de campaneros taciturnos. No se los mencionaba en ninguna guía ofrecida por la oficina local de turismo situada junto a Santa María. La última grabación de un concierto de campanas desde la iglesia, fechada en 1982, se convirtió en un artículo de coleccionista y, sobre el descansillo del interior de la iglesia, había una vitrina polvorienta con fotografías descoloridas de las campanas de Santa María envueltas en papel amarillo, ignoradas y olvidadas.

Dolores y Manuel preferían dejar hablar a las campanas. Interrumpían las conversaciones. Marcaban la siesta, invitaban a los niños a ir a la cama para rezar. Durante las generaciones previas, los campaneros transmitieron de manera asombrosa complicados

mensajes para destacar una defunción: la edad, el sexo y la clase social. El toque de advertencia —toque de alzar y ocultar— se componía de una serie de toques sonoros, pausas intimidatorias y después un repique de frenéticas notas de plata, una orden directa. Alzar. Ocultar.

La campana más antigua de Arcos de La Frontera se denomina La de las Horas. Fue una antigua campana de enormes dimensiones y paredes finas que producía la octava más baja con un hum persistente. Desde 1437 había marcado el paso del tiempo y era conocida por el cariñoso apodo de La Nona, la abuela.

Traté de preguntar a Manuel sobre el forjador de la campana La Nona pero, en lugar de responder, se alejó para tirar de las cuerdas de las campanas con el fin de señalar el mediodía, combinando la rica voz de la campana del siglo XVI, La de los Cuartos, con los tonos más altos de La de las Horas.

La mayor parte del tiempo, cuando Dolores y Manuel hablaban, escogían sus palabras con cautela, con cuidado de escalar la escarpada torre donde una simple cruz de madera conmemoraba a los dos hombres que fueron colgados desde la torre por los invasores franceses durante el siglo XIX. Dolores fue particularmente misteriosa cuando le pregunté sobre una combinación de campanas de la Inquisición, un toque especial para la procesión de prisioneros. Miró a Manuel en busca de una distracción.

—Menos golpes —espetó ella, mientras le ordenaba que disminuyera la fuerza del tirón de la cuerda. Desde el balcón de la iglesia, el sol del amanecer resplandecía sobre el valle y el río Guadalete. El viento solano, que soplaba desde el sudeste, desde el desierto de África, se arremolinaba por la plaza del Cabildo, el lugar histórico donde se celebraban los juicios de la Inquisición. Analicé su impasible expresión, esperando una respuesta.

—No hablamos de esas cosas.

Asentí con la cabeza. Mi español era demasiado limitado para presionar nuevamente en busca de una respuesta con un toque ligeramente diferente en mis preguntas, mi herramienta de reserva como periodista. En realidad ya sabía mucho debido a mi investigación. Cada campana tenía su propio tono característico, especialmente La Nona, que siempre había intrigado a los

historiadores locales. A diferencia de otras campanas, no tenía un nombre religioso de santo. En cambio tenía inscrito un mensaje en latín con letras góticas en el lado más grueso de la copa de la campana, con algunas palabras mal escritas:

D. ANTÓN LÓPEZ ME FIZO
MENRTEN SANCTAM SPONTANEAM
HONOREM DEO PATI ET LIBERACIONEM1

No encontré ninguna referencia sobre esta inscripción en la historia oficial de la iglesia de Santa María, pero encontré un libro del siglo XIX en la biblioteca local de Arcos con ilustraciones en blanco y negro. Descubrí que grabado en ambos lados de La Nona aparecía un escudo de armas de un castillo de León, lo que sugiere que la campana podría haber sido un regalo real.

La declaración del forjador de la campana era suficientemente evidente:

«D. Antón López me hizo». Una pista esencial, de acuerdo con los historiadores, era que el forjador de la campana utilizó «D.» delante de su nombre, lo que representa a «Don». Era un tratamiento propio del siglo XV, de acuerdo con los historiadores locales del siglo XIX, quienes escribieron que ningún artesano en Andalucía había utilizado este título honorífico durante aquel tiempo, a no ser que fueran judíos.

Don Antón López forjó otra poderosa campana que colgaba del campanario de la catedral de Sevilla con su nombre y un mensaje similar. Pero, ¿qué significaba?

Sanctam quiere decir «sagrado»; pati, «sufrir» y deo, «Dios». Menrten fue un error ortográfico, pero la intención de la palabra en latín parece que fue mentem, o «mente». Mientras, liberacionem fue otra falta de ortografía, en lugar de «libertad». ¿Había dejado un mensaje a Dios, de sufrimiento y libertad?

En Arcos, el arte de tañer las campanas se transmitió durante cuatro siglos de la familia Barrios a Manuel, un hombre menudo y curtido en sus sesenta años, y de aspecto tan severo como el de la gárgola de una iglesia. No obstante, cuando tañía las campanas suavizaba su aspecto, una sonrisa aparecía en sus labios mientras tiraba de las pesadas cuerdas. Nació en este campanario, aprendiendo el oficio de las cuerdas al igual que las cinco generaciones anteriores a él.

Su madre fallecida, Concha, «La Campanera», comenzó a tañer las campanas a la edad de diez años, continuó hasta los noventa y recibió una mención papal por escrito. Era un trabajo extenuante que podía llegar a durar un día entero durante la elección de un nuevo papa.

—Debes saber los ritmos y las pausas —comentó Concha en una ocasión siendo ya octogenaria—. Cualquier error es como escuchar una nota plana de un virtuoso cantante de ópera.

El padre de Manuel se apodaba «El Cani» y, de manera natural, asumí que significaba algo desagradable, tal y como después me lo confirmó algún residente del pueblo. Él aprendió a tocar con su familia en la iglesia rival de San Pedro antes de casarse con Concha y trasladarse a la cima de la Plaza del Cabildo a vivir con ella. Además el abuelo de Manuel había sido maestro campanero, y su féretro se bajó desde el campanario de San Pedro. Cuenta la leyenda local que se llevó a un burro recién nacido a su piso del campanario de San Pedro hasta que creció y se hizo tan grande que la familia le obligó a tomar una dolorosa decisión: ¿quién viviría en el campanario?

—¿Dónde está el burro? —le preguntaron.

—¿Qué podíamos hacer? —respondió—. Nos lo hemos comido.

Para la gran mayoría, El Cani fue un cuentacuentos y un fumador empedernido que adoraba hablar de campanas. Su aspecto achaparrado provocó comparaciones literarias evidentes. «Los franceses tenían su leyenda de Notre Dame, Quasimodo, creado por Víctor Hugo», escribió un historiador local en una brillante esquela de 1969. «Teníamos la misma figura, pero real, de carne y hueso. El Gran Canino, “El Cani”». A diferencia de su padre que era un parlanchín, Manuel continuó el legado con un gran sentido de responsabilidad. Confesó que entre todas sus campanas, no tenía ninguna favorita.

—Todas son iguales.

Le pregunté si podía subir a lo alto del campanario para ver a La Nona. Ante tal petición, Manuel y Dolores se alarmaron, dejando claro que a los extranjeros se les había prohibido subir a lo alto del campanario porque era demasiado peligroso.

La respuesta me sorprendió, no estaba segura de cómo continuar. Llevé a cabo algún comprometido e inadecuado intento

durante la conversación desarrollada en el pequeño vestíbulo junto a las cuerdas colgantes. Unos pocos pasos más abajo, en el rellano del campanario, pude ojear el interior de su acogedor apartamento de la catedral. Sabía que deseaban volver a casa, pero eran demasiado educados como para darme la espalda y regresar a sus obligaciones.

Finalmente me despedí, abriéndome paso con cuidado entre la oscura escalera en dirección a la luz blanca y fuerte de la tarde. Mientras deambulaba por los estrechos callejones del pueblo, el sol de la mañana proyectaba sombras sobre los arcos y las casas encaladas de 700 años de antigüedad, un melodrama de luces y sombras, recodos y callejones sin salida. Pasé por delante de tres naranjos con los frutos marchitos, y paseé por las calles que se estrechaban hacia callejones sin salida del tamaño de pequeñas habitaciones.

En ese instante oí un movimiento similar a un susurro y a una alocada risa llevada por el viendo. Me quedé paralizada. Palidecí y me atormentó la idea de que los fantasmas estuvieran tirándome de las mangas. Miré a través de un ornamentado arco de arenisca pero no conseguí ver a nadie. El único sonido fue el de La Nona. Un toque, una pausa, otro tañido, pausa. Sonaban las campanas por cada habitante apresurado.

Qué extraño era que los fantasmas tanto vivos como muertos pudieran vagar por las calles, encadenados a la historia. Seguí caminando, reflexionando sobre el mensaje del forjador de la campana. Dios. País. Libertad.

Pensé que La Nona era propiedad de la iglesia de Santa María pero, tras siglos de tañidos, la voz todavía pertenecía a su maestro, D. Antón López.

2

Viviendo al borde

Arcos de la Frontera, 2008

Nos acomodamos en un antiguo burdel medieval situado en los acantilados de Arcos, sobre la colina que descendía hacia la Torre de la Traición, un torreón de piedra desmoronado. La última puerta del pueblo que había sobrevivido, custodiaba el lado oriental de la Peña Vieja, retorcida de tal manera que casi daba forma a un anfiteatro. Desde las ventanas del segundo piso del apartamento que compartía con mi marido, Omer, y mi hija, Claire, se podía ver un burro y un solitario cortijo de color blanco, rodeado de alfalfa y bordeado por el río Guadalete. El río fluía, fresco y veloz, desde la Sierra de Grazalema a unos 90 metros de altura y, siguiendo su propio ritmo, conquistaba Andalucía a lo largo de unos 160 kilómetros hasta encorvarse y desembocar en la deslumbrante y azul Bahía de Cádiz.

Desde allí, en 1502, Cristóbal Colón zarpó hacia su cuarto y último viaje con destino a las Américas, posiblemente con uno de mis antepasados a bordo.

Como el Guadalete, una intencionada capacidad para olvidar fluía por el pueblo, donde las personas tenían la costumbre de perder el significado de todos los símbolos y la historia que les rodeaba. Era un rasgo —o quizás una habilidad— que mi familia y mis antepasados también compartían. Albergaba la esperanza de no haberlo hecho yo.

Me refería al antiguo burdel de Arcos como nuestra casa, no me sentía cómoda con la palabra “hogar”. Algunos escritores se desplazan a tierras extranjeras para relatar la restauración de su casa en la Toscana o la transformación de los viñedos de Borgoña. Otros narran el encanto de crecer en la antigua judería del Marais en París o el desafortunado destino de instalarse en una casa de campo de 200 años de antigüedad en las montañas del Luberon en la Provenza y el trato con carniceros, tenderos y buscadores de trufas. Yo vine a Arcos para restaurar algo menos concreto: una identidad descartada.

Cuando crecí, ni antepasados ni parientes ancianos ni pasado formaban parte de mi sentido de familia. Algo del destierro de mi familia de varios países influyó en mí y repercutió en mi manera de pensar. Siempre me sentí como una forastera: esa sensación de no estar profundamente conectada con todas las raíces y ramas familiares, siempre observando desde la distancia. Así que ingenié una trama literaria clásica donde me presenté a mí misma como la protagonista. Una extraña que llega a una exótica ciudad para excavar en el yacimiento arqueológico de su memoria. Comienza con el lugar. La aventura continua.

Para mí, el encanto de este pueblo está en la frontera, la nebulosa frontera que Arcos ocupa en las nubes entre la realidad actual y la historia del pueblo con su misterio y su aire de tragedia. “Un pie en el cielo, un pie en la frontera” era la filosofía que aparecía escrita en una pizarra situada en la acera por fuera de un hotel boutique de la calle Corredera, cuyos propietarios, que incluía a un ex periodista de economía de Madrid, se habían transformado en posaderos. Los habitantes de Arcos han sido durante mucho tiempo los moradores de la frontera, con la vista puesta en dos mundos, sus trabajos de día y su actividad paralela como poetas y artistas.

¿Podía Arcos tener el efecto de alterar la vida en los otros? ¿Podía reclamar nuestro abandonado pasado como quien reconstruye una casa en ruinas?

Atravesé esta frontera alternativa al pasear junto a una vivienda de color blanco puro con un pasaje secreto excavado que se dirigía hacia el otro lado de los acantilados. Unas pesadas puertas dobles de roble marcado y hierro se abrieron a un remolino de huesos

amarillos incrustados y trozos curvos de columnas vertebrales: un legado del lado gótico de Arcos de la Frontera, donde la vida y la muerte coexistían a diario.

Percibí el mundo paralelo en la explanada de la cima de la Plaza del Cabildo, orientada hacia el borde de las llanuras españolas verdes y doradas, donde se habían organizado durante siglos las corridas de toros medievales y las bodas reales. De vez en cuando, el valle ponía a prueba a las torturadas almas para alejarse de la roca como las golondrinas del pueblo, que se elevaban y descendían como si intentaran borrar el cielo con sus alas.

En la Plaza Boticas, que resplandecía bajo la luz del sol en contraste con el brillante cielo azul, la gente sorbía oscuros cafés solos, en una apacible terraza exterior bajo la pared marcada de una vieja cárcel. Hace mucho tiempo, durante los siglos XVII y XVIII, las partes del cuerpo de los prisioneros ejecutados se colgaban en una jaula de hierro hasta que el viento y los insectos limpiaban los restos, a modo de advertencia pública sobre la severidad de la justicia local.

El callejón más inquietante era la calle Cuna, que fue el olvidado barrio judío de la ciudad. Estaba tan profundamente escarpado que el pasamanos de hierro se había atornillado a las paredes de las casas. A los pies del callejón había un viejo granero, tan blanco como el resto de casas, y otros silenciosos edificios herencia del antiguo barrio. Una casa de cambio de moneda. Un tienda de artes hebreas.

Los nombres de los judíos que vivieron aquí en el pueblo se habían desvanecido, a excepción de las huellas de los antepasados de Isaac Cardoso, un destacado filósofo y físico que se vio obligado a convertirse al cristianismo y huyó de la Inquisición a mediados del siglo XVI para ir a residir a Verona, Italia. Fue Cardoso quien escribió que la enfermedad medieval de la melancolía fue una enfermedad únicamente judía a causa de las heridas provocadas por la tristeza de las conversiones forzosas y el exilio.

En otra pequeña vivienda blanca residió Andrés Velásquez, un doctor y probable converso, autor de la influyente obra del siglo XVI el Libro de la Melancolía, que investigó los orígenes de lo que fue la enfermedad de la frontera de las personas desplazadas.

Me aferré al hierro fijado contra una pared blanca de grueso

estuco con cal como la crema batida. No había nada que indicara el nombre del melancólico lugar, ni una placa de calle ni un azulejo de cerámica que recordara lo que seguramente era la antigua alma judía de la ciudad. El resto del casco antiguo estaba señalizado a lo largo de los retorcidos caminos con los ubicuos azulejos de cerámica en azul y blanca que citaban a los poetas sobre la belleza de la ciudad. «Arcos de la Frontera: símbolo de Andalucía, arquitectura elegante y valores del sur».

La calle de la Cuna no había merecido un azulejo, pensé. Era como si aquí Dios hubiera hecho a los espíritus pagar por la belleza del callejón a cambio de llevárselo todo. Las personas de este barrio judío habían muerto dos veces, una de ellas cuando se las desterró, encarceló o castigó; la otra, cuando se las olvidó. El olvido es la injusticia. Mis sentidos se agudizaron. Sabía que las antiguas casas blancas me estaban observando. El pasado y el presente es una ilusión. Los lugares, como las personas, mantienen sus cicatrices y huellas.

Quizás me establecí aquí por alguna razón más prosaica. En realidad, la gente podía pronunciar mi apellido. Durante décadas, me había visto obligada a deletrearlo y pronunciarlo concienzudamente, desde las clases de primaria en América hasta las entrevistas de trabajo en francés: C-A-R-V-A-J-A-L con una h aspirada para la j. Aquí nadie pregunta. Cuando oigo el acento de Andalucía, me trae recuerdos del español que hablaban mi padre y mi abuela en su nativa Costa Rica, donde se asentaron los españoles del sur y marcando a la nación de América Central con su forma de hablar.

El acento andaluz refleja la oleada de calor del verano que en agosto puede alcanzar hasta los 43o C. Por la mañana, el sol se deslizaba sobre el cerro, escalando hasta la cima para convertir en un horno la cumbre del pueblo. Palabras, sílabas y energía se conservaban durante las calurosas tardes. Las consonantes caídas, las terminaciones inacabadas y las siestas lideraban las bromas entre los del norte, en Madrid, de que los andaluces eran tan perezosos que no se molestaban en terminar las palabras. El personaje español de dibujos animados Goofy hablaba como los del sur. El actor español Antonio Banderas, de Málaga, mantuvo su propio acento del sur para la voz del Gato con botas en la serie de

películas de dibujos animados Shrek, pero la cambia y utiliza el estándar castellano para otros personajes más serios, como en alguna película de Pedro Almodóvar. A diferencia de él, sin embargo, me quedé con la evidencia inequívoca de mi acento nasal americano cuando hablo en español.

Desde la terraza de mi azotea, sobre la calle, me quedé observando un empinado y curvo callejón con tejados de teja de color rojizo y gruesas paredes blancas. Arcos formaba parte de una cadena de más de diecinueve pueblos blancos montañosos que se aferran a la Sierra de Grazalema. Uno de esos pueblos se denomina Algar, un refugio blanco fundado como Santa María de Guadalupe de Algar por un anciano aristócrata, Domínguez López de Carvajal, el vizconde de Carrión y marqués de Atalaya Bermeja. Desconocía si era un antepasado pero me sentí atraída por este trotamundos que había regresado a España desde México en algún momento de la década de 1730 tras su visión. Temió que iba a morir en una violenta tormenta destrozando su embarcación entre México y España. Mientras estaba de camino vio una resplandeciente Virgen de Guadalupe, la patrona nacional de México y de los indígenas y judíos que fueron obligados a convertirse al cristianismo. Cuenta la leyenda que prometió, si sobrevivía, que fundaría un pueblo en el lugar más remoto de la Sierra de Cádiz y se lo dedicaría a ella. Le costó casi cuarenta años encontrarlo pero fundó el pueblo en 1773.

Arcos de la Frontera es la puerta de entrada a estas perlas de pueblos blancos. Su población alcanza una cifra de 30.000 personas, incluyendo a los que residen en el enclave de viviendas de nueva construcción en las faldas y que no forman parte del antiguo centro del pueblo. El antiguo barrio, con su laberinto de arcos y casas blancas moriscas, tiene menos de 5.000 personas. Para estos habitantes, Arcos es un lugar seductor capaz de transformar a los abogados en poetas, a los panaderos en cantantes y a algunos artistas flamencos en, desafortunadamente, traficantes de droga a tiempo parcial.

No sabía nada de esto cuando me dirigí a Arcos por primera vez. Descubrí el pueblo de la manera menos atractiva: mientras buscaba en una oficina de turismo en la cercana población de Jerez de la Frontera, donde me hospedaba. Es la ciudad cercana más grande y es un paraíso para las bodegas de jerez a unos treinta y cuatro

kilómetros al oeste de Arcos. Los turistas británicos solían visitar Jerez en vuelos directos y rebajados desde Londres para visitar las rutas del vino de jerez y el espectáculo de los poderosos caballos blancos andaluces de los reyes de España que entrenan todos los días en los históricos establos cubiertos con enredaderas de buganvillas rosas. Otros turistas traían consigo zapatos negros de tiras con fuertes tacones altos para una inmersión cultural en la próspera industria de las escuelas de flamenco.

Yo pertenecía a la última categoría, me había apuntado a un paquete de baile de una semana de clases para principiantes en el Centro de Baile de Jerez con una guía turística británica pelirroja llamada Amber, quien ejerció de intermediaria con todos los bailarines principiantes presentándonos a los profesores. Sobre la estropeada pista de baile de madera, me encontré de pie en la última fila junto a un tímido programador de informática y a un grupo de bibliotecarios escoceses deseosos de sacar partido a su fuego interior. Detrás de ellos, en la segunda fila de bailarines había un pequeña y esbelta oficinista japonesa y Lola, un travesti de Londres con un brillante pelo negro y falda corta de volantes, que ya parecía haber avivado el fuego.

No sentí la pasión por el baile flamenco: aguanté lo suficiente para dominar unos pocos pasos básicos, pero sí pude ver algo en mi hija, Claire, entonces de seis años, quien imitaba al profesor con mucha más emoción y fuego que yo desde un lateral. En algún momento durante la lección el profesor de flamenco ordenó: «Mantened la cabeza en alto como si estuvierais tragando algo amargo».

Mi hija puso rígida su columna, entrecerró sus ojos, y arqueó sus dedos formando un arma afilada como si estuviera arremetiendo contra los recuerdos. Incluso a esa edad, parecía estar sintiendo algo profundo. Me pregunto si podría haber sido algún destello del pasado.

Cuando por fin acabaron las clases, conseguí agradecida un mapa turístico y desaparecí en el campo, sin un zapateado de mis tacones de flamenco, con mi familia a cuestas. Los estrechos caminos rurales nos condujeron de Jerez de la Frontera a Arcos, a unos veintinueve kilómetros al nordeste.

Viajamos bajo despejados cielos azules y fuertes vientos,

atravesando campos de alfalfa, chumberas y girasoles secos por el sol con la cabeza marrón e inclinada. Mi ambición por este viaje adicional era disfrutar de un viaje en España que sería a partes iguales unas vacaciones y una investigación de la historia familiar. Sabía que la familia por parte de mi padre había abandonado España en la provincia de Cádiz con destino a Costa Rica. Mis padres no me contaron casi nada sobre mis antepasados mientras crecí, quizás porque tampoco ellos tenían mucha información que compartir.

Puesto que mi vida siempre se había encontrado en un estado de constante movimiento, intercambiando estados y países, estoy convencida de que esta inquietud era algo arraigado desde hacía generaciones de aquellos antepasados que abandonaron sus países de nacimiento en busca de refugio y posibilidades.

Después ocurrió lo del 11 de septiembre, el martes, brillante y azul, de mi fiesta de despedida cancelada en un restaurante de moda de Chelsea, en Nueva York, para celebrar mi partida hacia Europa y un nuevo trabajo. Crucé el Atlántico unos pocos días después, libre de ataduras por los recuerdos de aquel día, la nube en forma de hongo en la torre norte mientras mi tren se acercaba a Manhattan desde Long Island, las inquietantes imágenes de personas que decidieron saltar desde los pisos más altos del World Trade Center en llamas en lugar de hacer frente a la muerte en medio del calor y las llamas intensas. Llevaba conmigo el dibujo infantil que mi hija hizo de aquel día, aviones en llamas, mi cabeza ardía.

No fue hasta más tarde que me di cuenta de cuán profundamente me había afectado y se había intensificado el extraño anhelo por algo indefinible: una sensación de amparo, de pertenencia. Era lo que en España llaman un sentimiento de añoranza, una nostalgia por el hogar, por ser un todo. Esta nostalgia había dominado las elecciones de mi vida y había formado parte de mi vida. Antes de trasladarme a Europa, había vivido en ambas costas de Estados Unidos, trabajado en siete periódicos como periodista y me había desplazado a Los Ángeles, San Petersburgo, Florida y Filadelfia. Después pasé siete años en Nueva York escribiendo paraThe New York Times, posteriormente me trasladé a Alemania y, por último, a París, donde me acomodé en un trabajó

en el International Herald Tribune y The New York Times. Mi marido francés y yo nos trasladamos a una casa de campo de piedra de color miel situada en la verde campiña cerca del río Oise, que una vez atrajo a conocidos pintores como Vicent Van Gogh, a veintinueve kilómetros al noroeste de París.

Por el contrario, la mayoría de mis amigos del instituto del área residencial del norte de California permanecieron fieles a nuestras raíces y a las peculiares convenciones del Área de la Bahía. Se compraron casas en las rondas de nueva construcción, alrededor de nuestro acomodado barrio en San Francisco. Nuestra reina del baile se casó con una fornida y estelar mariscal de campo de fútbol americano. Mi cita para el baile de graduación, un nadador del equipo masculino del instituto, se enamoró de otro hombre. Regresé a California en innumerables ocasiones, pero siempre me marché, añorando algo más, algo indefinible, algo más que el olor de los eucaliptos y los brillantes cielos azules. Todo el mundo adora San Francisco pero crecí dando por hecho a la ciudad, preguntándome por qué era el viaje de premio en los concursos y sabiendo que no podría estar.

Quizás fue porque venía de una familia que creía en los nuevos comienzos y la buena suerte. O quizás porque estaba buscando un sentido de permanencia. Nuestro apellido, Carvajal (o una de sus versiones ortográficas), significa «lugar perdido».

Cuando llegué a Arcos, llevaba conmigo un libro de color verde que mi padre me había enviado con la información sobre la undécima generación por parte de sus padres cuyo origen, en última instancia, se encontraba en España. Pero los capítulos finalizaban sin una explicación de la razón por la cual se marcharon.

Quería más, más de lo que había leído. Quería investigar el comienzo de mi familia, rellenar esos negros y profundos agujeros de la memoria familiar. Mi inspiración fue el anillo de mi abuela, un grueso nudo de amor en oro de color rosa cobrizo, que representaba todos los misterios de mi familia, acuñado con una marca que databa de principios de 1800. Mi abuela costarricense, Ángela Chacón, había llevado puesto ese anillo desde que puedo recordarlo. De niña, había visto a mi vivaz Mamita de ojos oscuros quitárselo con cuidado antes de sumergir sus manos en un fregadero lleno de jabón con platos resbaladizos. Mi prima mayor, Rosemary,

solía rogar que el anillo se deslizara sobre su dedo pero Mamita —como la llamábamos— declinó ablandarse, una característica testarudez que impulsó toda su vida.

Nunca me pregunté por qué llevaba esa sortija. Pero un día yació fría en mi mano, preparada, finalmente, para pasársela a Rosemary, mientras yo había heredado unas perlas de Mamita hechas a mano y procedentes de un extraño viaje que había realizado a la isla española de Mallorca.

Mientras giraba el anillo en mis dedos tras la muerte de Mamita a los ochenta y cuatro años, reflexioné sobre cómo desenmarañar nuestro pasado.

¿Siempre había sido tan egoísta, presumiendo de que su vida empezó solo cuando lo hizo la mía? Me di cuenta de que apenas conocí a mi abuela. Solamente después de morir aprendí el significado del anillo. Pero el pasado de la familia fue como reunir las piezas de un antiguo mensaje egipcio procedente de los fragmentos de una vasija. Mis pistas fueron unas fotografías de mi abuela en blanco y negro con un vestido de novia y un velo vaporoso, y una sonrisa lánguida e infantil. Su expresión enmascaraba el dolor de un matrimonio concertado rápidamente por la familia y amigos tras la muerte de su padre, de su madre y de su tía cuando mi abuela tan solo tenía diecisiete años. Su padre, Julio, fue un contable que viajaba por América Central. La historia familiar cuenta que murió de tuberculosis, una enfermedad que contrajo en los trópicos. La madre de Mamita y la tía murieron con pocas horas de diferencia a sus cuarenta años, ambas de sendos ataques al corazón, demasiado tarde, según los certificados de defunción, para los ritos católicos.

Años después de la muerte de Mamita, solía tropezar con su antigua botella de perfume, la relegué a una esquina oscura de mi mesita de noche en mi casa de campo francesa. En muchas ocasiones intenté deshacerme del rancio y dorado Anaïs Anaïs para evitar el fuerte olor de la pérdida. Sin embargo, el perfume me hacía pensar en todo lo que me recordaba a ella, recuerdos del tintineo musical de su pulsera de oro, grabada con los nombres de sus nueve nietos. Y me recordaba al dulce azucarado y dorado de la cajeta envuelto en papel encerado que traía cada vez que volvía de Costa Rica. Hoy me sabe a infancia. Sobre todo cuando respiro la

vieja fragancia de Mamita, olía a la embriagadora esencia de la testarudez.

Mamita había abandonado Costa Rica en algún momento hacia finales de la década de 1940, desembarazándose además de su marido, José Francisco, un próspero dentista que encontró el consuelo en otra mujer antes y después de su partida cuando, finalmente, se divorciaron. Se estableció en la ciudad de México durante unos pocos meses antes de volver a Costa Rica después de que su apartamento mexicano fuera desvalijado. En 1947, sin embargo, Mamita siguió adelante en un avión que realizó un terrible aterrizaje en El Paso antes de continuar hasta San Francisco, donde otros familiares la estaban esperando. Según la historia familiar, fue una mujer adinerada y tenía en propiedad edificios de apartamentos en Costa Rica pero perdió gran parte de su pequeña fortuna cuando José la perdió en el juego. No obstante conservó su anillo de oro y su temible testarudez cuando aterrizó en San Francisco con sus dos niños adolescentes: mi padre, Arnoldo, y su hermana mayor, Eugenia.

Muchos años después, Mamita mencionó a su amante, el director de un laboratorio médico llamado Manuel, quien, en una desesperada nota escrita a mano que le envió por mensajero, la había instado a no dejar Costa Rica. Ambos habían planeado trasladarse juntos a San Francisco, pero cuando él no pudo conseguir la visa por culpa de su pasada afiliación al Partido Comunista, ella lo dejó. En una nota él le advirtió de que no sobreviviría en los Estados Unidos porque nunca podría dominar el inglés. Posteriormente, mi abuela me contó que rompió la nota en pequeños trozos y los envió de vuelta en el mismo sobre blanco que él había utilizado. Además hizo trizas las fotos de su amante, una costumbre que aplicó con el mismo entusiasmo a las fotos de su boda, recortando por la mitad el angosto y aristocrático rostro de mi abuelo y sus ojos azul felino claro que inspiraron su apodo, El Gato. Solo tras su muerte, aprendí que Manuel le había regalado el anillo para su compromiso, y que ella lo llevó durante toda su vida sin dar ninguna explicación. Fue entonces cuando realmente me di cuenta de lo humana que era: ¿tuvo sueños, sentimientos y heridas cicatrizadas? ¿Cómo pude olvidar lo que era tan evidente que estaba allí?

A primera vista, su valiente historia parecía el clásico cuento de hadas del inmigrante que se abre paso en los peldaños de la escalera estadounidense, estudiando inglés y trabajando duro en una fábrica de juguetes de San Francisco, cosiendo vestidos con volantes para las muñecas de la empresa Nancy Ann Storybook antes de conseguir un trabajo en el Banco de América. Todavía, entre las generaciones familiares, contamos con realeza, políticos latinoamericanos, embajadores y asesores presidenciales. Y el vínculo que compartimos era un desconcertante e inquieto anhelo por vagar libremente.

Tras la muerte de Mamita, buscamos entre las pertenencias que trajo a la casa suburbana de mis padres en su última visita antes de que padeciera una apoplejía. En el interior de su cartera encontramos un pequeño y emotivo poema que rebosaba del optimismo típico de una tarjeta de cumpleaños de un trotamundos:

Sigue tus sueños.
Si tropiezas, no te detengas ni pierdas de vista tu objetivo.
Continúa hacia la cima.
Porque solamente desde arriba podemos contemplar toda la visión.
Podemos ver lo que hemos hecho y lo que podemos hacer. Podremos entonces tener la visión para buscar algo nuevo.
Continúa y sigue tus dueños.

La historia de Mamita —y la gran historia de nuestra familia— no era lo que sabíamos. Era la historia de una identidad, una cultura y una religión que se habían perdido. Habíamos continuado hacia la cima, pero nuestro pasado y de dónde veníamos seguía siendo un misterio, todavía desconocido, aún era algo que nuestros antepasados habían elegido ocultar hacía mucho tiempo y custodiarlo con tanto cuidado que no consiguieron transmitírnoslo, transmitírmelo.

Sin duda hubiera sido un alivio tachar de mi lista de objetos perdidos el Triángulo de las Bermudas, la Atlántida, el hogar, la identidad. Tras visitar Arcos en varias ocasiones, el pueblo hervía en mi mente durante mis días de trabajo y vida rutinaria, una fantasía persistente que me permitió enfrentarme al pasado y

reclamar una identidad al volver a vivir en lo alto de sus acantilados amarillos.

Todos soñamos con hacer un gran viaje, pero pasan los años y seguimos sin zarpar. Tenía una sensación de añoranza, de algo insatisfecho. Por esa razón me sentí atraída por la eterna peña de Arcos: misteriosa, desconocida, aislada y siempre y completamente embrujada por lo que los humanos habían dejado atrás, bueno o malo.

3

Primeras impresiones

Arcos de la Frontera, 2008

La primera vez que atravesé las antiguas puertas de nuestro nuevo retiro español en la calle Callejas, las campanas estaban tañendo.

Realizamos incursiones entre Francia y España en muchas ocasiones, antes de que decidiera establecerme en Arcos de la Frontera durante un verano para poner a prueba el aguante de mi idilio con esta villa. Seguía siendo precavida.

La fachada de la casa que alquilamos, de 700 años de antigüedad, tenía una pared de color blanco puro y tres pisos de altura, con una ventana a nivel de la calle con rejas de hierro forjado negro. La calle Callejas era tan estrecha que cuando pasaba el minibús municipal por allí y estaba justo por fuera de la puerta de entrada, tenía que aplastarme contra la pared de casa para dejar unos pocos centímetros de espacio con el fin de que el conductor pudiera pasar entre ambos lados de la calle. Una mañana pude observar al conductor del autobús municipal arañar por pocos centímetros a sus amigos con una sonrisa, bromeando: «¡Voy a mataros!».

La planta superior, con su patio al aire libre, la terraza de la azotea y los suelos de baldosas, conformaba una construcción típica del período, con un discreto patio en la entrada que enmascaraba las señales de riqueza de la vivienda. La planta superior y el

apartamento inferior, que estaba vacío, habían sido totalmente remodelados, pintados, fregados y se habían instalado relucientes electrodomésticos. Las ventanas de nuestra sala de estar y de la habitación estaban orientadas hacia los tejados de tejas deterioradas por la intemperie y, en un segundo plano, hacia el valle Guadalete. En el interior del patio, todavía había un antiguo desagüe diseñado de manera eficiente hacía siglos. Se construyó para recoger el agua de la lluvia en una cisterna para un pequeño pozo con un cubo que había desaparecido durante la remodelación.

El vecino que nos facilitó la llave de nuestra casa de alquiler se llamaba Stuart, un emigrante británico que vivía colina abajo en una casa que en ocasiones funcionaba como un hostal y que se alzaba sobre el precipicio del acantilado. Su uniforme de trabajo se componía de unos vaqueros manchados de pintura y se presentó asumiendo que yo era otra recién llegada hipnotizada por Arcos.

Fue lo que le había pasado a él, uno de los socios fundadores de una clase de recién llegados, principalmente emigrantes británicos, que se habían establecido en el casco antiguo de casas encaladas, impresionados por la frontera. A diferencia de sus vecinos españoles poseían adineradas cuentas bancarias de efectivo con una libra esterlina en alza frente al euro y las rentables ventas de casas en Londres rellenaban más sus cuentas. Invirtieron su dinero en casas antiguas y se erigieron en hoteleros, cambiando sábanas, sirviendo tés y aprendiendo español.

—En el casco antiguo, todo el mundo lo sabe todo, lo ve todo, sabe qué día llegas y dónde vas a ir —declaró Jim, un profesor británico que se había convertido en el dueño de un hostal de media pensión, al periódico local. Describió cómo se había enamorado de Arcos en su primera visita a inicios de los 90, encantado por los sencillos placeres: la fragancia de los naranjos en flor que recubrían las calles principales, la salpicadura de las fuentes de agua, el aire trágico y misterioso del pueblo.

Los ingleses no fueron los únicos emigrantes nuevos. Las monjas enclaustradas de la orden de las Mercedarias Descalzas del siglo XIII también había comenzado a reclutar emigrantes para participar en las oraciones y vísperas. Jóvenes hermanas de una orden satélite de Kenia comenzaron a trasladarse al convento del casco antiguo. Pronto aprendieron la tradición del convento de hacer pan, vender

galletas de miel y almendra y magdalenas doradas, unos aromáticos bollos que dejaban un sabor dulce en la boca.

La culminación de esta invasión de expatriados fue la breve llegada de un equipo de producción de reality shows para la televisión holandesa cuyas voluminosas cámaras de televisión y la imprecisa explosión de micrófonos parecían totalmente fuera de lugar en las calles empedradas del pueblo. El equipo de rodaje se instaló en el centro histórico, invadiendo una de las antiguas casas blancas para crear un programa concurso, conocido como De Spansoons (Casa de ensueño), para parejas holandesas. Las parejas competían por la oportunidad de remodelar y ganar su propio hostal, Casa El Sueño. Una joven pareja holandesa y belga, cuya página web mostraba un retrato de familia con sus tres hijos en una playa azotada por el viento, fue la ganadora. Cuando pasé por delante de la casa, pude entrever, a través de las rejas de hierro forjado, una espaciosa sala de desayuno y una larga mesa de madera auxiliar. Los cuatro pisos de la casa de 400 años de antigüedad habían sido completamente remodelados, parte del trabajo se había finalizado durante el concurso de las parejas que competían por convertirse en hospederos. También se incluyó un concurso entre los habitantes que depositaran unas papeletas en un barril de madera. La familia ganadora construyó unos enormes ventanales con vistas al valle, algo que ningún arquitecto español hubiera tolerado debido al impresionante impacto del sol durante la tarde en esa dirección. En cambio, conservaron las originales puertas antiguas de la casa blanca, un detalle hacia el anterior vecino, Cristóbal, un barbero que durante los últimos 45 años había dirigido los pasos de su estrecha barbería colina abajo. Mientras a mi marido le cortaba el pelo por diez euros, dejó descansar sus ocupadas tijeras para buscar un sobre con fotografías en blanco y negro de la antigua casa con las mismas puertas de madera. Comentó que un día le hubiera gustado compartirlas con los hosteleros holandeses. Era evidente que los nuevos residentes no se habían mezclado con el anterior.

Hasta el momento la Casa El Sueño había resultado ser un sueño para la familia holandesa en parte porque pudieron atraer a un flujo regular de turistas procedentes de su país de origen atraídos por el concurso. Sin embargo, para los hosteleros españoles, que

dependían del turismo local, la crisis económica en curso había provocado una situación apurada. Los residentes del pueblo llamaban a la situación El Crisis, como si se tratara de un tipo de monstruo que viviera en el centro. Cuando el boom inmobiliario de la construcción —alimentado por los bajos intereses y un aumento de la emigración— se desmoronó en el 2008, el resultado fue que la mayor parte de las personas perdieron su trabajo durante la recesión española más profunda de los últimos cincuenta años. Las familias de clase media recibieron un duro golpe, especialmente en Andalucía, donde la tasa de desempleo ascendió hasta casi un treinta por ciento. Los empleos desaparecieron para casi el ochenta por ciento de los hombres del pueblo que trabajaban en algún puesto de la construcción y además golpeó a los propietarios de hoteles y hostales que perdieron a aquellos clientes españoles que se habían tenido que apretar el cinturón dejando a un lado sus vacaciones. Las urbanizaciones, cortadas por un mismo patrón y que comenzaron con el boom, permanecían vacías e inacabadas en los alrededores de Arcos.

Los matrimonios y las relaciones fueron, con frecuencia, víctimas de la persecución de sueños hechos añicos. Mientras estuvimos en Francia, nuestro apartamento alquilado también funcionó algunas veces como un refugio temporal para maridos o novias que se encontraban en medio de rupturas. En una ocasión, nos enteramos de una doble ruptura: un emigrante se había divorciado de su mujer en otro país por una mujer española joven para perseguir su sueño de crear un hostal rural. Pero posteriormente ella le dejó por un hombre de la localidad.

La casa de Arcos en la que residía fue una auténtica inversión inmobiliaria enturbiada por fuerzas económicas. Un español la compró a un precio bajo y después la vendió a una pareja británica y americana que pagó bastante más para destruirla y restaurarla con cuidado. La casa se puso en venta, como otras tantas docenas más en el casco antiguo. A medida que los forasteros compraron las casas para modernizarlas, se produjo un peligro real de que el casco antiguo perdiera esos recuerdos evocadores.

En un principio, en algunos pueblos blancos de Andalucía, la llegada de emigrantes ingleses provocó un alza de precios, por lo que los residentes locales vendieron sus casas para trasladarse a

casas más modernas a las afueras del pueblo. Los locales huyeron de la escasez de aparcamiento en las colinas y de las ruidosas cañerías mientras los recién llegados quedaron para hacer frente a los placeres y los desafíos de residir en el romántico casco antiguo. Con el tiempo, algunos emigrantes británicos comenzaron a darse cuenta de que con la recesión económica y el desplome del valor de la libra, el sol de España no podría pagar sus facturas.

Nuestro vecino británico, Stuart, había cambiado su carrera como programador informático por una vida más romántica como hotelero. Cuando llegamos a Arcos, custodiaba la llave de nuestra casa y nos ofreció una breve introducción para que conociéramos el vecindario. Nos acompañó hasta nuestro nuevo retiro y nos mostró los alrededores de la casa. Mi marido y mi hija se separaron con el fin de inspeccionar las habitaciones y la terraza de la azotea quemada por el sol y con vistas al valle mientras yo permanecí junto a él.

Stuart hablaba sin parar, reflejo, quizás, de su solitaria vida. Intenté prestarle atención pero desde el momento en el que entramos en la casa, sentí como un temblor recorrió mi pie y salía por la punta de los dedos. En ocasiones el cuerpo reconoce cosas antes de que la mente las comprenda.

Intenté centrarme nuevamente en la detallada letanía de Stuart sobre los últimos proyectos de mejora de su casa cuando, de repente, escuché unos leves e infantiles chillidos. Los pasos retumbaron por la escalera de espiral de hierro de color rojo que conectaba la terraza de la azotea con el piso superior. Stuart los ignoró y siguió hablando hasta que mi marido, Omer, corrió hacia mí y le cortó.

—¡No subas a la terraza! —me dijo mientras se ocupaba de su mano derecha.

—¿Qué ocurre?

—Hay abejas silvestres por todos lados. Han atacado desde cinco nidos. Tras él, Claire sollozaba.

—¡Pica, pica, mamá! —dijo mientras frotaba la parte superior del brazo, rojo con dos ronchas diseminadas.

Imperturbable, Stuart nos deseó suerte y salió apresuradamente. Mi marido y yo nos miramos presas del pánico, prometiendo mantenernos alejados de la terraza hasta que habláramos con

algunos españoles que pudieran aconsejarnos sobre cómo lidiar con las abejas. Con mucho cuidado ascendí por la escalera roja de espiral hasta la terraza y pude ver a algunas persistentes abejas exploradoras, dando vueltas en el aire, con largas patas segmentadas que no recordaba haber visto nunca en este tipo de abejas durante mi juventud.

Fue un desafortunado inicio en nuestra casa antigua: ni tan siquiera sabía la palabra «picadura» en español, una información vital cuando intentas buscar algún remedio o antídoto en la farmacia local.

Aquella noche, en cuanto Claire y Omer se durmieron, comenzaron mis sueños.

Me encontraba de pie en un círculo de rostros borrosos cuyas terroríficas voces se elevaron pasando de susurros a un feroz zumbido de abejas, una combinación de furia y miedo. Estábamos discutiendo si correr pero, como en muchos de mis sueños, estábamos paralizados, incapaces de hacer frente o huir de la amenaza. De repente, nos rodearon hombres con largas caballeras vestidos con túnicas. En sus puños apretados sostenían unos gruesos garrotes de madera. Sus ojos resplandecían y oí gritos de dolor. Después, la oscuridad. Y más tarde, el tañido de las campanas.

Me desperté con la garganta seca y dolorida, me deshice bruscamente de la colcha y fui a comprobar la cama provisional de Claire en el sofá cama naranja brillante de la sala de estar. Me acerqué más y pude escucharla respirar profundamente. También estaba soñando, retorciendo sus piernas entre las sábanas. Tiré de la manta sobre sus hombros y esperé a que se despertara. No pasó mucho tiempo hasta que abrió los ojos, me miró y salió de su estupor. Se sentó conmigo en la mesa de la cocina para beber zumo de naranja y comer una de las doradas magdalenas cocinadas por las monjas de clausura.

—Alguien me golpeó en el estómago —dijo Claire soñolienta—. Luego me desperté.

Ningún tipo de persuasión amable podría haber obtenido más información pero ambas compartimos el mismo malestar en la casa que estaba ocasionando un comienzo agresivo.

El sueño de Claire resumía mis propias inquietudes. Quizás no pertenecíamos a este lugar. Mirando alrededor de la sala de estar

adicional de gruesas paredes blancas y suelo de baldosas, sentí la fuerza de la casa y la sensación de pesadez en el aire. Tal vez estaba intentando comunicar alguna cosa a nuestra familia, personas que nunca habían residido aquí antes, pero cuyos antepasados es posible que hubieran caminado o corrido por estas calles. Más adelante, cuando conocí a nuestros vecinos, me hablaron de las diferentes personalidades de sus casas como si hubiera un sencilla frontera entre la vida y los espíritus de los muertos.

La propietaria británica de un hotel, por ejemplo, promovió la «energía poderosa» emitiendo desde su espacioso patio interior con techos abovedados como una de las características deseables de su casa de 500 años de antigüedad. Al otro lado de la calle, frente a nuestra casa, había una puerta estropeada y cerrada de un apartamento donde inexplicablemente nadie había vivido desde que el anterior inquilino fue encontrado muerto unos años antes.

Como en todas las familias que comparten la misma casa, de vez en cuando surgían enfrentamientos entre ambos mundos. Aparentemente la disputa más encarnizada ocurrió en La Casa de Muñecas. Se encontraba a un pequeño paseo desde nuestro apartamento y, en muchas ocasiones, había pasado por delante de dicha casa situada en la calle Jesús Nazareno de camino hacia la Plaza del Cabildo. Cerca había un mirador, el de San Agustín, una iglesia del siglo XVI señalada con las cruces de Jerusalén de los antiguos cruzados, con el propósito desesperado de una campaña local de recaudación de fondos debido a que se encontraba en peligro de derrumbamiento a causa de la humedad que estaba socavando sus cimientos.

Las puertas de madera atornilladas de La Casa de Muñecas, enclavadas en las paredes blancas, siempre estaban cerradas. Un azulejo azul y blanco con el número 12 y una pequeña cruz de los cruzados coronaba las puertas. Cuatro años antes de que nos estableciéramos aquí, una familia de cinco miembros comenzó a expresar sus quejas en el periódico local, Arcos Información, con el titular: «Una familia estable sufre la presencia de espíritus en la casa». De acuerdo con el artículo, la madre dio a conocer su lucha porque estaba harta de un espíritu desaforado, un pequeño muchacho rubio, de unos nueve años de edad y vestido con un mono de época y una camisa de cuadros.

Según la familia padecieron puñetazos, pellizcos, cachetes en la cabeza y empujones por una estrecha escalera. La hija adolescente insistía en que una muñeca colgada de una de las paredes había movido sus ojos y manos, y suplicado: «No me hieras». En la casa, sintieron olas de calor y frío que se intensificaron después de que un vecino se abriera paso a través de una pared que llevaba hacia una cueva. Como prueba, ofrecieron sus expedientes médicos que enumeraban las lesiones e invitaron a los investigadores de fenómenos paranormales a su casa.

Tras un año quejándose, lo que además provocó intensos debates vecinales y años de una considerable cobertura televisiva desde Sevilla, la familia dejó La Casa de Muñecas y finalmente se trasladó a una nueva vivienda en el pueblo, que poseía en propiedad. Algunos vecinos se mostraron compasivos y afirmaron que los espíritus también se encontraban en otras casas de la calle. Otros comentaron a los investigadores que la casa encantada era una treta que ayudó a una familia pobre a conseguir una casa mejor para sus hijos que padecían asma y problemas de salud. Pero no hubo nadie lo suficientemente confiado como para remodelar la casa y regresar a ella.

Tanto si el asunto fue falso como si no, la historia se aprovechó de las supersticiones profundamente arraigadas en Andalucía. Los ruidos y acontecimientos extraños son parte de la vida de un pueblo donde las húmedas grutas conformaban un universo subterráneo. Los pasadizos secretos conectan la cima del pueblo con los túneles que conducen directamente a los patios soleados de las casas a lo largo de dicha cima. Las cuevas oscuras están vinculadas con los miedos primigenios —historias de fantasmas, supersticiones locales, esqueletos enterrados— e influyen en la cultura mística de Arcos.

Cuenta la leyenda que un dragón dormita en el interior de la antigua peña, y hace ruidos a lo largo del peñasco cada vez que se despierta. En las noches de luz de luna, cuenta otra superstición local que una mora vaga por las murallas de la fortaleza de la Plaza del Cabildo. Es el espíritu, según la leyenda y las guías turísticas locales, de una mujer que fue la favorita de uno de los antiguos líderes moros del pueblo, Mohamed Ben-Izrun, quien fue asesinado durante una macabra cena en el siglo XI en la que todos los invitados fueron asfixiados por orden de Al-Mutamid, el rey poeta

de Sevilla. Cuando se enteró de su muerte, la mujer se transformó en un buitre, ansiosa de venganza.

¿Era algún extraño espíritu el que perturbaba a mi propia familia? Cuando compartí el sueño con mi marido, me sorprendí de su respuesta. Me comentó que se había despertado por culpa de una pesadilla en las que los nazis aparecían golpeando a prostitutas.

—Quizás esta antigua casa esté diciéndonos algo, pero además esté intentando acostumbrarse a nosotros —dijo Omer.

—Pero nunca hemos tenido ningún problema en Francia. No recuerdo ninguna charla con nuestra casa de campo de trescientos años de antigüedad.

—Dale tiempo. Es posible que esta casa sea tan antigua que tenga sentimientos.

Por la noche, cuando Arcos se convertía en un lugar de recuerdos vividos, sentía el miedo. Tenía miedo de los que susurraban, de los pronunciados precipicios y de los extraños en la puerta. Durante el día, con la brillante luz del sol, nuestros sueños desaparecían.

Sin embargo, unos pocos días más tarde, tras haber comprado unas velas artesanas de miel en la tienda de cerámica local, Claire dio un grito de repente. Insistió en que la había picado una de las doradas velas de cera de abeja. Al principio no la creí, pero cuando examiné su mano, noté un pequeño pinchazo con sangre en su dedo índice.

Me pregunté si no sería otra señal de que no éramos bien recibidos después del ataque de las abejas en la terraza de la azotea y de los perturbadores sueños. Entonces sentí una oleada de ansiedad como si me hubiera picado. ¿Qué estábamos haciendo aquí? Y me recordé a mí misma de nuevo que estaba aquí por una razón muy sencilla: mi identidad.

Cuanto más intentaba averiguar quienes éramos, más ganas tenía de afrontar el pasado. Quería dragar la verdad de nuestros orígenes. Quería vivir en la tierra de nuestros antepasados, sentir las luchas que todavía habitaban dentro de mí. Quería una conversación con las campanas de Santa María, pero tal vez todo estaba comenzando en nuestra casa blanca.

4

El Crisis

Arcos de la Frontera, 2008

La pesadilla más siniestra del pueblo no fue un fantasma, sino El Crisis. La economía española estaba decayendo y algunos vecinos pasaban por apuros para pagar sus préstamos hipotecarios, las facturas de la basura o incluso las barras de pan. Desde nuestra terraza de la azotea, ahora libre de abejas, divisé unas plantas de marihuana, verdes y relucientes, en maceta, cultivadas en los patios interiores para su venta en la economía sumergida del pueblo.

A medida que la economía se contrajo, a partir de 2008, se marchitaron los principales sustentos del pueblo como la construcción y el turismo. El ayuntamiento de la ciudad pasó por dificultades y canceló los acontecimientos públicos más costosos y se retrasó en el pago de las deudas. El pueblo debía 6.000 euros al sindicato vecino de policías de Bornos, los oficiales que proporcionaban seguridad especial durante la fiesta. Se dejó de pagar a los empresarios locales que continuamente suplicaron a los funcionarios el pago por sus servicios en la instalación de las coloridas luces que parpadeaban y el material para ferias. Otras instituciones públicas cerraron: la piscina cubierta, el centro de día para la tercera edad y un clásico teatro de 1910 con una placa de mármol que indicaba el día de su restauración y de su reapertura a bombo y platillo en 1993 por la Reina Sofía de España.

¿Cuándo acabaría la crisis económica? Golpeó al pueblo como la

plaga, la Peste Negra, que permaneció en la ciudad durante casi diez años en la mitad del siglo XVII, sin cura alguna a excepción, quizás, de un milagro.

Después de haber pagado la factura del agua en la oficina municipal de la localidad, el funcionario me enseñó una pila de avisos de pagos retrasados sobre su escritorio y me señaló otra caja con más sobres.

—Yo tengo desactivada el agua —dijo una mujer con total naturalidad mientras permanecíamos de pie en fila ante la oficina postal, con su desgarradora vista del valle.

—¿De verdad? —expresé.

—Estamos usando el agua de pozo. Funciona bien —contestó, refiriéndose a los antiguos pozos de agua de lluvia de los patios interiores.

Era pleno verano, repleto de tórridas tardes, cuando el sol abrasador únicamente podía ser vencido por el aire acondicionado o por el lento sorbo de un frío gazpacho coronado con unos cubitos de hielo derretidos. El chasquido del abanico pintado a mano era una medida contra el calor, mujeres que metían la mano en sus bolsos en busca de un abanico para agitarlo sobre sus rostros mientras buscaban refugio en la sombra.

Durante el verano no se hacía oscuro hasta casi la medianoche y nos guiábamos por las campanas de Santa María, nuestro sentido del tiempo se había transformado. Llamábamos al mediodía, mañana, y a las 20:00 horas, tarde; mientras salíamos a cenar a las 22:00 horas. Los espectáculos locales de flamenco en los restaurantes anunciaban su hora de inicio a las 22:30, pero nadie daba señales de vida hasta cerca de la medianoche, de hecho espantaba a los enojados turistas de Francia y Alemania que no se daban cuenta de que retrasar las actuaciones era una vieja costumbre para aumentar el volumen de pedidos de tapas y bebidas.

Saboreé esta vida. Me gustaba sentarme durante las largas y azules noches de verano en la terraza exterior del Bar Hostal Zindicato, en un edificio que había sido un puesto de avanzada durante la dictadura de Franco. Me gustaban sus tapas a dos euros: brochetas de langostinos con beicon, berenjena rellena y carne de cerdo ibérico servido en pequeños platos blancos. Me gustaba

observar las grandes familias reunidas alrededor de las mesas, atestadas de tubos de cerveza dorada Estrella Damm y vasitos repletos de sopa de ajo y diminutos caracoles. Me hubiera gustado adivinar cuántas generaciones habían vivido en la cima de Arcos de la Frontera y cuántas más seguirían permaneciendo. Permanecer en un lugar, era una idea tan exótica.

Era la época en la que los patrones de inmigración se invertían y los trabajadores de la construcción españoles se dirigían a Francia en busca de trabajo mientras sus mujeres recogían la uva verde de los viñedos locales, un trabajo agotador bajo el implacable calor que generalmente cedían a los desesperados extranjeros procedentes de Guatemala y Ecuador. Una vecina, María José, se acercó a mí llorando para solicitarme dinero prestado para comida. Tenía unos 30, era una mujer menuda con tres niños y la tercera generación en su familia que vivía en Arcos. Tenía nueve hermanos y hermanas, y tanto su marido, Juan, como su padre habían perdido el trabajo durante la crisis cada vez más extendida. La mayoría de hombres de Arcos prosperaron durante el auge de la construcción, Juan entre ellos; todas las mañanas a las cuatro y media, en la oscuridad, subían a un microbús privado y conducían hacia el norte para trabajar en alguna obra de construcción de Sevilla.

Cuando María José vino a mí, ella y Juan habían estado esperando angustiosamente el dinero que les debía un constructor de Sevilla que había desaparecido tras unas puertas cerradas y había eludido a los desesperados hombres que suplicaban por su dinero. Me comentó que le daba demasiada vergüenza pedir ayuda a sus padres porque también estaban pasando apuros; su padre había sido despedido por el gigante de tiendas de comestibles Carrefour de la localidad.

Le entregué algo de dinero antes de descender de la peña para comprar bolsas de arroz, aceite, tomate y huevos. Más tarde regresó con un bol de cerámica cubierto de papel de aluminio que rebosaba gazpacho frío. Cuando su jardín, a las afueras del pueblo, creció y estaba preparado para la cosecha, trajo unos enormes tomates y tiras de pimientos verdes picantes. De alguna manera, los cinco miembros de la familia se administraban para sobrevivir con la ayuda de desempleo de unos 600 euros al mes.

La crisis era tan profunda que un día volvió a llamar a mi puerta

en busca de ayuda. Le entregué más dinero, pero me pregunté con sentimiento de culpa si era lo suficientemente escéptica. ¿Era el instinto del superviviente? ¿Era amistad genuina? No sabía en quién confiar. No le conté nada a mi marido sobre sus peticiones, no hay duda de que él hubiera tenido una visión más severa. Aun así, sabía que había estado intentando encarecidamente conseguir dinero, preparando el uso compartido del coche con otras mujeres para recoger la uva para la vendimia, trabajos que antaño rechazaban los españoles.

Las dificultades económicas no llegaron a afectarme en España, tenía mis propios ahorros en Francia. Pero no podía ignorar lo que veía a mi alrededor, aun cuando estaba totalmente ensimismada en mi propia búsqueda por la información sobre mi familia.

En medio de El Crisis, no era el momento más adecuado para acribillar a las personas con preguntas sobre las antiguas dificultades en el pueblo durante la Inquisición. Era un tema delicado que no se podía abordar con facilidad porque muchas personas preferían olvidar ese lado del pasado del pueblo.

Pero siempre me habían atraído los misterios. Y algo aquí me atraía hacia el estremecimiento de lo que Virginia Wolf llamaba «la extraña ansia humana por el placer de sentir miedo».

El silencio sirvió durante mucho tiempo como una táctica de supervivencia en Arcos y el sur de España, donde los andaluces vivieron bajo la brutal represión de los duques a los dictadores. Era una habilidad que había ido pasando a lo largo de las generaciones, tanto como en mi propia familia. Un verano visité las ruinas de piedra de una iglesia dominica en el sudeste de España, cerca de Níjar, un pueblo con una arraigada costumbre de secretismo.

Los desmoronados restos de la iglesia se encontraban a kilómetros de la carretera principal en un camino de tierra. Pero una señal del paisaje indicó que fue inmortalizado por Federico García Lorca en su obra Bodas de Sangre. El trabajo se basó en un asesinato ocurrido en 1928 y provocado por una novia rural con una herencia, que escapó con su verdadero amor, su primo hermano, durante la mañana de su boda con otro hombre. El encuentro fue organizado por la hermana de la novia y su marido, quien además era el hermano del futuro novio y salía ganando con la unión de las dos fincas. La pareja ultrajada persiguió a la novia

fugitiva a pocos kilómetros de la iglesia, mató al novio de tres disparos y estranguló a la novia, que se hizo pasar por muerta para sobrevivir.

Lo que me fascinaba del crimen era que la muerte se convirtiera en parte de la historia de la literatura española. La dividida familia rural de la novia se negó en rotundo a hablar con franqueza de los acontecimientos durante más de ochenta años. La novia, Francisca Cañada Morales —que fue retratada como una heroína por García Lorca— continuó viviendo entre ellos y nunca se casó. Murió en 1987 a la edad de ochenta y cuatro años, pero con la muerte el pueblo añadió otro secreto. Fue enterrada en uno de los cementerios cerca de Níjar bajo un nombre falso.

Me gustaría creer que soy una aventurera en Arcos de la Frontera, descubriendo secretos. Pero el principio de mis indagaciones me llevaron a locales muy poco glamorosos: la biblioteca pública, el cementerio municipal, las catedrales y las calles grises y melancólicas del pueblo. Quería entender la dura experiencia de las personas que ocultaban a la vista de todos el constante miedo de la perfidia de los vecinos: susurros, ser observado, miradas sospechosas y un aroma de traición en el aire.

Lentamente junté los fragmentos de información sobre mi propia familia, me beneficié de los meticulosos registros de la Oficina de la Santa Sede, que hizo una lista de los judíos sefardíes después del siglo XV. En la lista aparecieron los apellidos esparcidos por todo el árbol familiar del lado de mi abuela, Mamita, Angela Chacón, y de mi abuelo, José Carvajal. Algunos nombres eran tan antiguos que no había oído nunca hablar de ellos, como Rafael Mogeizmes Fajardo, un subgobernador de Costa Rica que murió en 1775.

Busqué por los legajos o los archivos escritos a mano de la Inquisición desde el siglo XVII que exploraban la vida de los judíos conversos en Arcos. Un converso vivió a escasos bloques de nosotros en el borde del acantilado,

Pedro Rodríguez de Acosta, un sombrerero y mercader de lino e hijo de un importante rabí. Fue acusado de practicar el judaísmo en 1691 después de que un vecino se diera cuenta de que se no quitó el sombrero al paso de la imagen religiosa de Jesús.

Siglos más tarde, a lo largo de las sinuosas callejuelas de nuestro vecindario, seguía sin haber escapatoria de las atentas miradas. Los

vecinos sabían que habíamos llegado en el momento en el que subimos nuestras maletas por la colina. Conversaciones llevadas a cabo desde las terrazas de la azotea. Secretos que vagaban a lo largo del camino. Pudimos percibir lo que los vecinos estaban cocinando para cenar por el olor del guisado de albóndigas, cocinadas con salsa de tomate, o por el aceite caliente usado para freír las patatas de la tortilla española. Pudimos oír las peleas de nuestros vecinos, sus miedos, triunfos y canciones.

Desde las ventanas de mi sala de estar, pude ver a dos hermanos que vivían uno al lado del otro sin intercambiarse la palabra durante años. La terraza exterior del hermano mayor, Juan, daba a la azotea de Jesús. Por eso Juan podía oler el humo de los cigarros de su hermano y observar cómo su cuñada se encontraba en un estado avanzado de embarazo.

La mujer de Juan, María José, estaba lo suficientemente cerca como para salpicar con gotas dispersas desde la piscina de los niños en la azotea a su cuñado, quien maldijo al sentir el agua sobre él. El disparo de salida en la guerra fría de la familia fue sorprendentemente pequeño. El bebé de Juan volcó un vaso. Jesús le maldijo. Después el silencio se hizo entre los dos hogares, al negarse ambos hermanos a ceder y pedir perdón.

Junto a los hermanos había un emigrante colombiano a quien vimos paseando un cochecito por la pendiente. Un día desapareció, entre los titulares del barrio de que había golpeado a su ex mujer. La vimos posteriormente en el mercado de la esquina de Paco, una institución esencial en la empinada colina dirigida por tres generaciones, Paco, su padre y su abuelo. Habían cambiado recientemente la calculadora por una caja registradora y Paco estaba muy orgulloso de los nuevos recibos. Cuando compré una porción de queso El Capitán, no pude evitar fijarme en que la garganta de la ex mujer del colombiano estaba marcada con lo que parecía un sombrío collar de moratones.

Calle abajo se encontraba el autoproclamado alcalde de la calle, a quien opté por llamar Monseigneur. Sabíamos que se había jactado a un recién llegado de que estaba a cargo de esta esquina del pueblo por culpa de su hinchada cartera inmobiliaria de propiedades. Mantuvo a los vecinos a raya al llamar a los corpulentos conductores de las grúas municipales para que se

llevaran todos los coches mal aparcados en el carril. Una noche descendíamos por la empinada colina en dirección a la antigua puerta de la ciudad de Matrera Abajo para descubrir que nuestro coche de alquiler había desaparecido. Encontramos un trozo de papel en el suelo, la única pista de que la policía se lo había llevado a la comisaría.

A la mañana siguiente, le pregunté a uno de los vecinos, que se encontraba con el torso al aire y con su caniche en los talones, mirando fijamente hacia el hipnótico paisaje del río Guadalete.

—¿Qué le ocurrió anoche a mi coche? No estaba cerca de la señal de «no aparcar».

—El vecino —dijo, señalando con la cabeza hacia una de la casas encalada de dos pisos y apoyándose en ella, la casa de Monseigneur—. También me lo hizo a mí, y su padre solía hacer lo mismo antes que él.

Mentalmente me imaginé llamando a la puerta de Monseigneur y enfrentándome a él por su mezquindad. Sin embargo decidí que me consumiría demasiada energía y quería convivir en paz con mis nuevos vecinos. Por eso me tragué mi enfado y pagué la multa de unos 40 euros. Pero no pude evitar pensar en el pasado del pueblo. ¿Qué ocurría si un vecino en el que confiabas y veías todos los días te denunciaba a un verdugo por algo tan insignificante como no saludar con el sombrero?

En lo alto de la peña de Arcos de la Frontera, la justicia era una fuerza flexible, y Monseigneur ejercía el poder de atraer la atención de la policía local, quien de manera rutinaria ignoraba otras infracciones, como a los motoristas pasando rápidamente sin casco mientras transportaban criaturas con la cabeza descubierta y perros. Me asombraba cuanta gente era capaz de caber en una moto, cuatro era el récord, y la variedad de tareas que se podían realizar mientras uno conducía: fumar un cigarro, conversar por el móvil, lamer delicadamente un cucurucho de helado. Escuchábamos el insistente estruendo que hacían al girar la curva de nuestra calle y después un chasquido al dejar la motocicleta en punto muerto para ahorrar gasolina mientras descendían por la cuesta.

—No hay leyes aquí en Arcos —me dijo Ana, una tendera con tres niños que vivía a las afueras, en una zona más moderna de la ciudad—. Hay policía, si los conoces —después, se encogió de

hombros.

A medida que la crisis económica se apoderaba del pueblo, la policía comenzó a ser más exigente. Sancionaba severamente con multas, aparentemente para aumentar los ingresos municipales, así que los motociclistas comenzaron a lucir sus cascos. El molesto runrún de las motos también empezó a desvanecerse, la gente ya no podía ahorrar para comprar gasolina.

Vigilando el desfile de motocicletas se encontraban los vecinos de nuestra calle. Un eficaz grupo de ojos pertenecían a Antonio, un hombre fornido y parcialmente calvo, cuyos conjuntos veraniegos tendían hacia las camisetas interiores blancas sin mangas. No estaba segura de qué más solía llevar porque nunca lo había visto en otro lugar que no fuera la ventana del segundo piso. Aparecía ahí con la misma regularidad que el repique de las campanas como si se tratara del vigilante no oficial de la calle, apoyaba sus manos sobre la repisa mientras guardaba vigilia sobre la suave curva de la calle.

Una noche, mientras Antonio hacía la ronda desde su ventana, me presenté estando de pie dos pisos más abajo. Respondió con una familiar expresión andaluza.«Conocemos todos», me dijo con un simple movimiento de la mano.

Ya en el siglo XIV, los habitantes más necesitados del pueblo vivían en nuestra colina, lejos de los pudientes que reclamaron la cima más cercana a la iglesia de Santa María que se encontraba en su punto álgido. Las enormes casas, con peldaños de mármol coronados por escudos de armas tallados, eran propiedad de familias adineradas que presumían de ser inmunes a las plagas. Y por ello se negaron a blanquear sus casas como hacían los habitantes más humildes, como una forma de protección contra la propagación de la enfermedad.

En Arcos de la Frontera, se podía blanquear prácticamente todo: las casas, la tragedia, la historia. Tradicionalmente, las casas de los pueblos blancos se recubrían anualmente con cal, una pasta fina de cal y agua que reflejaba el abrasador sol de España. Además tenía una cualidad antiséptica, primordial durante la época de plagas, porque podía matar la bacteria con su leve alcalinidad.

Sin embargo, había algo relacionado con el calor abrasador que hacía que los habitantes de Arcos se obsesionaran con el color blanco purificante. Las personas no pensaban en otra cosa más que

en recubrir sus casas dos veces al año. En una ocasión pude ver con cierta incredulidad cómo un vecino pintaba sus paredes hasta cubrir las coloridas tejas de blanco.

Nuestro vecindario se encontraba a escasa distancia de un enorme arco blanco en la entrada del casco antiguo, conocido como Puerta de Matrera, donde la última de las cuatro torres de la ciudad, la Torre de la Tradición, todavía permanecía en pie. Las torres habían sido fundamentales para la defensa de la ciudad bajo el reinado moro; el pueblo cayó en 1255 cuando los invasores cristianos consiguieron hacer una brecha en la Torre de la Traición. La puerta se convirtió en la puerta trasera de los pueblos despreciados, como judíos y gitanos. Estos últimos fueron expulsados de Arcos en 1587, casi cien años después de los judíos. Se les concedió dos días para abandonar el pueblo bajo pena de enormes multas.

Desde el arco, la Virgen del Pilar miraba hacia la calle, sus pies estaban cubiertos con camelias de plástico. En el siglo XV, la mayoría de las casas blancas situadas al otro lado del arco pertenecieron a propietarios judíos. No obstante, sus casas fueron confiscadas después de 1492, año del edicto de la expulsión de los judíos de España y Arcos. Los inquilinos judíos de Arcos lo tenían todo bien planificado para poder escapar. Una de las casas más antiguas, situada cerca de la torre de la calle Matrera Abajo, poseía un estrecho pasaje subterráneo con una trampilla secreta que cruzaba por debajo de la calle Cardenal Spínola y llevaba hasta la escalera que conducía por la dentada peña de Arcos de la Frontera hacia la parte inferior del valle. Al borde del acantilado había otras casas con sus respectivos túneles, además de una enorme cueva utilizada como una sinagoga judía secreta con una salida posterior en la roca.

Nuestra pequeña casa también sirvió para otros menesteres durante el siglo XVI, cuando los barrios de prostitución conocidos como mancebías públicas eran frecuentes en toda la España antigua y nuestro barrio fue la zona más pobre de la villa. La reinante aristocracia necesitaba entretenimiento para sus jóvenes soldados que ayudaban en la guerra contra el enemigo moro. En nuestro pueblo, los primeros duques de Arcos de la Frontera controlaron el barrio rojo, el grupo de casas que hoy vigilaba Antonio y en aquel

momento lo hacían las madres y los padres de las mancebías, quienes se aseguraban de que aquellos que entraran tuvieran la edad correcta, es decir, debían cumplir con el requisito de la «edad de amores».

Cuando el personal de construcción solo dejó las paredes de mi casa durante la remodelación, le comentaron al propietario que la casa de Callejas había sido construida por judíos debido a su localización y a la manera en que había sido diseñada pero, aparte de esto, el dueño no disponía de más información. Una noche, cuando todavía estábamos conociendo nuestro hogar, caí en un profundo sueño en el que me encontraba en un antiguo burdel y soñé.

Soñé que estaba con un hombre y una mujer que estudiaban con inquietud los escarpados acantilados de abajo y, a lo lejos, el frío y verde río Guadalete. Las pequeñas figuras oscuras se abrieron camino al alba hasta la profunda roca de la Peña Vieja. Dentro había un frenesí de movimientos de pánico mientras reuníamos pan, queso y mantas. De repente, se oyó un golpe y voces en la puerta. Alguien apagó la llama de la vela.

Me desperté, sintiéndome aliviada de haber podido escapar del sueño. Aún sentía la ansiedad, aunque extrañamente me complacía. De alguna manera primitiva, estaba conectando con el pasado.

5

La búsqueda

Jouy-le-Comte, Francia, 2003

Unos meses antes de descubrir Arcos, o incluso de que supiera su nombre, recibí dos enormes sobres que fueron metidos a presión en el buzón de mi casa de campo de piedra en Francia.

Estuve todo un día sencillamente ignorándolos, con sus sellos en azul y rojo brillante del equipo de fútbol nacional de Costa Rica; no estaba segura de querer leer el contenido. Los sobres permanecieron cerrados junto a una pila de facturas, haciéndome señas desde un mundo al que no estaba segura de querer entrar. Pero de vez en cuando miraba los sobres pensando que había llegado el momento.

Unos días después de que llegaran, decidí finalmente abrir el primer sobre ligero, no se produjo un gran dramatismo, solamente encontré una sencilla explicación por parte de la prima hermana de mi padre, Cecilia Carvajal Valverde. «Con respecto al tema de los Carvajal», escribió en español con su letra de molde, «siempre es complicado, como es habitual, con nuestra familia».

Su madre, una diminuta mujer de cabellos plateados con unos profundos ojos marrones de lechuza, fue la encargada de proteger los secretos, y se llamaba Luz. Fue mi tía abuela, murió en 1998 de un ataque al corazón. Como es natural, nunca importuné a tía Luz para preguntarle sobre nuestra familia cuando estábamos sentados alrededor de la mesa de comer en San José, Costa Rica, mientras comíamos el plato tradicional de gallo pinto, con alubias negras

mezcladas con arroz y huevos.

«Mamá era la única que sabía algo y solía decir que nuestros orígenes procedían de los "sefarditas"», escribió Cecilia, utilizando el nombre que se daba en Costa Rica a los judíos sefardíes.

Reaccioné a este cambio en el caleidoscopio de la historia familiar con sorpresa y alivio. Cabía la posibilidad de que esto explicara por qué siempre tenía dudas. Me negué a pensar en los rosarios recitados, las genuflexiones, los escapularios desgastados cerca del corazón y en el sabor como de papel de las hostias para una religión que posiblemente no era la nuestra.

Había tanto en el catolicismo que me encantaba, para bien o para mal, que llegó a convertirse en parte de quien yo era. Podría haber desconfiado del poder oscuro y de la historia de la Iglesia en ciertas ocasiones, pero seguí siendo agradecida con las eficaces monjas de Notre Dame que me enseñaron a leer. E incluso como adulta, saboreé el olor del incienso de la iglesia y la reconfortante humedad de la capilla del siglo XII en nuestra casa de campo francesa donde Juana de Arco había dejado dos pequeños crucifijos como prueba de su visita.

Cecilia aportó un poco de información adicional al sugerirme que debía localizar un escurridizo árbol genealógico que había preparado mi tío abuelo Rodrigo quien había muerto hacía mucho. De acuerdo con la tradición familiar, se había trasladado a Puerto Rico y se había rediseñado a sí mismo como un marqués español de Zamora a través de la línea familiar de mi bisabuela paterna Albertina Pérez Mora. Mi tía Ligia Carvajal, la más joven de los hijos de mi abuelo con su tercera mujer en Costa Rica, recordaba los sarcásticas bromas sobre el título de noble. Pero no tenía ni idea de lo que había ocurrido con el árbol genealógico del tío Rodrigo.

«Recuerdo a mi padre hablándome sobre este idiota de la familia, un primo, que había pagado un viaje a España y había pasado meses en las bibliotecas realizando un estudio genealógico de nuestra familia. Pensó que podría heredar el título. Pero Rodrigo fue el gran ganador, vivió toda su vida como un noble, cuando en realidad había sido mi padre quien había heredado el título por ser el hijo mayor. Ahora que lo pienso, eso significa que tu padre ha heredado el título ahora.»

El marqués de Zamora. Fácil de decir. Por eso llamé a mi padre,

Arnoldo, aunque a sus setenta años había perdido la o y optado por el nombre de Arnold.

Mi padre no recordaba ninguna conversación sobre los orígenes religiosos de la familia o sobre el título familiar, a pesar de que se había convertido en el jardinero que cuidaba del árbol genealógico, y de manera incansable compilaba volúmenes encuadernados de investigación genealógica por cada uno de sus seis hijos. En otro momento posterior me acerqué a mi tía y madrina, Eugenia, o Jeannie, que viajaba con frecuencia entre San Francisco y Costa Rica, y le pregunté si sabía algo.

—Lo siento —me dijo tía Jeannie durante una comida familiar en el campo que celebrábamos anualmente durante el otoño en el Área de la Bahía—. No sé nada sobre este tema. Tienes que entender aquella época. No era algo de lo que quisieran hablar.

Este desconocimiento, sobre si éramos descendientes de judíos que se remontaban a la Inquisición, equivalía a un abismo del olvido.

Tras darme con la pared, comencé a solicitar libros poco comunes que hacían un seguimiento de la historia menos conocida de la nación de Centro América, Costa Rica. Este es un pequeño país tropical comprimido entre Nicaragua y Panamá, con una población pacífica que ha sobrevivido durante generaciones sencillamente porque ha sabido olvidar. Cuando un anciano Cristóbal Colón zarpó de la bahía de Cádiz en 1502 tras su cuarto y último viaje a América Central, llevaba una tripulación poco usual, cincuenta y dos familias de judíos conversos obligados a renunciar a su religión si permanecían en España. La aventura no fue su ambición. La tripulación salió con destino al Nuevo Mundo para salvar sus vidas y alejarse de la iglesia española.

Los españoles que anclaron en las costas orientales de Costa Rica el 18 de septiembre de 1502, se refugiaron cerca de Limón en la costa del Atlántico durante diecisiete días. Se convirtieron en la prematura vanguardia de los judíos sefardíes que habían huido de España durante el paso de los siglos, y que se dispersaron por culpa del edicto español que expulsaba a todos los judíos que se negaran a convertirse. Los conversos se dispersaron por el Mediterráneo, vagando hasta los Balcanes y el Imperio Otomano y por Sicilia, Cerdeña, las Azores, Madeira, las Canarias, México, América del Sur

y América Central. Por regla general prosperaron como mercaderes, banqueros o comerciantes internacionales y tendían a proteger sus tradiciones religiosas secretas a través de la endogamia y el matrimonio con otras familias conversas de confianza.

Algunos se asentaron en la costa atlántica de Costa Rica, en Puerto Limón, seguidos de pequeños granjeros de Andalucía que ayudaron a dar forma al acento español del país de habla clara y suave. Muchas familias numerosas de Costa Rica se pueden remontar quince generaciones a un pequeño núcleo de unos cien conquistadores españoles que emigraron allí entre 1561 y 1599. Por esa razón, los investigadores consideran a la pequeña Costa Rica, junto con Islandia, un recurso internacional poco común para estudiar los patrones genéticos y las enfermedades hereditarias como la esquizofrenia o los trastornos bipolares.

Uno de los conquistadores españoles clave fue Juan Vásquez de Coronado, quien en 1562 dirigió un grupo de ochenta soldados españoles a Costa Rica para convertirse en el primer gobernador y en el creador de la nación, un legado que todavía hoy perdura. Su tío, Francisco Vásquez de Coronado, también fue explorador, recorrió Nuevo México y se casó con una judía conversa, cuyo padre fue el tesorero público en las nuevas colonias. Vásquez fue uno de los principales patriarcas de la población de Costa Rica; los estudios genealógicos muestran que sus descendientes dominaron la clase dirigente durante generaciones: casi treinta jefes de estado y más de doscientos miembros parlamentarios.

Entre los ochenta soldados que se unieron a Juan Vásquez de Coronado se encontraba Antonio de Carvajal, cuya mujer, Ana, y su hija, Isabel, viajaron con él. Con el tiempo se convirtió en el gobernador interino de Costa Rica tras la muerte de Vásquez de Coronado en un naufragio en 1565. Además en ese mismo grupo de 114 conquistadores que colonizaron Costa Rica se encontraba Alonso Fajardo, un antepasado de mi abuela Mamita.

Para los judíos exiliados, los nuevos territorios se convirtieron en el refugio de la burocracia oficial de la Inquisición, que estaba presidida por dos órdenes de religiosos, los franciscanos y los dominicos, desde sus centros en España, Perú y México. Tras el descubrimiento de Costa Rica, el conquistador español Diego de Artieda Chirinos reclutó más de trescientos conversos de España

para comenzar nuevas colonias. Zarparon en dos barcos desde Sanlúcar de Barrameda en 1575.

Ese legado se cita a menudo para explicar la cultura única de Costa Rica, desde su simbólica devoción por el catolicismo comparado con otros países de la región hasta una de sus tempranas banderas nacionales, una estrella de seis puntas que ondeó entre 1823 y 1824. En aquel momento, muchos locales mantuvieron una relación fría con la Iglesia. Durante el siglo XVIII, el obispo de Nicaragua era el encargado de castigar a los habitantes de Costa Rica. Este obispo excomulgó a la población entera por el alto porcentaje de españoles que consentía la misteriosa costumbre de colonizar lejos del escrutinio de las iglesias locales.

La cólera fue resultado del hecho de que muchos habitantes de Costa Rica fueran judíos conversos que evitaban resueltamente a la Iglesia Católica. También fue una costumbre que siguió mi abuelo, El Gato, quien nunca asistió a misa, menospreciaba a los sacerdotes y evitó acudir a los servicios incluso cuando mi padre hizo su primera comunión.

Hoy en día, algunos destacados políticos nacionales de Costa Rica y sus mujeres son descendientes de judíos, entre ellos el antiguo presidente Luis Alberto Monge, cuya sobrina Giselle Monge-Urpí escribió un libro sobre este tema llamado Descalzos en Palmares: Los Cripto Judíos en Costa Rica. Fue una copia de ese libro azul lo que mi prima Cecilia me envió, junto con su carta original explicando que nosotros también éramos descendientes de judíos. Fue información que acepté, una carta que anudé con una cinta amarilla y guardé en el cajón de un antiguo escritorio para reflexionar con posterioridad. Cambiar de religiones no era algo que se pudiera hacer en un día.

Me gustaría mirar la carta muchas más veces, desplegar el papel fino y delgado y plegarla nuevamente, para después anudarla con el lazo cuidadosamente, como si este ritual, de algún modo, hiciera que esta información formara parte de mí.

La respuesta de mi prima Cecilia parecía muy informal y con el mínimo de información. Cuando con posterioridad volvió a Francia, la acribillé con más preguntas, pero siempre tuve la sensación de que no podía ofrecerme nada más para convencerme de que esa era definitivamente la verdad. No era suficiente para mí, para cambiar

mi vida. Como era habitual, tenía dudas.

Un investigador y filósofo israelí, Schulamith Chava Halevy, quien estudió a las familias en México y en la parte suroeste de los Estados Unidos, descubrió que, por regla general, los descendientes de familias conversas sefardíes habían transmitido su historia secreta de diversas maneras pero discretamente. La actitud de Cecilia encajaba de algún modo dentro de la categoría de «transmisión informal», había pasado la información de manera breve y sin emoción. En realidad, el investigador citaba numerosos ejemplos de familias que utilizaban variaciones de un mismo idioma, como «somos hebreos» o «somos sefarditas» para «somos judíos».

Lo más típico, de acuerdo con Halevy, es que un familiar de una generación más joven comenzara a preguntar y normalmente acabara haciendo referencia a una tía anciana que se supone es el guardián de la historia familiar y la genealogía. Normalmente, las ancianas eran las encargadas de las tradiciones orales porque eran más conservadoras y se involucraban menos en grupos organizados que pudieran descubrir sus actividades, según Halevy.

La curioso era esperar a adivinar la verdad, en parte, por nosotros mismos o, al juntar las piezas como si de un rompecabezas se tratara, por el significado de los rituales y costumbres familiares.

—¿Somos judíos? —el investigador citó a un joven del sudoeste que se enfrentó a su padre. Y el padre respondió:

—No preguntes. Piensa.

Y este fue el enigma de la respuesta que Cecilia me dio cuando me envió el libro azul. Era una pequeña historia de los criptojudíos de Costa Rica, un término aplicado a las personas que practicaban su religión en secreto. En hebreo se les conocía como B'nai Anousim, los obligados. En la parte posterior del libro azul, Cecilia me había enviado una lista con docenas de familias sefarditas de Costa Rica, incluyendo la mía propia, Carvajal. Estudié minuciosamente los demás apellidos, contando los nueve de nuestro árbol genealógico e incluyendo el apellido de mi abuela, Chacón; su abuela, Solis; la abuela de mi padre, Pérez; y el apellido de mi prima Cecilia, Valverde.

Busqué en mi memoria pruebas olvidadas hasta recordar una llamada de teléfono que había recibido hace algunos años de una

escritora freelance de Florida que me había encontrado a través de los pies de autor de mi periódico. Me comentó que estaba escribiendo una novela sobre la familia Carvajal de México. «¿Alguna relación?», me preguntó.

Confusa, me disculpé y le confesé que no lo sabía, sin embargo, de manera desinteresada, me ofreció información sobre los Carvajal de México, y sobre ellos escribí y excavé años más tarde cuando me embarqué en mi propia búsqueda. Fue ella quien me comentó que los archivos de la Universidad de California en Berkeley albergaban una magnífica colección de documentos de juicios de la Inquisición que tuvieron lugar en el territorio español de México. Los archivos, comentó, documentaban las vidas secretas como judíos de la familia Carvajal.

Fue extraño, y tentador, que esos tomos antiguos, estropeados y encuadernados en piel se encontraran a cuarenta y cinco minutos de distancia en tren de la casa en la que pasé mi infancia en Lafayette, California. Además Berkeley fue mi alma mater y allí conocía a una portavoz de la universidad, Kathleen Maclay, una ex compañera de mi carrera como joven reportera en Contra Costa Times, un periódico local que cubría el área este de San Francisco.

Cuando me puse en contacto con ella en 2006, Kathy se ofreció para hacerme de guía en los archivos, alojados temporalmente en habitaciones mientras el edificio permanente se estaba acondicionando a prueba de terremotos. Me presentó a varios conservadores, quienes me explicaron la reciente historia de los excepcionales documentos que habían salido a la luz en la Feria Internacional del Libro Antiguo de California en Los Ángeles en 1996 por un rumor entre los anticuarios. Los documentos de la Inquisición abarcaban un período que iba desde 1593 hasta 1817, fin del período colonial de España en México. Según me informaron fue una familia anónima mexicana quien había guardado los documentos hasta el siglo XIX.

Todos los documentos estaban disponibles en microfilm pero, aunque los académicos habían estudiado los documentos de la Inquisición con meticulosidad, no se conocía ninguna publicación. Un anciano profesor de historia colonial mexicana visitaba las estanterías con frecuencia pero murió antes de haber publicado algo sobre estos documentos.

Cuando los coleccionistas de libros informaron a la Biblioteca Bancroft sobre el rico tesoro, los funcionarios de la universidad rápidamente atrajeron a antiguos alumnos adinerados con el fin de recoger el dinero necesario para comprar los sesenta y un volúmenes de México. Todos los volúmenes se habían conservado pero su estado era demasiado frágil incluso para un uso ocasional. Cuando pregunté a los conservadores quien había salvado los archivos de la Inquisición durante siglos, solo pudieron aportarme algunos datos sueltos. Había oído que una familia mexicana los había guardado durante dos siglos, pero el anticuario distribuidor que negoció la venta con la universidad se negó a que le entrevistara. Los valiosos documentos sobre la familia Carvajal, que incluían una memoria y unas cartas importantes, desaparecieron misteriosamente, según los investigadores, en 1932 pero reaparecieron posteriormente junto con otros documentos sobre juicios en 1996.

El misterio permaneció en mi mente mientras el conservador me llevaba a la sala de reuniones, donde una antigua prensa de madera estaba puesta de pie en una esquina. ¿Quién conservó los archivos durante siglos y por qué razón? Mi propia familia había protegido sus secretos tan celosamente que los habían perdido. ¿Estos Carvajal eran parientes?

Sobre una amplia mesa de madera, el conservador depositó dos cuñas de espuma, para desenrollar con cuidado un legajo, un documento de piel de color amarillenta, un papel frágil envuelto en cuero desgastado de color marrón oscuro y anudado con un lazo. La sala estaba en silencio y se podía oír el chasquido de mis tacones contra el suelo. El legajo parecía tan frágil que me daba miedo pasar las páginas. Los bordes estaban dañados y las páginas moteadas. El nombre de Isabel Carvajal, escrito a mano con una impresionante curva en la j, dominaba la primera página. El resto del legajo estaba garabateado con filas oblicuas de una bonita caligrafía en negro, salpicada de unos puntitos marrones dejados por las polillas. Entre las líneas aparecían enormes agujeros de diversa forma, legado de la tinta de hierro utilizada en aquella época, realizada con pasta hervida de parásitos del roble y agua. Cuando la mezcla era demasiado fuerte, la tinta cauterizaba las páginas.

Los funcionarios de la biblioteca consideraban estos legajos como «uno de sus grandes éxitos», según Anthony Bliss, el conservador de Bancroft de unos manuscritos literarios excepcionales.

Bliss, la tercera generación de su familia que se ocupaba de antiguos manuscritos, observó la sección con sus gafas doradas y su chaqueta de pana con coderas de piel. «No hemos aprendido nada y lo hemos olvidado todo desde la Inquisición», afirmó mientras admiraba las páginas de elegante escritura española. «Pero tenemos estos archivos aquí y los mantendremos a salvo durante siglos, siempre preparados para que alguien aprenda de ellos».

Toqué el legajo levemente con el fin de pasar las páginas. Experimenté una sensación eléctrica en la yema de mis dedos mientras sentía la tinta de algún mordaz y meticuloso inquisidor que se había enfrentado a Isabel de Carvajal. ¿Llevaría puesto un capirote mientras documentaba las pruebas familiares más importantes en su contra? ¿Podría Isabel leer en los ojos de su inquisidor a través de las aberturas de la caperuza?

Los legajos componían la documentación sobre los procesos, o juicios, que sufrieron Isabel de Carvajal y su hermana, Leonor, acusadas de herejía y de judaizar, desarrollados en la ciudad de México. Los documentos esbozaban la vida de Isabel, una costurera viuda e hija de una importante familia española que había dejado Benavente, en la Península Ibérica, por las colonias españolas del norte de México, conocidas con posterioridad como Nuevo Reino de León, o Nuevo León, una enorme concesión de tierras que se extendía por las regiones del sur de los Estados Unidos y el estado mexicano de Coahuila, con Saltillo como ciudad principal. El rey de España, Fernando II, concedió esta tierra al tío de Isabel Carvajal, Luis de Carvajal y de la Cueva, en 1578. Y de acuerdo con los historiadores, más del cincuenta por ciento de los 170 colonizadores originales tenía un pasado judío.

Isabel y su familia huyeron de España hacia las colonias, como decidieron miles de judíos secretos que eligieron el exilio y la privación frente a la conversión a manos de la Inquisición. El gobierno real había tratado de impedir este éxodo a las colonias españolas al prohibir la emigración de conversos pero el ingenio de los exiliados permitió eludir la prohibición a través de sus contactos

y de sobornos bien aplicados.

Los volúmenes de piel de la colección Bancrift relataban las mundanales vidas de hombres y mujeres cuyas triviales costumbres llamaron la atención de sus vecinos, provocando las acusaciones de herejía por practicar rituales judíos en secreto. El testigo dio a conocer que los crímenes de Isabel eran el uso de ropa de cama e indumentaria limpia los viernes por la tarde, indicios de que mostraba observancia por el Sabbat. Los inquisidores también tomaron nota de otros rituales como las restricciones en el ayuno y la dieta o evitar carne de cerdo.

Una lista adicional de la biblioteca recogía otros recuerdos de la Inquisición, como por ejemplo una cuerda desgastada usada en 1597 por un hombre conocido como Blas de Magallanes que se colgó en prisión mientras esperaba el juicio por menospreciar a la Virgen María.

Entre la lista de lo que la Inquisición consideraba violaciones aparecían la brujería y las prácticas sexuales: sacerdotes que cayeron en desgracia por intimar con los feligreses, homosexuales acusados de sodomía o esposos acusados de bigamia. Con el transcurso del tiempo, algunos de los crímenes religiosos parecían incluso cómicos, como el de un hombre que se entregó él mismo a las autoridades por profanar la estatua de San José.

Mi mente se alejó de la página en busca de las personas que obstinadamente habían preservado los legajos de piel durante dos siglos.

¿Cómo guardaron estos documentos durante tantos años? ¿Por qué fue tan importante para ellos proteger y transmitir los legajos? Y, ¿cómo escaparon de las manos de la Iglesia por primera vez? Posiblemente los documentos se rescataron cuando la Inquisición fue abolida oficialmente en México tras la independencia del país en 1821, cuando se liberó a la última persona acusada de judaizar.

Continué leyendo las ordenadas líneas del documento en español antiguo que relataban el tormento de lo que ocurre cuando el poder es inestable, cuando un régimen se debilita. La Inquisición mexicana, que comenzó en 1571, se creó para eliminar los restos del judaísmo en la colonia española. Algunos historiadores han conjeturado que los Carvajal, incluyendo a Luis de Carvajal, tío de Isabel y un conquistador y diplomático, fueron destruidos al

encontrarse en medio de un conflicto entre dos gobernadores de la región de Zacatecas.

Los legajos de la Biblioteca Bancroft se centraban en los juicios de Isabel y Leonor, entregadas a las autoridades por su propio hermano, Luis Rodríguez Carvajal, quien había sido torturado. Luis creció en España sin saber que sus antepasados eran judíos. Descubrió sus orígenes secretos después de que sus padres trasladaran a la familia a México, y adoptó de manera obsesiva la fe judía tras sobrevivir a una tormenta en el mar.

Tanto él como su familia continuaron asistiendo a misa con asiduidad pero evitaron hacer gestos como la señal de la cruz. Su seguridad dependía del hermetismo y la confianza en los parientes y amigos. Los niños no recibían formación religiosa hasta ser mayores por miedo a que cometieran un error y atrajeran sobre la familia la peligrosa atención de los inquisidores o de los vecinos fisgones.

Luis, un favorito del gobernador, tuvo un hermano mayor, Gaspar, un sacerdote dominico y explorador. Su postura hacia la iglesia reflejaba la costumbre habitual entre los conversos de enviar un hijo al sacerdocio con el fin de acceder a las Biblias que no estaban al alcance de la mayoría. Sin embargo, a pesar de la posición y las relaciones privilegiadas de Luis, un día fue traicionado por los amigos ante las autoridades de la Inquisición y, bajo tortura, traicionó a su familia. Luis y la mayoría de sus parientes cercanos, incluidas su madre y hermanas, fueron encarcelados por las autoridades inquisitoriales en unos calabozos secretos de la ciudad de México. Aunque separados unos de otros, se las ingeniaron para enviarse mensajes, introducidos secretamente en peras ahuecadas, una actividad consentida por los carceleros que fomentaban las conversaciones clandestinas para conseguir más evidencias en contra de los prisioneros. Los carceleros arrancaron las pequeñas notas para ponerlas a buen recaudo, y añadirlas después a la documentación de la Inquisición que hoy se encontraba en la Biblioteca Bancroft.

«Este es el camino hacia la gloria del paraíso», anima Carvajal a sus hermanas desde su mazmorra en mayo de 1595, «y no hay ningún otro».

Los Carvajal conocían bien los peligros y las sospechas de que los nuevos conversos eran farsantes que continuaban practicando

sus antiguos rituales en secreto. Lo que era aún peor, se rumoreaba que los judíos envenenaban pozos y buscaban sangre de niños cristianos para sus prácticas religiosas.

Los historiadores de hoy en día que han investigado los documentos de la Inquisición calculan que entre 1560 y 1700, se llevaron a cabo más de 49.000 juicios en España y sus colonias como México y Perú, centrados en judíos, musulmanes y cristianos acusados de herejía. El castigo adoptó formas muy diversas: se embargaban la riqueza y las pertenencias de las familias, y los acusados de herejía eran encarcelados bajo un régimen de aislamiento. El tedioso proceso legal podía programarse para comenzar rápidamente o hacerlo años después de que una persona hubiera sido arrestada. Dependía por completo del capricho de los acusadores. No tenía demasiada importancia, ya que eran los prisiones los obligados a hacer frente al pago del juicio y de los gastos de prisión. Una fuente de traición fueron los vecinos pero también los compañeros de celda, quienes espiaban con el fin de incriminar a otros y, posiblemente, atenuar sus propias penas. Y si las autoridades sospechaban que el prisionero ocultaba cualquier dato, recurrían a la tortura.

En aquella época, las técnicas de la Inquisición no eran muy diferentes de los abusos denunciados, por ejemplo, en la base americana de la Bahía de Guantánamo, Cuba. Los inquisidores no consideraban el castigo como una tortura, sino más bien como una herramienta para interrogar. La tortura de hoy en día conocida como submarino —o «un conjunto alternativo de procedimientos», como una vez lo llamó el anterior presidente George W. Bush— no es más que la tortura del agua: un ahogamiento simulado. Era una táctica básica española en la que se forzaba a las víctimas a sentir que se estaban ahogando vertiéndoles chorros de agua con una jarra, el paño que se les introducía en la boca provocaba la sensación de ahogo. Otra estrategia habitual fue la garrucha o polea: a los sospechosos se les suspendía del techo con una polea y unos pesos que colgaban de sus tobillos, mientras se les elevaba y se les dejaba caer. Otras herramientas fueron la cuna de Judas, donde se descendía a la víctima sobre la punta de una pirámide dirigida a sus partes privadas; o el potro, utilizado para conseguir las confesiones sin tener en consideración el género o la edad,

incluyendo a los niños. Era un instrumento para obtener la información exacta, lo que se conocía como «someter a interrogatorio».

Por regla general, los tribunales de la Inquisición se componían de tres jueces. Uno era el procurador fiscal, encargado de evaluar las acusaciones e interrogar a los testigos. Otro era el calificador, quien decidía si los sospechosos habían violado la fe religiosa. Y el tercero era un asistente de la corte. También había tres secretarios, incluido el notario de secuestros, cuyo deber consistía en llevar a cabo un recuento de la fortuna del acusado, ya que si era declarado culpable —y casi siempre lo era— los inquisidores se incautaban de dicha fortuna. Estas obligaciones eran primordiales debido a que el tribunal de la Inquisición carecía de un presupuesto formal y su financiación dependía de la confiscación de bienes. Como resultado, muchos objetivos de la Inquisición fueron hombres ricos.

Cuando la tarea había acabado, los inquisidores anotaban los resultados:

«Confessionem esse veram, non factam vi tormentorum» (la confesión era cierta y no había sido coaccionada bajo tortura).

La familia Carvajal, un libro publicado en 1944 por un autor mexicano, Alfonso Toro, ofreció una escalofriante visión ilustrada de la tortura. El reo aparecía rodeado de hombres enmascarados con capuchas picudas y frailes. En una de las ilustraciones, Isabel de Carvajal estaba extendida sobre el potro, con su cabeza violentamente girada hacia atrás. En otra imagen, una mujer yacía sobre una plataforma, rodeada de hombre vestidos con túnicas y capuchas mientras uno de ellos vertía agua sobre su garganta. Un temprano ahogamiento simulado.

Después de que Luis Carvajal fuera oficialmente sentenciado a tortura el 6 de febrero de 1596, tuvo que hacer frente a una dura advertencia de los inquisidores: «Si el reo muriere o fuere lisiado o se siguiese efusión de sangre o mutilación de miembros, sea a su culpa, y no a la nuestra». Cuando Carvajal fue sometido a tortura, lo escoltaron hasta el potro. El instrumento constaba de una sencilla plataforma de madera, elevada del suelo, con tornos a ambos extremos y unas cuerdas que servían para controlar el mecanismo.

Lo desnudaron y le ataron al potro con los pies sujetos a uno de los tornos y las muñecas atadas al otro. A medida que el interrogatorio se intensificaba, fue forzado a traicionar a su familia y amigos que practicaban el judaísmo. Cada vez que se resistía, tiraban de la manecilla girando los tornos, lo que extendía su cuerpo aumentando la tensión y el dolor hasta que los cartílagos y ligamentos se rompían. A medida que el potro consumaba su horrible tarea, las articulaciones estallaban y se dislocaban produciendo un fétido olor de miedo: una peste a quemado ahumado. La víctima, desnuda y con las piernas abiertas, vulnerable a los hierros y a las pinzas incandescentes, se convertía en una brutal advertencia para mostrar a otros acusados que, en ocasiones, acababan confesando la práctica secreta de rituales judíos únicamente por la visión de la víctima con sus muñecas y tobillos ensangrentados debido al roce de las cuerdas.

Con los tornos tirando de las cuerdas, el dolor fue demasiado intenso para Carvajal, quien acabó traicionando a su hermana, Catalina, de "judaizante".

Un notario de la Inquisición anotó los hechos, e incluso contabilizó el número de gritos.

—¡Di la verdad! —exigía el inquisidor de Carvajal.

—Ay, Señor, quizás esto pueda contrarrestar mi acto de abominables pecados. Perdóname, Señor, ten misericordia de mí.

La cuerda volvió a girar y Carvajal gimió, de acuerdo con los apuntes del notario. Entre sollozos, confesó que su hermana más joven, Anica, obedecía las Leyes de Moisés. Tras girar por quinta vez las cuerdas se produjo una fractura. En cuanto Carvajal se recuperó, el potro giró seis angustiosas veces más estirando su articulaciones hasta que inesperadamente confesó prácticas de rituales secretos por parte de su madre y sus hermanas, su cuñado y 116 judaizantes más del pueblo.

Pero incluso en su dolor, Carvajal planeó huir. A los pocos minutos de escoltarlo fuera de la cámara de la Inquisición, intentó escapar de los guardias y saltó al patio de un piso inferior. No resultó herido de gravedad y fue nuevamente capturado por los guardianes que eligieron a dos prisioneros de confianza para que espiaran a Carvajal mientras permanecía en prisión.

Su tortura finalizó en diciembre de 1596. A la edad de treinta

años, tras haber aportado los nombres de otros judíos practicantes, Carvajal fue quemado en una ejecución pública conocida como auto de fe en la ciudad de México. Junto a él, también fueron ejecutados su madre, Francisca, y otros cuatro parientes políticos, además de sus tres hermanas, Leonor, Catalina e Isabel, a quienes primero se las estranguló con un collar de hierro para, posteriormente, prenderles fuego.

En palabras de la transcripción de los detalles del juicio que, en última instancia, Carvajal ofreció como un legado duradero a la historia ponía: «El cuerpo será quemado y reducido a cenizas hasta que desaparezca todo recuerdo de él».

6

El encanto del miedo

Arcos de la Frontera, 2004

La Semana Santa es la época más peligrosa de Arcos de la Frontera.

Es el momento en el que el pueblo deja de estar adormilado para convertirse en sirena y asesino. Durante unas escasas e imprudentes horas, enormes toros negros de lidia vagan libremente por la calle Corredera mientras una ambulancia local monta guardia para ayudar a los posibles heridos, normalmente turistas borrachos. El aire de primavera, perfumado por el incienso y los cálidos lirios, señala el momento en el que los románticos son más propensos a enamorarse de las poéticas mentiras del pueblo. La Pascua genera una especie de calima de encantamiento en el que todo el pueblo queda atrapado por las pasiones de la música, la religión, el arte y la espiritualidad, mientras las enormes imágenes de Jesús y María se abren paso al alba entre las calles.

Por todas estas razones, la Semana Santa es la semana de las ceremonias más importante del pueblo: oficialmente un lugar de interés turístico nacional.

Recuerdo cuando me introdujeron en los sombríos rituales religiosos de Arcos, centro de atracción tanto de turistas españoles procedentes de Madrid y Barcelona como de musculosos soldados americanos procedentes de la base militar de Rota. Fue en 2004 y la

atracción consistió en una semana de suntuosas procesiones de Semana Santa por las sinuosas calles de pueblo, emulando los rituales que databan del siglo XVI.

Durante la mañana de Jueves Santo, nos esforzamos por subir a la peña dorada del pueblo en coche, franqueando los estrechos carriles con los retrovisores laterales del coche metidos hacia adentro para evitar arañar las casas de tiza. La mayoría de las paredes blancas mostraban rasguños, resultado de los constantes arañazos de la tecnología moderna frente a siete siglos de historia.

Nos detuvimos frente al Hotel Real de Veas, un edificio de color ocre del siglo XIX con ventanas en forma de arco y rejas de hierro forjado orientadas hacia la calle principal, la calle Corredera. Las procesiones de Semana Sant —que se celebran anualmente bajo la luna llena del equinoccio de primavera— eran organizadas anualmente por diez cofradías religiosas, que desde un punto de vista histórico funcionaron como gremios, compuestas por hombres y, posteriormente, mujeres que se preparaban durante meses para esta semana y conservaban una rígida jerarquía.

Dentro del hotel, el refrescante patio interior estaba compuesto por lustrosos azulejos de cerámica andaluza de color blanco y azul intenso y palmeras plantadas en macetas.

El barbudo y sombrío propietario, Cristóbal, presidía el vestíbulo. Nos dio la bienvenida y nos devolvió una mirada severa con los ojos de un marrón oscuro como el color del café en España.

—Sois afortunados. Habéis llegado a tiempo para el canto de las saetas.

—¿Saetas?

Cristóbal continuó pacientemente, ignorando nuestra pregunta.

—Esta noche actuará un saetero especial, Pepe Alconchel, quien cantará las saetas desde el balcón del hotel. Deberíais asistir si nunca habéis oído este tipo de música.

Cristóbal me ofreció unas palmaditas en el hombro en señal de ánimo y sonrió de nuevo, como si evaluara si la valiosa información podría quedar al descubierto. Dejó para mí el descubrimiento por mi cuenta del significado de la música.

La saeta es más una oración que una canción, interpretada a capella por cantantes en solitario con la intención de rendir homenaje a las inquietantes imágenes talladas en madera a tamaño

real de un ensangrentado Cristo llevando una corona de espinas o a una Virgen María derramando lágrimas de cristal. El antiguo canto se interpreta cuando los penitentes anónimos con el rostro cubierto y portando enormes y picudos capirotes caminan en cadencia sobre el empedrado mientras sostienen las velas blancas encendidas. Cristóbal me aseguró que no existía ninguna semejanza con el Ku Klux Klan. Sin embargo era evidente que el clan había tomado prestada la idea a pesar de ser violentamente anticatólicos.

Las saetas eran cantos que salían de lo más profundo del corazón como pequeñas flechas. Federico García Lorca llamaba arqueros a los cantantes. Estos arqueros acumulaban las emociones más puras para interpretarlas una vez al año durante la Semana Santa, arriesgando físicamente sus voces debido al esfuerzo de cantar sin acompañamiento musical, con notas profundas y prolongadas desde un improvisado escenario de callejones estrechos y balcones de hierro forjado.

«A ver si la saeta te habla», me animó Cristóbal. Era un hombre enigmático que de manera ocasional ofrecía alguna pista sobre su pasado. Creció en Arcos y se alejó al norte de Francia, abandonando España durante el largo reinado del dictador, Francisco Franco. La mayoría de los hombres de Arcos se dispersaron por otros países durante dicho período porque residían en la región de España más empobrecida y dividida. La Guerra Civil es un tema que todos prefieren evitar en Arcos ya que los resentimientos todavía permanecen muy marcados en ambos lados de la brecha política que enfrentó al bando republicano contra los nacionales de Franco.

Con el tiempo, Cristóbal y su mujer, Mari Carmen, construyeron una casa, invirtieron sus francos franceses en una mansión que reconvirtieron en un hostal que atrajo a turistas de toda España y ciclistas ocasionales de Alemania. Cuando Cristóbal observa el pueblo donde creció, ve las mismas calles en las que nada ha cambiado. Por eso no se aleja mucho y evita el lado este de la cima de la Peña Vieja porque considera que el vecindario es ordinario.

Aquel Jueves Santo, me di cuenta de que Cristóbal miraba fijamente el cielo gris desde la enorme entrada del hotel.

—¿Cuál es el mejor lugar desde el que poder escuchar las saetas cuando comienzan? —le pregunté con mi español titubeante.

—Esta noche no estoy seguro —contestó, mientras estudiaba las

nubes que se avecinaban—. Me temo que lloverá.

Sabía que si llovía, habría que esperar todo un año para escuchar la voz del saetero contratado por el hotel resonar a lo largo de la calle Corredera. Algunas de las antiguas cofradías, o hermandades, de la ciudad, cancelarían sus procesiones religiosas. El empedrado humedecido de las angostas callejuelas del pueblo estaba demasiado resbaladizo para desplazarse con una escultura de madera barroca que tradicionalmente eran portadas en pasos, sobre los hombros de los costaleros. A estos fornidos miembros de las hermandades que cargan con los pasos se los conoce por ese nombre debido al costal o almohadilla que protege sus cuellos. En interés de la conservación histórica, las hermandades de la ciudad habían eliminado hacía mucho tiempo la arriesgada costumbre conocida como el Beso debido a la amenaza que representaba para las dos valiosas esculturas de madera del siglo XVIII. El Beso transcurría durante un momento de silencio en Domingo de Pascua, las hermandades se detenían durante un instante en la plaza de las Aguas portando los enormes pasos para que la imagen sonrosada de Nuestra Señora de las Aguas presionara suavemente la imagen de cristo niño como un beso simbólico.

La peligrosa costumbre finalizó a finales de la década de los años 70, pero hoy en día las imágenes de madera de la Virgen María y el Cristo todavía siguen reinando cada Semana Santa sobre Arcos de la Frontera en varias procesiones que pueden prolongarse durante ocho horas o más. Los pasos sobre los que se transportan las esculturas oscilan como si se tratara de barcos de velas encendidas sobre una multitud de curiosos, la mayoría creyentes, todos ellos deseosos de presenciar una procesión que había sido parte de la historia de este pueblo desde hacía cientos de años. Las procesiones del pueblo son acontecimientos íntimos comparadas con las de la vecina urbana, Sevilla, donde procesionan más de 50 imágenes de la Virgen María por las calles durante la Semana Santa de la ciudad. En Sevilla, a la escultura más grandiosa, La Macarena, una talla del siglo XVII, la acompaña un séquito de más de dos mil penitentes y hombres vestidos de soldados romanos.

Las gigantescas imágenes se diseñaron para provocar sentimientos mientras descendían lenta y pesadamente por las estrechas calles de Arcos. Hace siglos, todavía irradiaban poder, con

rostros expresivos de madera policromada de color, ojos de cristal y suaves pelucas de cabello humano.

A las vírgenes lujosamente enjoyadas se las vestía como reinas españolas de época medieval con encajes y gruesos tejidos bordados con hilo de plata y recubierto de oro. Durante los siglos XVI y XVII, los espectadores se arrodillaban orando, llorando a medida que las imágenes se acercaban. Los espectadores de hoy en día prefieren gritar un «¡viva!» y posar sus manos sobre los pasos como símbolo de bendición. Sin embargo cuando las hermandades detuvieron sus imágenes ante las ventanas de los enfermos las mujeres sollozaron abiertamente con la Virgen dolorosa por el dolor y las penurias que compartían en Andalucía a consecuencia de la crisis.

Las imágenes eran hipnóticas tal y como lo describió Antoine de Latour, un escritor del siglo XIX que quedó impresionado por la emoción en estado puro que las tallas le provocaban. «El público demostró un recogimiento espiritual profundo y sincero, todos los pensamientos profanos se evadieron de sus mentes, de rodillas con las manos extendidas hacia Cristo. Habían encontrado la fe de la antigüedad», observó.

En mi primer Jueves Santo en Arcos, sentí una oleada de sensaciones a medida que las procesiones se abrían paso a lo largo de la calle Corredera. Instintivamente retrocedí al ver pasar a los penitentes anónimos de las hermandades, hombres vestidos con túnicas y cubiertos con el antifaz, un tejido que les cubría el rostro hasta los hombros, y un enorme cono puntiagudo. Examiné los ojos oscuros de los penitentes, que me hacían sentir el dolor de algún recuerdo primigenio que no pude explicar. Junto a mí, los padres animaban a sus hijos a acercarse: «¡Mira! La Virgen está llorando».

Cerca de mí, se encontraban mi marido y Claire, con su pelo castaño, decolorado por el sol, recogido en una coleta de caballo. Al mirar hacia atrás para ver cómo se encontraba, me quedé atónita al ver a mi hija, con tan escasa preparación religiosa que incluso necesitaba una introducción a la historia de Adán y Eva y la fruta prohibida, arrodillada. Hay algo de verdad en ese viejo dicho andaluz de que si no crees en Dios, arrodíllate y reza. La fe vendrá.

La abracé y susurré, «¡Mira! Jesús». Mi emotiva respuesta ante la procesión no fue muy diferente de la del mítico escultor español Juan Martínez Montañés, conocido como el Dios de la Madera,

quien se sobrecogió tanto al ver desfilar su propio trabajo por las calles durante el siglo XVII que gritó asombrado.

Reconforté a Claire, mientras suavemente la ayudaba a ponerse en pie. No era más que una recién llegada a estos rituales, pero cuando sentí el ritmo de las calles e inhalé la esencia del incienso y de las velas derretidas, sabía que me había convertido en una invasora de lo que había sido mío.

Examiné a los encapuchados, abrumada por otra cegadora sensación: quería arrebatarles sus capuchas para poder ver sus ojos y los ojos de sus antepasados.

7

Un andaluz fiel

Arcos de la Frontera, 2004

Algunos dicen que un andaluz fiel solamente necesita tres elementos en la vida: una casa, una sepultura y una hermandad. Nadie parecía encarnar todos esos elementos mejor que Manuel Pérez Regordán. Su casa estaba oculta tras una curva cerrada de la calle conocida como Juan del Valle, denominada así por un escritor español del siglo XVI que vivió en una enorme casa blanca. Cada Semana Santa, las hermandades desfilaban por la casa de Don Manuel y la entrada coronada por tres azulejos, que indicaban su relación con los centros locales más prominentes.

Había un cuarto azulejo azul brillante en el vestíbulo: «AQUÍ VIVE EL CRONISTA». Don Manuel era el cronista del pueblo, el historiador. Su trabajo consistía en investigar y anotar los secretos de Arcos de la Frontera. Su familia había vivido en el casco antiguo durante más de nueve generaciones, un árbol familiar con ramas que incluían un general de la guerra hispano-americana y un desconocido torero que se convirtió en el Robin Hood español escondiéndose en las montañas y desafiando a las autoridades locales.

El orgullo permanente de Don Manuel era su oficio. Sus gruesas tarjetas de visita de color marfil era una muestra de su elevada posición, estampadas con el sello municipal rojo y dorado y el título Cronista Oficial de la Ciudad. Existían varias definiciones pero una

descripción verdadera sería: el sabio del pueblo.

La primera vez que vi a Don Manuel fue durante mi primera Semana Santa en Arcos. Ya sabía previamente por el propietario del hotel, Cristóbal, que Don Manuel era el cronista, una ocupación que me encantaba. Carecía de las connotaciones de algunos historiadores que trabajaban duramente en solitario. Era un poco más animado que eso, más práctico: una narrador de historias que relataba el peculiar carácter de un pueblo, desde el repique de campanas a los vehículos remolcados.

Los cronistas, que trabajan en muchas ciudades de España, son una fascinante raza de historiadores aficionados con diversos grados de formación y, con frecuencia, una tendencia a promover sus pueblos como históricamente más importante de lo que realmente son. Sin embargo, son muy queridos y apreciados en la mayoría de pueblos.

Don Manuel se veía a sí mismo como un contable, que lo era, un hombre bajito con un cabello fino de color gris, lentes y unos ojos divertidos que eran ilegibles como su gran sonrisa. Además trabajaba como banquero y profesor y, como muchos otros en Arcos, llevaba una doble vida como historiador. Las palabras eran su manera de ordenar el caos de la vida.

Por costumbre, Don Manuel distribuía en pequeñas cantidades su sabiduría y las historias desde la barra de madera oscura del restaurante de tapas situado en el centro del pueblo, bajo los amuletos de guindillas y embutidos que colgaban del techo. El restaurante, llamado Alcaraván, fue construido con dificultad contra los acantilados de la peña. Anteriormente había formado parte de la antigua cárcel que todavía estaba conectada mediante un pasaje con la fortaleza mora, hoy día privada, que se encontraba cerca de la iglesia de Santa María. Durante la década de los 50, Alcaraván se convirtió en el centro literario de Arcos, sus seductores encantos inspiraron a los residentes y trabajadores locales instando a la creación de más poemas que ladrillos de la apurada fábrica local. No obstante, en los últimos años, el restaurante parecía atraer más turistas que poetas.

A pesar de todo, Don Manuel custodiaba el legado de Alcaraván como un reducto literario. La cueva del bar se había convertido en su refugio desde hacía mucho tiempo, un lugar fresco desde donde

compartía sus historias. Disfrutaba de una cálida copa de manzanilla dorado o jerez fino en su mano, sorbiendo la degustación de las secas planicies del sur, después pasaba a otra historia, otra copa.

Lo que animaba la noche era el apetito de Don Manuel: por las fabulosas tapas de barbacoa, por la manzanilla, un jerez claro con un gusto a infusión de manzanilla y un tenue sabor salado a mar. Vivía para cazar historias: escuchando las conversaciones banales en la plaza o leyendo antiguos censos de panaderos, zapateros y abogados. Creaba historias por la misma razón que las abejas producían miel dorada de alfalfa en la región.

En cualquier barrio de Arcos, los residentes conocían la ocupación del resto de sus vecinos, pero nada más allá de su propio bloque familiar. Como cronista del pueblo, Don Manuel convirtió en su ocupación oficial recoger las historias de las setenta y siete calles, caminos, curvas y recovecos de Arcos de la Frontera. «Siempre llevaba una sonrisa y algunas noticias sobre sus investigaciones en Arcos», recordó uno de sus amigos, quien reflexionaba sobre lo afortunado que había sido el pueblo cuando Manuel, tras recibir la pensión de invalidez en 1999, se liberó y pudo desde entonces ocupar sus días con las historias del pueblo y sus residentes.

Sus amigos eran muy educados para exponerlo durante sus homenajes florales, pero Don Manuel también fue famoso por sus testarudas batallas en solitario y su fervor digno de una cruzada que recordaba a los comentaristas a Don Quijote. En el interior de la propia casa de Don Manuel, las paredes habían sido revestidas con azulejos pintados a mano de Don Quijote enmendando errores y golpeando malhechores. Cada día que pasaba por delante de un azulejo con estruendoso desafío de Don Quijote afirmaba: «¡Cobarde! Exijo saber lo que estás haciendo».

Fue Don Manuel quien luchó contra un intento del ayuntamiento en 1989 de cambiar el nombre de las antiguas calles del barrio por el de poetas locales, como parte de un plan más extenso para honrar a los artistas. Pero dirigió su ira más feroz contra los funcionarios municipales cuando se proyectó la destrucción de los restos de la sinagoga de la calle Cuna, cuya historia había prácticamente desaparecido.

La duquesa de Arcos, Doña Beatriz Pacheco, quien era nieta de un rabí, transformó la sinagoga en la Capilla de la Misericordia en 1490. Una mujer que vivió una vida llena de contradicciones, demostró su celo cristiano al pueblo tras convertir la sinagoga en un refugio para niños abandonados, aunque ella misma nunca tuvo ninguno.

Tras la metamorfosis, los recuerdos de la sinagoga se perdieron, o quizás, siendo más precisos, se borraron. Antes de Don Manuel, un cronista local del siglo XIX, Miguel Manchego y Olivares, sencillamente ignoró el barrio judío. Según escribió, la Inquisición en Arcos nunca ocurrió porque en «nuestra ciudad judíos, herejes y moros no habían existido».

Pero Don Manuel conocía mejor el pasado debido a su propia indagación en los antiguos archivos de la Inquisición en Madrid y Cádiz. Fue uno de los escasos analistas del pueblo que intentó descifrar los símbolos diseminados por Arcos que representaban un legado de los desaparecidos. Indignado por los proyectos municipales para derribar la antigua sinagoga con el fin de construir un complejo de viviendas, blandió su afilada pluma con el fin de avergonzar a las autoridades locales.

«En mis manos tengo la propuesta de la ciudad y siento una mezcla de sorpresa, estupor y dolor real», afirmó atronadoramente a los funcionarios de la ciudad. «Esto borrará por completo lo que queda de la sinagoga judía en Arcos. Es una calle que se debe recordar por aquellos judíos, los que fueron perseguidos en la historia de la humanidad».

La primera vez que me encontré con Don Manuel, me pareció totalmente afable conmigo, apenas un Don Quijote sin espada. Cristóbal había organizado un encuentro en su hotel durante mis primeras incursiones en Arcos de la Frontera. Por casualidad, mencionó que Don Manuel tenía una biblioteca en su casa que se encontraba cerca e imaginé una habitación de polvoriento caos. Pero, cuando finalmente me invitó, me maravillé de la impresionante y vasta biblioteca personal que me invitaba a sentarme y sumergirme en algún libro.

Las estanterías albergaban seis mil títulos, una colección de casi 60 años sobre la que su mujer, Mari Pepa, espolvoreaba con asiduidad unos polvos blancos sin olor para protegerlos de los

ácaros. La mayoría de los libros que rescató, provenían de libros que quisieron desechar en pequeñas ciudades en la década de los años 30, durante la Guerra Civil española. Sobre una de las paredes, colgaban certificados y premios literarios, así como una austera fotografía de un antepasado materno, el General Romero, quien murió un día antes de la explosión del acorazado USS Maine en 1898 que provocó la guerra entre España y Estados Unidos. En la pared de enfrente había colgada una carta del palacio real de España, con un agradecimiento por el libro que regaló a la Reina Sofía durante su visita a Arcos en la década de los años 90. Toda su investigación estaba esparcida sobre una fantástica mesa de mármol situada en el centro de la biblioteca.

Era evidente que Don Manuel sentía deseos de explicar, para dar sentido a todos esos espíritus que flotaban por las calles de Arcos como fantasmas que recordaba de su niñez. Aseguró que un fantasma solía sentarse sobre las escaleras de una casa de la calle Pesas del Reloj bajo el campanario de Santa María. Los vecinos murmuraban que su presencia seguía presente debido a una disputa que quedó pendiente con otro vecino vivo. De acuerdo con el cronista, cuando el fantasma se encontraba melancólico, deambulaba por las calles mientras arrastraba una pesada cadena sobre el pavimento, una especie de versión española de Jacob Marley. En un determinado momento, el fantasma tropezó con el alcalde, Don José, a finales de la década de los años 90, y se detuvo brevemente para moderar sus gritos susurrando un «buenas noches».

«No hay duda de que nuestros fantasmas era muy educados», insistió Don Manuel al relatar el acontecimiento en una de sus historias. Autor de más de treinta libros, Don Manuel trabajó durante años en su obra maestra, un trabajo autopublicado de cuatro volúmenes con un total de cuatro mil páginas titulado La historia de Arcos a través de sus calles. Los libros de color vainilla estaban repletos de oscuros recortes de información sobre pagos de impuestos medievales y los oficios del siglo XVI (dieciocho sastres, dos herreros y dos maestros de esgrima) a memorables asesinos de la ciudad y el curso completo del río Guadalete, desde su nacimiento en la Sierra de Grazalema.

Durante décadas, Don Manuel caminó por las calles e investigó

su pasado: la cuesta del Perro, la cuesta de las Monjas, la calle de las Nieves, la calle de la Campana y la calle de los Escribanos. Cada esquina, cada recodo tenía su propio carácter. Cuando Manuel se detenía a escuchar, las calles le hablaban.

Sus libros, la mayor parte de ellos autopublicados, se encontraban a la venta en los lugares más inesperados del pueblo, como en las tiendas de arte de la calle Corredera y en los hoteles de la localidad. Antes de conocerle, descubrí su lado literario en la tienda de cerámica rodeada de jarras de cerámica, copas y cuencos. Si hubiera prestado atención, probablemente me hubiera fijado en su pequeña pila de títulos junto a un candelabro de cerámica en azul y blanco. Pero los libros de color vainilla me devolvieron el destello de un sueño matutino persistente que se había repetía como un vídeo a principios de esa semana.

En el sueño, aparecía leyendo en alto las respuestas de un fino libro de color marfil. Todo estaba en calma y parecía perfectamente lógico. Pero cuando desperté, no recordaba absolutamente nada de lo que había estado leyendo.

Por eso me detuve ante la pequeña pila de libros marfil, todos con letras doradas que rezaban: La Real Justicia y el Santo Oficio de la Inquisición en Arcos de la Frontera. Era una breve historia sobre la justicia y la Inquisición española en Arcos.

El texto del estrafalario libro estaba escrito con tinta de color verde, elegido así por Don Manuel debido a que era el color utilizado en la firma de la Inquisición. En la portada también aparecía un crucifijo, una espada y una pluma, un símbolo común durante la Inquisición que aún podía encontrarse en algunas iglesias y capillas de España. En la contraportada, aparecía la foto de una estrella de color verde pálido incrustada en una piedra de arenisca que me sobresaltó. Nunca antes había notado la estrella en Arcos. Pero Don Manuel había buscado en lo alto de los arcos de la antigua sinagoga transformada en una capilla. El verde era la marca de la conquista de la Inquisición y las estrellas el legado del desaparecido barrio judío.

—Están aquí —comentó—. Los fantasmas de los antepasados.

Compré el libro y lo leí, impresionada por la investigación de Don Manuel. El autor describía el sistema de justicia que prevaleció en Arcos durante la Inquisición española, un tribunal creado en

1478 por el rey Fernando y la reina Isabel para garantizar que los convertidos al cristianismo se adherían a su fe o para prohibir que los musulmanes y los judíos dejaran de practicar las suyas. Aunque el tribunal se abolió en 1834, la Inquisición marcó Arcos de manera indeleble para siempre.

Conforme a la breve sección del libro de Don Manuel que enumeraba algunas investigaciones de la Inquisición, los vecinos se volvieron en contra de los vecinos. Las divisiones fueron tan feroces que el propio arzobispo de Granada y las autoridades religiosas escribieron al alcalde de Arcos en 1631 con una advertencia, en la que reprendían al pueblo porque demasiadas personas se había inscrito como familiares seculares. Eran asociaciones de la Inquisición que conformaban una policía semisecreta. La mayor parte de ellos procedían de dos familias de alta alcurnia quienes habían abusado de su autoridad, y según la carta «provocado el escándalo y el chisme y dando lugar a escándalos y tensiones que deberían evitarse».

Personalmente, el elemento más quejumbroso del libro fue la lista de personas que informaban a los inquisidores de sus vecinos sospechosos. Nueve testigos se pusieron en contra de Antonia Josefa Montañéz, de treinta y seis años, por practicar el judaísmo en 1758, cuatro de ellos de su propia familia. Cinco vecinos informaron sobre Diego Álvarez, de cuarenta y nueve años, un jornalero soltero. Y la lista continuaba.

Mientras leía las páginas, comencé a juguetear con una idea loca. Cabía la posibilidad de que pudiera contar con Don Manuel para que me guiara en mi búsqueda para desenmarañar todos los misterios del pueblo y quizás, durante el proceso, los míos propios. ¿Qué significaba el mensaje de la campana La Nona? ¿Por qué se había olvidado el recuerdo de la calle Cuna?

Dudaba sobre si acercarme a él directamente, y creí más prudente que me conociera primero antes de proponerle tal idea. Mi estrategia fue poner a prueba su reacción frente a temas sensibles. Cuando nos encontramos nuevamente en el hotel de Cristóbal, Don Manuel iba acompañado de su mujer, muy educada pero dejaba en demasía la opinión en manos de su marido. Su presencia hizo que aún fuera más difícil abordar un tema ya de por sí extraño: ¿Podría ayudarme a guiar a los fantasmas de mis antepasados?

Comencé por hacer unas pocas preguntas a Don Manuel sobre el significado de las capuchas picudas de las hermandades. Cada vez que las veía, me estremecía a causa de unas emociones inexplicables. Sin embargo, para él tan solo eran un elemento más del uniforme. Me explicaba los temas casi como si estuviera instruyendo a un nuevo estudiante.

—Las capuchas protegen la privacidad de los penitentes —dijo categóricamente, sin explicaciones.

Sospeché que se sentía un poco incómodo ante la presencia de esta extranjera. Por eso le examiné cuidadosamente. Entonces identifiqué la sensación familiar de testarudez de mi abuela en sus ojos. Supe que no me conocía o no confiaba en mí. Pero, ¿por qué debía hacerlo? Era una extranjera, independientemente de cual fuera mi pasado. Y me di cuenta al instante de que no habría manera de que él deseara hablar con libertad. Era muy difícil para mí conectar con él en una segunda lengua en España. Y era consciente de que en Arcos de la Frontera las relaciones evolucionaban con el paso del tiempo, sobre todo por algunos lazos, pero también enemistades, que databan de hacía generaciones.

Desesperadamente busqué un nuevo tema con el que estrechar lazos con Don Manuel. Ya habíamos conversado sobre mi trabajo como escritora, mi vida en Francia y la familia de California y Costa Rica. Era demasiado pronto para hablarle sobre los judíos conversos. Su libro sobre la Inquisición me pareció un tema más seguro. En primer lugar, le felicité por su ardua investigación, lo que pareció halagarle. Observé como su rostro se había suavizado, como si me preguntara por una contraseña secreta.

—Es mi obra más popular —dijo Don Manuel orgulloso—. Se vendieron todas las copias en los dos primeros días.

Para los estándares de Arcos, significa que había vendido quinientos libros que había autopublicado. Incluso para un pueblo con amnesia sobre su historia, había un profundo deseo por conocer los hechos.

Intenté encontrar una pregunta general que pudiera conducir hacia mi petición de ayuda, de modo que solté lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Cuánto tiempo cree que necesito permanecer aquí para hacerme una idea de Arcos? —pregunté de repente.

—Bueno, toda su vida.

—No tengo tanto tiempo.

Me devolvió una sonrisa. Todavía no era el momento de buscar un guía para los fantasmas.

8

Un católico infiel

Jouy-le-Comte, 2009

Sobre el escritorio del desván de mi casa de campo en Francia había una fotografía familiar en blanco y negro enmarcada, un recuerdo de cuando mis hermanas y yo nos vestíamos para la Pascua con guantes blancos de algodón y flores de seda para visitar a mi abuela en el distrito Castro de San Francisco. No tomamos fotografías para recordarlo, más bien para darle vueltas durante el resto de nuestras vidas como exóticos especímenes de laboratorio. Nadie se dio cuenta de cuando se tomó la fotografía, pero en ella el futuro era evidente. ¿Cómo no me di cuenta de lo que había allí?

Por detrás del marco, con la elegante escritura a mano de mi madre, ponía: «1960, Galas de Pascua, San Francisco». Mi abuela estaba sentada con mi hermano Arnie, entonces un bebé, en su regazo, rodeada de sus nietas con vestidos de algodón con volantes y sombreros de paja, sonriendo desde el porche de su casa victoriana de dos pisos. Los enormes ojos oscuros de Mamita evitaban la cámara. Yo miraba, soñadora, en la dirección equivocada.

Durante la Semana Santa, íbamos a misa en Viernes Santo, vestidas para el Domingo de Pascua, y nos reuníamos en casa de Mamita en San Francisco para las cenas familiares. La Iglesia Católica fue durante mucho tiempo una parte importante de sus rituales semanales y de nuestras propias tradiciones familiares. Sin

embargo, cuando Mamita murió, a petición suya, su vida se homenajeó en un funeral privado con la asistencia de amigos y familiares: dos hijos, nueve nietos y diecisiete biznietos. No se celebró ninguna misa de funeral en la parroquia Santísimo Redentor de San Francisco, donde fui bautizada y mi abuela había dejado de orar hacía tiempo. No hubo fragmentos de luz a través de las vidrieras ni música de órgano, solamente la inesperada música de mi bebé entregándose en un coro familiar a la canción de Barney, el Dinosaurio: «Somos una familia feliz».

Durante su funeral, recordamos el caleidoscopio de la vida de Mamita, la emigrante que había venido sola a California con sus dos hijos y había forjado una nueva vida a pesar de que no podía hablar inglés. No obstante había tanto sobre ella que nosotros, que yo, no habíamos indagado. ¿Por qué no le había preguntado sobre el nudo de oro que llevaba todos los días en el dedo en el que se coloca el anillo de casada? Y, ¿por qué se había alejado de la Iglesia cuando estaba en mis treinta, después de que ir a misa los domingos se hubiera convertido en el cálido ritual semanal de su vida?

La última vez que hablé con ella por teléfono desde Nueva York, estuvo sonriendo sobre el dominio de mi entonces hija de dos años de una palabra fundamental, gato en inglés, cat. Expresó un mensaje de familiaridad con su cálido acento español que nunca perdió a pesar de haber pasado décadas en California. Para entonces, al igual que en sus ochenta, ya estaba ciega pero su testarudez se conservaba fresca y joven. Dos días después, un derrame cerebral se llevó su mente, sin darme la oportunidad de despedirme o de darme cuenta de que tenía preguntas que perseguir. Eso me llevaría años.

No quiso que un sacerdote presidiera su funeral y tampoco lo quiso mi tía Jeannie, Eugenia, quien continuó con la misma tradición cuando murió de cáncer en su casa victoriana de San Francisco. Curiosamente, mi tía Jeannie aceptó mi regalo, una pulsera de rosario de la pequeña iglesia blanca de Nuestra Señora de los Remedios en Olivera, España, que además llevaba cuando murió. En las últimas conversaciones con mi padre, prohibió cualquier sacerdote junto a la cabecera de su cama o en su funeral.

No preguntamos. Algunas amargas pistas podían encontrarse con suficiente facilidad en algunos titulares de los periódicos de San

Francisco. Durante la década de los 90, nueve ex monaguillos, incluido mi primo, ahora ya adultos, acusaron a un poderoso sacerdote de la parroquia de abusar sexualmente de ellos en unos viajes a un lago a las afueras de San Francisco. El sacerdote había cenado en casa de mi tía y, además, había celebrado el matrimonio de otro primo (recuerdo el día de la boda como un torbellino de vestidos de damas de honor de raso blanco y verde esmeralda). La archidiócesis de San Francisco, que representa a los católicos en los condados de San Francisco, San Mateo y Marin, llegó a un acuerdo de 2,5 millones de dólares en 1996 con los quince adultos que sufrieron los abusos de menores por el pastor y dos sacerdotes. Sin embargo, fue algo de lo que nunca se habló, especialmente mi abuela, quien, después de que la familia se enterara de las acusaciones y asimilara la traición del sacerdote, mantuvo su denso y doloroso silencio.

También mi propia relación con el catolicismo estuvo marcada por la ambivalencia. En el rancho suburbano de la calle Padre en el Norte de California donde crecí, nos criaron con los rosarios, el catecismo de Baltimore, pescado los viernes y sermones los domingos. Eso significaba respeto por los sacerdotes y las monjas y la creencia en un principio bastante misterioso que interpreté como que las familias católicas debían ser lo suficientemente numerosas como para rellenar un vagón de la estación Dodge Rambler. En nuestro caso, el recuento fue de seis: cuatro hermanas y dos hermanos. Mis padres fueron piadosos, y su amplia prole un testimonio de la doctrina católica que prohibía el control artificial de la natalidad.

Asistí a una escuela primaria católica donde el retrato de Papa Juan XXIII colgaba junto a la foto de John F. Kennedy, y recuerdo el momento en el que una ininteligible y áspera voz crujió en el sistema de megafonía de la escuela para ofrecer el mensaje de que el presidente católico había sido asesinado. Cuando no pudimos descifrar el mensaje, mi profesora de segundo grado, la hermana Mary Jean Therese, transmitió las sombrías noticias. Poco más tarde, recuerdo a mi madre afirmando, mientras mirábamos el carruaje de caballos del funeral transportando el ataúd de Kennedy, que yo era demasiado joven para entender el significado de la muerte. Pero lo sabía, la muerte está tan presente como la vida en

la Iglesia Católica.

Cuando el sacerdote nos preguntó el Domingo de Pascua si creíamos que Cristo nació de la Virgen María y murió por nuestros pecados, murmuré afirmativamente desde un banco de la iglesia con mi vestido rosa almidonado y mi zapatos negros de charol. Por la noche, dormía bajo un crucifijo de bronce y madera con una palma de Pascua seca metida detrás de la figura. En mi armario había una imagen de porcelana de una monja con un hábito negro, un recordatorio de las aspiraciones de quinto grado para unirme a las Hermanas de Notre Dame con sus misteriosos velos que llegaban a la cintura. Hice la comunión en la iglesia de San Pablo, adopté Esperanza como mi nombre de confirmación en San Esteban, y estudié detalladamente el libro ilustrado de la vida de los santos y mártires. El pastor, delgado y distante, que presidía nuestra parroquia, que estaba dominada por familias numerosas como la nuestra, con muchos niños, murió con el tiempo de SIDA.

El romance gótico de la muerte formaba parte del crecimiento. Las monjas nos relataban historias sobre conversiones en el lecho de muerte, mártires, misioneros y pequeños bebés salvados del limbo gracias a las gotas de agua bendita. Recuerdo presionar a la hermana Mary Jean Therese sobre las cualidades protectoras del escapulario de algodón, tan pequeño como un sello que contenía una imagen de Jesús, y el brillante corazón que llevábamos alrededor de nuestros cuellos bajo los uniformes de cuadros verdes. Nos aseguraron que si los llevábamos todos los días, alcanzaríamos el cielo.

«Si eres una mala persona pero aun así lo llevas todos los días, ¿puedes ir al cielo?». Pregunté, poniendo a prueba los puntos débiles de la lógica. En ese momento, desconocía que el escapulario era una pequeña y simbólica versión de los escapularios que llevaban los frailes y las monjas como signo de humildad durante la Edad Media.

«Puedes intentarlo, pero Dios lo sabe todo. El escapulario se quemaría tan terriblemente que tendrías que arrancarlo de tu cuello», dijo la hermana Mary Jean Therese. Me sonrió, mientras portaba el largo puntero de madera a su lado. Bajo la tutela de las hermanas de Notre Dame, aprendimos las lecciones prácticas para las emergencias católicas como rociar con agua como último acto

del bautismo, adecuado para católicos, protestantes y paganos (que solo podrían acceder al purgatorio pero seguía siendo mejor que el infierno).

Nunca en nuestras conversaciones sobre la fe, se mencionaba a los judíos. Con el tiempo, aprendimos sobre los desinteresados actos de los mártires del Nuevo Testamento, inmortalizado en libros ilustrados que me llevé a casa para estudiar con una linterna en mi cama. Mi debate religioso más importante resultó ser si prefería demostrar mi fe al morir desnuda sobre una tundra congelada o sufrir las llamas de una hoguera. Calculé que necesitaría más tiempo para morir congelada, así que acabé optando por la quema.

Todo lo que reflexionaba sobre la identidad me había llevado a la pregunta que buscaba desde niña. ¿Qué significa ser católica? No podía resistir la atracción emocional de la historia de los rituales de la Iglesia Católica, aunque hacía tiempo que había dejado de asistir a la misa del domingo y de escuchar las homilías del párroco. Aun así, todavía atesoraba buenos recuerdos de los velos de encaje blanco del día de la comunión, las perlas de color rosa de un rosario que me dieron, y los oscuros y silenciosos confesionarios en los que entraba cada semana para confesar mis pecados a través del sacerdote. Me gustaría seguir siendo católica, pero una definida por el mundo no católico donde me sintiera más cómoda.

Por eso me intrigó cuando mi firma en el periódico animó a los lectores a escribir cartas cuestionando el origen de mi nombre, Carvajal. Mientras yo ignoraba el símbolo más elemental de mi vida, otros me empujaban constantemente a tomar buena nota. Un escritor desde Israel envió una nota escrita a mano mientras se encontraba de vacaciones en los Estados Unidos para preguntar si tenía algún parentesco con una vieja amiga suya judía, Dorothy Carvajal. Mientras investigaba una historia en Filadelfia, el rabí de la sinagoga sefardí local me comentó que mi apellido tenía un origen judío cuyas raíces descansaban en la Península Ibérica. En una ocasión comí con un profesor de filosofía de Long Island por una historia sobre corrupción en su universidad en la que estaba trabajando. Durante la entrevista, formuló la misma pregunta sobre mi pasado familiar. En Madrid, muchos años después, compartí una conversación similar con un importante editor de periódicos españoles y con un ex periodista de los medios de comunicación

quien había descubierto las raíces judías de su apellido a partir de los estudios de un profesor de historia medieval durante una beca Nieman de Harvard.

—¿Sabía …— escribió otro lector tras la publicación de algunas de mis historias de España— que su apellido es el mismo que el de una familia de judíos secretos que fueron quemados en la hoguera en México en el siglo XVI?

Durante la mayor parte de mi vida, apenas presté atención a mi árbol genealógico más allá de las frescas hojas verdes que me rodeaban. Por regla general, mi padre siempre evitó hablar de su propio padre quien, por otro lado, estuvo ausente la mayor parte de su vida. Y siempre que el tema surgía, mantenía las distancias, refiriéndose a El Gato simplemente como «tu abuelo». Para cuando murió mi abuelo, en marzo del año 2000, a la edad de noventa y dos años, llevaban más de cincuenta sin hablarse.

Fui la única de los seis hermanos que conoció a El Gato. No puedo explicar íntegramente qué me empujó a ello pero, hacia finales de la década de los ochenta, decidí veranear en Costa Rica. La excusa utilizada fue mejorar mi español en una escuela especial de inmersión lingüística y conocer a algunos parientes que apenas había conocido o que nunca había visto: incluyendo mis medio tíos y tías, es decir, los hijos de la segunda y tercera mujer de mi abuelo. Quizás solo fue el principio de la búsqueda del camino para volver a donde pertenecía.

La primera vez que me encontré con El Gato, pude apreciar en su mirada directa de manera ocasional esa fiereza característica de los ojos verdes de mi padre. Para entonces, El Gato ya era un anciano encogido pero todavía disfrutaba de su ron con cola diario, de vez en cuando mantenía en alto un cigarrillo entre sus huesudos dedos, y almorzaba en el ostentoso asilo de la élite costarricense, el privado Club Unión, donde los camareros todavía lo llamaban Dr. Carvajal. Durante esos días intentó recuperar el tiempo perdido atiborrando mi mano con la moneda local, los colonos costarricenses. Mirando ahora hacia atrás, fue el momento de haber hecho las preguntas pertinentes, pero no lo hice, reacia a entrometerme en la relación perdida entre padre e hijo. Nunca hablamos mucho sobre la religión, aunque dejó claro que no utilizaba las iglesias.

Pero, sobre todo, recordé la tristeza que sentí cuando hablaba de los sueños que tenía para mi padre, quien permanecía como un muchacho en su memoria.

Comencé a hacer preguntas sobre El Gato y nuestra identidad familiar antes de establecerme en Francia en 2002. Supongo que mi cercano traslado a Europa —y la sensación de desarraigo que provocó— debió remover mi curiosidad sobre nuestra familia y nuestro pasado. A la larga acabé escribiendo cartas a la prima de mi padre Cecilia, en busca de información sobre nuestra familia y, en 2003, obtuve su respuesta sobre nuestro pasado sefardí. Cecilia fue un espíritu libre y vivaz cuyo padre fue, en una ocasión, el embajador de Costa Rica en México y cuya mujer le abandonó por un conocido profesor. Cecilia se trasladó a San Francisco y quedó deslumbrada por la generación Beat de los años 50 en North Beach. Allí encontró a un hombre con el que se casó a los pocos días, nació su hijo, y después hizo algo insólito para la época: se divorció y regresó a Costa Rica para criar sola a su hijo.

Tuvo algunos problemas de poca importancia. Su hijo pasó un tiempo en la cárcel por volar una estatua de John F. Kennedy en la capital de Costa Rica, San José, pero todos achacaron la aventura a un exceso de juventud.

Me instalé con Cecilia durante el verano de 1989 para sumergirme en el español y recibir un curso intensivo sobre nuestra excéntrica historia familiar. Supongo que incluso en ese momento estaba buscando algo, pero no supe hacer las preguntas correctas. Cecilia nunca tuvo mucho dinero, pero me recibió en su pequeño apartamento de San José donde también me interesé levemente por la idea de que este país podría hacerme sentir como en casa. Nunca sucedió, pero no transcurrió mucho tiempo antes de que se convirtiera en el oráculo de la familia.

Se las arregló para convertirse en una viajera consumada con un presupuesto muy ajustado cuando alcanzó sus setenta años. Un día después de celebrar su llegada a México con una fiesta hasta altas horas de la noche, murió de un ataque al corazón.

Ni siquiera fallecida dejó de viajar. La urna que contenía sus cenizas desapareció misteriosamente del estante del equipaje mientras su hijo de mediana edad viajaba en un autobús en Costa Rica a las afueras de San José. El periódico más leído de esta

diminuta nación, Diario Extra, mostró una fotografía del infeliz hijo solicitando el retorno de las cenizas de su madre bajo el contundente titular: «Robaron a mamá en el autobús». Dos días después, el avergonzado ladrón devolvió la urna a través de una señora de la limpieza de la empresa de autobuses, justo a tiempo para que la familia pudiera esparcir las cenizas durante el funeral en el azul y brillante océano Pacífico.

Mientras la familia preparaba el funeral de Cecilia, recordé una de las últimas conversaciones que tuve con ella, un par de años antes de que falleciera, cuando vino a visitarme a Francia. Estábamos sentadas en el ruidoso tren, que pasa junto al verdoso y plácido río Oise. Ya había compartido con ella todos los cotilleos sobre las diferentes ramas de la familia y Cecilia se recostó hacia atrás en el asiento del tren con los ojos medio cerrados.

—¿Por qué hemos olvidado que éramos judíos? —pregunté.

—Las viejas generaciones no olvidaron —sonrió Cecilia—. Solo evitaron hablar del tema.

—Pero perdimos algo.

—Escúchame —dijo mientras miraba hacia el río—. Quizá se salvaron a sí mismos.

9

Notas punzantes

Arcos de la Frontera, 2008

Dos familias ocupaban la antigua cárcel de la Inquisición en la empinada cuesta de la calle Leal en Arcos de la Frontera. Desde el siglo XIX, la cárcel había servido de modesto hogar con una única y enorme linterna que señalaba la enorme puerta de roble. En esta casa nació Manolo «Zapata» Gallardo Téllez en 1912.

El nombre no significaba nada para mí, la primera vez que llegué a Arcos y avisté el busto de bronce de Zapata que llevaba un sombrero cordobés y presidía la pequeña plaza, mientras contemplaba a los coches circular con una sonrisa medio ladeada. Sin embargo en los círculos de cante y flamenco, Zapata era un nombre que sobresalía, una voz del dolor a la manera antigua por su habilidad de cantar las saetas de Semana Santa al antiguo estilo de los monjes franciscanos y los jazanim hebreos. Continuó con la tradición de su familia de clase trabajadora, y llevaba el apodo de Zapata porque trabajó con sus manos en un rancho con dicho nombre, domando caballos andaluces.

Cuando Zapata, de niño, cantó su primera saeta en la madrugada de Viernes Santo, su padre, un cantaor de saetas que no tenía ni idea de que su hijo pudiera interpretar de ese modo, se sorprendió. En algún lugar absorbió las notas ascendentes y susurrantes de Kol Nidrei —una inquietante oración judía perseguida que se cantaba durante el Yom Kippur—, y los tonos

gregorianos de la salmodia remota, emoción infinita.

Cabía la posibilidad de que su inspiración secreta viniera de los espíritus. Con frecuencia repitió a su familia que algo, o alguien, estaba enterrado bajo su hogar en la antigua cárcel de la Inquisición. Si las paredes blancas y las piedras pudieran llorar, es posible que le dieran a Zapata la fuerza que García Lorca llamaba duende, «un misterioso poder que todos podemos sentir pero ninguna filosofía puede explicar».

No podía ser mera casualidad que Zapata elevara su voz durante los oscuros días de la España de Franco, quien lideró una nación paria perseguida por el racionamiento de alimentos, una estricta censura y las ejecuciones durante la Guerra Civil que dejaron un legado de cientos de fosas comunes secretas. Solo recientemente, algunos investigadores e historiadores se han atrevido a excavar las fosas comunes en toda España. Como mínimo, seis de esas fosas se encuentran en Arcos de la Frontera, que fue tomada por las fuerzas rebeldes en 1936 y convirtiendo la zona en un lugar importante desde el cual atacar a los nacionales de Franco en la región montañosa. Las ejecuciones por sistema de las fuerzas republicanas alrededor de Arcos continuaron hasta 1942, cuando se redujo al último de los combatientes.

Tras seleccionar a personas de avanzada edad con la idea de dilucidar recuerdos que conservaban de aquella época, los investigadores determinaron que había al menos cinco fosas comunes, una de ellas descrita como de gran tamaño, excavadas en las trincheras y después cubiertas de cemento en el cementerio municipal de San Miguel. La sexta yacía en un hoyo alejado de la carretera entre Arcos y el pueblo conocido como El Bosque cerca de un pequeño arroyo. Los arqueólogos e historiadores, que trabajaban en una región más amplia de la provincia de Cádiz, creían que habían muchas más fosas comunes en Arcos de la Frontera.

Debido a la brutalidad y los asesinatos que durante siglos tuvieron lugar en la frontera, Arcos evolucionó como un centro para la saeta, una expresión mística de la cultura andaluza, marcada por una cruda emoción. Los residentes de Arcos viven, después de todo, en contacto diario con los espíritus de los muertos.

En cada región, las saetas se interpretan con ligeras diferencias y se cree que las de Arcos son las más antiguas y primitivas. Manolo

Zapata dominaba con maestría la forma más rara y antigua, las Saetas Viejas de Arcos de la Frontera, que solo unos pocos cantaores de saetas contemporáneos eran capaces de interpretar.

La primera vez que escuché algunas grabaciones de la inolvidable voz de Manolo Zapata fue en la vecina Jerez de la Frontera en el museo específicamente de flamenco, el Centro Andaluz de Flamenco. Un palacete del siglo XVIII en cuyo patio interior con azulejos y de estilo barroco rococó se representaban en ocasiones conciertos de música. El objetivo del museo era preservar las voces de cantantes como Zapata en una biblioteca donde los visitantes pudieran acurrucarse en sus mesas de madera para escuchar las viejas grabaciones o visualizar los vídeos de bailes flamencos a partir de un vasto archivo que además incluía las reliquias de vestidos, mantillas y calzado.

La voz de Zapata no me decepcionó. Le pude ver en un vídeo, mientras cantaba con su media sonrisa ladeada y su rostro curtido por las líneas de expresión profundamente marcadas. Mientras entretejía su voz con apesadumbradas notas, comenzó suavemente, en una melodía que se repetía y que cada vez era más alta y tenía más fuerza, como si exigiera a los oyentes que prestaran atención.

No podía entender cómo había desarrollado ese inconfundible estilo y cómo consiguió una relación tan estrecha con las voces ya desaparecidas, una técnica que yo misma podría utilizar para llegar a los fantasmas de mi propia familia. Por eso decidí indagar sobre su inspiración secreta localizando a su hijo Manuel Gallardo Barroso, quien no se había trasladado muy lejos de la cárcel de la Inquisición. Además formaba parte de la bulliciosa industria cultural del pueblo, poeta, pintor y cantante y un restaurador autodidacta de esculturas de imágenes medievales que había desfilado por la mayoría de cofradías de Semana Santa del pueblo, incluyendo la suya propia, la Cofradía del Silencio.

No fue muy complicado encontrar a Manuel Gallardo Barroso. Amigos de amigos me guiaron directamente hasta un palacio en Arcos de la Frontera que en sus días de gloria había pertenecido a una familia de ricos aristócratas desaparecida hacía mucho y encabezada entonces por el Marqués de Torresoto. Todo lo que sabía era que el palacio se encontraba a unos pasos de la iglesia de San Pedro y de la plaza del Caño, donde se escenificaron antaño los

juicios de la Inquisición. Desconocía la dirección, pero describieron una pequeña plaza y un mosaico agrietado de color azul y amarillo incrustado en una pared blanca del palacio que era un símbolo de los familiares, los supervisores de la Inquisición.

Dejé una nota en el vestíbulo, más allá de las enormes puertas dobles, y además llamé a Manuel, quien aceptó de buena gana encontrarse conmigo. Desconocía qué podía esperar cuando pulsé su timbre, pero inmediatamente me recibió en el suntuoso patio interior del palacio con palmeras y helechos plantados en macetas.

Estaba encantado de hablar de su padre, orgulloso de mostrar los folletos ya amarillentos de cuando Zapata interpretaba sus saetas en las iglesias de Francia, donde había organizado conciertos en iglesias en cinco ocasiones. La voz de Manuel se volvió ronca cuando habló de él, a pesar de que había muerto algunos años antes, en 1990.

Casualmente, nuestra conversación se desvió hacia la cárcel de la Inquisición y la vida de su padre en una casa blanca en forma de caja.

«Seguramente tuvo alguna influencia en su música», comenté, «porque cantaba en un estilo muy antiguo».

No fue más que un eufemismo. Nadie había sido capaz de imitar las saetas de Zapata desde que murió, a pesar de que otros habían intentado recuperar su estilo de cante de las «saetas viejas», basadas en los cantos de las sinagogas.

Manuel meditó sobre mi pregunta y sobre la historia familiar en la cárcel de la Inquisición. Pero cada vez que comenzaba a responder, me daba la impresión de que alguna fuerza oculta parecía interrumpirle. «Mi padre siempre tuvo una tremenda obsesión…».

Las campanas de San Pedro empezaron a tronar estrepitosamente, como si quisieran incorporarse a nuestra conversación en el patio interior de Manuel. Se detuvo un momento para dejar que las campanas hablaran, mientras vertía el agua de lluvia extraída del antiguo pozo sobre un cubo para regar su jungla de plantas. A continuación retomó el hilo de su idea, sonriendo mientras recordaba una de las fijaciones permanentes de su padre.

—Estaba tremendamente obsesionado con que debajo de una parte de la casa había algo en un agujero —me contestó Manuel.

—¿Y había algo?

—La verdad es que trabajamos duro para poner un nuevo suelo pero no encontramos nada.

—¿Creyó que podía sentir los espíritus de las personas que habían vivido allí?

—No estoy seguro. Solamente era una sensación de que bajo esa casa tenía que haber algo.

—¿Un tesoro? ¿Riqueza? ¿Historia?

—No lo sé, esqueletos tal vez o… no lo sé.

Percibí como Manuel había comenzado a añadir algo más para, a continuación, detenerse. Pero ya me había pasado antes. Era imposible para mí, una extranjera, presionar demasiado en una segunda lengua. Me faltaba la delicada fluidez para investigar de manera diplomática. Por eso opté por tratar otro tema.

—¿Cuál fue la influencia de los judíos en las saetas? —pregunté —. He leído que la saeta data de la época de los conversos en el siglo XVI, quienes cantaban para demostrar su fe a la Iglesia Católica.

—Sí, es posible que haya algún componente. Quizás también de los árabes —me contestó vagamente, haciendo referencia a la influencia de los moros.

Manuel habló desde la experiencia. Él mismo cantaba saetas en las calles de Arcos durante la Semana Santa. Pero se ganaba la vida como escultor, ocupándose de las antiguas imágenes religiosas que se portaban durante las procesiones. Cuando le visité, su diáfana acuarela del campanario de la iglesia de San Pedro se encontraba a medio terminar debidamente apoyada sobre un marco con un pincel que yacía sobre la paleta. Las imágenes medievales de María y José llamaban la atención desde las oscuras habitaciones que se encontraban junto al patio, esperando a ser reparadas.

Cuando Manuel habló sobre su padre, su voz le traicionó al delatar un pequeño temblor antes de aclarar su garganta. Otros saeteros compartían la misma costumbre cuando hablaban sobre las personas ya fallecidas que querían. Tal vez fuera la costumbre de desatar las emociones con la música. Oyendo a Manuel hablar, era difícil saberlo.

Las saetas se interpretaban de manera diferente en cada pueblo de España, pero Arcos reclamaba la interpretación de las formas

más antiguas y primitivas. Con el discurrir del tiempo, la saeta hacía mella en los cantantes que la interpretan sin acompañamiento. Algunos artistas forzaban sus cuerdas vocales. Otros vivían en el borde, como Antonio, la segunda generación de saeteros a quien había visto actuar y era conocido por su quejios —profundos lamentos o llanto flamenco de ah ah ahiiiii que eran una característica de las «nuevas saetas». Nunca me encontré con él en persona, pero no vivía demasiado lejos de Manuel. Entre semana, cumplía una sentencia por drogas en la prisión local. Durante el fin de semana, cantaba en los bares locales.

Para Manuel, la carga de las saetas era psicológica. Llegó un momento en su carrera como cantante que la carga emocional fue demasiado pesada para seguir cantando.

—La verdad es que después de que mi padre muriera, cantar saetas me traía recuerdos de tal dolor y emoción que no pude cantar más —me explicó Manuel—. Es muy difícil cantar con la influencia del gregoriano. Has de luchar con las palabras en lo profundo de la garganta.

Con el tiempo acabó transformando esa lucha en componer letras para saetas, y compuso docenas de ellas inspiradas en las imágenes. En su estudio, había restaurados varias esculturas de la Virgen, desde la Virgen de las Angustias a Nuestra Señora de los Dolores, una suntuosa imagen del siglo XVIII que portaba un corazón de oro en su mano. Siete puñales dorados atravesaban el corazón como símbolo de los siete dolores desde la huida a Egipto hasta la recepción del cuerpo de Cristo.

Es tarea de Manuel cuidar la estatua por los cuatrocientos hermanos de la cofradía. Antes de cada procesión, en un complicado ritual que realiza con la ayuda de otro asistente, viste la escultura con túnicas bordadas y encajes hechos a mano. Y, durante la procesión, camina junto al paso para comprobar su progreso.

—Nadie me enseñó esto. Lo aprendí por mí mismo con mucha angustia y esfuerzo —dijo Manuel—. Me gusta cuidar de las imágenes porque son obras de arte.

Todavía compone letras para saetas, algunas se reunieron en un delgado libro autopublicado dedicado a su padre. Siempre lo tiene a mano, listo para ser leído en alto cuando su estado de ánimo le atormentaba.

«El dolor del saetero / Es dejar de cantar. / Porque conoce su suerte / Es una canción de oración / Que se reza dos veces.»

¿Cómo evolucionó la saeta? La mayoría de los expertos coinciden en que la forma temprana y primitiva de las saetas se compuso de salmos gregorianos que cantaban los frailes y monjes durante las misiones. Con posterioridad, la estructura musical se liberó y se adaptó para cantarla en la calle, siendo rediseñadas por judíos conversos durante el siglo XVI. Por regla general, la saeta es una composición de cinco versos, una quinta, con muchas similitudes de las versiones del Kol Nidrei de los siglos XIV y XV. La oración es un mensaje en el que se implora a Dios que revoque alguna promesa religiosa realizada en el último año.

Una de las teorías sostiene que la saeta surgió como una forma subversiva de cantar que permitía a los judíos conversos demostrar la pasión por su nueva religión mientras daban a conocer su desesperación a las personas de confianza capaces de descifrar la desesperada decisión: el bautismo, el exilio o la muerte.

Los versos moran casi tanto en el sufrimiento del cantante como en el dolor de Cristo y el pesar de la Virgen María.

«¿Quién me presta una escalera?» proviene de una clásica saeta en la que se pregunta: «¿quién me da una escalera para liberar al Cristo de la Cruz?». El fragmento representa un doble significado sobre huir de un mundo de dolor y la unión con Dios.

En los pueblos de Andalucía, la saeta ha pertenecido a generaciones de mujeres y hombres que elevan su voz desde pequeños balcones de hierro forjado o en la calle. Cualquier persona puede cantar la forma popular de la calle, incluso los condenados a duras penas de prisión. Cuando las imágenes religiosas desfilaban por delante de las antiguas cárceles, los prisioneros españoles adoptaron las saetas en lugar de cantar carceleras o canciones de la cárcel. «Presionado contra los barrotes de la cárcel, cuando pasó el nazareno, le grité: ¡Jesús de mi alma!, e inmediatamente me sentí libre de culpa.»

El poder político de la saeta era tan potente que fue duramente censurado a principios de los años 30, cuando el gobierno de la Segunda República intentó controlar el poder de la Iglesia Católica al prohibir las procesiones. Los rebeldes contraatacaron con las notas agudas y las pequeñas flechas de las saetas.

Entre ellos se encontraba Miguel Cambayá quien, de acuerdo con la leyenda local, desafió la prohibición junto con una cofradía local, Nuestro Padre Jesús Nazareno, que había marchado en Arcos de la Frontera desde 1589. Los cofrades, vestidos con gruesas túnicas marrones, desfilaron por las calles en silencio, a pesar de las amenazadoras represalias. Mientras se dirigían hacia la calle Corredera, la calle principal que cruza Arcos como una vena, nadie se dio cuenta de que Cambayá se encontraba de pie en un balcón, mirando la procesión desde lo alto. Desde allí Cambayá rompió el tenso silencio con unos lamentos al grito de «ahieee ahieee» y una saeta de cinco versos reprochando la situación.

«Que España ya no es cristiana han dicho en el banco azul. Y aunque sea republicana, aquí quien manda eres Tú, Estrella de la mañana.»

La salva de aplausos fue tan estrepitosa que en aquel momento la saeta volvió a Arcos de la Frontera, y nunca más volvió a desaparecer.

La rebeldía es la esencia de los andaluces que recurren diariamente a los milagros para librarse. Durante siglos, la saeta se ha utilizado para implorar a Dios en un entorno hostil. Cuando hablamos del poder de las saetas, Manuel me habló de una cantante de saetas que estaba rezando por un milagro. Se había dañado las cuerdas vocales mientras cantaba la agotadora saeta y durante cuatros años no pudo volver a cantar.

Estaba intrigada. La saeta fue la música de los desposeídos, de los judíos conversos que intentaron romper su silencio y dejaron un legado de música subversiva. Aquí estaba una mujer que había perdido su voz y estaba intentando encontrarla. Es posible que fuera mi guía para llegar a otro ámbito.

—¿Cómo puedo encontrarla?

—Se llama Mari Pepa. Podrá encontrarla en su panadería. La llamaré en su nombre.

10

Pistas en la sangre

París, 2009

En ocasiones basta una historia para una familia o una generación. Pero el rompecabezas de la identidad me fastidiaba tanto que intenté resolverlo mediante la recopilación de ingentes masas de información. Parte de esa información era confusa, alguna banal y otra útil. Mi persistente y, en ocasiones, incluso frenética excavación derivaba de mi deseo por conocer la respuesta a una simple pregunta: si desconocemos la verdad sobre nuestro pasado, entonces, ¿quiénes somos?

Para buscar mis respuestas, adopté el método del periodista de investigación. En mi trabajo, trafico con palabras. Esta es la divisa, mi moneda de cambio. Cazo hechos, persigo a las personas para escuchar lo que tienen que decir, absorbo sus pensamientos y los filtro. Durante las tres décadas que he sido periodista, he desarrollado la confianza de que cualquier cosa se puede rastrear, a lo largo del tiempo y la distancia y a través de las personas y los lugares.

Cuando mi cuñado, Dennis, y mi hermana, Pat, en California, tuvieron que enfrentarse a la dura realidad de que él sufría un cáncer de esófago, instalé mi portátil en la mesa de la cocina y comencé a analizar minuciosamente los estudios médicos, en busca de información que ofreciera esperanza. Aprendí que el polvo de zarzamora ayudaba a reducir el cáncer en los ratones de

laboratorio. Por si fuera poco, localicé un herboristerie —una tienda de hierbas de época establecida en el siglo XIX— que vendía remedios naturales para atacar al cáncer: el extracto del árbol de nim de la India para combatir los radicales libres y un líquido de Perú para fortalecer su inmunidad.

Todos rezamos, incluyéndome a mí, a pesar de mis propias dudas y mi ambigüedad con la religión. Encendí una vela pequeña en la capilla de la ladera de un pequeño pueblo blanco de España dedicada a Nuestra Señora de los Remedios, la patrona del pueblo. ¿Por qué no? Según se decía, había acabado con una sequía y vencido a la peste. No me importaba qué religión me ofreciera un milagro, frente a la vida o la muerte, la identidad ya no parecía ser tan importante. Entonces, una mañana, recibí un correo electrónico de mi hermana con los resultados de la última prueba: tras varias sesiones de quimioterapia, el cáncer estaba retrocediendo de sus huesos.

—No sé qué está haciendo —le dijo el oncólogo a mi hermana mayor, que es enfermera—, pero siga haciéndolo.

Seguí la misma filosofía con mi propia labor detectivesca familiar. Simplemente seguí buscando. Mi trabajo no era muy diferente del oficio del cronista del pueblo de Arcos, Manuel. Todas las alegrías y desgracias del casco antiguo pasaban por las ruidosas teclas de su vieja máquina de escribir Royal.

Envidiaba a Manuel y su trabajo; estaba teniendo dificultades para rellenar una fina libreta de periodista sobre el pasado de mi familia. Necesitaba más datos, más palabras, rellenar los vacíos de la memoria de mi familia sobre la identidad sefardí descartada. Sabía que otras personas habían tenido éxito en búsquedas similares a la mía. Durante los últimos veinticinco años, este tipo de historia arcana había sido desenterrada por aficionados y académicos que habían creado un campo de información extraída sobre el pasado secreto de los criptojudíos, como se les conocía en Estados Unidos.

En el suroeste, donde el origen de muchas familias latinoamericanas de Arizona y Nuevo México se remonta a España, se organizan conferencias académicas de carácter anual que ofrecen eclécticas exposiciones de objetos de cristal de criptojudíos y conciertos de música sefardí. Entre las mesas redondas y los seminarios teóricos como: Identidades falseadas: identidades y

autenticidad entre los criptojudíos, La coerción de la identidad formada por la rigidez religiosa, Doña Jimena: paralelismos con modelos de feminidad criptojudía, y La Virgen de Guadalupe: ¿cristiana o judía?

Roger Martinez, un joven y entusiasta profesor adjunto de historia de la Universidad de Colorado, en Colorado Springs, estaba asociado con este ecléctico grupo. Su encanto natural y su curiosidad implacable le eran muy útiles a la hora de buscar amarillenta documentación eclesiástica en las antiguas iglesias de España. De algún modo, los precavidos sacerdotes católicos dejaban a un lado sus sospechas sobre los extranjeros cuando este fornido tejano de pelo rizado se presentaba a sí mismo hablando español con soltura y con una tarjeta de identidad de profesor y maneras simpáticas. Algunos incluso le confiaron las llaves de los archivos de las iglesias repletos de documentos que se remontaban al siglo XV. Su especialidad era decodificar la hacinada caligrafía cursiva de los escribanos medievales, analizar los testamentos, cartas de dote, documentación eclesiástica y la correspondencia real.

Una de las tempranas pasiones de Martinez fue el Proyecto de Genealogía Genética Carvajal. Básicamente, intentó organizar una base de datos internacional de ADN para seguir la pista de la información genética sobre las errantes familias Carvajal de España, Portugal, las Islas Canarias, México, América del Sur, y Texas, California y Nuevo México. Su objetivo era establecer genéricamente los vínculos entre la Diáspora Sefardí y el estudio de cómo se habían dispersado por todo el mundo. Estaba buscando pistas para establecer si las familias judías conversas habían intentado deliberadamente mantenerse unidas, casándose entre grupos cerrados a través de los diferentes países en una estrategia encubierta para mantener su fe en secreto. Su propio linaje Carvajal era de San Antonio de Béjar, en Texas, a través de familiares que llegaron al Nuevo Mundo entre 1700 y 1710 cuando un soldado llamado Mateo de Carvajal se asentó en la recién creada Villa de San Antonio de Béjar, lo que ahora es San Antonio.

Conocí al profesor Martinez en París, mientras se encontraba allí de vacaciones con su mujer. Cuando nos reunimos para cenar en una brasserie del siglo XIX con vidrieras y caoba cerca de la antigua Bolsa de París, me contó su propio esfuerzo por seguir la pista de las

líneas Carvajal. Se encontró en un callejón sin salida con la documentación de la Inquisición en Madrid porque la familia mantuvo una posición lo suficientemente buena como para evitar la persecución.

—Este es un tema muy, muy delicado —dijo—. Fundamentalmente, solo he identificado a una o dos familias Carvajal que fueron totalmente investigadas por la Inquisición. El caso fue finalmente desechado, al parecer los inquisidores no validaban sus demandas por lo que respecta a la problemática genealogía de estos Carvajales y, como ya sabes, la Inquisición funcionaba a nivel regional. No creo que ningún Carvajal haya sido perseguido en Madrid.

Otro dato a tener en cuenta es la ausencia de archivos de la Inquisición, quizás debido a la influencia de los Carvajal en las instituciones reales y eclesiásticas.

Durante la cena de parmentier de pato y Burdeos, me animó a hacerme las pruebas genéticas como parte de mi investigación. Pero no estaba segura de cómo reaccionaría la familia ante esa sugerencia. Es evidente que otros Carvajal también desconfiaban, ya que solo unas pocas docenas de voluntarios habían accedido a permitir que sus resultados de ADN se incluyeran en ese proyecto.

—Deberías pedirle a tu padre que se hiciera la prueba de ADN —me presionó.

—Pero, ¿qué ocurre si no quiere?

—Bueno, yo tengo mis propias dificultades en mi familia pero debes intentarlo. No pierdas la oportunidad.

Entendí lo que Roger quería decir desde la experiencia personal. Lamenté enormemente no haber hecho algunas preguntas, la curiosidad se había desvanecido cuando se trataba de mi propia familia. Cuantas veces deseé poder llamar a mi abuela, Mamita, para preguntarle sobre los reveladores rituales de la familia.

En ese momento, Roger me contó la historia personal de sus propios esfuerzos continuos por persuadir a algunos de sus propios familiares Carvajal para hacer el test de ADN para su investigación.

—¿Lo conseguiste siempre? —le pregunté posteriormente cuando volvió a Estados Unidos y se encontraba trabajando en un libro de historia que seguía la trayectoria de los Carvajal que se trasladaron a Bolivia, Perú y la Argentina colonial.

—No pude convencer a mis parientes Carvajal masculinos de que participaran —me contestó en un correo electrónico—. Ha sido frustrante. Pero así es como es.

Su propia búsqueda de ADN personal tuvo un resultado inesperado. Mostró que su firma genética tenía raíces de americanos nativos por ambos lados de la familia. Eso «hace referencia a las limitaciones del ADN». Pese a nuestra historia oral, apenas queda nada que nos una a nuestro pasado.

No esperaba demasiado de un momento de inspiración de descubrimiento personal. Por eso solicité la prueba de ADN por 99 dólares a una empresa de Texas, y se lo envié a mi padre en California.

«¿Te importaría hacer esto?», le pedí a mi padre con un poco de miedo.

¿Y si me decía que no? Podría seguir la pista de la misma línea masculina de ADN con la ayuda de mis dos hermanos, pero hubiera perdido la información sobre la línea de mi abuela, Mamita. Solo era una pista en el caleidoscopio familiar, una colección de vestigios: recuerdos familiares, prácticas religiosas, talismanes de fe judíos y países de adopción.

Pero decidí apostar por la historia, la que se lleva en nuestros genes. El ADN, ácido desoxirribonucleico, es una molécula helicoidal de doble cadena presente en las células de todos los organismos. Lleva las instrucciones genéticas para construir un organismo y controlar las funciones de la célula. Estas herencias biológicas se transmiten de padres a hijos, sin cambios, con marcadores genéticos en los cromosomas Y que nos pasan los padres y el ADN mitocondrial que recibimos a través de las madres.

En el ADN nuclear de los hombres, el cromosoma Y es casi idéntico entre hijo, padre y abuelo y primos por generaciones. Ofrece resultados de la marca genética que se manifiestan como un conjunto de números conocidos como haplotipo, que permite distinguir una línea masculina de otra.

El atractivo de este haplogrupo y las pruebas de ADN reside en que ofrece apariencia de simplicidad. Con el mundo dividido en una piscina de letras de haplogrupos, mi esperanza era descifrar la realidad para hacerla manejable. Un individuo se transforma en una fórmula de secuencias numeradas en series de marcadores DYS

alcanzando las cifras de 12, 25, 37, 43 o 67. Durante siglos, han interactuado, en ocasiones colisionando y en otras no.

En sus investigaciones publicadas, los genetistas europeos Francesc Calafell, de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, y Mark Jobling, de la University of Leicester en Inglaterra, propusieron investigar la herencia genética en España de los judíos y los moros, dos grupos que compartieron el fatal destino del exilio, la conversión, las ejecuciones y las sanciones de la Iglesia durante la Inquisición española. Sus descubrimientos fueron fascinantes porque detectaron un elevado número de conversiones: encontraron evidencias de que el 19,6 por ciento de los españoles residentes son descendientes de judíos sefardíes y un 10,6 por ciento llevaban la firma genética de los musulmanes. El estudio no incluyó a las mujeres, lo que seguramente hubiera aumentado todavía más los porcentajes. El estudio se basó en el análisis de los cromosomas Y obtenidos a partir de 174 muestras de ADN de hombres sefardíes de comunidades a las que emigraron los judíos en grupo desde España después de 1492, como Portugal, Grecia, Turquía y Bulgaria. Además desarrollaron firmas similares para los cromosomas de los árabes y bereberes reuniendo muestras de hombres de Marruecos y del Sahara Occidental. Después compararon los datos con las muestras de ADN de 1.140 hombres de todas las regiones de España.

El cromosoma Y del propio Dr. Calafell, del haplogrupo G, podría tener ascendencia sefardí. Este conjunto genético de marcadores de la línea masculina tiene una baja frecuencia en la mayoría de poblaciones del mundo. Sus muestras de ADN de hombres sefardíes mostraron que la mayoría de los haplotipos con mayor prevalencia, o marcadores genéticos, fueron J1, J2 y G. Su apellido está inspirado en un pueblo de Cataluña, una interesante pista de sus posibles antecedentes ya que algunas teorías afirman que los judíos conversos adoptaron con frecuencia los apellidos de lugares y animales. Pero su cromosoma Y no es una prueba definitiva. Como hizo constar: «Mi ascendencia completa se compone de muchos individuos diferentes, y mi cromosoma Y solamente habla de uno de ellos».

Calafell me comentó que «mi haplotipo es bastante raro. Podría ser originario de Oriente Próximo y haber llegado a Iberia con los

judíos o fenicios, pero los seres humanos también se trasladan solos, como personas que son, más allá de las migraciones históricas». Por el contrario, el ADN por parte de su madre procede de una familia que nunca se alejó demasiado de los pueblos de España. El mismo ADN «se encontró en un esqueleto desenterrado de una excavación arqueológica del Neolítico de 3000 años de antigüedad, a tan solo sesenta y cinco kilómetros de distancia de su pueblo natal. Siete de cada ocho bisabuelos nacieron en un radio de diez kilómetros de distancia», comentó.

Un amigo de México, Federico Garza Martínez, un historiador aficionado, me aconsejó que siguiera buscando una historia que conectara todos los puntos. «El ADN es una manera útil de encontrar pistas, nada concluyente», me dijo. «Solamente te habla de tus líneas materna o paterna, dos puntos entre millones. Yo propugno otras fuentes porque desciendes de muchas personas. Algunas veces, las pistas más prometedoras son inesperadas, como un antepasado nacido fuera del matrimonio».

De hecho, estaba haciendo un mosaico, moviendo los azulejos de colores hasta conseguir que surgiera una imagen clara. En algunas comunidades de España, como en la isla de Mallorca, los descendientes de judíos conversos pueden remontar sus árboles genéticos unos 500 años atrás gracias a la infatigable ayuda de los inquisidores que mantuvieron cuidadosamente la documentación de los juicios.

Un grupo israelí, Shavei Israel —qué significa «Israel vuelve»— enviaba rabinos de manera itinerante a países donde los descendientes de conversos mostraban interés por aprender más sobre su origen y religión. Hasta el momento se han desplegado por España, Portugal, Brasil, China, Polonia y el sur de Italia y Sicilia en busca de los ellos conocen como «judíos perdidos».

Michael Freund, un nativo de Nueva York, y ex director adjunto de comunicaciones en la oficina del primer ministro para Benjamin Netanyahu, fundó la organización para «fomentar la conexión que las personas mantienen con su identidad».

«Algunos están buscando la conversión y la organización ofrece una escuela especial en Israel para ese propósito. Otras personas, en cambio, que no tienen ningún interés en la religión organizada y son felices viviendo en España o Portugal o en cualquier otro lugar,

pueden tener simplemente una curiosidad emocional debido a que sus antepasados fueron una vez judíos», me contó.

La primera vez que contacté con Michael, caí directamente en la segunda categoría, evitando cualquier clase de cometido religioso, nunca en mi vida había traspasado las puertas de una sinagoga. Sentí que estaba siendo muy reservada sobre el tema y estaba preparada para finalizar la discusión si Michael abordaba el tema de la conversión religiosa. Pero él, de manera rigurosa, evitó el tema y se lo agradecí porque no tenía las respuestas.

Sabía que la política de Michael era claramente conservadora tras la lectura de una muestra de sus columnas en lengua inglesa para el Jerusalem Post que apoyaba la expansión de los asentamientos israelíes en Judea y Samaria. Pero su enfoque sobre la organización era delicado, y proporcionaba información de manera neutral. Cuando me puse en contacto con él, el grupo se encontraba en medio de la preparación de un libro sobre cómo debían investigar las personas que buscaran los secretos familiares enterrados de origen judío.

—Creía que los judíos evitaban el proselitismo de los conversos —le comenté a Michael—. ¿Cuál es la diferencia con lo que su grupo está haciendo?

—Nosotros no hacemos proselitismo —dijo Michael—, pero por supuesto es una línea delgada. La diferencia radica es que cada vez más personas están buscando recuperar sus raíces judías. En muchas ocasiones, se encuentran con la hostilidad o la sospecha. Carecen de un lugar al que acudir. Por eso tratamos de llenar ese vacío.

Nunca me había enfrentado porque tenía demasiadas dudas para dar un enérgico paso hacia delante con el fin de reclamar una religión. Pero Michael y su grupo ofrecían lo que me pareció un viaje espiritual sin compromiso en el que sencillamente proporcionaban información. El grupo estaba trabajando en Polonia, donde un número de hijos y nietos supervivientes del Holocausto habían hecho frente a dramáticos descubrimientos sobre sus identidades judías secretas, que habían sido ocultadas durante la II Guerra Mundial.

Una de esas historias fue la de un sacerdote polaco, Romuald Waszkinel, quien, a sus treinta años, en una conversación en el lecho de muerte con su madre católica adoptiva, descubrió que su

verdadero nombre era Jakub Weksler. Lo recogió de brazos de su madre judía, Batia, para protegerle de los nazis. La búsqueda de su identidad y su viaje a Israel se convirtieron en los temas principales de un documental, Torn.

El último ejemplo de otra persona que también buscaba es el caso de Pawel, un cabeza rapada antisemita polaco quien descubrió sus raíces judías ocultas en Polonia y se convirtió en un judío ortodoxo. Un amigo mío, Daniel Bilefsky, lo entrevistó, y narró su historia en el International Herald Tribune y en The New York Times. Sus orígenes secretos fueron una herencia de la II Guerra Mundial, cuando muchos judíos ocultaron su fe con el fin de sobrevivir y proteger sus secretos para que se adaptaran en gran medida a las comunidades católicas. Pawel descubrió sus orígenes cuando su mujer se puso a investigar sobre los antecedentes de su propia familia en unos registros genealógicos junto con sus familiares. Para sorpresa de ambos, ella descubrió que los abuelos de los dos aparecían en el registro de judíos de Varsovia.

Pawel se enfrentó a sus padres, y estos le explicaron la tragedia familiar: su abuela materna, judía, sobrevivió a la II Guerra Mundial oculta en un convento, protegida por las monjas. Su abuelo, también judío, perdió a la mayoría de sus siete hermanos y hermanas durante el Holocausto. Durante semanas, Pawel no pudo mirarse al espejo, y le comentó a Dan que buscó consuelo en un rabino, quien le explicó su angustia: «Las almas dormidas de sus antepasados lo estaban llamando».

Fue Dan, judío y de Montreal, quien me animó a buscar mis propias pistas.

«Tienes alma judía», bromeó conmigo en una de sus escapadas a París cuando nos detuvimos para tomar un café expreso en la terraza de una cafetería junto al río Sena. «Eso explicaría tu instinto maternal para ofrecer soluciones a todos los problemas, por pequeños que sean, y tu irracional pasión por la comida de Medio Oriente, y tu sentido de la justicia, que es algo muy talmúdico».

«La próxima cosa que descubrirás y que me dirás es que mi sopa de pollo es una prueba de mis orígenes», contesté. «Necesito algo más concreto que elimine todas mis dudas».

Mi esperanza era que las pistas de ADN me ofrecieran una imagen más nítida del pasado de mi familia. Carecía de un baúl

mágico y polvoriento que pudiera abrir para encontrar un tesoro de letras que me proporcionaran las respuestas. En 2008, escribí a Stanley Hordes, un historiador de Nuevo México que había seguido el rastro de la historia de los criptojudíos y había descrito el largo proceso de investigación: rastrear los bautismos, matrimonios, entierros y los archivos de la Inquisición y buscar patrones.

Le consulté sobre el seguimiento de nuestro árbol genealógico y, particularmente, le pregunté si podía haber algún vínculo con la familia Carvajal juzgada por la Inquisición en Nuevo León, en México.

«Tu historia parece convincente», escribió en una alentadora nota. Pero añadió que Carvajal (o Carvalho en Portugués) era un nombre muy frecuente en la Península Ibérica, por eso no se podía asumir de manera automática que hubiera un vínculo familiar.

Para los sabuesos familiares como yo, ofreció una lista de consejos para embarcarse en la búsqueda de pistas. ¿Había signos de endogamia, judíos conversos que se casaban entre ellos con otros judíos conversos de la familia? ¿Había un patrón de trabajo que permitiera a los hombres vagar entre los hospitalarios países y una red receptiva de otros judíos secretos? ¿Usaba la familia nombres bíblicos como Esther o Samuel?

La mayor parte de los conversos fueron comerciantes y vendedores ambulantes que eran comerciantes a nivel internacional, y confiaban en las conexiones con otros criptojudíos en las colonias americanas y judíos europeos, especialmente de Holanda.

Continué con la búsqueda de los registros familiares de Costa Rica, corriendo, enfrentándome a los obstáculos. Al principio no podía solicitar copias de nacimiento, ni matrimonio ni el registro de defunciones de Costa Rica —el único documento que necesitaba y se remontaba a través de los siglos— sin contratar a un abogado local. Sentada en Europa, busqué en internet y contraté a un abogado bilingüe, Gregory, quien anunciaba su saber para probar el conocimiento genealógico en Costa Rica. Era escéptica sobre confiar en un abogado que anunciaba sus eclécticos servicios para reunir la documentación genealógica y organizar ceremonias de boda mientras se jactaba de una carrera previa como paparazzi en Beverly Hills, con fotos de sí mismo junto con Michael Jackson. A

pesar de mis dudas, le contraté por 600 dólares y recibí un acuse de recibo.

Durante cinco meses no supe mucho más de él. Con el tiempo volví a recibir noticias, aunque para entonces yo ya había seguido con mi propia investigación gracias a un proyecto piloto de los mormones americanos que estaban reclutando legiones de voluntarios dedicados a viajar a través de las diminutas naciones de América Central para filmar los archivos de las iglesias y después publicar los datos en línea.

Qué escalofriante deleite fue ver, con unos pocos clics del teclado del ordenador, los nombres de mis antepasados escritos en elegante letra cursiva. Los registros también mostraron amigos de la familia que ya no estaban y aparecían como padrinos en los certificados de bautismo, me enseñaron que mi bisabuela murió pocas horas después de su hermana, ambas a los cuarenta años de edad. Eso explicaría lo que pasó con mi abuela, Mamita, a sus diecisiete años. Recuerdo la información algo borrosa sobre cómo la «segunda madre» de mi abuela, Albertina Pérez Carvajal, había recogido a la joven Angela en su familia de un modo casi tribal, casándola a los seis meses con su segundo y apuesto hijo: José Francisco Carvajal.

El registro de nacimientos y entierros que encontré también mostraba las ocupaciones de ambas partes familiares. Las mujeres eran, por regla general, amas de casa, los hombres comerciantes o políticos. Uno de ellos fue el jefe político o alcalde de San Ramón.

Uno de los registros más extraños que me llegaron, me lo proporcionó mi abogado fotógrafo, quien investigó una dispensa, o petición de matrimonio, ocurrida en 1869 con mi tatarabuelo José Carvajal. Hubo testimonios de apoyo de empresarios locales por el buen carácter de José y su futura novia, Petronilla Alvarado.

Al final resultó que José necesitaba una dispensa porque su novia era, en realidad, su prima cuarta, según el abogado de Costa Rica. Ambos llevaron a cabo una tradición familiar, como mostraban los archivos. Los padres de Petronilla —mis tatarata tatarabuelos, Hermenegido Alvarado y Juana Solís— también fueron primos cuartos.

Al leer los registros, me di cuenta de que aquí había algunos puntos que se podían relacionar con un patrón más amplio y que los

historiadores habían encontrado entre los judíos conversos. Los hombres de la familia Carvajal se habían dedicado a profesiones comerciales como mercaderes, lo que les permitía viajar y deambular.

El comportamiento del clan de los matrimonios mixtos entre primos lejanos era probablemente un signo de endogamia y, por tanto, contrario a las normas católicas. Pero fue una estrategia eficaz para proteger los secretos de la familia casándose con otras familias sefardíes. En diferentes lugares de las colonias españolas, de acuerdo con los investigadores, las iglesias regionales concedieron cientos de dispensas eclesiásticas con el fin de permitir que los familiares se casaran entre sí.

No eran las pistas inspiradoras que buscaba con afán y no me satisficieron lo suficiente, pero me acordé de las palabras de un sacerdote que presionó en busca de respuestas sobre la herencia sefardí de la familia y reflexioné sobre el sencillo consejo.

No preguntes. Piensa.

11

Gustos olvidados

Arcos de la Frontera, 2008

Sobres los dorados acantilados de Arcos hay soñadores que trabajan día tras día como panaderos o cocineros para después, durante la noche, cruzar la frontera de sus sueños. El paso fronterizo es una taberna local llamada José de la Viuda, con una fachada de ladrillo macizo con más de sesenta años de antigüedad.

Tres generaciones de la familia Saborido habían dirigido este refugio, que se elevaba sobre la plaza Rafael Pérez del Álamo. Las personalidades más notables de la localidad se reunían aquí, desde poetas y escritores a legendarios cantaores con grandes títulos de la realeza flamenca: Camarón de la Isla, Fernando Terremoto, Luis de la Pica, Lole, El Pipa, El Barrio, Jesús Quintero y Juan Luis de Tarifa.

Francisco Saborido es uno de los filósofos ocasionales de la taberna, aunque su trabajo diario estaba presidido por su propia cocina y la producción de crujientes y doradas tapas de carne y queso que él insistía en afirmar habían sido inspirados por trozos, pequeños fragmentos de la historia. El chef Saborido, corpulento y calvo con accesorios de moda que variaban desde una estrella de David oscilando de su cuello a una kufiyya palestina blanca y negra a modo de curioso complemento, creció en el remolino de la taberna de su abuela, La Viuda.

El primero que me habló de Francisco fue Jorge, un artista y

pintor, que sorbía su café solo en un palacete reconvertido en hotel en la Calle Corredera que es un lugar de reunión para una generación de músicos jazz y escritores.

—¿Estás buscando información sobre los sefarditas? —me preguntó Jorge un día cuando estábamos compartiendo unos cafés uno al lado del otro—. Conozco a la persona indicada. Aunque te aviso, no parará de hablar.

Pensé que al fin había encontrado a alguien que pudiera ayudarme a mirar más allá de las paredes blanqueadas del pueblo.

Buscar a Francisco no me llevó demasiado tiempo. Lo encontré en una oscura caverna, llevaba un enorme colgante de oro, una estrella de David. La terraza de su restaurante, La Taberna de Boabdil, con vistas a la parte este de la Peña Nueva a lo largo de La Escalerita, un tramo empinado de escaleras que desembocaba en el Paseo de Boliches y que se aferraba a un precipicio con vistas al río Guadalete. Cuando la cercana iglesia de San Miguel se construyó sobre los restos de una sinagoga en 1500, los supervivientes judíos se replegaron aquí, en las profundidades de la cueva del siglo XVII para practicar sus rituales en secreto, según Francisco. Lanzó una rápida mirada en dirección al barranco irregular, con otros túneles que protegían las casas cerca del barrio de Matrera Abajo en el lado este de la Peña Vieja.

Su familia había sufrido una historia dramática de transformaciones: su tío se convirtió en su tía. Manolita Chen (nació siendo Manuel Charborido) fue la primera transexual conocida en toda España y viajó por todo el país como una esbelta bailarina morena durante la década de los 60 con su propio espectáculo de cabaret, Teatro Chino. Vivía cerca de mi barrio y prefería que la llamaran Elena. En una ocasión dejé una nota de presentación en su puerta, con la curiosidad de saber cómo viviría abiertamente un transexual durante la conservadora represión de los años de Franco. Pero tras su arresto por drogas en 2004 que la llevó a ser condenada y sentenciada con la cárcel en el Puerto de Santa María, era tan solitaria como la Garbo, por lo que no esperé respuesta alguna. Pero cuando llamé a su puerta para presentarme, la abrió y me dio una cálida bienvenida, besándome en las mejillas. Había leído mi nota, pero no estaba interesada en conversar sobre el tema. «Ahora mismo, no concedo entrevistas», dijo Manolita/Elena con la

grandeza de sus días de interpretación.

—Bueno, estaré un tiempo por aquí, vivo justo arriba de la colina. La visitaré en otra ocasión por si está preparada para hablar.

—Claro —contestó educadamente. Pero cada vez que volví a llamar a su puerta después de aquello, nadie respondió.

De niño, Francisco recordaba estudiar a los asiduos de la taberna, como por ejemplo su tía que acudía a escuchar los acordes de música del flamenco, sombrías soleás o alegres bulerías. Era una época en la que la gente de España era exprimida entre dos poderosas fuerzas, la Iglesia Católica y el régimen de Franco, de acuerdo con la opinión de Francisco. El gobierno conservador y católico desalentó el interés en cualquier herencia judía. El Edicto de Expulsión de los Judíos no fue revocado, después de todo, hasta 1968.

Fue una cuestión de supervivencia y protección política para encubrir el pasado, razón por la que en Arcos, los locales eran cautelosos con los extraños. No podían hablar abiertamente sobre los judíos o musulmanes que dejaron su indeleble huella en sus barrios, donde los tribunales de la Inquisición solían reinar en la plaza. En sus paseos diarios, hacían caso omiso de la Posada de Angustias, en camino de Bornos, su nombre hacía referencia a la tragedia que sufrió su propietario, Pedro Acosta, un próspero converso acusado por sus vecinos de judaizar durante la Inquisición en 1692.

La mística cueva del siglo XVII, que Francisco transformó en un restaurante, es el sueño que le trajo de vuelta de sus viajes como chef errante. Su objetivo es reivindicar los antiguos platos sefardíes y árabes para servir a los comensales contemporáneos. Le encanta su propio estilo de arqueólogo gastronómico. Y me pregunté si me podía homenajear con una muestra de ese pasado que estaba buscando.

Tenía una hipnótica manera de describir su viaje a esta cueva con su voz grave. Durante casi quince años estuvo a la deriva por Marbella, Alicante, Cataluña y Bélgica antes de volver a Arcos. Comentó que sus ideas y su conocimiento sobre cocina no tenían sentido para los demás vecinos de su ciudad natal ni cuando se fue ni al regresar. No podían entender por qué quería regresar al pasado para evocar recetas desconocidas de un tiempo olvidado.

Siempre fue demasiado curioso, asomándose al borde de las conversaciones, aunque cuando era un niño, los adultos tendían a protegerle de información sensible mandándole a la cama.

—Cuando crecí nadie hablaba de sefarditas, porque todos temían a la Iglesia Católica y vivíamos bajo Franco —me dijo—. No sabíamos que habían existido musulmanes y judíos. Ahora, por supuesto, hablamos más de la cultura de Andalucía. En aquella época, las personas mayores hablaban de secretos en el bar de mi padre. Cuando aparecía alguien que querían excluir de la conversación, simplemente, decía: «Dame un poco de kpanklá».

Repetí las sílabas torpemente ka-pahnka-la.

—Kpanklá.

Tenía una sensación de satisfacción, el poderoso conocimiento de una clave secreta para «encubrir». Sabía la contraseña. Era el argot andaluz para «cal para encalar», un acto con un significado profundo en Arcos donde las estaciones estaban marcadas por las sofocantes casas con cal blanca. «Lo hacíamos después de Navidad, después de Semana Santa». Francisco recordaba sus costumbres familiares de aplicar cal. «Lo hacíamos para limpiar las casas física y espiritualmente. Esta era una forma de purificación».

De adolescente, su pasatiempo consistió en rebuscar en la basura que las personas abandonaban en los cubos a lo largo de las calles de su barrio. Era un estudiante de 15 años cuando descubrió algo que fue de suma importancia para él: un enorme resto de madera tallado a mano de una sinagoga. Era una larga barra horizontal de roble, tallada según un patrón entrelazado de líneas y flores de cuatro pétalos.

Es posible, comentó, que fuera custodiado durante siglos por los únicos ocupantes de una casa cerca de su propia calle de Bornos, que anteriormente era conocida como calle de la Cruz Verde, en referencia a la firma de la Inquisición, que era una cruz verde.

«Supe inmediatamente que era parte de la historia», me dijo Francisco, arrastrando su mano hacia su apreciada pared. Eché un vistazo a la talla pulida y juntos meditamos la idea de hogar en su restaurante cueva, que llevaba el nombre de Boabdil, sultán del Emirato de Granada, que entregó la última ciudad musulmana a los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, en 1492.

El refrescante interior de la cueva es un bazar de colores que

parecen competir entre sí, paredes irregulares de piedra pintadas de color mostaza, azafrán, canela y un azul profundo. Los mullidos divanes están repletos de enormes cojines mientras que de las paredes cuelgan ollas de cobre, teteras y placas de cerámica pintadas a mano. Francisco había colocado el vestigio tallado en madera de la sinagoga en el lugar que le correspondía, en el centro de la sala, a unos pasos de la parte más profunda de la cueva, donde antaño se practicaban los rituales religiosos clandestinos. El oscuro interior, silencioso y neblinoso por el polvo y con un suelo de tierra con mobiliario roto, no se utilizaba hoy en día.

Con el tiempo, Francisco coció a fuego lento sus opiniones de historia, cultura y comida en su propia filosofía ecléctica sobre gastronomía que mezcló con los recuerdos de la infancia de la cocina de su abuela. A la mayoría de las personas no les interesaba distinguir las características de la cocina medieval, pero con su intenso entusiasmo está intentado ofrecer un menú en su restaurante que imparte aromas, sabores y un poco de miedo a los alimentos prohibidos de la Inquisición.

—Aprendí porque me hice preguntas. Es el alma quien pregunta, y el corazón quien exige —dijo Francisco—. Siempre he estado buscando una casa. Hace quince años, abandoné la cocina y residí en muchos países porque la gente pensaba que estaba tan loco como un pintor con sus ideas.

Su ecléctica gastronomía es además una mezcolanza de sabores, colores y tribus, como él las llamaba, de Andalucía.

—Tribus como los sefarditas y musulmanes que nos dejaron una tradición culinaria —afirmó—. Todos los cristianos aquí tenemos algo de judíos en nuestro interior, genéticamente hablando. Está en nuestro cerebro o personalidad y tiene una manera de influir en nuestra forma de pensar, de cocinar, el aroma.

Me incliné a rechazar dicho argumento por parecer una narración caprichosa, aun así sabía que los genes de al menos una cuarta parte de los andaluces de las regiones occidentales reflejaban esa herencia sefardí, según los genetistas españoles que había entrevistado.

—Mis genes son musulmanes, judíos y andaluces —me confesó Francisco.

— ¿Cómo sabes eso?

—Si escuchas rock and roll y no sientes nada. Si intentas algo y no sientes pasión. La mezcla de musulmanes y judíos significa algo para mí. En mi familia, Saborido fue un coronel cristiano. Mi abuela materna, María Muñoz Huerta, creció aquí en el barrio judío de San Francisco.

Estos argumentos no me convencían y se dio cuenta de mi escepticismo.

—Mírate, por ejemplo, con tu pelo rubio y tus ojos azules americanos.

—Mi abuelo tenía los ojos azules y vivió en Costa Rica —le interrumpí—. El color no viene de América.

—Por eso tienes un alma española. Tu corazón está aquí. Me gustaría llevarte a mi antiguo barrio. ¿Te gustan las motos?

Reflexioné sobre la invitación con cierta inquietud, y eché un vistazo a su pie. Su tobillo estaba fuertemente vendado, a causa de un reciente esguince al caer por las escaleras de la empinada calle Escalerita la noche anterior. Dudé e imaginé un salvaje paseo repleto de baches, sumergiéndonos en las resbaladizas calles empedradas. Sabía que cruzaríamos esta frontera sin cascos con una interminable corriente de comentarios culturales de Francisco. La visión fue casi equivalente a correr con los toros en Arcos.

A pesar de mis dudas contesté afirmativamente y quedamos en reencontrarnos en la cueva del restaurante. Cuando llegué, localicé su motocicleta —blanca como la cal— con una montura de piel deshilachada en los bordes. Se había vestido para el viaje: gafas de aviador, pantalones a cuadros negros y blancos y unos zuecos.

Me preocupaba que los pudiera perder a medida que dábamos tumbos sobre el empedrado. Me aferré a su amplia cintura y nos fuimos tras un acelerón, girando a lo largo de las pronunciadas curvas. Los estrechos callejones eran tan tranquilos que los niños jugaban a cartas en el medio de ellos, mientras extendían una mano de corazones sobre el asfalto. La pureza de Arcos —su blancura y oscuridad, su dureza y ligereza, la perfecta simetría tallada por las tribus desaparecidas— residía aquí.

Por encima del ruidoso rugido de la moto, Francisco habló deprisa de lo que había más allá del encalado en el barrio de su infancia de Competa, un antiguo puesto de avanzada, compuesto de sinuosas callejuelas donde árabes y judíos habían convivido hace

muchos años en las cuatro calles del pueblo, entre ellas la calle Mozárabes y la calle Sefardíes.

Pasamos por delante de la iglesia de San Francisco, donde la orden franciscana de sacerdotes presidió la Inquisición. Después rugimos hacia la calle Gomeles hasta una callejón oculto sin salida donde aparcó su moto en un frondoso patio repleto de palmeras en maceta y hiedra. Las paredes habían sido encaladas y un canario estaba cantando desde una jaula de plástico colgada temporalmente en un rincón sombreado.

Miré a mi alrededor, tratando de absorber el ambiente del lugar y saqué mi cámara. Estaba ocupada tomando fotografías cuando de repente escuché un gran estruendo y un ruido sordo.

Me giré para ver la moto tirada en el suelo y Francisco, con su esguince de tobillo vendado, esforzándose por levantarla para ponerla en posición horizontal. De algún modo nos las apañamos los dos para recolocarla, aunque ahora mis dudas sobre este viaje iban en aumento.

—No te preocupes —me aseguró—. No te preocupes. Continuemos. Quiero llevarte a la calle Matrera Abajo para mostrarte algo. Hay una antigua y bonita puerta con incrustaciones de hueso.

Era el tipo de comportamiento intenso y peculiar que me atrajo de Francisco, quien parecía ser más abierto sobre Arcos y su historia. Quizás demasiado abierto para su propio bien.

En un momento dado, cuando nos detuvimos para un café, Francisco me confió algunas dudas sobre si la gente de aquí aceptaría sus opiniones sobre la reivindicación de las recetas antiguas por la dolorosa historia. Lo que no sabía era que durante siglos algunas recetas fueron motivo suficiente para un juicio de la Inquisición.

—Cuando propuse ofrecer gastronomía sefardí, pensé que debería hacer frente al prejuicio —me dijo—. No soy un egoísta pero estoy tratando de hacer algo más que un simple restaurante: un concepto global con una fusión de ideas.

Sorbí mi café solo, pensando en su cueva, que nunca se llenaba. Hice un cálculo de los comensales, normalmente turistas urbanos de Madrid o aventureros de Alemania u Holanda. La pequeña muerte de un chef supone un juego de mesa vacío con tenedores de plata y

servilletas decorativas. ¿Dónde estaban los comensales locales? ¿Evitaban el restaurante de Francisco por la crisis económica que había paralizado Arcos y toda España, o eran los exóticos sabores y el excéntrico estilo de Francisco? ¿Es posible que sintieran el peso de la historia en la cueva desde el momento en el que ciertos alimentos hechos por los sefardíes constituyeron pruebas de delito religioso durante la Inquisición?

Francisco, el eterno provocador, hizo un guiño con el eslogan de su taberna: El dulce pecado de comer. Los archivos de la Inquisición estaban repletos de casos en los que los hábitos alimenticios conducían a la cárcel, al exilio o a algo peor. En el siglo XV, una conversa cristiana, Beatriz Núñez, informó a los inquisidores sobre su doncella, Catalina Sánchez, porque se dio cuenta de señales que revelaban una casa kosher. La primera prueba fue la adafina, un guiso aromático cuyo nombre quiere decir «tesoro enterrado». Es una mezcla de cordero, garbanzos y huevos duros, todo mezclado con azafrán, cilantro, jengibre y dátiles. Se podía cocinar el viernes, enterrarlo en las brasas y comerlo el sábado por la noche, así se evitaba trabajar durante el Sabbat.

Por esta receta de adafina y otros actos de herejía, Beatriz Núñez fue quemada viva.

Los inquisidores, bajo las órdenes del Gran Inquisidor Tomás de Torquemada, quien tenía orígenes conversos, recogieron testimonios sobre los rituales judíos realizados en secreto. Gran parte de las pruebas condenatorias se centraban en la comida.

Entre la lista de actividades gastronómicas sospechosas aparecía «no comer cerdo, liebre, conejo, aves estranguladas, congrio y sepia». La preferencia por los huevos cocidos y el aceite de oliva despertaban ciertas sospechas. Los inquisidores tomaban nota de si la carne se freía en aceite de oliva o, en su lugar, se prefería la manteca de cerdo. Los judíos normalmente evitaban la manteca de cerdo al ser un producto proveniente de dicho animal.

La persecución por crímenes gastronómicos se esparció por las colonias españolas donde los inquisidores operaban en los centros urbanos de Perú y Colombia, así como en Ciudad de México. Los documentos de los juicios de los archivos en la Universidad de California, en Berkeley, muestras que algunas de las pruebas contra la familia Carvajal, condenada en la Ciudad de México, hacían

referencia a sus hábitos de ayuno y a sus restricciones dietéticas. Sacrificaban sus pollos según la manera kosher tradicional, drenando toda la sangre de las aves para después asar la carne. Los archivos también muestran que solían tener guardado un suministro de manteca en caso de que los huéspedes comenzaran a sospechar.

Durante la España medieval, comer cerdo demostraba identidad y respeto por la fe católica. El regalo de una salchicha de cerdo o un suculento jamón, por ejemplo, demostraba una pureza de fe por parte del dador, ya que ningún musulmán o judío hubiera comido esa carne. Los musulmanes convertidos ofrecían jamón o una rodaja de jamón salado, llamada medalla. Algunos historiadores sostienen que los judíos conversos trataron de demostrar su conversión comiendo cerdo por lo que se les dio el sobrenombre de marrano, que significa «cerdo».

Estas antiguas costumbres han permanecido profundamente arraigadas en la gastronomía nacional y, en la actualidad, España es uno de los principales consumidores de cerdo por habitante, solo por detrás de Dinamarca. Los platos de carne dominan los menús de los restaurantes y bares modestos donde los jamones curados colgados forman parte de la decoración interior. Madrid ofrece a los turistas su museo del jamón, donde la historia nos cuenta que los clérigos mantenían la tradición de criar cerdos durante la ocupación árabe de España. Durante la conquista del Nuevo Mundo, los sacerdotes acompañaron a los conquistadores y enseñaron a la población indígena religión y crianza de cerdos. Después de todo, la civilización es una historia de carnes y semillas que viajaron de un lugar a otro. La comida nos enseña quienes somos, la feroz política de la mesa.

Existen más de 60 santos europeos asociados a los cerdos. Los más conocidos en España son San Antón Abad y San Martín, cuya festividad el 11 de noviembre, normalmente marca el inicio de la matanza, la costumbre de sacrificar a los cerdos.

El sabor nacional del cerdo en España es tan exigente que el jamón ibérico más caro se produce a partir de los cerdos negros ibéricos en los microclimas del sur de España en las regiones montañosas de Sierra Morena y Sierra Nevada. Son los más caros del mundo, y el precio del jamón que proviene de este tipo de cerdo puede oscilar entre unos 52 dólares por medio kilo hasta los 96

dólares del jamón de bellota. El mejor jamón procede de cerdos de granja que vagan por robledales y se alimentan de bellotas, romero y tomillo. El centro de producción se encuentra en el pueblo de Jabugo, donde la misma plaza del pueblo se llama Plaza del Jamón y el principal productor, lo que fue toda una sorpresa para mí, es 5J Sánchez Romero Carvajal.

No hay un patriotismo más profundo y más emocional que la gastronomía y hay muchas maneras de decir «cerdo» en español: cochino, puerco, gorrino, guarro, lechón y marrano. La importancia vital del cerdo en la vida diaria es el mejor resumen de una antigua expresión española: «El tocino en la olla, el hombre en la plaza, y la mujer en la casa». Todo tiene su lugar.

La letal política de la cocina dio lugar a insultantes apodos para los judíos y conversos en la cultura española: insultos que perduran, en su mayoría variaciones de la palabra «cerdo». El término marrano era el más común entre los descendientes de los conversos judíos. En la isla española de Mallorca, a los descendientes de conversos se les llamaba chuetas, que tiene una gran variedad de interpretaciones, entre ellas «comedores de carne de cerdo salada» o «comedores de tocino».

Con el tiempo las recetas tradicionales judías se han adoptado dentro de la obsesión nacional por el puerco. El jalá helicoidal, que normalmente se reserva para los Días Santos judíos, en España se hace todos los días en forma de dulces de Mallorca llamados ensaimadas. En catalán, saim significa «manteca» y esas pastas con «manteca» son fragmentos de más historia; recetas usadas por los antiguos judíos para demostrar su conversión.

En la actualidad, Francisco había incorporado los sabores de lo prohibido en sus tapas. «No sé de donde provienen mis recetas, pero sé que vienen de mi alma, mi espíritu. Vienen de mis manos y mi corazón, los recuerdos de mi familia, las especias que he conocido», dijo Francisco. «He intentado recordar cómo se cocinaba en mi casa y en las casas blancas de Arcos».

La cocina sefardí es un sabor de muchos países, adoptada en cocinas como España y Portugal bajo los regímenes católico y musulmán. Cilantro, azafrán y cúrcuma era ingredientes comunes. También lo son el comino y las alcaparras, que fueron traídas a España por los musulmanes. En algunas ocasiones se usaba la

canela para sazonar la carne, sobre todo en aquellos platos elaborados con carne picada.

Para Francisco, esas especies son el hambre de la memoria, herramientas vitales que permitieron a los exploradores zarpar de Cádiz hacia los largos viajes del descubrimiento. «Las tribus nos enseñaron cómo conservar los alimentos con sal y especias. Gracias a ellos, las Américas se pudieron descubrir», dijo. A pesar de esta herencia, la acogida no siempre es cálida para los chefs como Francisco que está intentando reivindicar la comida sefardí. En parte se debe al peso de la historia y, en parte, a que los políticos contemporáneos con sus gobiernos de centro izquierda han tomado una postura más pro-Palestina.

Janet Amateau, una chef americana de orígenes sefardíes especializada en comida sefardí, abrió el restaurante de sus sueños, Tradescantia, en la costa cerca de Barcelona en 2005. Para sobrevivir, rápidamente descubrió que debía distinguir las raíces de su especialidad y aprender a cocinar platos nacionales conocidos con cerdo y marisco.

—La mitad de la gente que te encuentras en España parece tan judía como tu tía abuela Esther —dijo—. Vivir en la España moderna como un judío es como vivir siendo gay bajo la represión homosexual. Sabes que es parte de su maquillaje, y no pocos lo saben, pero que me cuelguen si alguna vez se abren a la idea, se volverán defensivos, nerviosos, incluso hostiles si te atreves a abordar el tema.

España la atrajo en unas vacaciones que acabaron en un cambio de vida como cocinera. En su tiempo libre, se convirtió en una detective de la comida e investigó las recetas sefardíes en sus pueblos y aldeas originales de toda España.

—Entro en las tiendas y poco a poco, veo algo que es claramente judío—, comentó—. Hay una conexión psicológica. La comida está tan profundamente arraigada. Literalmente he paseado por la calle de un pueblo, y he espiado la comida en alguna mesa y he pensado: «Oh, eso es nuestro».

Un día hablé con Janet, era el Yom Kippur. Le pregunté si había pensado participar.

—Voy a ir a trabajar. Ya no le digo a mucha gente que soy judía. Puedo sentir el antisemitismo en el aire. De hecho, tengo una

camarera con la que me llevo muy bien. Un día un cliente comenzó a revelarnos su vida personal y mi camarera me dijo: «Dios mío, ni tan siquiera nos conoce. No debería hablar así. Es como decirle a un extranjero que uno es judío». Y yo dije, «¿cómo?».

—¿Qué quiso decir con ese comentario?

—Que debes compartir tus secretos solo con aquellas personas en las que confías.

—Parece mi estrategia familiar.

Desde que se trasladó al norte de España en 2002, Janet había descubierto que el entusiasmo nacional con la carne de cerdo representaba un profundo vínculo con el pasado. «La obsesión por el cerdo es un miedo primitivo profundamente arraigado», comentó. «Los turistas me preguntan constantemente la razón de por qué los españoles estaban tan obsesionados con la carne de cerdo. Es una manía. Para mostrar su cristiandad, tienes que hacer una exhibición prominente de comer carne. Hay familias que, incluso hoy en día, tienen un enorme jamón seco en la esquina de su cocina. Las personas debían convertir los alimentos judíos en no judíos añadiendo carne de cerdo o manteca de cerdo.»

Estas actitudes están profundamente arraigadas en España, un legado de siglos de represión y persecución. Hasta el 2001 el Diccionario de la Real Academia, incluía la definición de «sinagoga» como un lugar de encuentro para fines ilícitos.

En 2008, el proyecto Pew Global Attitudes llevó a cabo una encuesta en varios países para estudiar cómo estaban considerados judíos y musulmanes. En España, el 46 por ciento de la población tenía opiniones negativas sobre los judíos (el porcentaje más alto registrado en un país no musulmán). Otras investigaciones han detectado opiniones similares, aunque se ha producido una mejora continua. La Liga Antidifamación descubrió que más de la mitad de los encuestados en España sostenían estereotipos antisemíticos sobre el poder, la lealtad o el dinero de los judíos. Una encuesta encargada por el Ministerio de Educación español encontró que casi más de la mitad del 50 por ciento de los estudiantes de entre doce y dieciocho años afirmó que no se sentaría al lado de un judío en la escuela. La embajada israelí en Madrid presentó una denuncia formal ante España después de recibir decenas de tarjetas postales de estudiantes de entre cinco y seis años del tipo: «Los judíos matan

por dinero», «Evacuad el territorio palestino», «Iros [sic] a un lugar donde alguien esté dispuesto a aceptaros».

Estas opiniones resuenan a pesar de que los judíos solo constituyen unas 40.000 personas en un población total de más de cuarenta millones. La mayoría de los judíos vienen de Marruecos y Latinoamérica, sobre todo de Argentina. Janet se ha adaptado, como otros anteriormente, pero se pregunta cuál es el coste de la amnesia para el país y la cultura.

«Esta nación todavía no se ha enfrentado con su pasado más despreciable, y si no se hace eso, no se puede avanzar. Hay una gran vergüenza», afirmó.

Para los detectives de alimentos que intentan reivindicar la cocina sefardí, la documentación de los juicios de la Inquisición supone un valiosísimo recurso que narra las prácticas dietéticas y los ingredientes exóticos. Entre los judíos medievales, las aves de corral se usaban a menudo para romper el ayuno. Se asaban, guisaban, freían y cocían con tartas saladas llamadas empanadas. El relleno también podía ser de vegetales, queso, pescado y una gran variedad de carnes.

Esos pasteles, y otros inspirados en recetas musulmanas, eran los productos estrella en la cocina de la Taberna de Boabdil. Francisco trató de tentar a los recién llegados con platos de degustación, animando a los clientes con su infeccioso entusiasmo y difícil resolución. Si los comensales locales lo encontraban incomprensible, se dirigía a los turistas con un colorido anuncio índigo de cerámica para Boabdil colocado en la calle principal y escrito tanto en inglés como en español. Sin embargo, sus recetas de las antiguas tribus sí habían atraído opiniones muy diversas.

Las críticas, publicadas en internet por comensales de Roma a Madrid, variaban desde «¡La comida más inolvidable de España!» a «¡La peor comida de España!». Hay quien se quejaba de la suciedad de los manteles, la falta de información sobre los precios, la presión para elegir los platos turísticos de degustación más caros y el vino rosado casero de la receta de su madre.

Sabía por experiencia que Francisco tenía sus días buenos y sus días malos cuando parecía un poco menos comprometido. Claramente favorecía que los comensales primerizos optaran por una comida de degustación de platos andaluces al coste de unos 15

dólares por personas. Cuando presionaba con un menú, ofrecía una página de color sepia de platos con Trufita Sefardí (una trufa con queso y almendras) en la parte superior de la lista de comida andaluza. Sin embargo, no había precios al lado de ningún plato.

En cambio, otros comensales rechazaban las críticas, y alababan el estilo entusiasta y ameno del chef como parte del encanto del restaurante. En un punto todos coincidían: Francisco en un verdadero excéntrico. Pero no era necesario una guía para darse cuenta de eso.

«Seguimos sus recomendaciones para nuestra elección gastronómica y todas ellas nos impresionaron. Había un historia para cada una de ellas», escribió un comensal de California. «Un restaurante increíble, ¡los manteles sucios forman parte de la experiencia!».

Muchos locales no están tan abiertos a la experiencia. Algunos amigos nuestros fueron a comer alguna vez, pero encontraron a Francisco demasiado temperamental, en ocasiones entusiasta o distraído, prestando más atención a su ordenador, que estaba tras el mostrador del bar que a los comensales. No estaba segura de lo que podía esperar la primera vez que invité a mi marido y a mi hija a una cena en Boabdil durante el rosado atardecer. Francisco no guió hasta una mesa de un rincón de la terraza sobre el borde del acantilado con vistas al valle y agrupaciones de chumberas con sus rosados frutos. Música sefardí New Age flotaba por la cueva y unos pocos comensales se sentaron a nuestro alrededor, a la espera de sus comidas. Efectivamente no había menús ni precios publicados pero seguimos su consejo y probamos el menú degustación. Arrastró una silla a nuestra mesa y se sentó con nosotros, convirtiendo la comida en una actuación de su autodesignado papel como cronista de la comida.

«Prueba esto». Nos presionó con enormes platos de marfil coronados con pasteles salados. Sacó un pastel de carne, brik sefardí, relleno de carne y verdura delicadamente especiado. De ahí pasamos a un plato que, según él, estaba inspirado en los moros.

«Lo llamo los Dedos de Morayma». Admiró una tapa de cangrejo y tomate. «Está inspirado en el poema sobre los delicados dedos blancos de una mujer». Después, seguimos con otro aperitivo de anacardos, queso fresco de Ronda y espinacas del valle de

Guadalete.

—Todas mis recetas, no son recetas, son fragmentos de historia. Busco las historias de andaluces para representarlas en la cocina. Algunas personas son pintores y se expresan a través de sus pinturas. Hay cantantes que recuerdan la historia con sus voces. Y hay cocineros que recuerdan las historias de nuestro pasado en la cocina.

Como ejemplo, seleccionaba rumaikiya dorada, un pastel de mazapán ligeramente aromatizado con flores de azahar. Según comentó, «es la fragancia de Arcos en primavera y Semana Santa».

Mi marido se mantuvo escéptico, a pesar de su esfuerzo por superar la barrera idiomática intentando llevar una amable conversación en su español con fuerte acento francés. «¿Cómo haces eso?», preguntó.

Ni él ni yo estábamos preparados para la respuesta, pero quizá no deberíamos haberlo estado.

Francisco lo miró, sonrió educadamente y se recostó sobre su silla.

—Eso es un secreto.

12

La poda de los árboles

Arcos de la Frontera, 2008

Recibí el kit de ADN en un pequeño sobre marrón con tres pequeños hisopos, frascos de almacenamiento de líquidos y una rudimentaria guía con consejos sobre dibujos lineales con el aspecto de las ilustraciones de un manual técnico de los años 50. Los hisopos se utilizaban para raspar con ellos la pared interior de la mejilla con el fin de recoger las muestras de células para las pruebas y empaquetarlas en los frascos para enviarlos a la empresa de la pruebas con sede en Texas, Family Tree DNA.

No tuve que insistir mucho para convencer a mi padre de que se hiciera la prueba, aunque mi primer correo con la extraña petición fue inicialmente ignorado. Pero al final, mi padre estuvo de acuerdo y solicité el kit de ADN para enviárselo. También raspé mis propias muestras, pero solamente hubiera aportado información sobre mis líneas maternas. Le pedí a mi padre que participara porque su muestra de ADN revelaría sus líneas materna y paterna, y podría proporcionar pistas para localizar a parientes lejanos y las ramas perdidas del árbol genealógico.

La ventaja de la prueba es que podía decir si dos hombres comparten un antepasado masculino en común o si hay vínculos con otras personas con apellidos similares. La desventaja es la aparición de información inesperada: familiares que no coinciden, adopciones que se han escondido, falsas paternidades, virajes en el

río de los antepasados. La máxima sorpresa sería que no hubiera coincidencias. Un ancestral agujero negro de nada.

«Los marcadores DYS son repeticiones cortas en tándem, secuencias de ADN que consisten en repeticiones de un motivo corto (GATAGATAGATAGATAGATA), y así sucesivamente. Se encuentran a través del genoma, y varían de un individuo a otro en el número de veces que se repiten. Esto es lo que son los números en los resultados. Mutan bastante rápido: pueden sumar o restar una unidad una vez cada 500 transmisiones de padres a hijos», me dijo Francesc Calafell, el genetista de Barcelona.

Cuando los resultados de mi padre llegaron desde Family Tree, enviados por correo electrónico desde California a España, los misteriosos códigos dentro de una serie de doce números me desconcertaron. De acuerdo con su prueba inicial, su haplogrupo era G, y una investigación rápida mostró que su origen se encontraba en la India o Pakistán disperso por Asia Central, Europa y Medio Oriente. Su rama G2, se encuentra comúnmente en Europa o Medio Oriente. Cuando revisé la muestra de estudio de Francesc sobre los judíos sefardíes me di cuenta de que estaba dominado por tres haplogrupos J1, J2 y el tipo de mi padre, G.

Algunas familias han utilizado estas pistas genéticas para resolver misterios familiares o confirmar leyendas transmitidas durante generaciones. Los descendientes de Thomas Jefferson, el tercer presidente de los Estados Unidos, verificaron la historia de si hubo algún descendiente de Jefferson y su esclava, Sally Hemings, a través de un prueba de ADN en 1998 y 2001 comparando los cromosomas Y. La paternidad, que no pudo establecerse con certeza, mostró una fuerte evidencia de que Jefferson engendró a sus hijos. Una investigación adicional mostró que la línea de Jefferson era K2, o ahora haplotipo T. Raro en Europa, más común en las personas de Oriente Medio y África. Por esa razón, los investigadores creen que el haplotipo desciende de migraciones de judíos sefardíes durante los siglos XV y XVI al Nuevo Mundo. La teoría se basa en alguna suposición de genetistas como Michael Hammer, un investigador de la Universidad de Arizona, quien comparó los cromosomas de Jefferson con su base de datos de cromosomas Y, y encontró coincidencias cercanas con cuatro hombres. Había una coincidencia perfecta con un judío marroquí, y

coincidencias con diferencias de dos mutaciones con otro judío marroquí, un judío kurdo y un egipcio.

Cuando los resultados de los cromosomas Y de mi padre llegaron, esperé con impaciencia pistas similares. Con la creciente colección de pruebas de ADN a través de empresas como Family Tree, pude comprobar online una potencial abundancia de primos lejanos con direcciones de correo electrónico y países de origen incluidos. Estuve supervisando estas bases de manera obsesiva durante un tiempo, pero no apareció nada. Cada día la pantalla del ordenador parpadeaba con el mismo mensaje desesperante: no había coincidencias.

Por el contrario, cuando introduje mi propio ADN mitocondrial, el material genético por parte de mi madre, recibí alertas de coincidencias en unos pocos días. Estas herencias genéticas se transmiten de madres a hijos e hijas, pero los hijos no transmiten el ADN de sus madres a sus propios hijos.

A mi buzón de correo llegó una nota de una de esas coincidencias, Wilda Obey, una incansable investigadora de genealogía que vivía cerca de Hinckley, Minnesota, el estado de origen de mi madre, Carol Ann Roach. Al igual que la familia de mi madre, los parientes de Wilda fueron inmigrantes noruegos que se asentaron inicialmente en Northfield, Minnesota.

A los pocos días de intercambiarnos mensajes, Wilda había identificado un antepasado que compartíamos en común de mi tataratatarabuela, Uni Urevig. Además relacionó el mismo antepasado con otro hombre que tenía las cinco mutaciones exactas en su haplogrupo. Mientras tanto, la cuenta de mi ordenador con Family Treecontinuó enviándome el mismo mensaje sobre el haplotipo G de mi padre: sin coincidencias.

Decidí llamar a Bennett Greenspan, el presidente de Family Tree DNA, quien lanzaba correos electrónicos con el lema de la empresa, «La historia desenterrada a diario», desde la sede de la compañía en Houston. Entusiasta y parlanchín, desempeñaba un papel descomunal como el más apasionado representante comercial de la compañía, apareciendo incluso en programas de noticias de televisión y programas de radio que elegían para ensalzar de manera campechana el valor de la búsqueda de los antepasados.

Mi problema, le comenté, era que mi patrimonio genético

familiar parecía vacío. Ninguna persona se acercaba a la firma de ADN de una serie de doce números de mi padre.

—Ahora mismo, no puedo decirle si los Carvajal fueron judíos porque no dispongo de suficiente información —dijo Bennett—. Es evidente que su padre no tiene coincidencias con nadie.

—¿Qué significa eso?

—La distribución típica del ADN es la siguiente. Tiene unas pocas coincidencias exactas en una serie de números. Tiene unas pocas que no coinciden por un número. Y después otras que no coinciden por más números. Cuanto más se aleje, más se puede permitir una desviación y más personas identifica.

«A menudo las firmas de ADN de judíos no aparecen de esa manera. En general, se tiene un par de coincidencias. Usted no tiene ninguna. Lo que significa que está aislado en la rama del árbol de la humanidad. Y debemos preguntarnos por qué.»

Junto con el International Institute for Jewish Genealogy, Greenspan y otros investigadores de las universidades de Israel, Nueva York y Arizona están utilizando las muestras de ADN para el estudio de la migración sefardí con el fin de rastrear el origen de los conversos que huyeron de España hacia el antiguo Imperio Otomano, Italia y Grecia.

El haplogrupo G, me dijo, se encuentra en algunas poblaciones del norte de Portugal, a 16 kilómetros de la frontera española, en como mucho un 19 por ciento de la población. Dijo que podía reflejar la migración judío sefardí durante la Inquisición, que huyó de España a través de la frontera para escapar de la persecución. Pero encontró el código de mi padre desconcertante, incluso después de volver a comprobarlo con su base de datos.

«Las coincidencias más importantes son las tuyas. El siguiente estándar importante es una serie con una discrepancia en la secuencia. Después dos niveles de discrepancia. En cambio, tu padre no tiene ninguna coincidencia». Parecía tan decepcionado como yo a causa de este descubrimiento.

«Tenemos que hacer alguna prueba más para entender el porqué. Esta distribución inusual parece procedente de la Peste Negra, porque murieron grandes porcentajes de judíos, y los no judíos que sobrevivieron hicieron lo imposible por matarlos. Es lo que conocemos como un embotellamiento o accidente que tiende a

dejar el árbol genealógico con un aspecto un poco extraño.»

«No veo absolutamente ninguna coincidencia con el conjunto de doce marcadores de tu padre. Eso quiere decir que el árbol genealógico debe haber sido podado con un hacha.»

Me lo comentó como si hubiera entendido lo que me había dicho. Por eso me sentí un poco estúpida al hacerle la misma pregunta básica:

—Lo siento, no entiendo la expresión podar el árbol. ¿Qué quieres decir?

—La mayoría de tus antepasado murieron.

13

Hay una estación

Arcos de la Frontera, 2008

Don Manuel disfrutaba de la caza de secretos y saboreaba cada triunfo como si hubiera matado a un gigante. Creía que un escritor es un hombre que sangra a través de su pluma y por eso no temía enfrentarse a poderoso.

Es posible que su rebeldía fuera el resultado de la sangre que corría por sus venas, la herencia de aquel lejano pariente, José Ulloa, El Tragabuches. En uno de los museo de Ronda, había unas obras pictóricas sobre un torero del siglo XVIII que se había convertido en bandolero y contrabandista y cuya guarida se encontraba en Sierra Morena. Don Manuel corregía a todo aquel que hacían referencia a su antepasado como bandido. De acuerdo con su argumentación, existía una enorme diferencia entre un bandido —«un delincuente individual»— y un bandolero andaluz, un Robin Hood español que ayudaba a los pobres de las desdichadas villas y se enfrentaba a los tiranos locales.

El Tragabuches, nacido en Arcos de la Frontera, se hizo célebre por convertirse en bandolero tras haber regresado a su casa y encontrar a su novia, La Nena, con el sacristán de la iglesia local. Achacó la culpa de su vida como criminal a la traición de la joven, y los artistas comenzaron después a retratar su dolor con acuarelas en una especie de temprano libro de historietas: el Tragabuches descubre al amante oculto de su novia, mata al amante, y arroja a la

novia por la ventana del segundo piso de la pequeña casa blanca.

Como cronista del pueblo, Don Manuel se centró en una de las familias aristocráticas del pueblo, los Marqueses de Torresoto, quienes hoy día habían desaparecido de la vida de Arcos, arruinados económicamente en el siglo XIX durante la guerra carlista por apoyar al pretendiente a la corona de España.

Don Manuel localizó el contenido de un misterioso mensaje en un relicario del siglo XVIII, una reliquia del Santo Cristo del Romeral que se había conservado en la iglesia de San Pedro. Fue donado por una monja que era la hija de un Marqués de Torresoto, un notorio mujeriego. A través de los siglos, se había instruido a los nuevos sacerdotes de San Pedro para que nunca dejaran la llave del relicario. Dentro del mismo aparecía la confesión de la monja: «Dios en su infinita bondad, ten misericordia del padre de todos nosotros, sus siete hijos, porque es un gran pecador».

El mayor descubrimiento del cronista fue la investigación que reveló su participación en la oscura red española de los maquis, guerrillas de izquierdas y antifascistas exiliadas en Francia en la década de los años treinta después de la Guerra Civil española. Los maquis enseñaron a los franceses conocimientos fundamentales durante la Segunda Guerra Mundial. Saboteaban carreteras, organizaban asaltos, fabricaban bombas y asesinaban a franquistas y nazis. La resistencia era su estado natural. El gobierno secreto de Franco declaró la victoria sobre el movimiento que continuó tras la guerra, encarcelando y ejecutando a cientos de guerrilleros, cuyo heroísmo cayó en el olvido en Francia. Pero el cronista investigó profundamente y descubrió un curioso hecho sobre los maquis: en realidad, muchos de los antiguos veteranos que lucharon en la Guerra Civil en España sobrevivieron años después de la muerte de Franco y vivieron un tranquilo retiro en Andalucía.

Un rebelde don Manuel puso periódicamente en entredicho a las autoridades en un esfuerzo por proteger a su amado pueblo natal. La batalla en curso involucró a Santiago de Mora-Figueroa y Williams, Marqués de Tamarón, y al antiguo embajador de Inglaterra, cuya familia era propietaria de la fortaleza árabe que se cernía sobre la cima de Arcos.

El monumento histórico se construyó antes del siglo XI durante el reino Taifa de la dinastía Jazrun. Pero las imponentes puertas de

madera de esta joya histórica fueron firmemente cerradas al público por el propietario, un descendiente de un rica pareja británica que compró y restauró el castillo, y residió allí durante la década de los años 50. Don Manuel, como es natural, presionó para que el monumento abriera sus puertas con una singular falta de éxito.

Tras la fiesta anual de agosto que el pueblo celebraba en honor a la patrona, Manuel dirigió su mirada hacia el padre Domingo para comenzar una nueva cruzada. Domingo era el austero sacerdote de la Basílica de Santa María, y era amablemente conocido entre los feligreses de la iglesia por su manera de ser tan seca. Es posible que Manuel fuera más severo con el sacerdote porque era desconfiado por naturaleza, muy consciente de la historia local de los párrocos del pueblo que habían conseguido enriquecerse a expendas de la iglesia.

Durante tres siglos, los antepasados Pérez de Manuel habían sido los administradores de Santa María, y habían portado el gran título de maestro de fábrica. Su tío, Rafael, fue el último en ocupar el cargo que había permanecido en la familia desde 1693. El trabajo desapareció cuando murió en 1990, pero don Manuel parecía haber heredado un sentido innato de responsabilidad con la iglesia. En una fotografía en blanco y negro, de los años 80 ó 90, aparecía vestido con un traje, con los brazos cruzados, preparado para efectuar el inventario de los tesoros de la iglesia con el anterior párroco.

Los conflictos de don Manuel con el párroco, el padre Domingo, comenzaron cuando desapareció un medallón de oro de 400 años de antigüedad, grabado con el retrato de la Virgen María y Jesús de bebé acunado sobre su brazo izquierdo. El medallón, con sesenta y una esmeraldas incrustadas, relucía alrededor del cuello de una de las imágenes más importantes del pueblo, La Virgen del Rosario, que cada agosto sacaba a la luz la Cofradía de Vera Cruz para el desfile con sus rosas en sus delicados pies de porcelana.

Los joyeros locales siempre habían mostrado su asombro por la joya, que consideraban una auténtica pieza de museo valorada en millones de euros. El medallón carecía de firma o marca, pero al parecer fue elaborado a mano en algún lugar de América del Sur, quizás Perú o Ecuador, y fue un regalo para Santa María de uno de los muchos exploradores que habían regresado del Nuevo Mundo.

Entre 1523 y 1789, muchos fueron los hombres de Arcos que viajaron en expediciones a las Indias. Andalucía se enriqueció con los botines del Nuevo Mundo, pero cuando la economía marítima se derrumbó, ante la ausencia de industrias alternativas, el sur se convirtió en la región más pobre de España. Don Manuel creía que este medallón de brillantes esmeraldas fue encargado por un explorador del siglo XVIII, Miguel Antonio Calderón de la Torre, quien regresó de Perú con un botín de oro y piedras preciosas.

En plenas vacaciones de verano de agosto, los miembros de la cofradía fueron a recoger el medallón a una habitación especial cerrada con llave donde se almacenaban los tesoros de Santa María. La sorpresa fue mayúscula al descubrir que el medallón había desaparecido durante la temporada en que Santa María había cerrado sus puertas al público durante dos años por encontrarse en un proceso de remodelación. La habitación del segundo piso había estado cerrada con llave y solamente era accesible para unas pocas personas relacionadas con la Iglesia. Por otro lado, el sistema de alarma para los tesoros del museo, pagado por el ayuntamiento de la localidad, estaba desconectado cuando cientos de personas se habían arremolinado en la plaza de abajo durante el día de fiesta. Además, dos de las ventanas de las puertas estaban abiertas de manera permanente para la ventilación de la sala, por lo que es posible que cualquier persona con una sofisticada escalera pudiera haber entrado a tempranas horas de la mañana.

Tras el robo, el periódico local, Arcos Información, citó a fuentes de la Guardia Civil que afirmaron que el padre Domingo había prohibido a todo el mundo que llamara a la policía el domingo, el día que el robo fue descubierto, hasta que él supiera más sobre lo que había pasado el viernes anterior. Posteriormente, el párroco se negó a hacer ningún tipo de comentario hasta que tuvo el permiso de su obispo, lo que provocó una furiosa especulación sobre si la misteriosa desaparición había sido realmente un robo. Cumplía todas las características clásicas de conocimiento de información privilegiada, y lo que es peor, el párroco presionó a don Manuel para que no escribiera sobre el hecho, según Álvaro Troncoso, un amigo de don Manuel. Pero este se negó y presentó una denuncia ante la Guardia Civil sobre el robo porque tenía la sospecha de que la esmeralda había sido vendida en el extranjero.

Posteriormente, don Manuel hizo públicas sus sospechas en un artículo de opinión del periódico Arcos Información. Don Manuel se quejó amargamente a amigos y familiares de que la desaparición del medallón no había sido en realidad un robo, sino una discreta transferencia de la propiedad de la iglesia sin permiso del pueblo.

«La Iglesia nunca ha permitido fotografías y no han declarado nada», escribió Manuel en un artículo de opinión especial en el semanario local, a los pocos días de que el robo fuera revelado. «Tal vez esperaban que el pueblo de Arcos de la Frontera no se diera cuenta o, quizás, ignorara y olvidara. Se ha hablado en la prensa sobre las responsabilidades de la Iglesia, pero aquí no hay igualdad».

Otros funcionarios de la parroquia de San Francisco emitieron una carta en apoyo a Santa María, enalteciendo al párroco como un recaudador de fondos para la iglesia. Finalmente, la protesta y las sospechas se desvanecieron como las notas hum de las campanas de Santa María en una tarde tranquila.

«Hay muchas personas que sienten el dolor de un pueblo», la mujer de don Manuel, Mari Pepa, me comentó una vez mientras discutía sobre su carácter. «Manolo sentía más el dolor de Arcos que el de su familia, el de sus niños o el de su casa».

Varios meses después, presenté una solicitud para ver un documento de los archivos de Santa María. Fue entonces cuando conocí al padre Domingo, en la oficina parroquial, que estaba situada en una calle secundaria frente a Santa María. El padre Domingo no me permitió tocar el envejecido legajo de piel repleto de registros bautismales que databan del siglo XVIII. Se sentó frente a mí, en una mesa de madera, y leyó la información en alto con grandilocuente voz. Mi hija, Claire, estaba sentada a mi lado, escuchando en silencio.

Estaba buscando los registros de bautismo, aunque no estaba segura de que me lo mostraran. Concretamente, había solicitado los documentos de Pedro Rodríguez de Acosta, un converso nacido en 1630 que fue juzgado dos veces por los inquisidores por «judaizar» y cuya propiedad, situada colina abajo desde donde residíamos,

había sido confiscada. Tenía curiosidad por saber más sobre el hombre cuya casa blanca cerca de la iglesia de San Francisco aún era universalmente conocida como el Mesón de las Angustias.

El padre Domingo no pudo encontrar ningún documento del siglo XVII, pero localizó un documento de 1737 sobre el bautismo del hijo de Catalina Acosta, que me leyó, e indicó que el nombre era raro. Cuando hizo referencia al párroco que había presidido el bautismo como un calificador del Santo Oficio de la Inquisición, le interrumpí para preguntarle sobre ese título. Sabía que estos oficiales normalmente eran sacerdotes que examinaban las evidencias preliminares contra la práctica secreta de los judíos para decidir si el arresto estaba justificado.

Sin embargo el padre Domingo ignoró mi interrupción y continuó leyendo el número y código para el legajo. Era evidente que tendría que esperar a que acabara.

Cuando finalizó, formulé mi pregunta de nuevo.

—¿Fue el bautizo de un converso puesto que el párroco estaba relacionado con la Inquisición?

—Oh, no —negó con su cabeza—. Solamente es el título de un párroco.

No estaba convencida pero sabía que no valía la pena discutirlo, por lo que decidí cambiar de tema. Le consulté el misterio del medallón de oro desaparecido de La Virgen del Rosario que fue robado de la iglesia de Santa María, para disgusto de don Manuel.

—He leído mucho sobre la historia del arte religioso de aquí y me preguntaba si se consiguió recuperar el medallón.

—La policía está investigando, y no hay noticias nuevas.

—¿Cuánto costaba?

—No lo sé. Dicen que millones.

—¿Cómo es posible que pudiera haber pasado?

—No lo sé. Nadie lo sabe.

Asentí con la cabeza. Era evidente que La Virgen del Rosario nunca volvería a lucir su oro y esmeraldas. Cuando salimos de la oficina parroquial de madera oscura para caminar bajo el cielo azul brillante de Arcos en dirección al río Guadalete, mi hija me dio a conocer sus impresiones.

«Es como ese armario en Narnia», me dijo, haciendo referencia a la novela de C. S. Lewis sobre unos niños que acceden a un mundo

de fantasía a través de las puertas de un armario de madera, «y ahora estamos abandonando la prisión».

Don Manuel no fue el único rebelde del pueblo.

Un verano, una escultura de color arena apareció en la calle Corredera, la calle principal y más antigua de Arcos. El gobierno socialista instaló la escultura para promover el atractivo del turismo histórico del pueblo, la Semana Santa. Tres figuras encapuchadas con túnicas, imágenes de penitentes de la cofradía, se alzaban sobre la animada zona comercial. Uno de ellos sujetaba una farol de hierro y otro una cruz de celosía. Tras ellos aparecía un enorme crucifijo.

Algunos comerciantes refunfuñaron en privado afirmando que las rudimentarias imágenes parecían siniestras, pero mantuvieron la crítica para sí mismos. A medida que los vecinos se acostumbraron a las capuchas en su vida cotidiana, alguien las vistió como muñecos gigantes con túnicas azules y blancas de la cofradía de San Antonio en un día turístico.

Después una noche, los ladrones arrebataron la cruz de celosía de la estatua principal. Sin este poderoso símbolo, la figura de la túnica que la sujetaba parecía un boxeador encapuchado con los puños preparados para golpear en el aire.

El presidente de la asociación de vecinos, Felipe Iglesias Medina, mostró su indignación, y denominó a la desaparición de la cruz un acto de «idiotas y vándalos» que buscaban causar el máximo daño a los cristianos que conforman la «mayor parte del pueblo».

«Se hará justicia», vociferó en el periódico local.

Cuando escuché que habían robado la cruz, mi primera reacción fue llamar a don Manuel. Sensaciones como esas van y vienen y entonces recordé con tristeza que ya no era posible.

En marzo de 2008, a unas semanas de la llegada de Pascua, estaba en Francia preparándome para poner rumbo a Arcos. Tenía una carta en un sobre para Manuel, esperaba encontrarme con él para que me asesorara sobre la excavación de mi historia familiar. Recogí mis notas y carpetas del escritorio. Había estudiado los cuatro volúmenes densamente escritos en español de su Historia de Arcos de la Frontera a través de sus calles, desde Abades hasta Zorrilla. Había destacado su propio breve fragmento sobre sí mismo

en referencia a un callejón sin salida en el lado occidental de Arcos que fue nombrado calle Manuel Pérez Regordán en abril de 1990. Era una calle relativamente nueva, con una tienda de telefonía móvil Yoigo, un taller Canrol y una herboristería que ofrecía remedios dietéticos y para la salud. La ciudad se aseguró de que no había borrado un nombre histórico cuando se registró el nombre de don Manuel.

Siempre historiador, tomó nota de todos los edificios de la calle y añadió una pequeña historia de sí mismo. Enumeró sus obras y las investigaciones en curso y un homenaje a un viejo amigo, quien recordaba una mítica corrida de toros en Jerez con Antonio Ordóñez, un importante torero durante los años 50 y uno de los diestros en duelo que relató Ernest Hemingway en El verano peligroso. «¿Por qué recuerdo esto? Porque, con tu inteligencia y tenacidad, enorme dedicación y esfuerzo, has trabajado para las generaciones futuras y, por lo tanto, mereces el premio final del torero: las dos orejas y el rabo. Serás un hito, una referencia en la historia de las historias de Arcos».

Leí esa referencia y apunté una nota mental para preguntar a don Manuel cómo se sentía siendo otro de los puntos de interés la próxima vez que me lo volviera a encontrar en persona en Arcos. Con el cronista, siempre me encontraba una educada discreción. Pero a través de las páginas de sus libros, le consideré un amigo literario. Era un compañero cazador, rastreando nuestra mina: el pasado y sus lecciones.

De manera que estaba esa mañana leyendo la versión online de Arcos Información, el periódico semanal que cubría los aspectos de los partidos políticos locales y mostraba fotos de los granjeros de la zona enseñando enormes calabazas o el último éxito del campeón de flamenco.

Me quedé atónita al ver el nombre de don Manuel en el titular. El cronista, que actualmente estaba llevando a cabo una investigación de la Inquisición en la provincia de Cádiz, había añadido su propia capilla gótica a la tragedia de la historia del pueblo.

En febrero, después de transportar a su hijo gravemente enfermo, José María, al hospital, donde fue resucitado tres veces, el propio don Manuel sufrió una trombosis o coágulos de sangre y fue

trasladado al Hospital de San Fernando, en Cádiz, para una atención de urgencia. Durante las semanas de tratamiento, sufrió otro coágulo y comenzó a prepararse para su muerte con la misma ordenada organización que aplicó a su vasta biblioteca. Le dijo a su esposa durante más de cincuenta años, Mari Pepa, que quería el funeral en San Pedro, huyendo de Santa María que estaba además cerrada por reformas.

—No vas a morir —espetó Mari Pepa, una mujer como un ave con el pelo gris recogido y los ojos agrandados por las gruesas gafas —. Te vas a poner mejor,gracias a Dios. Tienes todas tus facultades, aún te debes terminar demasiadas cosas.

Él le devolvió la mirada y le apretó la mano. No contestó pero sus ojos de sesenta y ocho años de edad indicaron que lo sabía mejor.

Unas semanas después, murió.

Con la muerte de don Manuel, el pueblo devolvió al cronista lo que le pertenecía. Arcos arrió sus banderas a media asta y el alcalde y los dignatarios locales se despidieron con una ceremonia, junto con cientos de amigos de don Manuel. La ceremonia acertadamente tuvo lugar bajo las estrellas de cinco puntas de la antigua sinagoga de La Misericordia, donde Manuel había protegido tan celosamente la historia que otros quisieron olvidar. Su ataúd se cubrió con la bandera local del pueblo.

Para su funeral, Dolores, la campanera, dobló las campanas de San Pedro, un refugio más adecuado para despedirse de Manuel debido a sus espinosas preguntas sobre la desaparición del medallón de oro de la Basílica de Santa María.

Algunos de los asistentes al entierro se preguntaron quien se encargaría ahora del trabajo de Manuel. «Me duele mucho que nadie se preocupe después de él por nuestra historia», dijo Francisco Saborido, quien recordó que don Manuel había planeado escribir sobre cómo su restaurante cueva había sido una sinagoga clandestina para los judíos conversos.

Ahora solo podía preguntarme qué pensaría don Manuel sobre los nuevos misterios: la cruz del pueblo desaparecida y mis propios secretos familiares.

Por desgracia, no estuvo presente para narrar su propio drama familiar, que fue imposible de ignorar durante la misa de su funeral.

Sus tres hijos estuvieron allí, incluido el segundo de ellos, Jacinto, preso en la cárcel de Huelva, a unos 240 kilómetros de distancia. Entró por una capilla lateral con dos policías locales, su pelo había sido fuertemente recogido en una trenza, y las mangas de su traje cubrían discretamente las esposas. Mari Pepa, la viuda, estaba en su interior furiosa con el alcalde por haber rechazado la petición de quitarle las esposas. Frente a todos los asistentes al funeral, se levantó de su asiento, en la parte delantera de la fila de bancos, y abrazó cálidamente a su hijo.

Mis amigos que estaban allí observaron y pensaron cómo en Andalucía había una delgada capa de apariencia bajo la cual todo parecía funcionar, cuando en realidad todo estaba resquebrajándose.

Al terminar el funeral de don Manuel, las campanas de San Pedro sonaron con fuerza para un hombre que no podía soportar la idea de abandonar las sesenta y siete calles del casco antiguo. La campanera, Dolores, tiró de las cuerdas y eligió una combinación de un repertorio de cuatro formas de pompas fúnebres, entierro general.

«Calles, calles de Arcos, abriros a los cuatro vientos», escribió en una ocasión don Manuel. «Calles para escuchar las sonoras campanas de bronce desde los campanarios de Santa María y San Pedro. Estas son mis calles, mis queridas calles de Arcos».

La verdad es que su muerte me dolió más profundamente de lo que esperaba. Perdí un amigo literario que nunca supo cuánto significó para mí su inspiración y su obstinada investigación y terquedad. Había planeado contar con don Manuel como mi guía y mentor cuando me asentara en Arcos de la Frontera. Cuando murió, me planteé dejar de lado mi proyecto, pensé que sería imposible encontrar una dirección sin la ayuda de su dilatada experiencia. Pero compartí su amor por la rica historia del pueblo y decidí continuar. Buscaría su consejo entre sus obras y en su magnífica biblioteca personal.

Su viuda me invitó rápidamente a su antiguo retiro en la calle Juan del Valle. Los estudiosos visitaban en ocasiones sus archivos, por eso no le sorprendió cuando la llamé tras su muerte. Cumplimenté una tarjeta de visitante especial antes de asentarme en la larga mesa de mármol con algunos libros de Manuel que

cuidadosamente había ido recogiendo a lo largo de estos sesenta años. La biblioteca me dio una sensación de paz. Me gustaba el olor a papel viejo y el de las prístinas tapas de piel. Me agradaba hojear las carpetas de documentos sueltos de don Manuel, escritos en Times New Roman.

Cuando toqué el frío mármol de su mesa de escritura, traté de sentir las huellas del viejo cronista. Una vez más, me enfrenté a la misma situación que había tenido que afrontar con mi propia abuela Mamita. Era demasiado tarde para plantear preguntas sin respuesta.

Tras mi primera visita a la biblioteca, Mari Pepa me invitó a su sala de estar que además era el cuarto de costura. Me acurruqué junto a una pequeña mesa de madera donde tejía encaje marfil con docenas de bolillos, una habilidad que aprendió de monjas belgas en el colegio de monjas.

También se encontraba de visita Dolores, la campanera, pero apenas dijo nada y se marchó pronto, ya que se acercaba la hora de tocar las campanas de mediodía.

—Es una casa preciosa —dije mientras observaba la habitación, adornada con viejas fotografías familiares.

—Es demasiada casa.

—¿Cómo se encuentra? Siento muchísimo su pérdida.

—Me siento regular.

Al final resultó que Mari Pepa era un inesperado patrimonio de información oscura y general, desde el lenguaje de las campanas a la manera más apropiada de coser una capucha verde para desfilar en la procesión de Semana Santa.

Tras mis frecuentes visitas a la biblioteca de don Manuel, nos reuníamos en la sala de estar o en su cocina, donde cocía a fuego lento los tomates para el gazpacho. Durante el almuerzo me enseñó sobre el solano, el viento del sureste que corre por la cima de la Plaza del Cabildo. Algo incómodo había en el aire cuando el aire caliente llegaba procedente del desierto de África en verano. Las sofocantes corrientes avanzaban por las calles y los callejones, llenando de polvo las casas blancas con la fina arena del Sahara. Cuando el solano llegaba, según un proverbio español, no era momento de pedir favores.

El aire húmedo, azul con vapores, provocaba que todos se

encontraran ansiosos. Los pájaros volaban a un nivel más bajo. Los perros se escondían. Los caballos se tambaleaban. Las ráfagas hacían que la gente se sintiera melancólica y padeciera dolores de cabeza, insomnio y mareos. Los andaluces describen a algunas personas con la condición psicológica resultante como de «asolanado». «Es el solano quien no vuelve locos a todos», explicaba uno de los personajes de Volver, una película del director Pedro Almodóvar. Don Manuel también conocía su poder. Antes de morir, le pidió a su mujer que esparciera sus cenizas por el borde de la Peña Nueva sobre las rocas de color león de abajo. Pero dejó instrucciones precisas sobre cómo llevar a cabo la tarea en un día tranquilo. Mari Pepa me comentó que le preocupaba que el polvo volviera de nuevo de un soplo a su querido pueblo.

Uno de los días que la visité, comenzó a ir de aquí para allá en su cocina y sacar de las estantes botellas de vinagre. La vi posar varias cucharillas de té. Después comenzó un peculiar curso de degustación de vinagre. Algunas de las mejores muestras de vinagre de jerez de Jerez de la Frontera yacían sobre la encimera de su cocina, incluyendo su favorito particular, Gran Reserva 25. Había sido envejecido en barricas de roble, y era tan caro como la botella de vino. Giró el líquido de color Burdeos con una cucharilla de plata y me enseñó a apreciar el aroma y la complejidad de la amargura.

Siempre había tenido que soportar su propia vida. Fue tras las muestras de vinagre que la conversación derivó hacia su hijo díscolo, Jacinto. Ella y Manuel había estado luchando durante mucho tiempo por la pronta liberación de su hijo de la prisión de Huelva, donde cumplía una condena de más de trece años. Pero él había agravado sus problemas tras enviar una furiosa carta al juez sobre las condiciones de las prisiones que le valió más tiempo en la cárcel por hacer una amenaza personal.

—Fue el viento lo que extendió el fuego hasta los otros coches — dijo a modo de explicación sobre el incendio que llevó a su hijo a la cárcel por un largo período—. No hizo daño a nadie.

—El solano —pensé.

Sus ojos se cubrieron de lágrimas y amasaba un pañuelo mientras me relató la historia. En 1999, Jacinto prendió fuego al coche aparcado de su ex suegra en Arcos de la Frontera tras romper

con su pareja de hecho. Había ido a casa de su ex suegra para recuperar algunas pertenencias, según su familia, pero ellos las habían lanzado a la calle por la ventana. Don Manuel y Mari Pepa argumentaron durante mucho tiempo que nadie había resultado herido en el incendio que se extendió a otros tres coches. Jacinto, según Mari Pepa, sufrió un desorden de personalidad provocado por su adicción a las drogas y había hecho grandes progresos en la prisión para rehabilitarse, aprendiendo a restaurar muebles antiguos.

Se estaba preparando para ir a la prisión de Huelva y realizar otra apelación para conseguir su liberación, era la más reciente de una continua serie de peticiones organizadas por la familia.

—Podrías ayudar escribiendo sobre esto —se secó sus lágrimas con un pañuelo de papel arrugado.

—No estoy segura de lo que puedo hacer, pero déjame pensarlo.

Abandoné la casa del cronista aquella tarde reflexionando sobre la extraña ironía de mi visita. Había previsto planes para buscar a don Manuel en Arcos, de modo que pudiera ayudarme a entender a los judíos conversos que habían escapado del destino de la quema en la hoguera por proteger su fe secreta hasta que la perdieron a través de las generaciones.

Ahora me había pedido que ayudara a su hijo, quien había provocado un incendio en Arcos gracias a la ayuda de un viento maligno.

14

El Call

Barcelona, 2010

Tal vez las sinagogas hayan desaparecido de España, pero nunca han sido completamente silenciadas. Su historia sobrevive en sus piedras.

En la ciudad portuaria de Barcelona, pasaron casi 600 años hasta que un investigador realizó el seguimiento de los restos de la antigua Sinagoga Mayor de Barcelona, probablemente la sinagoga más antigua de España y de Europa, y que data de los siglos III y IV.

Cuando finalmente la sinagoga de piedra oscura fue localizada, se había convertido en una tintorería y en un sitio de almacenamiento de basura de una tienda de equipos eléctricos a principios de la década de los 90. Aprendí todo esto cuando caminé por primera vez a lo largo de la sinagoga por un corredor de sombras, la calle Marlet. La pura casualidad me había traído a este barrio de la ciudad para reunirme con un rabino que había venido aquí desde Israel para trabajar con descendientes de judíos conversos en España e Israel.

Me encontré con el rabino Nissan Ben Abraham por primera vez en una librería recién pintada, que había abierto hacía unos pocos meses en el antiguo barrio judío. Llevaba los rizos laterales y una kipá, y un aire tranquilo de desconcierto en sus ojos marrones. Durante la presentación metí la pata al extender mi mano a este rabino ortodoxo español que ignoró mi gesto con destreza. Una

mujer que atendía la tienda de vinos me corrigió, moviendo discretamente su cabeza, y enseñándome casi al instante la norma de que los hombres y mujeres de religión ortodoxa no se tocaban en público.

Me sugirió que nos encontráramos en este barrio, donde en efecto la vieja sinagoga había desaparecido hasta que el historiador Jaume Riera Sans la redescubrió en 1987. La encontró rastreando la ruta del recaudador de impuestos del siglo XIII a la sinagoga subterránea. El antiguo mapa, encontrado en los archivos de la catedral de Barcelona, explicaba con todo lujo de detalles los ochenta y siete edificios y nombres de los propietarios del barrio judío de Barcelona.

La pista más reveladora fue la inusual alineación de la sinagoga. Los edificios vecinos estaban orientados hacia el noroeste y suroeste, pero la sinagoga interrumpía esa estructura porque estaba orientaba hacia el este de Jerusalén. Las habitaciones, que se asemejaban a una bodega, de la sinagoga del siglo XIV se habían construido sobre los restos de la vieja sinagoga. Debajo había una fuente subterránea para los mikvés, o baños rituales.

La sinagoga no se restauró hasta el 2002. Se volvió a abrir al público como museo, en recuerdo del barrio judío de Barcelona, llamado El Call, pronunciado «el kye». En el dialecto local significaba calle estrecha, por callejón o, posiblemente, comunidad, por la palabra kahal en hebreo. El Call de Barcelona alcanzó su cénit en los siglos XII y XIII, cuando afloró como un centro judío de aprendizaje en la Europa medieval con una escuela del misticismo conocida como la Cábala.

En el interior del Call, la clase judía cortesana controlaba el servicio público como médicos, administradores y recaudadores de impuestos. Las familias de Benveniste, Eleazar y Sheshet entablaron amistad con la corte española, asesorando a reyes, alguaciles y dueños de propiedades. Pero estas posiciones de poder colocaron a los judíos en una situación precaria cuando el poder cambió. En el imaginario popular de la época, los funcionarios judíos estaban vinculados con la realeza y el privilegio. Las constantes guerras habían aumentado la carga de los impuestos, normalmente recogidos por judíos al servicios de los reyes. El sentimiento antimonárquico se volvió en contra de los judíos.

Para la población común y sus sacerdotes cristianos, la imagen popular de los judíos se transformó en algo diabólico que se invocaba en los sermones del domingo. A principios del siglo XIV, esta visión popular se extendió de tal manera por toda Europa que los judíos eran envenenadores, en connivencia con leprosos y profanadores de las hostias de Comunión.

Además se les acusó de secuestrar y asesinar a niños cristianos durante la Pascua, un mito que difundieron algunos clérigos con el apoyo del Alfonso X, rey de Castilla en el siglo XIII, que afirmó: «Hemos oído decir que en algunos lugares durante el Viernes Santo, los judíos roban niños y los colocan en una cruz de manera burlona».

Esta nociva atmósfera se intensificó tras la misteriosa plaga que asoló Europa en 1348 con tal fuerza que en el breve período de unos días más del 20 por ciento de toda la población del continente desapareció. Nadie conocía el origen de la Peste Negra o qué la causó. La mortal enfermedad presentaba hinchazones y ennegrecía la piel con la gangrena. La muerte no se hacía esperar y llegaba de los dos a los siete días siguientes. Para combatir la plaga, en toda Europa se pusieron las casas en cuarentena o se cerraban si nadie en ellas había cogido la peste. A finales de 1400, la población de Europa había descendido de 450 millones a 375 millones.

El miedo se transformó en un pánico homicida, fustigado por un archidiácono dominico de Sevilla llamado Ferrant Martínez, descendiente él mismo de judíos conversos. La Peste Negra golpeó con particular virulencia los barrios cercanos al Call judío y convirtió a los judíos en los chivos expiatorios del origen de la plaga. En 1378, Martínez propuso su solución al «problema judío»: la destrucción de veintitrés sinagogas de Sevilla.

Con las muertes del rey de Castilla y el arzobispo en 1390, el poder de Martínez no tuvo límites; se convirtió de facto en el gobernador de la región. Intensificó su campaña contra los judíos y aprovechó el vacío de poder para agitar a la turba de seguidores quienes entraron en los calls de las diferentes ciudades, flagelándose a sí mismos con cadenas como prueba de su fe cristiana.

El 4 de junio de 1391, una turba incendió las puertas del barrio judío en Barcelona y mató a aquellos judíos que se negaron a convertirse al cristianismo en ese mismo momento. El pogromo se

extendió por toda España hasta las Islas Baleares y Mallorca, donde el gobernador trasladó a los judíos de la localidad a la fortaleza para protegerlos. Sin embargo, la multitud se abrió paso y dio un ultimátum: convertirse o morir.

En Barcelona, más de 400 judíos fueron asesinados el 10 de agosto de aquel año. Los amotinados dirigieron su ira hacia los recaudadores de impuestos y atacaron la sinagoga, que no era solo el centro de oración y culto, sino también un símbolo de la ley en la comunidad. Casi todas las juderías de Aragón fueron destruidas durante los sangrientos disturbios, con la turba empeñada en quemar sus deudas. Pero la clave para aplacar los disturbios fue la conversión. Solo en Zaragoza, donde vivía el rey de Aragón y desde donde ejercía su poder, se salvaron los judíos.

Para cuando los disturbios renqueaban tras un año, se calcula que 100.000 judíos se convirtieron, 100.000 fueron asesinados y otros 100.000 huyeron a tierras musulmanas del Imperio Otomano.

El siguiente éxodo más importante llegó un siglo después, cuando la reina Isabel I de Castilla y el rey Fernando I de Aragón promulgaron el Edicto de Expulsión. Los judíos dispusieron de cuatro meses para liquidar sus negocios y dejar el país, no se les permitió llevar encima el oro o la plata. Por esa razón, muchos historiadores creen que el rey Fernando, modelo de El Príncipe de Maquiavelo, había desarrollado un plan para eliminar sus enormes deudas de guerra. Había luchado para expulsar al último gobernante moro de Granada. La guerra, financiada en parte por los préstamos de los judíos, terminó en triunfo a principios de 1492. Tras la victoria, el rey Fernando retiró su protección sobre los judíos y emitió el edicto que permitió que las deudas del reino se desvanecieran y les otorgó el derecho de confiscar las propiedades y fortunas de los judíos exiliados.

Los escritores de la época relataron el éxodo en Barcelona, con miles de judíos haciendo fila para embarcar con la idea de refugiarse en el Norte de África y Turquía en el Imperio Otomano. Algunos huyeron a Portugal, pero también fue algo temporal: los judíos fueron expulsado de allí en 1496. El 31 de julio de 1492, el último judío abandonó España. Pero no significa que hubieran desaparecido.

Hoy en día, algunas inscripciones hebreas todavía son visibles

sobre las piedras del antiguo cementerio judío en Montjüic, una colina de Barcelona. Fueron incrustadas en la fachada del palacio Lloctinent, que se construyó en el siglo XIV cerca del barrio judío como residencia de nobles y, dos siglos después, la utilizaron los funcionarios de la Inquisición.

En los últimos años, se han dado unas tenues señales de activación del Call. Cerca de la sinagoga, han abierto recientemente una nueva librería, Call Barcelona Books and Wine, afiliada al centro local Jabad Lubavitch.

Sin embargo el sentimiento de intranquilidad nunca ha desaparecido por completo. En enero de 2009, cuando la lucha estalló nuevamente en la franja de Gaza, un hombre golpeó con un bate de béisbol la antigua sinagoga y después atacó a un empleado que se le había acercado. Durante ese mismo mes, unos vándalos destrozaron las ventanas de la casa Jabad de Barcelona y rociaron el edificio con grafitis antisemitas y la palabra «ASESINOS».

No sabía qué podía esperar cuando el rabino Nissan Ben Abraham aceptó encontrarse conmigo en el Call. Si alguien podía trasladar la historia dolorosa al presente, ese era el rabí Abraham. A los 52 años, asumió una doble identidad: un colegial católico de la isla española de Mallorca que rompió con su familia para reivindicar las antiguas raíces judías de la familia conversa de su padre.

Nos sentamos en unos asientos de madera en la parte de atrás de la librería, en algunas ocasiones el hilo musical sefardí avasallaba su voz baja. Era el emisario de Shavei Israel, el grupo con sede en Jerusalén que ofrecía formación religiosa a los descendientes de conversos de España y Portugal. Y estaba esperando en la librería a uno de sus estudiantes, un joven español que ansiaba ser sacerdote hasta que descubrió que su familia había estado manteniendo costumbres judías.

El rabino había nacido como Nicolau Aguiló, el mayor de siete hermanos y el hijo de una madre cristiana y un comerciante descendiente de conversos. La familia todavía poseía los antiguos documentos de propiedad de su mercería, que databa de 1686, cuando los antepasados la compraron a los funcionarios de la Inquisición. Esto sugería, según el rabino, que la tienda había sido confiscada y posteriormente revendida por la familia después de

que algunos antepasados fueran juzgados en 1677 y se emitieran leves sanciones.

Nicolau iba a misa todas las semanas pero recuerda que todavía asistía al patio del colegio cuando se burlaron de él llamándole chueta o xueta en catalán. En la isla, ese era el término para referirse a los descendientes de conversos, un nombre que quizás tenga relación con la carne de cerdo salada, por el tipo de carne que comían los conversos para demostrar su conversión sincera al cristianismo.

Un viejo amigo de mis días de universidad en Berkeley, recordó una rima infantil que aprendió mientras crecía en la isla de Mallorca en la que se burlaba de cada una de las familias de conversos: «Picó picaba, Miró miraba…». Pronto aprendieron a sospechar de unas quince familias de conversos, entre ellos uno con el propio apellido del rabino: Aguiló, y Bonnín, Cortés, Forteza, Fuster, Martí, Miró, Picó, Piña, Pomar, Segura, Tarongí, Valentí, Valleriola y Valls. Los inquisidores se centraron en los conversos que vivían en el antiguo puerto judío del Call de Mallorca, donde los comerciantes heredaban sus oficios. La mayoría de las joyerías del distrito de la plata en Mallorca seguían estando dirigidas por chuetas.

Algunas personas pagaron o llegaron a acuerdos para que sus apellidos desaparecieran, entre ellos una familia llamada Moya. Que es el apellido de mi bisabuela Anaïs Moya, la hija de un doctor, Santiago, que trasladó a su familia de Cuba a Colombia y a Costa Rica.

La persecución de los chuetas data del verano de 1391, cuando los disturbios de Sevilla se extendieron a Mallorca y se desató la hostilidad que perduró durante siglos. A los sacerdotes descendientes de chuetas no se les permitió decir misa en la catedral de la isla hasta 1960. Las encuestas realizadas en una fecha tan tardía como es 2001 por la Universitat de les Illes Balears mostraron que el 30 por ciento de los mallorquines declararon que no se casarían con un chueta, e incluso una pequeña minoría del 5 por ciento afirmó que ni los aceptaría como amigos.

A mediados del siglo XX la desconfianza se había disipado —o por lo menos mitigado—, y Mallorca se había transformado en un destino turístico y un lugar abierto a los extranjeros. Algunas

expresiones españolas todavía reflejan una profunda y arraigada hostilidad hacia los judíos: «No te fíes del judío converso, ni de su hijo, ni de su nieto». A día de hoy, la iglesia de Santa Eulalia, que en su momento atrajo a una cantidad de descendientes de conversos a su parroquia, se llama casualmente Sinagoga de Santa Eulalia.

El rabino Ben Abraham recuerda un momento fundamental en su propia vida espiritual cuando tenía diez años. Se dirigió con su madre hasta el carrer de Jafudà Cresques. La calle llevaba el nombre de un conocido cartógrafo judío que fue obligado a convertirse. Cresques desarrolló el atlas catalán, que mostraba las rutas de navegación del mundo en seis paneles. Cuando el pequeño Nicolau vio la placa de la calle, espetó: «¡Chueta!».

—¿Por qué te estás riendo? —recuerda que le comentó su madre —. Tú también eres un chueta.

Inquieto por la respuesta de su madre, Nicolau se acercó a su padre para plantearle algunas preguntas. «En casa todos éramos católicos, pero en la escuela los otros estudiantes decían que era judío. Al principio mi padre no quiso hablar de ello. Pero me interesaba por la relevancia de que después de cientos de años se continuara marcando a estas familias, describiéndolas como judíos, a pesar de que todos ellos iban a misa».

Algunas personas alentaron su interés mientras su propio padre ignoró sus esfuerzos de remontarse a una historia muerta, según el rabino. En su casa el silencio sobre el tema fue absoluto. «Este hecho nunca se mencionó, y nunca nos comportamos de acuerdo a ninguna costumbre judía», dijo. «Yo quería dejar de huir, para liberarme de la marca de judío que la Inquisición había colocado sobre los conversos judíos».

Durante un instante hizo una pausa y escuchamos el flujo de música sefardí mientras estábamos sentados en dos sillas de respaldo recto de la librería.

«Soy el único que hizo el camino de vuelta. El principal problema era que mi padre creía que volver al judaísmo era como retroceder dos mil años. Era un buen cristiano y no entendía qué había de malo en el mensaje de Cristo.»

Con el tiempo el rabino estudió en Israel y se convirtió oficialmente, se casó con una mujer judía y crió doce hijos. Al final, las tensiones entre él y su padre disminuyeron.

«Cuando vino a ver a su primer nieto, el camino a la reconciliación fue más fácil», dijo.

Otros descendientes habían tomado elecciones brutales tras el descubrimiento de sus orígenes, según afirmó. «Rompieron con todo el pasado. Creo que es una etapa psicológica para poder crecer y desarrollar una nueva identidad. Es como si se tratara de un adolescente que necesita escapar para demostrar que "soy una persona diferente, no una copia de mi padre". Mucho más tarde, cuando madura, pueden entender que las relaciones pueden mejorar».

Como profesor, ofrece orientación para unos cuarenta conversos esparcidos entre Barcelona, Valencia, Mallorca y Sevilla. Es un viaje que dice puede alargarse tanto como treinta años porque «es difícil, un largo proceso de exploración. No pueden decidir si continuar o identificarse con una nueva religión. No saben qué hacer».

Junto con el rabino Ben Abraham, la misma organización de Jerusalén había enviado por toda Europa a otros rabinos, con el fin de impartir lecciones y ofrecer consejo a los descendientes de judíos en Polonia que escondieron sus raíces religiosas durante la Segunda Guerra Mundial y a las tribus judías de la India, Brasil y China.

«Está muy de moda» dijo el rabino Ben Abraham de los descendientes españoles que buscaban reivindicar sus raíces religiosas. «Hay historias muy folclóricas. Mi abuela le contó a mi madre, quien me contó a mí. Son cosas muy difíciles de demostrar».

Además hay una profunda reticencia histórica en el judaísmo a dar la bienvenida a los descendientes a pesar de la preocupación de la comunidad judía por el descenso de sus cifras. Es un miedo a la raíces medievales cuando los judíos eran acusados de «robar a los cristianos» y constituían una minoría religiosa viviendo bajo unas restricciones que prohibían misioneros judíos.

También refleja la ansiedad conservadora de lo que constituye un judío. En el Israel moderno, un converso de España puede buscar convertirse a la religión de sus antepasados, pero no se les reconoce inmediatamente como judíos por su origen histórico familiar.

El rabino y otros defensores han estado presionando discretamente por este reconocimientos. Ha estado presionando a un importante grupo privado de rabinos en Israel para estudiar, en particular, a los chuetas de Mallorca porque las familias de

conversos se habían mantenido en la isla, casándose entre ellos y están estrechamente relacionados con elaborados árboles genealógicos.

—¿Cómo se elige una identidad? —pregunté al rabino Ben Abraham—. ¿Qué pasa si no se tiene una prueba clara de ser un judío, solo pequeñas pistas?.

—Poco a poco, la distancia crece con el pasado o un ángulo del pasado —dijo—. Después llega un momento en el que uno dice, «No tengo nada que ver con esto». Hay un momento mágico cuando se dice «Eso es, soy judío», en voz alta y fuerte.

La voz del rabino sonó en realidad casi como un susurro mientras ofrecía este consejo, y me esforcé en escucharlo mientras hablaba en español. La gente pasaba por nuestro lado, sentados en nuestras rígidas sillas, mientras buscaban libros de historia judía que se alineaban en las estanterías de la tienda.

Sus palabras me helaron, un escalofrío fugaz. Como periodista estaba acostumbrada a reprimir los sentimientos, una costumbre que parecía que había invadido mi vida. No sabía cómo liberar esta emoción. Me despedí del rabino y salí de la librería para vagar por los oscuros callejones de la judería de Barcelona.

¿Es este el momento?, me pregunté

15

Guardar la voz

Arcos de la Frontera, 2008

En la estrecha panadería de la esquina cerca de la calle Guadalete, Mari Camarena presidía sus fragantes estanterías de calientes hogazas de bolillo con el porte real de una reina de la harina en bata blanca.

La panadera tiene el mismo porte orgulloso durante los espectáculos de flamenco en el poco conocido centro que posee, cuyo pomposo nombre es Peña Flamenca Femenina Mari Camarena. La entrada es solo por invitación. El centro está atestado de mesas de estilo familiar y hay un pequeño escenario situado en el sótano de su casa de piedra de dos pisos. La Peña se encuentra en un sitio apartado, en un camino rural a las faldas de Arcos, donde la noche es tan azul oscuro que la única manera de encontrarlo es seguir ese camino y escuchar atentamente el rasgueo de una guitarra o esperar el destello de los faros de algún coche para después girar a la derecha en dirección a un campo de tierra que hay junto a su casa.

Durante mucho tiempo había buscado una Peña privada como esta, con música flamenca cantada desde el alma. Para los turistas, hay espectáculos nocturnos más insulsos en Jerez de la Frontera que atienden a los clientes procedentes de las visitas a las bodegas locales de vino de jerez. Había escuchado a las mujeres en la oficina de turismo situada en la parte más alta de Arcos de la Frontera aconsejar a los visitantes acudir allí para las cenas con menús de

tres platos en los clubs de Barrio Santiago, el centro del antiguo barrio gitano de Jerez.

La primera vez que visité el club de Mari Camarena, nos citaron por invitación en un trozo de papel roto, anotado con su dirección y teléfono. El marido de Mari, de cabellos plateados, Pedro Carrera, se lo entregó en mano a mi vecina del otro lado de la calle, María José. Después ella me lo pasó a mí. Nunca supe cómo había encontrado mi calle o por qué fui invitada, pero es una prueba más de que nadie puede ocultar nada en este pueblo. Más tarde, descubrí que Manuel Zapata, el hijo del legendario cantaor de saetas, Zapata, solicitó la invitación a Mari, segunda generación de cantantes de saeta.

Cuando mi marido y yo llegamos a la peña, pude ver a un hombre con el pelo gris y una coleta de caballo que sobresalía de su sombrero de fieltro, apoyado contra la pared. Se presentó como el señor Flores, patriarca de un clan gitano local de cantantes de flamenco de Arcos. Dos de sus hijos eran artistas profesionales y profesores que trabajaban en Jerez de la Frontera, Madrid y Sevilla. Él mismo cantaba y, en alguna ocasiones, sus nietas le acompañaban bailando en las pequeñas reuniones.

—¿Es muy tarde? ¿Ya ha empezado? —le pregunté al señor Flores, quien conocía los rituales de la peña.

—¿La música? —dijo con una sonrisa irónica—. Es obvio que no sois de por aquí. Nunca empieza hasta después de medianoche.

Seguimos el jaleo de voces y el estrepitoso ruido de la vajilla. Dentro del enorme sótano, las personas estaban orientadas hacia un escenario de madera desnuda con dos sillas de respaldo recto, un micrófono y una enorme y estilizada pintura del pueblo blanco de Arcos de la Frontera. Por encima había una especie de santuario familiar: un enorme portarretrato en color de Mari Camarena convertida en una radiante princesa del flamenco con los labios rojos y un torbellino de tafetán de volantes. Las mesas estaban atestadas de tubos altos de cerveza y una enorme cantidad de platos de tapas que continuaban saliendo como albóndigas en salsa de tomate y platos apilados con patatas fritas.

Mari Camarena era más bajita que la mayoría de las personas de la habitación, sin embargo tenía una presencia dominante. Más que caminar, trajinaba, con sus tacones golpeando el suelo. Era una

mujer que lo tocaba todo, lo probaba todo y se lanzaba. Revoloteaba en el fondo de la cocina del club, detrás de un largo mostrador, dando órdenes con voz ronca con la fuerza de las rocas triturándose. Sus familiares, que la ayudaban durante la noche, servían cerveza frenéticamente y trasladaban las tapas de la cocina a la mesa, golpeando los platos tan clamorosamente como fuera posible.

Sin embargo, ella siempre insistía en que era tímida y aborrecía el centro del escenario. En su propio centro, normalmente solicitaba ayuda a otras personas para que presentaran a los cantaores de flamenco. Esa noche, el maestro de ceremonias fue Manuel Zapata, quien leyó su propia poesía antes de ceder el escenario de madera a las tres cantaoras flamencas visitantes. Cuando la primera comenzó, el guitarrista cerró sus ojos, perdiéndose en palabras de amor y traición. Una explosión de música lleno la habitación y cantaron sobre la muerte, la luna llena y el desengaño.

Mientras el espectáculo continuaba, el general del club, Mari Camarena, se apoyó en la pared trasera, y finalmente su cara se relajó mientras las notas fluían como un río.

No sé por qué se sentía tan incómoda con las personas. Es posible que fuera porque se sentía atraída por la saeta. Un artista renuente puede fundirse entre la multitud, huyendo del escenario por la calle. En una ocasión pude ver un vídeo granulado de su debut como cantante en 1984 durante el festival de Vela de las Nieves en Arcos de la Frontera. Era joven, delgada y llevaba un impoluto vestido blanco sin mangas, una flor verde prendida en su hombro y una brazalete y una pulsera de oro que colgaba de uno de sus brazos bronceados.

Antes de que subiera al escenario, el presentador la presentó con una petición un tanto inusual para un artista principiante. «Está muy nerviosa y ansiosa», afirmó mientras le hacía señas para que se arrimara al micrófono, donde se refugió en una silla rígida.

Pero los temores de actuar en público dejaron de existir en cuanto ella llevó a cabo sus inusuales opciones de canto. Solo Mari Camarena podía tener la confianza necesaria para elegir una petenera y cantarla en su debut. Petenera es una forma de blues español, una mezcla de lamentos de guitarra y voces llorando, una canción de tristeza y triunfo, de amor y muerte.

Algunos flamencólogos datan la petenera ya en el siglo XII en Arcos de la Frontera, y sostienen que los descendientes de los judíos exiliados todavía cantan peteneras en los Balcanes con un verso clásico sobre «la perdición de los hombres» o «la maldición de los hombres». Muchos artistas gitanos desprecian la petenera por dar mala suerte, como si se tratara de un actor maldito por interpretar Macbeth. Se negaban a cantar o escuchar sus amargas letras, que son espinosas y hacen referencia a la bella judía Rebeca, o a un misionero de Dios, probablemente un inquisidor.

¿Qué atrajo a Mari Camarena a la música del sufrimiento como peteneras y saetas? No sabía cómo explicarlo. Tampoco perdía mucho tiempo diseccionando sus inspiraciones musicales. Y quizás fuera esa la razón. Es posible que estuviera equivocada al buscar la lógica. La música es un saber que viene del corazón. Se aproximaba a expresar lo inexpresable. Cuando un cantaor comenzaba una saeta, el tiempo se ralentizaba y la cantante entraba en un mundo dominado por la fuerza, la tragedia humana, y, sobre todo, la individualidad. La simple experiencia del alma era más importante que las creencias religiosas abstractas. Una vez que la música está en el interior, nunca se va.

«Es algo con lo que se nace», me dijo. «Yo lo tengo. Mi hermano no. Mis hijos no cantan. Para cantar una saeta, has de sentir las emociones revolviéndose en el interior. Si no sientes nada, entonces no surge nada de ti. Si no sientes nada, no viene nada. Ahora cuando trato de cantar es casi imposible dejar de llorar».

Su repertorio abarca desde saetas y peteneras, a fandangos, las canciones folclóricas andaluzas con orígenes que datan de la invasión árabe en el 711, y serranas, parábolas del siglo XIX que idealizan la vida en la montaña de bandidos y contrabandistas de la Sierra de Cádiz. Su escenario preferido es la calle. Sin embargo, es extremadamente particular cuando se trata de buscar el entorno correcto. Un callejón estrecho. Flores de azahar. La enorme puerta de madera de la iglesia de San Pedro. Las lágrimas de cristal de nuestra Señora de los Dolores.

—Hay que inspirarse en el momento —comentó—. Hay muchas cosas necesarias para que la música surja del corazón.

Además tenía sus propias preferencias peculiares a la hora de elegir el indefinible y preciso momento de cantar durante la Semana

Santa. En el pasado, era su marido, Pedro, su explorador de confianza. Abría el camino para ella con una pesada cámara de fotos colgada alrededor del cuello y la botella de agua en la mano. Buscaban lugares donde el aire resplandeciera con las velas y la gente creyera en milagros, mientras caminaban descalzos sobre el empedrado. Buscaban la luz de la luna, las estrellas de la noche y los impolutos arcos de color blanco. El momento.

¿Calle Corredera? Nada. La principal arteria que divide Arcos en dos es demasiado amplia para que una voz de cante pueda recorrer largas distancias. Los pintorescos balcones de hierro forjado, tan comunes en Arcos, también representan un serio peligro para los artistas porque debido a la tensión de cantar con la fuerza suficiente para llegar a todas las personas de las calles.

—Me siento mucho más segura en la calle —dijo Mari—. Me siento insegura en el balcón porque el viento se lleva la voz. Además se siente uno mucho más solo allí arriba.

El trabajo de Pedro consistía en recorrer la multitud para evaluar la reacción al canto de Mari. «En alguna ocasión he oído a sus saetas acallar el llanto de un niño», dijo sonriendo, «para después ver al padre del niño comenzar a llorar».

Sin embargo, a pesar de todas esas estrategias idiosincrásicas, Mari no pudo salvar la voz. Hace escasos años, comenzó a sentir que su voz era más ronca. Las notas altas prolongadas que intentaba al cantar eran desiguales y ásperas. «No podía alcanzar las notas que quería», comentó. «No era mi voz, una voz limpia, una voz poderosa. No podía conseguir lo que quería».

Mari solicitó la ayuda de un médico que le diagnosticó una condición crónica de inflamación de las cuerdas vocales y le recomendó una solución extrema.

—He pasado toda mi vida cantando y, ¿cuál era el tratamiento? Hablar en voz baja. Dejar de cantar —comentó tristemente.

Las saetas fueron el trasfondo de su vida. Creció escuchando a Camarenas —su padre, Manuel, y su tío, Antonio— cantando saetas durante la Semana Santa con voces tan similares que las personas creían haber oído al mismo hombre. Mari nació en un momento en el que podía absorber, amar, temer y conocer sus secretos. Desde el momento en que cantó en su primera procesión, como consecuencia de una apuesta, a la edad de doce años, era su banda sonora.

De ahí que el tratamiento de choque del doctor fuera el equivalente a matar a la golondrina, la pequeña criatura cuyo inflamado canto como las aves es la música de la mañana de Arcos. Con la madurez, la fuerza de la voz del cantaor de saetas se intensifica y suaviza con la edad y la experiencia. Ahora en sus cincuenta, Mari solo ha compartido su silencio en los últimos cuatro años durante la Semana Santa.

—¿Podrás volver a cantar saetas de nuevo? —le pregunté.

—El próximo Domingo de Ramos, en Pascua, lo sabré.

—¿Cómo sabrás si estás preparada tras todo este tiempo transcurrido?

—Es el momento el que me lo dirá.

—Por supuesto.

Pensé en sus palabras y me pregunté si lo que me atrajo de Mari Camarena fue lo que pensé que podría enseñarme sobre presentar esa fuerza terrenal que todos sienten y que ningún sabio puede explicar.

Más tarde comenté a otras personas del pueblo que tenía intención de seguir a Mari durante la Semana Santa, para la que todavía faltaban muchos meses. Es posible que no pudiera volver a cantar otra vez. Algunos me sugirieron diplomáticamente que había cantantes de saetas mejores y con más talento a los que seguir. Me ofrecieron los nombres de otros artistas. Después de todo, no era más que la panadera. Escuché educadamente, pero rechacé de plano el consejo.

—No —dije—. Quiero estar con ella. No ha podido cantar desde hace cuatro años. ¿Qué puede haber más emotivo que el momento en el que ella rompa su silencio?

16

De regreso al Imperio Otomano

Belgrado, 2010

Mi trabajo como periodista me lleva a lugares inesperados. Rumanía y Polonia, Serbia, Bosnia y Kosovo, ciudades en los Balcanes como Sarajevo, Pristina, Belgrado; lugares totalmente desconectados de mi vida. Para muchos eran lugares en el mapa, titulares de noticias sobre conflictos étnicos, fosas comunes y criminales de guerra fugitivos.

Pero cuando llegué a Belgrado en otoño —en busca de uno de los presuntos criminales de guerra más buscados, Ratko Mladic— me sorprendí al encontrar un animado casco antiguo con terrazas soleadas y comensales que cantaban con las bandas ambulantes gitanas. Me sentí como si una fuerza mística me estuviera dirigiendo. La historia de un fugitivo era compleja y absorbente, estaba a punto de finalizar cuando me di cuenta de que este lugar tenía una especial resonancia para mí. Había demasiadas coincidencias: los últimos dos descubrimientos en mi larga búsqueda por rastrear a mis antepasados a través de las muestra de ADN.

Durante meses, fui incapaz de identificar ni una sola marca de la firma del cromosoma Y de mi padre, el haplogrupo G, que era uno de los tres tipos que predominaba entre los judíos sefardíes, de acuerdo con los investigadores españoles y británicos. Con el consejo de Bennett Greenspan, presidente de la empresaFamily Tree

DNA con sede en Texas que utilicé para la prueba, sometí la prueba de mis padres a más análisis.

Cada análisis cuesta más dinero, pero hay promociones periódicas que ofrecen descuentos apasionantes. «Por un período de tiempo limitado le ofreceremos esta prueba al precio de 189 dólares, el número de pedidos está limitado a los 250 que lleguen primero, por estricto orden de llegada».

Me apunté para analizar más elementos de la firma del cromosoma Y de mi padre y determinar el ADN mitocondrial transmitido por mi abuela, Angela Chacón, a mi padre. En ocasiones, las mutaciones aparecen en estas secuencias de ADN que proporcionan marcadores.

Los genes son como islas de información en la secuencia de ADN. La vastas áreas entre las secuencias se conocen como ADN basura porque no tienen ninguna función conocida para el organismo. Pero entre el territorio del ADN basura están los marcadores y las mutaciones que determinan las relaciones. Basura para atesorar.

Normalmente, los resultados de la prueba tardaban semanas en llegar. Y cuando lo hacían, necesitaba tiempo para entender exactamente lo que significaba la nueva información. Por eso me costó un poco comprender las noticias del servicio de pruebas de ADN que revisó la ascendencia de la línea masculina de mi padre. Sobre la base de la nueva información más detallada, el ADN de mi padre cambió de manera inesperada del haplogrupo G al tipo I, un cambio desconcertante para mí.

Por regla general, el haplogrupo I está muy generalizado en todo el sureste y centro de Europa y es más común en los Balcanes occidentales, en Bosnia y Herzegovina y en algunas parte de Croacia, con el porcentaje más alto en la isla de Hvar, una isla croata situada en el Adriático que se encontraba en medio de las antiguas rutas marítimas. Los miembros del haplogrupo como mi padre llevan un marcador de veinte mil años de edad, conocido como M170.

«El cambio de un nucleótido o “letra” es raro», me explicó Francesc Calafell, el genetista de la Universitat Pompeu Fabra. «Se cree que la mayoría de las mutaciones como la M170 han ocurrido solamente una vez en la historia de la humanidad». Al principio, el

servicio de análisis había tratado de predecir el haplogrupo de mi padre utilizando una simple fórmula, pero G e I están tan cerca que la evaluación preliminar no pudo detectar la diferencia. Al analizar las mutaciones actuales, descubrieron el verdadero haplogrupo.

Algunas de las frecuencias más altas del haplogrupo I se encontraban entre los andaluces del sur de España, según la información recogida por Family Tree DNAy la Sorenson Molecular Genealogy Foundation. Incluso se han encontrado porcentajes más altos en los pueblos de la frontera portuguesa donde en la práctica fueron recibidos los judíos sefardíes tras su expulsión de España en 1492.

En Braganza, a trece mil kilómetros de la frontera española en el norte de Portugal, los datos muestran que casi el 18 por ciento de la población masculina pertenece a este haplogrupo I, seguida de otra ciudad cerca de la frontera española, Braga, con un doce por ciento.

Hoy en día, solo hay un pequeño enclave de judíos practicantes en Braga y la mayoría son extranjeros. Pero el legado de los judíos conversos sobrevive entre sus descendientes. El sábado antes de la Pascua, los pastores conducen rebaños de ovejas al centro del Castelo de Vide para su bendición. Oran por el perdón de los errores que han cometido, una herencia de la tradición judía del Yom Kipur, el Día de la Expiación.

A las pocas semanas de recibir la información nueva sobre la firma de ADN de mi padre, recibí más información desconcertante del servicio de análisis. Habían analizado la firma de ADN de mi abuela de Costa Rica y los resultados mostraron un haplogrupo femenino poco común, el W. Archivé y olvidé esa información porque estaba muy ocupada rastreando las generaciones de los hombres Carvajal.

Pero mientras viajaba por trabajo, llevaba un pequeño ordenador portátil con toda la información que había obtenido sobre la familia, que ponderaba periódicamente, y cambiaba información como si de piezas de rompecabezas se tratara para buscar el sitio correcto en el rompecabezas. Poco tiempo antes viajé a Belgrado por una historia, comencé a buscar el archivo de mi abuela y me encontré de nuevo con la información sobre su haplogrupo W.

Para mi sorpresa, aprendí que se trataba de un tipo poco común

presente en la región oriental del Báltico de Estonia, Letonia y Lituania, y en los montes Urales de Rusia, así como en España, Polonia e Irán. Cuando comparé la información de mi abuela con la de otras personas en la base de datos de ADN, descubrí que un porcentaje muy alto de coincidencias cercanas eran de gente que vivía en Croacia.

Cuando miré de reojo el lejano horizonte de mujeres por parte de mi abuela, no pude ver ninguna conexión. Nació en Costa Rica. Su madre, Anaïs Moya, nació en Cuba en 1885, hija de un doctor de La Habana y ama de casa que posteriormente se trasladó a Colombia y, por último, a Costa Rica. Su abuela materna, Angeles Xiquez, también nació en Cuba, hija de Melchor Xiquez, un español, y su mujer, Carmen Jiménez.

Cuando miré la línea masculina del padre de mi abuela —Julio Chacón— pude retroceder hasta once generaciones, incluyendo a un español que se convirtió en alcalde de San José, Costa Rica, en 1827. Además, el árbol genealógico incluía a don Bernardo Sarmiento de Sotomayor y Ponce de León, un colono peruano que se convirtió en registrador del gobierno en Costa Rica en el siglo XVIII.

Entonces, ¿cuál era la extraña conexión de ADN con los Balcanes? La respuesta surgió cuando realicé una parada en Belgrado y visité el Museo Histórico Judío, un edificio de piedra oscura con unos chirriantes escalones que conducían a unas vitrinas donde aparecían expuestas Torás antiguas y fotografías en blanco y negro de mujeres judías sefardíes que aparecían con vestidos bordados y sombreros pastilleros. Un amarillento mapa, que databa de 1492 a 1554, mostraba la ruta de migración de los judíos sefardíes hacia el norte por las costas portuguesas y francesas y después hacia el sur por tierra de Italia a Belgrado por los pueblos costeros de Croacia. ¿Había parientes de mi abuela que dejaron España y además de dispersarse por América del Sur y Central migraron a los Balcanes? Cabía esa posibilidad, teniendo en cuenta que ninguna otra explicación parecía vincular a mi familia con personas de Croacia.

Después de que los sefardíes fueran expulsados de España, se dispersaron en cinco corrientes. Algunos cruzaron el Mediterráneo y se establecieron en Marruecos. Otros tomaron el camino de Italia, y

se unieron a las viejas comunidades en Roma, Nápoles, Venecia y Sicilia. Una ola se dirigió a Portugal, y otra hacia las colonias españolas de las Américas. El mayor éxodo viajó a Turquía, donde fueron bien recibidos por los musulmanes. Protegieron su cultura y el español hablado del siglo XV, conocido como ladino. La lengua romance está ahora en peligro de extinción, mezclada con palabras de los lugares a donde viajaron y se establecieron los expulsados: hebreo, árabe, portugués, francés, turco, griego, búlgaro, bosnio y serbocroata.

Durante los siglos XV y XVI, el Imperio Otomano alcanzó el cénit de su poder y sus sultanes —Bayezid II, Mehmet II y Solimán el Magnífico— ofrecieron protección a los judíos desterrados como una inversión en su propia economía. Valoraron las habilidades de los artesanos y comerciantes judíos que tenían conocimiento y conexiones, y que se convirtieron en pioneros del comercio global.

Cuando los monarcas españoles, Fernando e Isabel, expulsaron a los judíos, Bayezid II se burló de ellos: «¿Llaman rey sabio a Fernando? ¿Él, que empobrece a su país y enriquece al nuestro?». Mientras otros países atacaban a los judíos, los líderes otomanos confiaron en ellos para abrir nuevas rutas comerciales. Las masacres de Lisboa en 1506 provocaron la migración de miles de conversos portugueses al este de lo que hoy en día es Turquía. En definitiva, ayudaron a las comunidades judías a establecerse a lo largo de las rutas comerciales más importantes desde el oeste de Turquía. Descubrí que uno de esos enclaves eran la calle de los Judíos en Dubrovnik, Croacia, y la judería de Sarajevo.

Cuando vislumbré Sarajevo por primera vez durante el mismo viaje por trabajo, todavía estaba repleta de agujeros de bala de la Guerra de los Balcanes de 1992 a 1995, de cuando el ex general prófugo Ratko Mladic orquestó un asalto desde las colinas de los alrededores, con balas de francotiradores y proyectiles de mortero. Más de 10.000 personas murieron durante ese lapso de tiempo, 3.500 eran niños.

El estado de ánimo melancólico de distanciamiento todavía es palpable aquí entre las personas que se niegan a olvidar. Me pregunté si la amnesia era la mejor manera de lidiar con la historia. Dentro del casco antiguo, a unos pasos de mi hotel, se encontraba la fluctuante llama eterna en memoria de la Segunda Guerra Mundial

y después las manchas rojas de las «rosas de Sarajevo» incrustadas profundamente en el empedrado.

Estas grietas-cicatrices rellenas de resina roja son símbolos de los lugares donde impactaron los proyectiles de mortero. El mercado de Markale, ahora lleno de puestos de verduras y vendedores de pescado, se marcó con pétalos de resina roja por la explosión de un solo proyectil de mortero de 122 milímetros en 1994 que mató a sesenta y ocho personas. En los puestos de madera del centro antiguo de Sarajevo, Baščaršija, noté las cestas de artillería y casquillos de bala de mortero reciclados transformados en lo que ellos llamaban «arte de trinchera»: lápices con balas, llaveros y collares.

En un momento dado, Sarajevo fue una encrucijada en los Balcanes para las comunidades judías y se apodó La Pequeña Jerusalén. Junto a las laderas occidentales del monte Trebevic, a las afueras de Sarajevo, hay un cementerio judío sefardí fundado en 1630. Durante el asedio a Sarajevo, las filas de lápidas sefardíes fueron la vanguardia de gran parte de la lucha, se convirtieron en una de las principales posiciones de artillería de los francotiradores serbobosnios que atacaron a los musulmanes bosnios que dominaban Sarajevo.

El Ohel, una estructura de cementerio cuyo nombre significa «tienda», fue bombardeado y quemado en 1994, y el 95 por ciento de las tumbas fueron dañadas. Cuando los serbobosnios se retiraron, dejaron tras de sí minas terrestres, que más tarde se eliminaron con fondos del gobierno estadounidense.

En el casco antiguo de Sarajevo, los artesanos venden arte de cobre martilleado a mano con los oscuros símbolos de Sarajevo. En una de las tiendas, eché un vistazo a las estanterías con obras de arte con Dan Bilefsky, un compañero periodista que trabajó conmigo en la historia criminal de guerra.

Miramos las delicadas pinturas de las aldabas anilladas y un portarretrato martilleado de una lápida en forma de casa gravada con una serie de símbolos, caballos y figuras humanas. Dan compró ambas obras al artista, quien explicó que las aldabas eran un símbolo de Sarajevo. Después me entregó la aldaba de la puerta como regalo sorpresa por nuestra aventura compartida en busca de Ratko Mladic.

Solo cuando ya estábamos alejándonos en dirección a Srebrenica, el lugar de entierro de más de 8.000 hombres y niños musulmanes masacrados por las fuerzas serbias en 1995, nos dimos cuenta de que no habíamos preguntado al artistas por el significado de los símbolos que, posteriormente, colgarían en nuestras casas.

No pude descifrarlo, como no pude entender el rompecabezas de las ramas de mi propia familia y las pistas de ADN que llevaban a los Balcanes. Sin embargo, la realidad es que la mayoría de las autoridades e instituciones gobernantes consideraban las pistas de sangre sin sentido. Como me comentó el genetista español, Dr. Calafell, la ascendencia se compone de muchos individuos y los resultados solo daban una única versión.

El rabino Nissan Ben Abraham, a quien me encontré en la judería de Barcelona y asesoraba a los descendientes de conversos, tampoco se impresionó ante las prueba de ADN. «No sé si el ADN prueba mucho», dijo, y señaló que la evidencia genética de la ascendencia era una parte mucho más pequeña del debate políticamente cargado en Israel sobre cómo definir y autorizar las conversiones judías legítimas. «El problema es que el ADN no es suficiente para demostrar la madre de la madre de la madre y así sucesivamente. Me tomo más en serio cuando alguien dice, "quiero saber sobre el judaísmo". Eso no es un problema para mí. Pero cuando miras una evidencia, debe ser muy pesada».

En los último años, el gobierno de España garantizaba el derecho especial de regreso a los judíos sefardíes que probaran que sus antepasados habían sido expulsados de Iberia. Por regla general, en España cuesta unos diez años de residencia para un extranjero conseguir el derecho a la ciudadanía, pero el gobierno había reducido el tiempo a dos años para los descendientes de judío-sefardíes. En Turquía, que fue el refugio de miles de judíos en el siglo XV como parte del Imperio Otomano, los descendientes habían estado usando el nuevo arreglo del Código Civil español para conseguir la ciudadanía en Europa sin moverse de allí. Los abogados turcos ayudaban a las personas a solicitar la ciudadanía a través de la categoría de casos especiales que no requerían dos años de residencia. El recurso consistía en un pasaporte español que servía hábilmente de entrada a la Unión Europea, y permitiría a los residentes turcos moverse libremente por Europa sin los problemas

burocráticos de obtener un visado para viajar con pasaportes turcos.

Para demostrar su ascendencia, los descendientes deben obtener un certificado de origen del gran rabino de Turquía y después enviar su solicitud al ministro de justicia de España. Para el Ministerio, algunas pistas se encuentran en los apellidos, que con frecuencia representan un lugar, una flor, un árbol frutal o algún aspecto de la naturaleza.

Me había centrado tanto en la ciencia y el ADN que había dejado de lado símbolos tan cotidianos como un básico apellido. Cuando extendí nuestro árbol genealógico frente a mí, pude ver los apellidos de mis antepasados que insinuaban historias ya olvidadas. El apellido de mi abuela, Chacón, significaba «salamandra», un símbolo que me desconcertó hasta que leí que el espigado anfibio aparecía descrito en el Talmud como una criatura poderosa que genera fuerza y era capaz de proteger a los otros de las llamas.

Mientras analizaba la lista, los últimos apellidos formaban un animado tapiz de plantas y lugares. El último apellido de mi primo, Valverde, es un pueblo en Portugal que significa «valle verde». En la línea ancestral de mi abuela había Alcázar, «fortaleza», Sarmiento, nombre del vástago de la vid; Policar, «pulgar»; y Umana, «quien es como Dios».

La mayoría de las formas de escribir Carvajal (Carbajal, Carballo, Carabello, Caravallo) significan «roble» o «bosque de robles». Solo una variación, Carajal, describe mi estado de ánimo.

Rechazado. Un lugar que no está en orden.

17

Hora de hablar

Arcos de la Frontera, 2008

Durante semanas, intenté precisar si Mari iba a cantar de nuevo durante la Semana Santa.

Tras volver a Francia, la llamé a su casa y escuché sus ambivalentes respuestas, y detecté un toque de aspereza en su español entrecortado. Aunque estaba decepcionada, entendí sus dudas. Pero aun así preparé los planes para unirme a Mari y su marido, Pedro, durante la Semana Santa en caso de que ellos decidieran repentinamente que era el momento de su regreso a la calle.

Cuando mi familia y yo volvimos a Arcos y a nuestro ex-burdel (con un patio ligeramente verde a causa de los hongos que habían atacado durante las tormentas de invierno), la localicé.

«Llámame en Domingo de Ramos», me dijo, esquivándome una vez más. Y comencé a aceptar que no sería este año el debut como cantante de la voz frágil de Mari.

Durante la mañana de Domingo de Ramos, la llamé otra vez, pero no respondió. Me di por vencida, vagamente arrepentida porque comencé a sentirme como una acosadora. Tal vez mis llamadas la hicieron sentirse incómoda, empujándola a usar una delicada voz que necesitaba recuperación. Le comenté a mi marido que no esperaba escucharla. Salimos por la mañana, por nuestra cuenta, para seguir a la primera de las diez cofradías que desfilaban

durante esta semana.

Mi vecina, María José, y dos de sus hijos, Paco y Juan, eran miembros de la primera cofradía que desfilaba, La Borriquita, la cofradía más joven, que data de 1962. Creo que es el grupo más dinámico y alegre porque desfilaban desde la pequeña iglesia de María Auxiliadora con los rostros descubiertos y el velo echado para atrás. Las mujeres vestían túnicas blancas y palmas tejidas con cintas rojas. Junto a ellas había jóvenes vestidos de soldados romanos con dorados yelmos coronados por plumas rojas. Los costaleros se esforzaban bajo el peso del paso que transportaba la imagen de Cristo sobre un burro de yeso, la borriquita, y sosteniendo una rosa roja.

Llegamos a tiempo para ver a María José, cubierta con un velo, dar órdenes a su legión de soldados jóvenes, que cortaban el aire con sus espadas de plástico y escudos, y se puso a caminar sobre sus propias órdenes. A lo largo de las aceras, había alguna madre acunando a sus bebés en sus carritos, también vestidos con velos rojos y túnica blancas.

El hijo mayor de María José, Sergio, comenzó a desfilar a la edad de cinco años y continuó hasta los doce. Ella se alistó como comandante de los romanitos cuando el líder anterior se retiró y no había sido reemplazado. Se emocionó al ver a los chicos desfilar mientras la imagen de Cristo se sacaba lentamente de la iglesia como cada año.

«Estoy orgullosa de mi trabajo y, lo más importante, estoy orgullosa de los chicos. Hubiera sido realmente triste que se hubiera perdido la tradición», me dijo. Aun así me confesó que no se consideraba una practicante habitual: «Creo que la fe es lo que todo el mundo tiene. Creo en Dios, pero no voy mucho a misa. Creo que la fe es algo interior y no es necesario asistir a misa para tenerla».

Cuando nos mudamos por primera vez a la calle de María José, no sabía qué hacer con ella. Estaba acostumbrada a vivir en un barrio francés donde las paredes de piedra ponían freno a las amistades. Ni siquiera conocía el nombre de la mujer francesa que vivía en la puerta de al lado desde hacía siete años. Como además mi vecina era más fría que el hielo, opté por llamarla Madame Sunshine. Y cuando se mudó, con el camión aparcado frente a nuestra puerta de entrada sin permiso,Madame Sunshine se fue sin

despedirse.

Por el contrario, en el sur de Andalucía, María José se presentó tan pronto como nos mudamos. Muy pronto descubrí a través de la mera fuerza de su personalidad dinámica que estaba luchando contra la crisis económica española. Se encontraba en sus 30, era menuda y obstinada, con un pelo grueso y marrón rojizo, y unos ojos oscuros que brillaban o provocaban, dependiendo de si la hacías enfadar. Cuando en Arcos, otros hablaban de arte y espiritualidad, ella hablaba de realidad. Se había casado demasiado joven y se había mudado a su primera casa cuando todavía no había ni electricidad. De todas las personas con las que me encontré en Arcos, ella era la andaluza más pura. Amigable. Directa. Cariñosa. Profana. Cínica. Necesitada. Generosa. Prácticamente adoptó a mi hija, la invitaba a dormir, a pesar de que el español de mi hija no era perfecto y el inglés de María José inexistente. A sus hijos no parecía importarles que María José tuviera cerca a la niña y mi hija estaba encantada.

«Soy su madre española», solía decirme y le estaba agradecida.

Había un lado práctico de María José, que encontró consuelo en la iglesia. Cuando su marido perdió su trabajo y necesitaron ayuda para mantener unidos a los cinco miembros de la familia, dirigió su atención hacia las iglesias más humildes de Arcos, en las afueras del casco antiguo. A su vez, se ofreció voluntaria para ayudar a limpiar la iglesia y organizar a los Romanitos del Domingo de Palmas.

Para María José, la dureza de la vida se suavizaba con las procesiones en la calle que marcaban el inicio del alba con la promesa de redención. El dolor es purificación. Sufrir en Andalucía es una demostración de valor y resistencia. Y María José necesitaba su consuelo. Como El Crisis se agudizó, me dijo posteriormente, que había tenido una Navidad desoladora con solo dos euros para cinco personas. Quizás, en parte debido a la urgente necesidad, se había producido una notable reactivación de las fiestas de Semana Santa en el sur de España, donde Andalucía es conocida como la tierra de la Semana Santa.

La vida es sombría aquí, por eso la muerte se muestra con toda su cruda realidad. Durante el Viernes Santo, en Arcos, la Hermandad del Santo Entierro lleva un enorme ataúd de cristal dorado con una imagen del cuerpo de Cristo. Una imagen rígida,

con los músculos contraídos y el rostro con colores lívidos. La sangre fluía de sus heridas. La escultura refleja el carácter esencial de España: serio, fuerte y profundamente emocional.

Los penitentes lo seguían de negro, con las túnicas y los capirotes a juego. Era un espectáculo escalofriante: cientos de hombres de negro desfilando colina abajo por la calle Corredera con las luces parpadeantes de las velas. Desfilaban en absoluto silencio, pasaban rozando a la multitud y les daban orden de que se apartaran. Las primeras raíces de estas procesiones se remontan a 1420 en un pueblo de Sierra Morena donde las personas realizaron actos de penitencia en las calles ante el miedo de la llegada del Apocalipsis. La Muerte Negra había provocado una demencia de desesperación que también asoló Arcos.

Los recuerdos aún perduran en la celebración cada año del Día del Voto o día de la súplica. Señala el momento de 1649, después de nueve años, en el que la plaga desapareció del pueblo. La desaparición se atribuye a las monjas de clausura del convento de las Mercedarias Descalzas, quienes rezaron por este milagro hasta que, según la leyenda, una pintura del Cristo comenzó a brillar en su diminuta capilla. En el caos de la plaga, la pobreza y la hambruna, la única esperanza de las personas que sufrían breves vidas miserables era el drama de Jesús. Compartían las mismas injusticias y sufrimientos diarios. Con la hermandad, se enfrentaban al miedo juntos. Y hoy en día, cuando nace un niño en Arcos, la gente dice: «Ahora Cristo tiene un nuevo miembro de la hermandad».

No es de extrañar que algunas cofradías se convirtieran en el refugio de judíos conversos y secretos que intentaban ocultar su religión. Todavía cada Año Nuevo en Arcos, la Hermandad del Dulce Nombre de Jesús tiene la obligación de ofrecer los nombres de los judíos ocultos sospechosos de practicar su religión.

Sin embargo, la historia parece muy alejada de la vida cotidiana de las personas que participan en los rituales modernos. Los símbolos siniestros ya no tienen significado. En una ocasión le pregunté a Cristóbal, el propietario del Hotel Real de Veas, el significado de los capirotes que vestían los nazarenos que desfilaban por su hotel.

—Siempre los han llevado —respondió vagamente.

Mi español era demasiado limitado para debatir este punto de elocuencia.

—¿Está seguro? Debe ser un símbolo de algo.

—No lo sé. Siempre los han llevado.

No me sentí satisfecha con la respuesta. Hay un sinfín de variedades de usos para el capirote, que en Arcos son unos conos picudos y rígidos a diferencia de los rectangulares de Sevilla. Una interpretación es que los conos simbolizan llegar a los cielos, como los cedros de color verde lima que normalmente se plantan en los cementerios españoles. Pero además lo usaron los inquisidores y se obligó a los judíos conversos acusados de practicar su religión en secreto. Hoy en día la humillación perdura en expresiones españolas: «Ser un tonto de capirote».

Cuando el crepúsculo cayó sobre el casco antiguo de Arcos de la Frontera, mi marido y yo nos colamos entre la multitud de personas reunidas alrededor de la iglesia de San Pedro cerca del callejón de las Monjas. Miré el teléfono de nuevo en busca de mensajes de Mari Camarena o su marido, pero solo había silencio. La multitud que nos rodeaba se agolpaba para conseguir las mejores vistas más allá de las enormes puertas de madera de la iglesia. Los espectadores seguían llegando a la colina para ocupar su lugar en la calle. Vimos a María José con su hijo más pequeño, Pablo, y nos guío hasta el lugar con la mejor vista con la determinación inequívoca de un explorador de la frontera. Mientras esperábamos de pie, María José se encontraba en un estado de ánimo sombrío, preocupada por si El Crisis se acabaría nunca.

—No hay futuro aquí para mi niños —dijo, sacudiendo su cabeza—. Tal vez deberíamos mudarnos a otro país.

La desesperanza nos sorprendió. Pero por un momento el futuro se nos olvidó cuando vimos que la multitud se separaba y escuchamos una explosión de cuernos apuntando hacia el cielo. Siempre hay una sensación de peligro y emoción en ese momento. Estuvimos esperando que un paso de unos dos metros que portaba una estatua cruzara las puertas de la iglesia, después vimos cómo era transportado por docenas de pasos estrechos. Treinta y seis costaleros iban agachados bajo el paso, cubierto por un dosel. Se esforzaban bajo el peso del paso con una humilde figura de Cristo con las manos atadas y, tras él, un soldado romano y Judas, con un

pequeña bolsa de plata aferrada a su mano.

Los costaleros contaban con una jerarquía clara para andar con sumo cuidado entre los peligros, casi rozando la pared. El capataz, un miembro de uno de los partidos políticos locales con ambiciones de ser el alcalde del pueblo, mandaba a los hombres con enérgicas órdenes. Iba vestido con un traje, su cara resplandecía por el sudor y la tensión, y supervisaba constantemente los ángulos de la calle. Daba un golpe enérgico contra el paso para un aviso, dos para parar, tres para elevar el paso.

El Prendimiento es el nombre de esta hermandad, relativamente joven que databa de 1946. La procesión se movía tan lentamente que daba tiempo de adelantarla y esperar en uno de los bares de tapas, Mesón El Patio, a que el paso llegara. Mi marido y yo serpenteamos entre la multitud con la misma idea de pedir una bebida.

Allí divisé a Mari Camarena en una mesa, sonriendo de manera serena con su marido, Pedro. Iba vestida con una chaqueta de color crema con unos pendientes de perlas a juego y un bolso de piel repujado. Pedro llevaba un frasco de manera protectora, como si estuviera relleno de agua bendita.

Me dirigí hacia donde se encontraban, abriéndome paso entre la multitud del bar, por debajo de donde colgaban unos jamones. Fue un momento tenso para Mari tras esperar cuatro años para romper su silencio. Podía distinguir la ansiedad en su rostro, Pedro también parecía preocupado.

Para mí, Mari representaba una enorme legado de las voces antiguas y subversivas, aunque estoy segura de que ella difícilmente estaría de acuerdo conmigo. Para Mari, el pasado no tenía ninguna relación. Mi familia mostraba la misma actitud tras huir de España al Nuevo Mundo, en Costa Rica, donde se especializaron en el arte de vivir con identidades dobles.

La música de la saeta fue una forma codificada de cantar con significados dobles, la música de los judíos conversos transmitía sus verdaderas emociones en palabras que demostraban la fe en la cristiandad. Esos códigos se habían olvidado hacía mucho tiempo por los cantaores contemporáneos de saetas que cantan desde el alma sin saber del todo por qué.

Me pregunté si esas voces antiguas podrían alcanzarme a través

de las notas de Mari. Quería que la música me conectara con el pasado, que era tan real como el presente en el empedrado de Arcos de la Frontera. ¿Podía compartir el dolor y la memoria de los desesperados conversos?

La física nos enseña algunas cosas extraordinarias sobre conectar con el pasado. Cada acción en el pasado y en el futuro está implícito en el momento actual. Todos los acontecimientos (pasado, presente y futuro) existen estáticamente en un universo de tiempo de cuatro dimensiones. Por eso, si mis antepasados están muertos, este período de tiempo no es más real que cuando ellos vivieron. Albert Einstein, el físico teórico nacido en Alemania que desarrolló la teoría de la relatividad general, se consoló apoyándose en este concepto del tiempo cuando murió un amigo de toda la vida: «Ahora él ha partido de este extraño mundo un poco antes que yo», comentó Einstein. «Eso no significa nada. La personas como nosotros, que creen en la física, saben que la distinción entre el pasado, el presente y el futuro es solo una ilusión obstinadamente persistente».

¿Podría llegar a través de los vastos espacios de la memoria? Fuera, la luna creaba las sombras de los naranjos a lo largo del estrecho callejón. La noche estaba cargada con la fragancia de la flor de azahar, aderezada con el incienso y la cera quemada.

—¿Estás preparada? —le pregunté a Mari.

—Esto tiene que sentirse bien.

—¿Pero dónde?

—Lo sabré.

Mientras hablábamos, el propietario del Mesón El Patio interrumpió a Mari y Pedro y gritó por encima del estruendo de la multitud del bar: «Ya vienen».

Salí corriendo tras Mari y Pedro. Se abrieron camino por la calle. Mari continuó hacia delante, llevando su bolso remilgadamente enganchado en su brazo, y pudimos escuchar el ritmo lento de los tambores y las trompetas del grupo musical, el Cristo de la Buena Muerte. Mari comprobó el viento, sacudió su cabeza. Se quedó brevemente en el lugar y después paseó a lo largo del estrecho callejón hasta refugiarse en la pared.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Pedro.

—No.

—Tal vez.

—Eres muy valiente — le dijo Pedro para consolarla.

Los tambores se hicieron más fuertes y pudimos ver, en la distancia, la imagen meciéndose del Cristo con las manos atadas, la estatua de nuestro padre, Jesús el del Soberano Poder. El paso rojo era dirigido por hombres enmascarados con capirotes rojos y túnicas blancas de la Hermandad de las Tres Caídas con enormes incensarios llevados en lo alto de los palos. Los penitentes sujetaban enormes cirios blancos en sus manos, cuya cera golpeaba en el empedrado. Había suficiente fuego como para ver el brillo en los ojos de los encapuchados.

—Ahora sí estoy nerviosa.

La estudié, observándola profundamente. Pude ver un parpadeo de memoria en su rostro mientras ella desaparecía en algún lugar del pasado. Pedro le ofreció una botella de agua para humedecer su garganta, pero ella lo rechazó, demasiada distracción.

Me dijo una vez que una cantante envejece y sus habilidades se desvanecían. Pero la experiencia mejoraba la música. «Una cantante debe sufrir», me dijo. «La saeta es una canción de dolor».

Supe instintivamente que estaba pensando en su padre y su tío. «Siempre los escucho cantando saetas y flamenco», me dijo. «Cuando era muy joven, los sentimientos no eran los mismos. Pero a medida que voy envejeciendo, cuando debería cantar me ponía a llorar profundamente. En ocasiones mis lágrimas no paraban. Estaba demasiado atrapada en la pasión de la calle, de las personas, de las imágenes».

El toque del tambor iba haciéndose más fuerte hasta que sentí un escalofrío cuando pude ver a los hombres de los capirotes picudos y las túnicas acercarse. Solamente podía imaginar lo que Mari debía estar pensando. El paso con su imagen de un Jesús atado se balanceaba hacia nosotros.

Mari había elegido un lugar previo para cantar sobre Alcaraván, el lugar favorito de don Manuel, mencionado por el clan de poetas de la ciudad desde 1950. Miré a Mari mientras tomaba unos sorbos de su botella de agua y hacía calentamiento mental. Tras una orden seca del capataz, los costaleros cuidadosamente bajaron el paso justo al pasar frente a ella. Pero antes de que comenzara, otro hombre dio un paso hacia delante. Mari retrocedió de nuevo entre

la multitud, mientras miraba como el hombre cantaba a la imagen, sus manos extendidas y agotadas y su voz elevándose.

—¿Quién es? —preguntó el marido de Mari en general—. No es un saetero.

Uno de sus amigos que se encontraba cerca, susurró la misma crítica: «No es un saetero».

No estaba segura de lo que querían decir, si no era que su voz parecía desviarse en un grito forzoso.

Cuando terminó, Pedro asintió al capataz. Miré a Mari, con los ojos cerrados, casi meditando. Y en ese momento ocurrió: levantó sus manos y su voz atravesó la noche como una aguda flecha de dolor: «Ahí ahii aheeeeeee».

«Mi Cristo, / Mi Cristo, / Escápate de esta captura / Tu valor es tan triste / No tus manos.»

Su voz no era perfecta, hacía un gran esfuerzo en las notas altas. Pero ahora podía percibir la diferencia con respecto a otros cantantes. Sus palabras fueron duramente arrancadas del alma. Pude oír los ecos distantes de las voces de los demás, de dolor, de la nostalgia, fluyendo como si se tratara del Guadalete del pasado al presente. Las lágrimas asomaron en mis ojos, pero las aparté, sorprendida por mi propias emociones.

Cuando las últimas notas de Mari se desvanecieron en la oscuridad, estalló el aplauso en la acera. Algunos gritaron, «¡dale!, ¡dale!», el equivalente de «muy bien».

Un hombre se abalanzó sobre ella, mientras presionaba un papel entre sus manos. Contenía una saeta de cinco líneas titulada: «Nuestra Señora del Dolor».

«Llevas una daga en tu corazón, / Mi Señora del Dolor, / Tus brazos se hicieron, / Para el mejor de los mejores.»

Mari guardó la nota en su bolso. No hubo tiempo para disfrutar de los aplausos a pesar de que la hija y el nieto del último cronista, don Manuel, estaban cerca y la abrazaron y besaron.

—Siempre es mágico para mí — sonrió.

—Vámonos —Pedro la instó a seguir adelante.

Ella apretó el bolso y los seguí a los dos, sin saber a dónde nos dirigíamos. Nos abrimos camino entre la multitud que se había arrimado para tocar el paso. Para mi sorpresa, Pedro se dirigió entre la multitud hacia la capilla de la Misericordia, la antigua sinagoga,

desterrada de la memoria del pueblo.

El alcalde de Arcos de la Frontera y Manuel, el hijo de Zapata el saetero, estaban esperando en la calle. En el interior, la imagen ensangrentada de Cristo en la cruz estaba situada en el centro de una mesa con la imagen de Nuestra Señora de los Siete Dolores frente a la figura. Era de forma cuadriculada con cortes delicados. Algunas veces me preguntaba por qué este pueblo de secretos está tan preocupado con la sangre. La incluyen hasta en su gastronomía, y la comen en la morcilla, esas longanizas finas rellenas de arroz.

Me quedó observando el techo abovedado de la capilla de la Misericordia con estrellas de cinco puntas que se remontaban al Sello de Salomón y la ciudad de Jerusalén. Me fijé en una serpiente tallada en la piedra enroscada hacia un judío (¿o era un esclavo?). Mari me comentó en varias ocasiones que desconocía las raíces judías de la saeta. Su música era pura emoción, instinto básico.

—Yo canto como sé cantar. Repito: una saeta es una saeta, una oración y nada más.

¿Pero por qué estábamos aquí? Miré a Mari al otro lado del crucifijo, que había elevado sus manos para cantar otra vez, con los ojos cerrados en éxtasis. Hombres y mujeres la rodearon, en silencio, como si estuvieran en un estado hipnótico, a excepción de un joven que se escondió tras su padre mientras trataba de manosear las ricas vestimentas en negro y oro de Nuestra Señora de los Siete Dolores.

Una explosión de música de dolor sacudió la habitación y Mari envolvió su voz en torno al dolor, arrastrando las sílabas. Su marido estaba a punto de llorar en medio de unos susurros crecientes que reconfortaban como un fresco arroyo de montaña. Una mujer, que se encontraba a su lado, golpeaba su pecho. Me esforcé por entender las palabras, que se me escapaban a excepción de una línea clara. Me sobresalté al contemplar las estrellas verdes de la vieja sinagoga.

—Toma mi hombro —cantaba, con sus manos en alto—. Toma mi hombro para sobrellevar la carga.

Entonces medité sobre lo que Manuel Zapata me había dicho al comienzo de la noche mientras veíamos el desfile de la cofradía con las imágenes. «Todo tiene un significado, las estrellas de la corona, las lágrimas de sus ojos, las siete dagas clavadas en el corazón de la

Virgen. Todo».

Me gano la vida con hechos, pero solo entonces, en medio de la sinagoga de un pequeño pueblo en el sur de España donde estaba buscando los orígenes de mi familia, me convencí de que estábamos siendo dirigidos por espíritus encadenados a las calles y que solicitaban un poco de alivio de su carga.

18

Descifrar el desafío

Arcos de la Frontera, 2010

Los mensajes crípticos se encontraban esparcidos por Arcos de la Frontera. Símbolo de dignidad y desafío. Aún caminaba por ellos sin verlos, demasiado centrada en hechos e informes tradicionales. Llevaba a cabo entrevistas, leía y analizaba documentos. Y después extraía conclusiones. Mi pequeño periódico privado sobre el pasado enterrado.

Pero anhelaba cavar más profundamente y Manuel Zapata, sin saberlo, me ofreció la pista: todos los símbolos de Arcos de la Frontera estaban hablando. La persecución forzaba la comunicación secreta. Provocaba una forma única de creatividad, de verdad ofrecida entre líneas para los observadores atentos.

Los mensajes aparecían entremezclados en oscuras pinturas de óleo de la Virgen María y extravagantes retablos de madera, tallados con santos y pecadores que dominaban los santuarios religiosos de toda España. Persistían hondamente en los tonos de La Nona, la campana del siglo XV que cada hora doblaba por la libertad.

Eran símbolos que utilizaron los judíos y conversos acosados con el fin de contrarrestar el ataque de la poderosa propaganda que surgió en su contra en el arte europeo y las iglesias católicas. A partir del siglo XI, la representación artística de los judíos se intensificó en las infames imágenes talladas en piedra.

En París, pasaba con frecuencia ante el pórtico de la catedral de Notre Dame, donde aparecían dos figuras clásicas femeninas: Ecclesia y Sinagoga, dos símbolos medievales del triunfo del cristianismo sobre el judaísmo. Por toda Europa, las imágenes también aparecían en las vidrieras, pinturas y misales. Ecclesia, una doncella coronada sosteniendo una cruz, representaba al cristianismo. Sinagoga, que aparece con los ojos vendados y sosteniendo la tabla del Antiguo Testamento rota entre sus manos, era el símbolo del judaísmo.

La imaginería antijudía aparece tallada en la Basílica de San Vicente en Ávila, España. Bajo el arco principal de la iglesia hay unas tallas que ilustran a los mártires del siglo XVI Vicente y sus hermanas, Sabina y Cristeta, que murieron defendiendo su cristianismo. La primera escena muestra a los soldados paganos torturándolos para que renunciaran a su fe, estrujando sus cabezas en una prensa de madera con la ayuda de un judío barbudo. En la segunda escena aparece el mismo personaje judío, enredado por una enorme serpiente, que le impulsa a pedir perdón y convertirse al cristianismo.

Las peores imágenes se propagaron desde Alemania en el siglo XIII a las iglesias de Francia, Suiza y Suecia. Las imágenes de la Judensau, del alemán «cerda judía», representaban escenas de judíos mamando de un cerdo o examinando partes del cuerpo. Las imágenes se tallaron en las paredes exteriores de las iglesias medievales como, por ejemplo, en la catedral de Ratisbona, en Alemania. Estas imágenes muestran a unos judíos con sombreros puntiagudos rodeando a un cerdo. La escultura estaba orientada a la antigua judería de Neupfarrplatz, donde los sótanos estaban equipados con puertas secretas que permitían a los residentes poder huir a otras casas con el fin de escapar de la multitud de pogromos, normalmente provocados durante el Viernes Santo de Pascua.

Hace unos años, la catedral de Ratisbona colocó una placa que ofrecía una explicación críptica: «Esta escultura necesita ser vista en el contexto histórico». Son justificaciones bastante comunes en los lugares históricos sensibles, incluido Arcos.

Después de que el pueblo restaurara la antigua sinagoga, la capilla de la Misericordia, apareció un cartel en el interior. Hacía referencia al uso «inapropiado» de utilizar el edificio del siglo XV

para guardar los pasos religiosos. ¿Por qué era inapropiado? El cartel no daba ninguna explicación. Allí no había ninguna información sobre el pasado del edificio como sinagoga.

¿Cómo contrarrestaban los judíos conversos la propaganda medieval? El poeta español Luis de Góngora escribió que el verdadero significado de los textos y los símbolos solo podían ser leídos por aquellas personas capaces de aislar una concha y descubrir su significado oculto.

Una forma subversiva que floreció en España en el siglo XVI fue la novela picaresca, un género popular que narraba las aventuras de los pícaros de clase baja que se desenvolvían en la sociedad española corrupta. Los escritores conversos usaban la escoria de la vida española —ladrones, prostitutas, mendigos, pequeños delincuentes— para ofrecer mensajes con doble significado. Los personajes carecían de valor en una sociedad honorable, por lo que podían dejar escapar observaciones cínicas sobre sacerdotes lascivos y aristócratas inmorales.

Los libros se podían leer literalmente o interpretar en una segunda lectura a partir de la sátira, las insinuaciones y los rumores internos que se expusieron de manera oculta, un mundo de cultura codificada de marranos. Los cristianos podían leer la novela de una manera, mientras los conversos podían detectar algo más descifrando los mensajes ocultos.

Durante el largo período de la Inquisición, la cultura de los marranos evolucionó en el arte de tergiversar y encubrir los significados, dejando a los lectores la búsqueda de los significados dobles. Además esto tuvo un profundo efecto en los escritores y artistas conversos, que vivían la vida entre dos niveles, moviéndose entre los pensamientos internos y ocultos y las acciones diarias.

La gran literatura, según algunos historiadores, fue el resultado.

El más hábil en este juego de significados dobles fue Miguel de Cervantes, autor del clásico Don Quijote de La Mancha, la novela del siglo XVII que se considera la obra literaria más influyente de la España del Siglo de Oro. Hay numerosos libros publicados en España que han investigado su vida y su novela y han determinado que el autor descendió de una familia de judíos conversos.

Los investigadores rebuscaron las mismas pistas que yo he buscado sobre mis antepasados. Familia. Trabajos. Hábitos

alimenticios. Costumbres funerarias. En este caso, Cervantes fue un recaudador de impuestos y su padre un cirujano, oficios tradicionales de los judíos durante la Edad Media.

Cervantes nunca menciona comer carne de cerdo excepto en una ocasión, cuando se refiere a comer los sábados duelos y quebrantos, o «dolor y pérdida». El doble significado es que está comiendo huevos revueltos y beicon en Sabbat. Algunos estudiosos sospechan que esta es una receta específica de los conversos obligados a demostrar su lealtad a su nueva religión.

Además, la clásica línea de apertura de la novela de Cervantes había sido cuidadosamente diseccionada en busca de significados ocultos: «En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor…». Algunos historiadores consideraban esta vaga referencia a la región y a la mancha como un código por la marca o la marcha de ser un converso.

El mismo desafío codificado aparece tallado en los retablos. Estos intrincados altares con sus imágenes realistas, son un referente en España, y aparecen repartidos en iglesias, claustros, catedrales y mansiones. Tiene un mensaje central en los santuarios religiosos, y reflejan el carácter nacional: rudo, fuerte, extravagante. Las esculturas de madera pintada a mano utilizaban de manera eficaz los sentimientos religiosos tan profundos en España, donde hay una separación entre la vida diaria y la divina.

Los generales cristianos portaban retablos en la guerra contra los moros durante el siglo XIII. Los soldados oraban para conseguir protección antes de entrar en batalla, los sacerdotes les atribuían milagros. Las figuras de madera tallada de santos y pecadores se coloreaban para que tuvieran un aspecto lo más humano posible. Los retablos, como señaló un artista, tenían el poder de «dar alas a las almas de aquellos que llevaban cadenas en sus pies».

Los artistas mejor pagados por los retablos —que podía llevar años terminarlos— fueron los encarnadores, o pintores de las esculturas, y los doradores, quienes aplicaban el pan de oro. Sus contratos financieros detallaban con precisión las cualidades y costes de complexiones de las diferentes imágenes. La piel cubierta de rocío de una joven para la Virgen María. El matiz de color de un

bebé para Cristo. El rostro desgastado de San Juan Evangelista.

Uno de los estofadores más apreciados fue Abraham de Salinas, un artista judío del siglo XIV quien, junto a su hijo, recibió el encargo de cuatro iglesias diferentes para tallar retablos. Dos años después comenzaron los pogromos de 1391 contra los judíos, recibió una constante serie de encargos para crear retablos en Zaragoza, donde los judíos se habían librado de la violencia que devastó Barcelona y Sevilla. Pero además incluyó referencias personales propias: talló a San Juan Evangelista como un sumo sacerdote judío en Yom Kipur, dirigiéndose a un ángel.

Juan de Levu fue otro consumado artista y converso del siglo XIV de Zaragoza, que pintó el retablo de Santa Catalina, San Lorenzo y San Prudencio para la catedral de Tarazona y se hizo famoso por la delicadeza de los rostros que pintaba con ricos colores. En la misma ciudad, Miguel Jiménez y Martín Bernat crearon el Retablo de la Vera Cruz, que muestra a un judío servil, Judas, antes la reina Helena con un doble significado: también se podía leer como un interrogatorio y la tortura de la Inquisición.

Los patronos ricos que encargaron retablos trabajaron de cerca con los artistas, y les explicaban detalladamente su propia visión. En Arcos de la Frontera, muchos retablos fueron financiados por nobles ricos, cuyo deseo era pagar estas piezas de arte con el fin de asegurarse un lugar en el cielo. El retablo más grande se eleva hasta el techo abovedado de la iglesia de Santa María, que cerró sus puertas durante dos años para restaurar este opulento retablo del siglo XVI que aparece encabezado por un Dios paternal con una barba oscura y rizada flotando sobre una ondulación de túnicas.

Hay retablos en muchas iglesias de Arcos, incluso en el hotel del casco antiguo de la localidad que anteriormente había sido la mansión del Marqués de Torresoto y en el convento de las monjas de clausura, cuyo retablo fue creado en agradecimiento por sus plegarias para poner fin a la Peste Negra. Sin embargo, en la actualidad, el pueblo no podía mantenerlos debido a los apuros económicos.

Cuando los partidos políticos de la oposición descubrieron que las ratas habían escarbado detrás del retablo de San Agustín, una iglesia que fue centro para estudiosos de filosofía en el siglo XVI, estalló una disputa. Contenía el símbolo de la cruz de Jerusalén

llevada por los cruzados cristianos hacía miles de años. El periódico local informó con indignación que los roedores habían roído los claveles cerca de una imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, la imagen más venerada de Cristo en el pueblo. Pero el coste de la reparación era alarmante para una ciudad que se tambaleaba con la crisis económica: 400.000 euros, más de medio millón de dólares.

Me costó algún tiempo encontrar los mensajes ocultos en el retablo. Cuando caminaba entre ellos, estaba deslumbrada por las grandes escenas pero no me di cuenta de los detalles concretos, probablemente fue la estrategia de los artistas originales. Pero cuando estudié las fotografías, algunas imágenes aparecían con expresiones sorprendentes que parecían querer hablar.

Dos de los retablos más inquietantes de Arcos fueron financiados, como un regalo a los oficiales de la Inquisición, por un judío converso rico, Diego Núñez de Castilla. Fue acusado por la Inquisición de practicar el judaísmo de manera secreta, lo que podría haber significado castigos tan severos como la muerte o formas elaboradas de humillación de la víctima y de las generaciones de descendientes.

El castigo más bajo de la pena implicaba forzar a los conversos a llevar un gorro en forma de cono y una saco de color naranja y amarillo, el color de los criminales y los indeseables. Eran los llamados sambenitos, que debían desfilar descalzos y con las piernas desnudas por todas las calles. Después las túnicas se colgaban sobre las paredes interiores de la iglesia de Santa María en Arcos. Durante años, se les marcó con los apellidos de los conversos, una sombría advertencia para los descendientes que pudieran haber albergado la idea de continuar practicando sus costumbres religiosas en secreto.

Para reconciliarse con la Inquisición, Diego Núñez de Castilla donó dos retablos de almas desnudas peleando y arañando por su salida del purgatorio de fuego. Se retuercen en las llamas de la purificación para alcanzar a un radiante Jesús y Dios en los cielos. Una pantalla del altar está repleta de primitivas figuras que tratan de alcanzar a San Miguel, el arcángel y santo patrón de Arcos. En lo alto de la cornisa aparece la figura de un hombre arrodillado cerca de San Francisco. Evidentemente es Núñez de Castilla, inclinado ante el entusiasta fundador de la orden franciscana que presidió la

Inquisición en España junto a los dominicos, los frailes vestidos de negro cuyo apodo en América Latina, domini canes, era un juego que resumía su reputación: los perros de Dios.

El segundo retablo es más refinado. Imágenes realistas y rubicundas con los músculos finamente tallados, suplicando a un ángel que desciende para el rescate. Sobre ellos se cierne San Miguel, que sostiene la cruz verde de la Inquisición, el símbolo de su misión para vaciar el purgatorio y formar una armada invencible de almas para la iglesia católica romana.

Las expresiones de pánico de las figuras hicieron que me aproximara más. Una figura excepcional parecía inmune al frenesí. En la parte delantera, en una esquina, aparecía una imagen de un hombre barbudo con una expresión inquisitiva que me hizo que me cuestionara.

Las barbas son, con frecuencia, un código para los judíos, porque a principios del siglo XV se introdujeron una serie de leyes represivas en España en nombre del niño rey Juan II. Se forzó a los judíos a vivir en barrios cerrados y se les prohibió que se cortaran el pelo o la barba para identificarles mejor frente al resto de habitantes. Normalmente las figuras con barba se colocaban en la parte delantera del retablo, cerca del centro, y se usaron con frecuencia como símbolo del diablo. En ambos retablos, la figura barbuda aparecía en el mismo lugar: a la derecha, mirando hacia delante con una expresión similar de separación de las otras almas miserables.

No podía apartar la mirada. Mientras miraba la figura, me sobrecogió una pregunta: ¿Qué estás diciendo, Diego Núñez?

El tono oscuro de la carne de la figura con barba es tenue. Hay toques de carmín, un color rojo hervido de insectos, en los labios, la nariz, las cejas y el pelo. Hay un efecto general de poder y dignidad en medio de la miseria del purgatorio. «Yo sufro esto», parecía decir, «pero no me pertenece».

¿Qué querían decir las pistas? ¿La ubicación de la imagen de la derecha indicaba virtuosismo?

Piensa, me recordé a mí misma. No preguntes.

El retablo está instalado en la iglesia de San Francisco, que desempeñó un papel primordial en la Inquisición. Fue la casa de los hermanos franciscanos. La Hermandad de Dulce Nombre de Jesús,

una de las cofradías más antiguas de Arcos, también estuvo vinculada a la iglesia y trabajó mano a mano con los franciscanos, llevando las imágenes de la iglesia en procesión durante la Semana Santa. Cada año, el 2 de enero, era tarea de la Hermandad de Los Doce denunciar a los vecinos que blasfemaran el nombre de Jesús.

Los franciscanos organizaron los tribunales de la inquisición a pocos pasos de distancia. La mesa para los juicios se estableció en la plaza, presidida por dos comisarios y los agentes judiciales locales de la familia adinerada del Marqués de Torresoto. Los miembros de la Hermandad de Los Doce estuvieron a su lado.

A lo largo de una calle lateral, frente a la plaza, se levanta una casa blanca que todavía lleva el nombre que se le dio entonces: la Casa de las Angustias. En 1692, fue la casa de Pedro Rodríguez de Acosta, un converso fabricante de sombreros y comerciante de lino cuyo padre, Isahak de Acosta, un prominente rabino, había escrito el libro que lleva por título Conjeturas Divinas. Rodríguez, un propietario rico de Arcos, se arruinó por culpa de los inquisidores después de que los testigos lo denunciaran por herejía. Sus amigos le traicionaron y confesaron bajo presión que padre e hijo juntos seguían las Leyes de Moisés. Acosta, de 62 años, había despertado las sospechas al no quitarse el sombrero mientras pasaba la imagen del Santísimo por la capilla de San Juan de Dios, según los documentos de la Inquisición de su juicio en Sevilla. Además un sacerdote confesó que Acosta se santiguó de una manera sospechosa con agua bendita, lanzando de manera despreocupada el agua sobre sus hombros para evitar que le tocara.

¿Por qué Diego Núñez encargó dos retablos dedicados al purgatorio para pagar sus deudas a los inquisidores? Una explicación es que los noches españoles adinerados pagaban indulgencias a la iglesia para escapar del purgatorio, para comprar un acceso directo al cielo. O tal vez se trata de un concepto en el que los judíos creían, según el Antiguo Testamento, que los buenos actos podían rescatar las almas de los difuntos.

Al estudiar las almas desesperadas del retablo de Diego Núñez, me di cuenta de que la mayoría de los habitantes del purgatorio estaban desnudos, con la piel colorada por culpa de las llamas que los rodeaban. Después descubrí algo que me hizo reír en alto en la silenciosa iglesia. Nadie estaba cerca, por eso no era importante. En

la penumbra del santuario y a través de los siglos, Diego Núñez, estaba compartiendo una broma privada que se encontraba a la vista.

Agitando las llamas había un hombre en una mitra de obispo. Después descubrí otra figura con el pelo tonsurado de un monje. Una tercera llevaba el sombrero rígido de un cardenal. La imagen más desesperada era la de un hombre medio desnudo coronado con una tiara papal. La triregnum de tres elementos. A la izquierda de esta muchedumbre que se retorcía, se encontraba una mujer con una corona dorada, ¿tal vez en referencia a la reina Isabel que expulsó a los judíos y los obligó a convertirse?

Diego Núñez, de manera eterna, les decía a estas personalidades religiosas que se fueran al infierno. El historiador de arte Michael Epstein, un profesor de estudios religiosos en Vassar College, cree que los artistas judíos contrarrestaban los retablos sombríos que atacaban a los judíos con símbolos en arte y manuscritos iluminados que tenían diferentes connotaciones para cristianos y judíos.

Los dragones o las grandes serpientes primitivas fueron un símbolo de inteligencia para los artistas judíos, una manera de telegrafiar una imagen de justicia. El conejo, que era una referencia medieval antisemita para los judíos que se «multiplicaban como conejos», se transformó en un símbolo benévolo que resonó con judíos y conversos: un animal rápido y astuto que podía escapar de los cazadores.

En la misma iglesia de San Francisco, al otro lado del retablo de Núñez, hay una obra temperamental que es mi pintura favorita de Arcos. Se llama La Alegoría de la Inquisición, y se desconoce quién fue el autor o autores. A través de los siglos ha tenido su propia vida, siendo retocada para cubrir los símbolos odiosos que cayeron en desgracia.

La Virgen María parece ascender entre varias túnicas a través de nubes doradas rodeada de querubines. A su derecha aparece un rey y una reina, blandiendo espadas y resaltado en dorado con la línea «Nosotros con nuestras armas». A la izquierda de la Virgen están los príncipes de la iglesia con plumas en sus manos y las palabras «Nosotros con nuestras plumas». San Francisco se encuentra de rodillas bajo la Virgen con un regalo que había sido enmascarado por alguien que estaba furioso y resentido. La cruz verde de la

Inquisición que sostenía en sus manos había sido escondida tras un broche de oro. Una serpiente enroscada a los pies de María está a punto de golpear a San Francisco, un mensaje de desprecio. ¿Podía ser el mensaje final de venganza de una víctima de la Inquisición?

No podía entenderlo de otra manera. Además había un segundo mensaje en la obra. Detrás de San Francisco, a la derecha, había otra imagen que había sido añadida a la obra con posterioridad.

Era la figura de Santa Teresa de Ávila, una mística y monja católica descendiente de judíos conversos. Cerca de su boca aparecía una línea dorada y críptica con pequeñas palabras en español. Su significado parecía ser «El que ama a Doña, escucha a su sierva». «Doña» significa Virgen María, y su sierva hacía referencia a Santa Teresa.

La filosofía de Santa Teresa era que la religión verdadera se encontraba en la mente, no en los actos, la opinión de muchos marranos que practicaban una religión y creían en otra. El abuelo paterno de Santa Teresa, Juan Sánchez de Toledo, era un converso recaudador de impuestos y comerciante de seda que había sido juzgado por la Inquisición. Fue acusado de ser un judaizante en 1485 en Toledo. Santa Teresa, que posteriormente se convirtió en la santa patrona de España, fue denunciada a la Inquisición en 1574 por una princesa que envió una copia de la historia de la vida de la monja como prueba de que sus visiones y revelaciones eran doctrinas peligrosas.

Santa Teresa fue finalmente absuelta por los inquisidores, pero mucho antes su abuelo había sufrido un destino humillante, hechos que no aparecieron en las biografías académicas de la santa española hasta la década de los 40. Juan Sánchez de Toledo y su hijo fueron obligados a vestirse con el saco naranja y amarillo y el gorro picudo de los sambenitos. Desfilaron por las calles de Toledo y las iglesias de la ciudad durante siete viernes sucesivos, teniendo que esquivar las piedras que contra ellos lanzaba la multitud.

Hoy en día, existe un expresión en España que ha sobrevivido en el tiempo: «llevar un sambenito». Y significa cargar con una culpa o vergüenza inmerecida. La expresión todavía se usa libremente en la televisión española o en política para acusar a alguien de decir mentiras o calumniar con mentiras a alguien.

19

Bajo las rosas

Bruselas, 2010

Había pensado a menudo que no estaba sola en mi búsqueda quijotesca.

¿Cómo explicar los símbolos medievales que comencé a percibir a simple vista en mi propia casa en Francia? Uno de ellos se encontraba en mi dormitorio y rara vez me percaté, aunque me acostaba debajo cada noche.

Hace varios años, mi cuñado Philippe, un ávido coleccionista de arte aficionado, se presentó con el regalo de una pequeña obra pictórica del siglo XVI de Santa Teresa del artista flamenco Andries Danielsz, de Amberes. La santa aparece vestida con un manto negro y un hábito blanco de monja, coronada por rosas rojas y blancas, tulipanes blancos y lirios. Un periquito blanco sobrevuela una nube cerca de su rostro que mira hacia arriba, radiante con la luz. Era un retrato que, aunque fascinante, carecía de sentido para mí.

Pero cuando me adentré en la historia de la santa española y su familia, comencé a verla con ojos totalmente nuevos. Estaba convencida de que había un mensaje en la mística corona de rosas y en su mano derecha, levantada hacia arriba en señal de peligro.

Descubrí que las rosas eran un antiguo símbolo de silencio. La diosa griega Afrodita ofreció una rosa a su hijo, Eros, quien después la pasó a Harpócrates, el dios del silencio, para evitar las habladurías sobre las indiscreciones sexuales de su madre. De esta

historia, surge la rosa en el arte y la cultura occidental como un símbolo del secreto. Los anfitriones de los banquetes romanos colgaban rosas sobre el techo para advertir a los invitados a la cena de que debían guardar los secretos de todo lo que allí se pronunciara.

Cualquier cosa que se escuchara en la sala debía ser protegido como un secreto, sub rosa (expresión en latín que significaba «bajo la rosa»), y debía permanecer en secreto. ¿Podía ser un mensaje con un doble significado, en referencia al propio pasado marrano de Santa Teresa? Los antiguos símbolos medievales dificultaban la comunicación.

Medité sobre esto cuando me enviaron en 2010 a Bruselas para destapar un secreto siniestro. Estaba trabajando en un reportaje sobre un escándalo de abuso sexual en la poderosa iglesia católica de esta pequeña nación. El foco inicial de los titulares fue Roger Vangheluwe, obispo de Brujas y prelado de mayor antigüedad en Bélgica hasta que se le obligó al cese a la edad de setenta y tres años. No apareció en la conferencia de prensa en abril de 2010 para anunciar su salida del puesto en el que había estado veinticinco años. Así que fue el recién nombrado cabeza de la iglesia de Bélgica, André-Joseph Léonard, el encargado de leer una breve declaración del anterior obispo.

«Cuando no era obispo, y algún tiempo después, abusé de un chico. Esto ha marcado mentalmente a la víctima para siempre. La herida no ha sanado. Ni en mí ni en la víctima».

Fue una confesión algo sorprendente de un obispo que había protegido celosamente su diócesis de Brujas, una ciudad medieval de canales conocida como la «Venecia del norte».

El obispo Vangheluwe gobernó su rebaño como un padre, a veces de mal humor y otras de manera generosa y tolerante. Ningún detalle era demasiado pequeño para su dedicación. Él, en persona, regañaba a las parroquias por los informes de que habían dejado de rezar el Credo de los Apóstoles durante la misa. Para relajarse en su palacio episcopal del siglo XVI, le dijo al entrevistador que le gustaba rezar en su jardín y recoger las malas hierbas. Nunca se había considerado un rebelde, pero él personalmente presionó al Vaticano en 2002 para que permitiera que las mujeres fueran ordenadas diáconos en un continente con una gran escasez de

sacerdotes.

Cuando se le nombró obispo a la edad de cuarenta y ocho años, Roger Vangheluwe era un Clark Kent guapo y carismático, un personaje con una mandíbula cuadrada y con gran energía. Pasó con facilidad de ser un profesor de seminario, cuya especialidad eran las matemáticas, la teología cristiana y las lenguas bíblicas a la administración eclesiástica. Cada año, durante la fiesta anual de la Ascensión, desfilaba en la procesión de la Reliquia de la Santa Sangre, cargando sobre sus hombros los barrotes de la plataforma dorada y vistiendo la mitra de obispo y las túnicas de encaje belga hecho a mano.

La Reliquia de la Santa Sangre del siglo XII se encuentra en un vial de oro sellado con cera roja, nunca se ha abierto. Lo llevaron a Brujas tras la Segunda Cruzada y desde entonces ha sido venerada por contener la sangre de Cristo, que según la leyenda consiguió José de Arimatea después de lavar el cuerpo de Jesús. El día sagrado celebra los cuarenta días tras la Pascua y señala la ascensión del cuerpo y alma de Cristo al cielo. Cada año se celebra en Brujas con una elaborada procesión de hombres vestidos como caballeros medievales y cruzados. Y en ese día, los creyentes esperan un milagro cuando la sangre licúe.

Después de la renuncia del obispo, la mayoría de los clérigos más importantes evitaron acudir a la procesión unas semanas después, por temor a las burlas de los espectadores. Un humilde sacerdote fue el encargado de sostener el valioso vial en lugar del obispo. También disminuyó considerablemente el grupo de monaguillos que desfilaron, en otro esfuerzo por reducir las potenciales hostilidades.

El comunicado del obispo reveló algunos detalles sobre su joven víctima o su edad en el momento del abuso: «Cuando todavía era un simple sacerdote, y por un tiempo cuando comencé como obispo, abusé sexualmente de un joven de mi entorno más cercano».

«En las últimas décadas», añadió en su comunicado, «solicité el perdón del joven y su familia, sin embargo la tormenta de los medios de comunicación de las últimas semanas solo ha reforzado su trauma. Ya no era sostenible. Me arrepiento de lo que hice y ofrezco mis más sinceras disculpas a la víctima, a su familia, a toda la comunidad católica y a la sociedad».

Después de que el obispo en desgracia renunciara, se retiró a un monasterio trapense en Westvleteren, al oeste de Bélgica, seguro del enjuiciamiento penal. Las autoridades de la Iglesia afirmaron que no podía ser procesado porque la víctima y su familia no habían denunciado el abuso dentro del estatuto de limitaciones de la nación, que es de diez años tras cumplir la víctima los dieciocho años de edad.

Tan poco se sabía sobre la víctima que se nos asignó a mi colega en Bruselas, Stephen Castle, y a mí, la tarea de buscarlo para entender el porqué del silencio mantenido durante tantos años. ¿Habían intentado avisar a las autoridades eclesiásticas y fueron ignorados?

Me percaté de que los blogs de religión en Estados Unidos estuvieron debatiendo sobre si el chico era un adolescente mayor, una víctima de lo que se conoce como efebofilia, el abuso sexual de adolescentes. Su argumento era que este abuso era más típico entre los sacerdotes y que, de hecho, la pedofilia era en realidad poco frecuente. Me daba la sensación de que alguien estaba a punto de culpar a la víctima por el abuso; una lógica retorcida que sugería que tanto el obispo como su víctima eran responsables de lo ocurrido.

Para encontrar a la silenciosa víctima, intenté todas las técnicas estándar de investigación. Entrevisté a sacerdotes y terapeutas locales. Me puse en contacto con los abogados y fiscales del caso, junto con los representantes de un nuevo grupo de víctimas que había surgido tras una repentina ráfaga de que se hubieran presentado más de 475 quejas de abusos sexuales contra sacerdotes después de la caída de gran parte del público del obispo. No tenía ningún nombre, solo el intento de hablar sobre él para entender por qué mantuvo su secreto, un patrón que mi familia también siguió por sus propias razones.

Un sacerdote me dijo que se había puesto en contacto con la víctima unos años antes, a través de un intermediario cuyo nombre protegió. Otra persona me dio pistas sobre su apellido y su oficio como propietario de un hotel o artista. Mi colega filtró la montaña de hechos que estaban acumulando, hasta que finalmente investigó el nombre de un hostal. Por eso envié un correo electrónico a esa dirección con una larga carta donde explicaba lo que estábamos

haciendo y solicitándole un encuentro. Seguía guardando silencio.

En una calurosa tarde de verano en julio, Stephen y yo decidimos buscar a la víctima. Alquilamos un coche y nos dirigimos al corazón del oeste de Flandes, retumbando entre las granjas y los pisos, y los paisajes de las zonas bajas de los pólders limitados por bancos o diques. Llamamos a su teléfono muchas veces para avisar, por adelantado, de nuestra llegada, pero nunca respondió nadie.

Al final terminamos en una carretera rural de dos carriles cerca de una casa de ladrillo con pendiente, cerca de donde confluían dos ríos. A través de un pequeño sendero, las cabras pastaban en un prado bajo un sol abrasador, que proyectaba las sombras de una enorme escultura de madera de una primitiva imagen.

Pasamos por delante de un palomar, con las palomas aleteando, y fuimos hasta la puerta principal de la casa de campo. Allí fuimos recibidos por otra talla de madera, a la altura de la cintura y blanqueada por el sol en un color café. Era la imagen de un hombre, con los brazos levantados, inclinado de la rabia. El pecho había sido recortado con una sombreado de cortes profundos, tenía una gran boca y unos dientes afilados formando un gran silencio.

—Parece muy acogedor —dije a Stephen.

—Muy alegre —respondió en su estilo seco muy británico.

Llamé a la puerta, fue una tensa espera. Nos abrió la puerta una mujer que nos saludó cortésmente. Le explicamos quienes éramos y que estábamos intentando encontrar a una persona en particular para nuestro reportaje. Para nuestra sorpresa, nos invitó a pasar a su sala de estar y envió a uno de sus tres hijos para que fuera a buscar a su padre, que estaba nadando en la piscina de la familia.

Cuando Marc Vangheluwe entró en la sala de estar, todavía estaba secándose con la toalla. Era un hombre esbelto, de cuarenta y dos años, curtido a causa de sus últimas vacaciones, tenía el pelo blanqueado por el sol y llevaba gafas doradas. Había algo frágil en su forma de hablar y de evaluar a los dos extranjeros que tenía frente a él. Tenía el aspecto de un hombre que no había vivido la vida tanto como la había tenido que soportar.

De nuevo le explicamos que habíamos tratado de llegar a él sin éxito y le pedimos una entrevista. Su inglés era precario y nuestro flamenco totalmente inexistente.

—¿Es usted el sobrino de Roger Vangheluwe?

—Sí.

—Estamos escribiendo una historia sobre el escándalo de abuso sexual para entender qué ha pasado, para entender el porqué de su silencio durante tanto tiempo.

—No os conozco, y es difícil explicar esto en inglés a un extraño. No es que sea difícil hablar del tema. Solamente tengo miedo de hablar porque la Iglesia tiene poder. Si hace diez años hubiera hablado de esto, la gente me hubiera apartado y me hubiera tildado de loco.

—¿Por qué ahora?

—Fue un proceso.

Ahora estábamos solos haciendo una visita por un estudio desordenado y su casa de campo, llena de pinturas, y los sofás del salón habían sido desocupados por sus hijos que estaban tumbados entre almohadas cuando llegamos. Su esposa también se había trasladado a otra habitación, tal vez incómoda con su historia o con nuestra presencia o con ambas cosas.

Él se mostraba reservado con nosotros, un reflejo de nuestra falta de entendimiento por la falta de fluidez con el idioma y su timidez casi infantil. Sus respuestas fueron dispersas, y me esforcé en pensar la manera de romper el hielo. Casi esperaba que nos condujera hacia la puerta pero era demasiado educado para eso, o quizás necesitaba hablar.

Después me dediqué a una ideal: su arte. Al igual que con las obras medievales sobre la represión de los miserables judíos conversos, impregnada de esculturas y pinturas.

Sobre las paredes de su casa, rápidamente puede ver sus pinturas realistas y sombrías. Una era un marco de platos de porcelana, apilados e inclinado, en compartimentos individuales. Había un colorido paisaje de iglesias inclinadas ordenadas con sus puertas cerradas. Las iglesias con las torres mudas. Cajas apiladas por las iglesias.

—¿Qué significa? —recuerdo que le pregunté señalando las pinturas.

—Las cajas parecen ser un tema recurrente.

—Para mí eso indica prisión, o quizás, también es un regalo. Te doy algo.

—Y ¿qué hay de las esculturas de madera, que parecen estar

llorando? ¿Qué quieren decir?

—Lo hago con los ojos cerrados y ese es el resultado. Es algo dentro de mí lo que lo hace. Sigo mis propios pensamientos.

—Vi un vídeo publicado en internet que mostraba a un niño que estaba siendo presionado en una caja por un colchón. Creo que entiendo tu mensaje

—Sí —Marc finalmente se echó a reír—. Un niño en una caja.

En el momento en el que nos despedimos, supimos que el abuso de Marc había durado cerca de diez años, desde los ocho años de edad, y que su padre se había enfrentado a su hermano, el obispo, cuando el niño cumplió los dieciocho años. Posteriormente, salieron a la luz más detalles sobre otros chicos, sobre una estampa que la iglesia puso en circulación que lo enfureció. Se distribuyó entre los adolescentes que iban a celebrar su confirmación, incluyendo la sobrina del obispo, y contenía una cita del obispo ensalzando las alegrías de la infancia.

Dejamos la casa y nos dirigimos hacia la abadía trapense del siglo XIX de San Sixto de Westvleteren, no muy lejos de la ciudad medieval de Ypres. Stephen ya había estado allí hacía unos años, cuando trabajó para un periódico británico, y había escrito una historia sobre los monjes y su legendaria cerveza, supuestamente era una de los mejores del mundo y se vendía en el monasterio o se podía reservar a través de una línea oficial de «teléfono especial de la cerveza» .

Los monjes desafiaron todos los modelos comerciales estándares, evitando la publicidad de la cerveza y mantenimiento de la filosofía: «Nosotros no somos fabricantes de cerveza. Somos monjes. Elaboramos cerveza para permitirnos ser monjes».

Mantenían un voto de silencio entre ellos y eran extraordinariamente discretos, por eso evitaban la mayoría de entrevistas sobre la producción de sus cervezas:Westvleteren rubia, Westvleteren 8 y Westvleteren 12. Sin embargo, en medio de ello, los hermanos habían hecho frente a una tormenta mediática, al aceptar al deshonrado ex-obispo Roger Vangheluwe en su monasterio. No fue sin debate interno ni desacuerdo que lo aceptaron para unirse a su vida espartana y cuidadosamente proscrita. La oración dominaba su rutina, se reunían siete veces al día, comenzaban con las vigilias de las tres y media, los laudos de

las siete de la mañana, la misa de las ocho y media de la mañana y acababan a las siete y media de la tarde con las completas.

Buscábamos una entrevista con una nota manuscrita para Roger Vangheluwe, se la entregamos a un laico que actuaba como portavoz de los veinticuatro hermanos del monasterio, tres de ellos frailes de mucha edad que asistían a los servicios en sillas de ruedas. Y no me sorprendió cuando nos dijeron que el ex-obispo estaba cumpliendo con un acuerdo con la Conferencia Episcopal de no conceder entrevistas.

Pero me acordé de otra historia que yo había escrito sobre unos monjes en Dakota del Sur que permitían que el público asistiera a las vísperas de las cinco de la tarde, una tradición que muchas órdenes diferentes aún compartían. Así que Stephen y yo tomamos asiento en las bancas duras. Me quedé sin aliento cuando vi al ex-obispo, que se encontraba entre los monjes con sus hábitos blancos y negro y con sandalias. Ya no desprendía energía. Era una persona estropeada, encorvada con pantalones grises, una camisa de manga corta y sandalias. Portaba un libro de oraciones en sus manos, buscó el Salmo 99, y cantó en un susurro desde su fila en la parte de atrás.

Me alejé del anciano. Durante unos segundos, cerré mis ojos y degusté los hipnóticos platos de los monjes que me transportaban al empedrado de Arcos, viendo a una cantaora de saetas balanceándose ante una enjoyada Virgen María.

Entre los hermanos trapenses, existe una tradición de búsqueda del alma conocida como lectio divina, una conversación de corazón a corazón, con Dios. La idea era leer muy despacio, en busca de algo fundamental. Después hay una pausa. Y lees de nuevo lo que has tocado, según los monjes, «tú lo asocias rápidamente, debes considerar lo que han tocado en ti y lo que podría ser tu respuesta. Prueba y digiere el fragmento hasta que sientas que has exprimido los nutrientes».

Lo viejos monjes lo llaman ruminatio, como las vacas que pastan en la hierba. Me preguntaba qué había encontrado el ex-obispo en la ruminatio, en el Salmo 99, que comienza así: «El Señor reina, que las naciones tiemblen», y advierte de que «el rey es poderoso, él ama la justicia».

El sol se derramaba por las ventanas de la capilla, algunas personas comenzaron a salir, en silencio, sabiendo que los últimos

diez minutos se reservaba para la oración silenciosa opcional.

Yo sabía que los hermanos trapenses creen que el silencio es una forma del hombre para poder conocerse a sí mismo y, finalmente, a Dios. Pero me encontré en mi asiento, ansiosa por abandonar el silencio insoportable. El ex-obispo estaba orando en la tranquilidad de la pared del fondo. La tensión que no se habla está en el aire represivo.

Me dolía la cabeza. Mis manos estaban entumecidas y sentía un hormigueo. No podía borrar la imagen de una figura gritando por la casa de campo, tallada por el sobrino del ex-obispo. Y después comencé mi propio ruminatio. Repetí una conversación en mi cabeza con el rabino sobre quiénes eran los descendientes de loschuetas conversos en Mallorca a lo que me contestó: «Poco a poco, la distancia aumenta con el pasado o en un ángulo del pasado. Entonces llega un momento en el que dices: "No tengo nada que ocultar"».

¿Era el momento en que debía romper con la Iglesia que crecí? ¿Es así como se siente uno al cortar los lazos que pensé que durarían toda la vida? Silencio.

Terminó el servicio. El ex-obispo estudió su salmo y después se reunió fuera de la capilla, en línea con los otros monjes con túnicas. El roce de sus sandalias de cuero fue el único sonido del pequeño lugar sagrado.

Después de que él se hubiera marchado, Stephen y yo también no fuimos, atravesamos un frondoso y cuidado jardín y la tienda de regalos del monasterio donde probamos la mejor cerveza del mundo.

—¿Qué piensas? —Le pregunté a Stephen, mientras nos dirigíamos hacia la carretera donde estaba aparcado nuestro coche de alquiler.

—Yo más bien lo disfruté —dijo—. Ha sido muy tranquilo.

—Yo no podía soportarlo.

—¿Por qué?

Hice una pausa, tratando de entenderlo. ¿Por qué me sentía así? Y entonces me di cuenta de la respuesta. Fue esa sensación de pesadez del flujo de silencio a través de los siglos, que atrapó a mis antepasados en una identidad oculta hasta que la única manera de comunicarse fue a través de dobles significados, símbolos y códigos

ocultos.

Pasado y presente, ¿hubieran cambiado tanto? En mi mente, yo seguía viendo la imagen creada por el sobrino del ex-obispo, Marc Vangheluwe, apoyado en posición vertical en su casa de campo.

Su escultura de un hombre gritando, tallada en madera astillada, era la textura de una puerta de una iglesia medieval española.

20

La sinagoga de Notre Dame

París, 2010

En el mismo mes de 1492, cuando todos los judíos fueron expulsados de España, Cristóbal Colón zarpó para las Américas a bordo de la Santa María, la Pinta y laNiña con una tripulación que incluía a cinco judíos, recién bautizados como conversos cristianos. Uno era un traductor del gobierno, Yosef Ben Halevy Halvri, que cambió su nombre por el de Luis de Torres, y que hablaba hebreo, portugués, arameo y árabe. A pesar de sus habilidades lingüísticas acabó comunicándose por señas cuando llegaron a la nueva tierra de Cuba. Algunos dicen que murió en 1493, masacrado por los indios después de que Colón dejara treinta y nueve miembros de la tripulación en la isla, cuando regresó a España. Otros, más optimistas, afirman que prosperó en la isla, asumió el papel de un agente real, y se casó con la hija de un jefe local, escribiendo sobre sus hazañas, como la afirmación de que en ese primer viaje al Nuevo Mundo, los conversos cantaron la oración de Kol Nidrei arameo del Yom Kippur, el Día de la Expiación.

Los expertos en flamenco han teorizado durante mucho tiempo sobre cuál es la raíz de las saetas lastimeras que permanecen en el aire de los pueblos andaluces. El Kol Nidrei data del siglo VI, cuando el rey visigodo de España ordenó que los judíos se convirtieran o enfrentaran a la muerte. Bajo la persecución bizantina durante el siglo IX y durante la Inquisición española, las

reuniones en secreto consolaban a los judíos españoles cuando se reunían en secreto para celebrar el Yom Kipur. Los presos de los campos de la Segunda Guerra Mundial también cantaron música melancólica.

La oración siempre ha sido controvertida, ya que anula los votos religiosos entre el individuo y Dios. Como resultado, algunas autoridades rabínicas del siglo VIII desestimaron el Kol Nidrei como una práctica ridícula, aunque para muchos judíos es la más sagrada oración del año. Se borró de los libros de oración del siglo XIX en muchas comunidades de Europa occidental, y los cristianos descubrieron la oración para demostrar que no se podía confiar en el juramento de un judío.

Las palabras del Kol Nidrei eran más secas y legalistas que la poesía de las saetas. Es la música que lleva a la angustia. «Por la autoridad de la corte celestial, y por la autoridad de este tribunal terrenal, con el consentimiento divino y con el consentimiento de esta congregación, declaramos permitido orar con aquellos que han transgredido».

Las últimas palabras se han interpretado como una referencia a los conversos españoles y portugueses que a partir de 1492 volvieron a orar entre las comunidades judías abiertas de Ámsterdam y Hamburgo, donde fueron vistos con sospecha y resentimiento. Habían vivido como judíos y cristianos, y eran despreciados por ambos grupos.

¿Qué sucedía cuando las personas que llevaban una doble vida se acostumbraban a esconderse? El Kol Nidrei era una segunda oportunidad, que ofrecía a aquellos que guardaban secretos la posibilidad de anular su juramento religioso y volver a casa.

Considero que la saeta es un canto de trazo lineal de un alma en estado de agitación. El siguiente paso del viaje era compartir la oración de Kol Nidrei. ¿Podría tener el poder de transformarme?

Nunca había oído hablar de la oración anterior, nunca había cruzado las puertas de una sinagoga. La mera idea de adentrarme desataba sueños perturbadores. En uno, estaba acorralada en una fiesta al aire libre por un enorme león rojizo como el de las Crónicas de Narnia de C. S. Lewis que simbolizaba al hijo de Dios. La única mujer que estaba a mi lado gritó con el fin de alejarse y evitar sus ojos. Estando los dos en una pila, pude sentir el aliento del león,

cómo se cernía sobre mí, mi olor, y después se daba la vuelta. Otro hombre corrió.

—Usted estaba discutiendo, dijo.

Estudié la lista de sinagogas de París, en busca de una con la historia y la tradición judía sefardí. Al navegar por internet, descubrí el lugar que encajaba perfectamente conmigo: la sinagoga de Notre Dame, a unas pocas manzanas del río Sena. La mayoría de las sinagogas en la ciudad reciben su nombre a partir de las ubicaciones de calles, pero en el caso de la sinagoga más antigua de París, el nombre oficial es Sinagoga de Nazaret. Aunque las personas han respetado los hábitos y se conoce a la sinagoga a menudo de manera informal por el nombre de la tranquila calle del barrio de Marais, rue Notre-Dame-de-Nazareth.

Regresé para que un amigo y colega, Dan, que se había criado en un hogar judío en Montreal me asesorara sobre el protocolo. Era bastante prudente, me instó a llamar a la sinagoga pasado el Yom Kippur con el fin de buscar una reserva o entrada segura para un día santo lleno de gente.

«Recuerda traer tu pasaporte o identificación», dijo Dan. Cuando llamé para preguntar si tenía que traer una identificación para asistir a los servicios de Yom Kipur, la recepcionista parecía sorprendida.

«Bien sûr, el público es bienvenido», dijo.

Sin embargo, cuando llegué allí sola antes del atardecer, las barreras metálicas bloqueaban ambas calles que conducían a la sinagoga, que se abrió por primera vez en 1822 con el permiso del rey Luis XVIII. Los policías franceses vigilaban a ambos extremos del bloque, un legado de la política moderna y el pasado, cuando la sinagoga fue atacada en octubre de 1941 por colaboradores franceses que causaron poco daño. Una placa colgaba en la sinagoga en memoria de un rabino, Joseph Saks, y su esposa, que fueron deportados durante la ocupación alemana, cuando eran vecinos de la sinagoga que fue antaño una oficina de la Gestapo.

En el interior, la sinagoga se abría en un santuario neo-morisco empapado con los colores orientales de turquesa y oro blanco y carmesí. Vidrieras en arco azul brillante identificaban las doce tribus de Israel. Velas blancas parpadeaban en la sala de oración.

No estaba segura de dónde sentarme hasta que me di cuenta de que los asientos del piso principal estaban llenos de hombres con chales de oración y yarmulkes. Entonces me di cuenta de que las mujeres y los niños tronaban por los peldaños de madera estrechos de tres grandes galerías orientados hacia el arca, casi como los asientos del teatro.

Algunas de las familias que habían estado viniendo a estos servicios del Yom Kipur durante cuatro generaciones, tenían sus nombres marcados en los bancos de asientos en la galería de las mujeres. Busqué uno que no lo hubieran reivindicado y después pude ver cómo se desplegó otro ritual francés. Las mujeres con vestidos elegantes se abrieron paso a través de los pasillos, repartiendo besos entre los viejos amigos a su paso.

Los servicios eran tarde, bien pasada la puesta del sol. Me di cuenta de que las personas estudiaban en varias ocasiones un enorme reloj de la sinagoga con el minutero marcando las 20:00. El murmullo de voces se convirtió en ruido, entonces llegó el silencio cuando dos hombres entraron y se llevaron dos rollos de la Torá desde el Arca. Luego ocuparon sus lugares a cada lado de un cantor y los tres hombres (que representan una beth din o tribunal rabínico) comenzaron a orar.

La voz del cantor era un tenor dulce. Mientras cantaba el Kol Nidrei, cerré los ojos para que la melodía me cubriera, y silenciara la parte de mi cerebro que estaba preocupada por el significado. A mi lado tarareaba una mujer, y por eso su bebé lloraba. El cantor comenzó con una nota que caía, persistente durante dos fases suavemente de la misma oración. La apertura tenue es lo que los maestros de canto llano católico llaman pneuma (respiración del alma), un tono de suspiro largo, cayendo a una nota más baja, para aumentarla de nuevo. A continuación, el cantor repitió la oración por tercera vez en un canto de ascensos desafiantes.

Era la voz poderosa de la historia judía, trazando un arco de desesperación y esperanza. Conozco su eco en una calle de adoquines de color gris plateado en Arcos de la Frontera, un saetero desgarrador de la noche con una oración angustiada.

Cuando estuve en Barcelona, en el Call, el rabino Ben Abraham, el alumno católico converso que volvió como emisario, me contaba como supo casi místicamente cuando estuvo preparado para romper

con la religión y la identidad prestada de su familia. Describió el momento en el que el alma solamente había escuchado la llamada. Escuché el Kol Nidrei que agitó algo en mi interior, esencial y ancestral. Pero había demasiado obstáculo en el camino.

Después de que el Kol Nidrei terminara, el rabino se puso de pie en el santuario para ofrecer un discurso. Habló en francés con acento, no había ruido a mi alrededor. Me pareció difícil de entender, hasta que escuché la palabra «Inquisición» y sentí la corriente eléctrica que me había golpeado tantas veces en Arcos de la Frontera.

Qué extraño que su mensaje me golpeara como una nota aguda. Me levanté, me acerqué a la barandilla, y resistí el impulso de golpear mi corazón. Eso era demasiado católico. La historia que contó era una parábola perfecta, la historia de un encuentro histórico en 2004, cuando el rabino jefe de Israel, Yona Metzger, se unió el rey de España Juan Carlos. Estaban celebrando el octavo centenario de la muerte del filósofo y médico judío Maimónides, originario de Córdoba.

El rabino contó como le entregó al rey un shofar elegantemente pulido, montado en plata y grabado con una corona real.

«¿Cuál es el significado de esto?», preguntó el rey, estudiando el cuerno, hecho a partir de un carnero y que se sopla en los días santos de Rosh Hashaná y Yom Kipur.

«Hace quinientos años, cuando su tatarata tatarabuelo, el rey Fernando y la reina Isabel expulsaron a mis antepasados», dijo el rabino, «muchos judíos permanecieron en España como marranos, comportándose como cristianos, pero manteniendo se religión judía en privado».

«En 1492, dijo, Ferdinand de Aguilar, un marrano y director de la Orquesta Real de Barcelona, se acercó al rey Fernando para organizar un concierto público sin instrumentos de viento. El director eligió el día que cayó en la festividad judía de Rosh Hashaná. Ese día, el compositor mostró el shofar a los aristócratas y ministros situados en las primeras filas, por delante de los marranos que se sentaron detrás de ellos. El rey y la reina se entretuvieron con un instrumento pintoresco, pero los conversos fueron tocados, susurrando las bendiciones del shofar.»

Mientras estaba de pie ante el rey Juan Carlos en 2004, el gran

rabino le dijo: «Ahora le puedo presentar este shofar porque usted está bendecido con la democracia. Ahora en España todos pueden rezar sin miedo».

Cuando el rabino en la sinagoga de París terminó su historia, miré a mi alrededor. No estoy segura de cuántas personas fueron tocadas por su mensaje. Pero me hizo pensar en otra historia que había oído, en la de un rabino de la década de 1940 que aconsejó a un estudiante alemán que estaba considerando la posibilidad de convertirse al cristianismo para asegurarse un lugar en la universidad. Entonces oyó las notas de una oración de Kol Nidrei y lo reconsideró.

«¿Dios te dio una respuesta?», preguntó el rabino al estudiante, que comenzó a llorar.

«Olvidé la pregunta. Puse toda mi atención en el camino y después de un tiempo disfruté tanto del viaje que me olvidé de la pregunta.»

«En ese caso», le dijo el rabino, «yo diría que Dios te ha dado la respuesta».

21

Entre voces

París, 2010

Si Dios no es real, entonces todo lo demás, las tradiciones, los rituales, el culto, están vacíos. En el canto encuentro una religión que ofrece consuelo.

Sin embargo, ¿qué debería pasarle a la siguiente generación, a mi hija, Claire, ahora de catorce años? Fue bautizada, por supuesto, con una semana de edad, con un vestido de bautizo de gasa hecho por mi tía Marion, yo no quería entregarla al limbo. Acudía a la Escuela Católica de Notre Dame, a las afueras de París, junto al río Oise. Las hermanas de Notre Dame habían desaparecido. La escuela era tan secular que cuando mi hija le preguntó a un administrador de la escuela si tenía que llevar un velo para la Primera Ceremonia de la comunión, el administrador la miró con terror francés.

—Aquí no hacemos eso.

Mi madre, Carol, me hizo un velo de gasa para la comunión con una corona de encaje tan alto que tapaba a la chica que se sentó detrás de mí en nuestra fotografía de la Primera Comunión. Nos refugiamos en los rituales de entonces, pero ya no estaban hechos para mí.

Mi hija me preguntó por qué no tomábamos la Comunión en las raras ocasiones en que asistíamos a misa. Le dije que no me sentía cómoda haciéndolo, y ella aceptó no presionarme para obtener una explicación. Cuando ella y sus compañeros hicieron su confirmación

con las ropas blancas de acólitos en una iglesia de piedra imponente pintada por Matisse, se les pidió a los padres que estuviesen de pie junto a ellos cerca del altar. Claire alzó la vela apagada hacia mi vela y encendió la llama de color naranja, lo que marca un rito de paso a la edad adulta en la Iglesia.

Tengo sentimientos encontrados. Puedo vivir con mi propia ambivalencia acerca de la Iglesia, pero ¿qué puedo transmitir como legado más allá de mis propias dudas? He intentado tejer nuestro pasado en conversaciones informales, mientras vivíamos en Andalucía y tras volver cada verano. En 2008, le ofrecí una novela titulada Secreto de Sangre, sobre una chica en primer año de secundaria que era abandonada por su madre y se trasladaba a vivir con su abuela de noventa y cuatro años a Albuquerque, Nuevo México. Allí tras pasear por una escalera chirriante, descubre un tronco proverbial que contiene la herencia familiar en el sótano de su abuela. Por arte de magia la protagonista descubre la vida de sus antepasados, judíos perseguidos por la Inquisición española, y que revelan la vida en primera persona a través de los cuentos.

Qué fácil tener todas las respuestas en una sola caja. Pero la historia planteó preguntas contra las que estoy luchando: el poder del silencio, el legado de la persecución y los secretos pasados de generación en generación.

«Sabes, tenemos antepasados judíos», le comenté a mi hija cuando le regalé el libro de bolsillo. Ella comenzó a leerlo, pero lo dejó de lado ese mismo verano porLa Isla del Tesoro.

Su propia escuela católica la ha educado mejor que yo sobre la fe judía. Ella viene a casa con documentos de su clase de historia de las religiones con lecturas sobre Abraham y Moisés, las tablas de los mandamientos y las doce tribus de Israel. También está estudiando español en la escuela, asistiendo a los campamentos de inmersión de idiomas en España preparados para que los estudiantes extranjeros se mezclen con estudiantes españoles que estudian inglés. Un verano, unos gemelos de Nueva Jersey, cuyo padre era un judío brasileño se hicieron amigos de mi hija en el campamento.

Cuando la fuimos a buscar para volver a Arcos de la Frontera, me contó historias de la vida en el campo. Después me habló de su nuevo amigo de Nueva Jersey que había celebrado recientemente una fiesta bat mitzvah.

—Me gustaría que fuéramos judíos —dijo casi con nostalgia.

—Ya sabes que tienes ascendencia judía —le dije.

—No —dijo ella—. Me refiero a ser judía de verdad.

Algunos rabinos que trabajan con los conversos hablan de una sensación de añoranza, de anhelo o de deseo de ser todo, una misión universal. Para Claire, era algo natural. Tenemos tres países: Estados Unidos, Francia y España. Su madre española es María José, nuestra vecina en Arcos de la Frontera, quien tiene tres hijos. El más joven es Pablo. Cuando nos fuimos de España en verano para volver a Francia, María José sostenía a Pablo en sus brazos, para decir adiós a Claire. Pude ver cómo Pablo susurraba en el oído de su madre y le escuché decir, «siempre». Siempre. Sabía que él estaba preguntando si nos gustaría volver. Si me lo hubiera preguntado a mí, le hubiera dado la misma respuesta que su madre le dio.

Por un momento, pensé que la ciencia me daría respuestas concretas acerca de mis antepasados, como el seguimiento a través de las pistas genéticas. En Costa Rica, mi abogado paparazzi había revuelto los registros de diferentes Carvajal, pero nunca pudo seguir el rastro de los documentos necesarios para determinar si nuestra línea familiar estaba emparentada con el colono original de Costa Rica, Antonio Carvajal, quien llegó en uno de los barcos del cuarto viaje de Colón.

Un día, mientras investigaba en los archivos de los registros del bautismo mormón de Costa Rica, me encontré con los certificados de matrimonio del año 1880 de mi tataratatarabuelo José Carvajal. Investigué la escritura apretada del notario que declaró el matrimonio de José Carvajal y Petronila Alvarado, quien más tarde tendría once hijos, diecinueve nietos y veinte y seis bisnietos.

La escritura cursiva era tan pequeña que el texto era difícil de descifrar. Los nombres de los padres de Petronilla aparecían en el formulario, señalándola como hija legítima. Entonces me di cuenta del nombre de María Carvajal, la madre de mi tataratatarabuelo. Pero ella era la única que aparecía en el costado, y no se hacía referencia a un padre.

Estudié la referencia una vez más, amplié el texto. Entonces me di cuenta de dos palabras entre líneas que me sorprendieron. Agarré mi frente con incredulidad. Este fue el momento en la investigación de la genealogía que algunos cortésmente llaman una «sorpresa

negativa» o un «evento nonpaternal». Quiere decir una ruptura en la ascendencia en algún lugar del árbol genealógico, un apellido no coincide, o una muestra genética o perfil difiere del resto del grupo.

En este caso, dos palabras lo explicaron: hijo natural o hijo ilegítimo. Mi tataratatarabuelo, obviamente, había tomado el apellido de su madre, Carvajal. Después de buscar interminablemente su certificado de nacimiento o bautismo, volví a la nada, incluyendo los registros de adopción. La línea masculina de mi padre se extendía ante mí como un interminable misterio abierto. No pude encontrar un registro de matrimonio de su madre.

No había ningún oráculo al que poder consultar. Cecilia, mi buena prima que era la guardiana del almacén de la tradición familiar, llevaba mucho tiempo muerta. Mi padre recordaba haber oído rumores, pero desconocía los detalles. Siempre lamenté no haber podido disponer de un baúl de cartas con polvo por el que navegar a través de pistas. Pero yo había guardado decenas de cartas que Cecilia me había enviado en los últimos años. Todas con matasellos de Costa Rica, un montón de pequeños sobres endebles, siempre con un borde de color rojo, blanco y azul.

Leí cada una de ellas cuidadosamente. Ofrecían una gran cantidad de información rutinaria sobre su salud, sus vacaciones mexicanas, las cirugías oculares, las tormentas, la diabetes, la muerte de su pequeña perrita, Cassiopeia, o los problemas de corazón de su hijo. Pero luego también tropecé con una carta de mayo de 2003. Fue escrita en tinta azul con letra de niña. Atascada con las noticias sobre la familia fue un comentario casual sobre una pepita de la historia familiar. Yo, obviamente, no me había molestado en leer entre líneas cuando recibí la carta.

«Bueno, escucha esta intriga», escribió. «Tu tataratatarabuelo, José Carvajal, era Carvajal y Rodríguez. El apellido Carvajal fue el de su madre. José Carvajal se había peleado con su padre y no quiso volver a usar su apellido. Por eso todos somos Carvajal».

Pero, ¿quién era su padre y cuál era esta nueva línea de familiares a través de los siglos de los que no sabíamos absolutamente nada? Cuando me acerqué a mi tío en Costa Rica, Roy Carvajal, pude profundizar en el misterio. Estaba en su apellido y la forma de deletrearlo “Rodrigues.” Una historia diferente, otro desvío. Esto podría ser cierto o no en una tradición oral local,

inclinada a cierto bordado.

«La historia que buscas es la que contó la tía Luz y es la verdad», me escribió. «Parece que él era el hijo de un granjero y su madre se casó con un Carvajal quien lo reconoció como su hijo. Esa es la historia que me dijeron y una señora que también lo sabía me confirmó la misma historia y creo que es cierta porque no tenía nada que ver con la familia Carvajal».

Mi primo Javier añadió otra capa a la versión cuando me dijo que su abuela, mi tía abuela Luz, le había contado que «tenemos antepasados judíos por ambos lados de la familia, en el lado Carvajal de nuestro bisabuelo y por el lado materno de su esposa, Pérez. Nuestro bisabuelo solía visitar la casa de un rabino. Eso es todo lo que sé sobre nuestras raíces judías».

22

Fin del río

Bahía de Cádiz, 2008

Apenas podía oír a mi tía Ligia Carvajal en la línea telefónica cuando me llamó para que nos encontráramos en Cádiz, la ciudad portuaria donde el río Guadalete fluye desde Arcos de la Frontera hacia las inmensas aguas azules de la Bahía de Cádiz.

—¿Dónde estás exactamente?

—Me voy de viaje en un barco de la armada española.

—¿Qué? ¿Es una broma?

Su voz se desvaneció de manera ininteligible y tuvo que esforzarse para poder escuchar la mía. Ligia es la hija del tercer matrimonio de mi bisabuelo, su última hija, unos diez años mayor que yo y a quien en mucha ocasiones he presionado en busca de información sobre nuestro pasado familiar, aunque su información normalmente era dudosa. También le había preguntado sobre la línea de los Rodríguez, pero ella me había redirigido a otro pariente.

Y ahora, me estaba llamando desde España, se había instalado recientemente en Madrid. Su aparición en el puerto de Cádiz en un buque de la armada española no era exactamente lo que esperaba.

Formulé a gritos algunas preguntas por el teléfono móvil, agitándolo en círculos para obtener una mejor recepción desde la antigua peña de Arcos. Pero no podía oír su explicación sobre lo que estaba haciendo a bordo de un buque naval español de

formación.

«Nos vemos a las tres el sábado. El nombre del buque, Juan Sebastián Elcano, es igual que el del explorador. Te llamaré más tarde». Cuando mi marido y yo fuimos a Cádiz dos días después, no estaba muy segura de lo que encontraríamos en la histórica ciudad donde los aventureros, exiliados, y algunos de mis ancestros se dieron a la fuga y se dispersaron por todo el mundo. Nunca había oído hablar de la nave. Así que me sorprendí ante mi primera visión del Elcano.

Era una goleta de acero de color blanco puro con cuatro enormes mástiles, se movía rápidamente por la potencia del motor a través de la bahía dolorosamente azul en una calurosa, y sin viento, tarde de julio. Una bandera amarilla y roja española ondeaba a la deriva en el cielo. En la distancia pude ver una pequeña estatua de oro de una mujer presionando hacia adelante desde la proa y el escudo de armas del explorador español Juan Sebastián Elcano, capitán del último viaje de exploración de Fernando de Magallanes. También llevaba su lema, otorgado por el rey Carlos I de España: «Primus Circumdedisti Me», o «Fuiste el primero en circunnavegarme»

Con 370 metros de eslora, el Elcano es el tercer mayor velero en activo del mundo, construido hace más de ochenta años, en 1927, en Cádiz. Cuando se acercaron al puerto, pude ver a la tía Ligia con gafas de sol oscuras, rodeada de hombres en su mayoría con blancos y crujientes uniformes de la marina, y un oficial mayor con una gorra de ala rígida y una cámara de vídeo.

El barco es una academia flotante para travesías de seis meses con el fin de entrenar a cadetes de la armada española. También funciona como una embajada marinera, cuando entra en un puerto extranjero y no solo de muchas de las antiguas colonias, como Costa Rica o Panamá, sino también atracando en Estambul, Venecia, Londres, Hamburgo, Lisboa y San Petersburgo. Después de cada travesía, el Elcano regresa a Cádiz en julio, a tiempo para la fiesta de la Virgen del Carmen.

En este caso en particular, el comandante era Javier Romero Caramelo, quien actuaba como capitán y hombre de estado, organizando fiestas diplomáticas elegantes a bordo del buque en todo el mundo y difundiendo la buena voluntad del gobierno

español.

El Elcano también desempeña un papel informal como una especie de barco del amor internacional. «Hay personas que han venido aquí para ver a los marineros jóvenes con intenciones de hacer contactos», dijo el Comandante Caramelo en una entrevista un tanto caprichosa con un periodista del diario El País, que también estaba a bordo con mi tía. «Y tengo amigos que se casaron con mujeres de otros países y que se reunieron en los viajes con el Elcano».

Ese hubiera sido el momento del comandante Caramelo, que anhelaba la vida y la navegación del siglo XVI, para mencionar a mi tía Ligia. Pero era demasiado discreto. O tal vez fuera porque, como él mismo dijo en su entrevista: «Todos los marineros son un poco románticos».

El comandante había invitado a tía Ligia a bordo del Elcano durante una parte del viaje a causa de su propio viaje incesante que se había iniciado en la nave blanca y abarcó cuarenta años en una docena de países, y dos matrimonios rotos.

Hacía mucho tiempo, cuando tía Ligia tenía catorce años, y era alta y esbelta, asistió a una brillante fiesta a bordo del Elcano, que estaba atracado en Costa Rica. Fue escoltada por su madre, entre todos los guardiamarinas españoles y costarricenses y diplomáticos españoles. Las mesas dispuestas con candelabros de plata blanca de lino. Los hombres en uniformes de gala y con guantes para servir los platos de marisco y vino español. Fue entonces cuando vio a José Luis entre los hombres de blanco, una torre, un guapo guardiamarina con los ojos de color gris azulado.

No recordaba esta historia cuando examiné el barco buscando a tía Ligia, esperando a que ella atracase en el muelle, lleno de familias de los marineros que regresaban. Ella insistió en que me había contado la historia cuando me mudé a Costa Rica en la década de 1980 para un programa de inmersión en español, en verano en la ciudad capital de San José. Desde entonces habían pasado muchas cosas y es posible que me olvidara de la historia, era la clase de cosas que se cuentan durante los días de descanso, en la playa al atardecer en el Pacífico o al quedarnos hasta tarde hablando entre vasos de ron con Coca-Cola, nuestra bebida de aquellos días. Tía Ligia es otra trotamundos familiar que consume la

vida a grandes tragos. En el curso de su vida pasó de ser odontóloga a asesora de ayuda en el Tercer Mundo, y en ciertos momentos residía en Costa Rica o enviaba correos electrónicos desde Guinea Ecuatorial, Indonesia o Afganistán. También llamaba su casa a Madrid.

Mi tía es una mujer de belleza serena, por dentro y por fuera, con enormes ojos marrones-ámbar, cabello rubio miel y una risa musical que atrae a la gente de alrededor. Le gusta pensar en sí misma como en una gitana, un poco salvaje e indómita, aunque los años habían encontrado la forma de modificar eso.

Ella es una creyente en la teoría de las ondas, aquella que afirma que las civilizaciones suben y bajan y fluctúan, como lo hacen las relaciones. La primera vez que la ola me arrastró hacia ella, se había divorciado de un dentista panameño y se había casado con un asesor militar estadounidense mayor que se había retirado a Costa Rica. Luego, a lo largo de los años él se alejó, coincidiendo con una antigua escuela secundaria femenina en Kentucky a donde mi tía lo envió, de vuelta a su pasado.

Cuando se desvaneció su matrimonio, la tía Ligia comenzó a mirar hacia atrás en dirección a España y al guardiamarina llamado José Luis. Sus vidas se habían ido juntado y separando desde hacía más de cuarenta años, cada uno casado con otra persona, cada uno con sus propios hijos.

Cuando eran jóvenes, tía Ligia y José Luis trataron de forjar una relación, después de reunirse en el Elcano. A la edad adolescente de quince años, tía Ligia y su madre viajaron a España para conocer a los padres de José Luis. Pero su madre no estaba de acuerdo, profundamente impresionada con la falta de conocimiento de tía Ligia sobre cocina y costura.

—Me criaron para estudiar —recordó la tía Ligia—. No podía aceptarlo.

Se volvieron a ver a bordo del Elcano, cuando tía Ligia vendió sus dulces dieciséis perlas para volar a Panamá y encontrarse con José Luis en el puerto, siempre con su madre a remolque. Entonces la relación se hundió, incapaz de sobrevivir a la barrera de la desaprobación de los padres, el empleo y la geografía.

Cuatro décadas después, con el desmoronamiento de su segundo matrimonio, tía Ligia hizo un viaje a Madrid para visitar a un

amigo. Mientras caminaban por las instituciones militares de la Armada española, repentinamente decidió buscar ayuda para localizar a José Luis. No le dieron su información privada, pero aceptaron su tarjeta de visita y se comprometieron a enviarla.

Así es como la ola barrió de nuevo de vuelta a España. Meses más tarde, él se puso en contacto con ella en Costa Rica. Ella voló a Madrid y se quedó, aunque no tenían ni idea de si esta vez su relación duraría.

La historia de su romance no correspondido de cuarenta años se extendió entre la elite de la marina de guerra española, que jugaban juntos al golf y compartían cenas y cartas. El comandante llamó con el fin de extender una invitación a José Luis y a la tía Ligia para un viaje en el Elcano para saborear el final, o más bien el principio de un romance de cuatro décadas de antigüedad.

Cuando vi a José Luis por primera vez a bordo de la nave, ya no era un joven guardiamarina, vestía un uniforme blanco y estaba tomando una panorámica con una cámara de vídeo a través de los mástiles del Elcano. Luego saludó al Comandante Caramelo y comenzó a desfilar por la pasarela.

Más tarde José Luis me dijo que no se lo podía creer cuando recibió la tarjeta de tía Ligia. De inmediato, le respondió con un mensaje de correo electrónico. Pasaron los días sin respuesta, pero el tiempo no significaba nada. Había estado esperando cuarenta años. Después llegó otra nota y, a continuación, más correspondencia.

«Nunca me di por vencido», dijo José Luis, contando una historia que ya había contado a otros tantos en la Armada Española que además estaban encantados con un romance duradero relacionado con el barco y el mar.

Pero ellos no sabían nada de la otra historia de nuestra familia, la que había durado mucho más tiempo. Pensé en nuestro pasado mientras estábamos juntas, tía Ligia y yo, al lado del impresionante blanco impoluto del Elcano. No había ni una pizca de brisa que aliviara el calor de un sol ardiente. Observé los altísimos mástiles de la nave, maravillándome de que los Carvajal hubieran llegado de nuevo al principio, por invitación de la Real Armada Española.

Miré a la inmensa bahía azul de Cádiz, donde el río el Guadalete llega a su fin, desde donde Colón zarpó en su cuarto y último viaje

que lo llevaría a Costa Rica.

Durante unos momentos, en tierra firme, saboreé la ola que me invadía.

23

El llanto de las piedras

Palma, Mallorca, España, mayo 2011

«¡Shalom!» Así comenzó el breve mensaje desde Israel, una nota de Michael Freund, a los descendientes neoyorquinos de judíos conversos a través de su organización educativa, Shavei Israel. «Solo quiero informarles sobre un acontecimiento especial que se desarrollará en la isla de Mallorca. Será algo histórico».

Cada vez que alguien me hace esta promesa, mi reacción natural es la de armarme y dudar siempre. Aun así, estaba intrigada cuando me enteré de la descripción que ofreció Michael sobre un pequeño grupo de rabinos ortodoxos de Israel que llegarían a la ciudad portuaria de Mallorca, Palma, en la primavera de 2011 para orar por los muertos durante una conmemoración especial, con siglos de retraso.

Se acercaba el aniversario en mayo de un auto de fe celebrado en una colina con vistas a Palma en 1691. Fue un elaborado ritual público eclesiástico que comenzó con una misa, una procesión pública con los acusados de herejía, y la ejecución en última instancia con la quema en la hoguera. Este oscuro legado de lacremadissa (quema masiva) es una vergonzosa historia al que el gobierno regional balear había acordado sorprendentemente hacer frente. Los conversos al catolicismo, que en secreto practicaban su religión prohibida durante la Inquisición, fueron quemados en la plaza Gomila en una «hoguera de los judíos», y sus descendientes,

etiquetados como chuetas, fueron despreciados durante generaciones, a lo largo del siglo XX.

Mallorca, aislada en gran parte hasta que el boom turístico llegó aquí y a las demás Islas Baleares a finales de los años 60, se convirtió en una reserva precavida para los descendientes de conversos que se protegieron a sí mismos al hacer profesión pública de la fe católica, desfilar en cofradías durante las procesiones de Semana Santa y tallar en piedra crucifijos fuera de sus hogares en el laberinto del antiguo barrio judío de la isla. Los amplios árboles genealógicos muestran que los descendientes están entrelazados porque se casaron entre sí, rechazados como material de unión por antiguas familias cristianas que preferían la pureza de sangre, la sangre limpia.

Con la llegada de turistas en masa desde diferentes países, la cultura de la isla empezó a cambiar, pero no se abrió una modesta sinagoga en el centro de Mallorca hasta la década de 1970. Sigue siendo algo tan discreto que algunos taxistas locales dicen que nunca han oído hablar de la Comunitat Israelita de Mallorca, que se encuentra en una calle lateral y protegida por una barrera de estacionamiento especial.

Llamé a los políticos locales españoles y pregunté si algo verdaderamente histórico iba a suceder.

«Creemos que somos los primeros en España», me dijo un asesor del presidente regional de las Islas Baleares. «Pero es mejor verlo».

Me comentó que no estaban preparados para hacer una disculpa precisamente, pero sí para expresar su pesar por la brutal historia de la isla, donde se organizaron cuatro autos de fe a las afueras de la ciudad y un total de ochenta y dos personas fueron ejecutadas en última instancia por observar el judaísmo de manera secreta. «No estábamos allí, por lo que no puedo pedir disculpas por lo que hicieron otros», explicó.

La mayoría de los judíos conversos escaparon del peor castigo al arrepentirse y aceptar el cristianismo. Por su contrición, fueron ahorcados y sus cuerpos arrojados a una hoguera. Sin embargo, tres personas se negaron a convertirse y fueron quemadas vivas en la hoguera: un hermano y una hermana, Rafael Benito Terongi y Catalina Terongi, así como un rabino secreto, Rafael Valls, comerciante de jabón y aceite que había dirigido las actividades

religiosas clandestinas. Fue el rabino Valls quien organizó un intento de escapar de la «Isla de Oro» en 1688 con docenas de otros conversos ricos en un barco inglés contratado con destino a Ámsterdam, pero una feroz tormenta los obligó a regresar.

A su regreso, la noticia de su viaje y de las secretas actividades religiosas se extendió rápidamente. El cuñado de Rafael Valls, que también había tratado de huir, confesó los nombres de todas las familias, y explicó que trató de escapar porque temían que se presentaran falsas acusaciones contra ellos ante la Inquisición. Niños de tan solo once años fueron arrestados y los adultos encarcelados durante casi cinco años en el castillo de Bellver, que se cernió sobre el puerto de la ciudad en el Mediterráneo durante setecientos años. Allí, en una colina fuera de su prisión, fueron ejecutados con un testigo jesuita, Francisco Garau, proclamando: «Ellos se han salvado de los peligros del mar para perecer en el fuego».

Lo que me intriga de los chuetas era que las ejecuciones se convirtieron en parte de la historia viva de Palma, y marcaron las vidas de los descendientes hasta bien entrado el siglo XX. La Inquisición imponía sanciones destinadas a durar dos generaciones, se aplicaba a los hijos y nietos de los condenados. No podían ocupar cargos públicos, servir como sacerdotes o casarse con personas que no fueran chuetas. En cambio, las humillaciones diarias se heredaron durante generaciones hasta los tiempos modernos.

Cuando Michael me describió la conmemoración planificada, mencionó un detalle inquietante que finalmente me llevó a reservar un billete de París a Palma.

«Hay una antigua iglesia católica en Palma, que fue construida sobre los restos de la sinagoga más antigua de la ciudad», dijo. «Algunas de las viejas piedras de la sinagoga son lisas y están decoloradas desde su fundación porque los descendientes chuetas las utilizan para restregar sus manos sobre ellas y besar sus dedos».

Rara vez los visitantes que vienen a esta ciudad portuaria son como estos turistas con trajes oscuros procedentes de Israel que llegaron a la brillante luz del sol en mayo y se mezclaron, fuera de lugar, entre los pasajeros de cruceros enfundados en pantalones cortos y zapatillas de deporte procedentes de enormes barcos

italianos atracados en el puerto.

El grupo de Israel había trazado sus planes: tocar los cimientos de suave piedra arenisca de la sinagoga del siglo XIV convertida en la iglesia católica romana de Nuestra Señora de Montisión, y recitar una larga oración por las víctimas de la Inquisición del siglo XV, tanto tiempo retrasada.

Cuando me uní a los visitantes israelíes en un paseo por el casco antiguo, el barrio antiguo de Palma, el puñado de rabinos ortodoxos con trajes oscuros volvió la cabeza. Uno de los visitantes era Joseph Wallis, un hombre corpulento de unos sesenta años, que llevaba un traje negro, camisa blanca y una kipá oscura, y estaba sudando por el calor. Su barba plateada estaba recortada con cuidado y al hablar con los otros en hebreo, pude percibir un deje de acento del Bronx. El otro era el rabino Nissan Ben Abraham, a quien había conocido antes en la librería de Barcelona y que fue criado como católico en Mallorca y más tarde convertido, para consternación de su padre chueta, un comerciante local.

Hace siglos sus familiares habían tenido que enfrentarse a la muerte juntos durante el auto de fe de 1691. La antepasada del rabino Ben Abraham, Catalina Terongi, fue quemada viva junto al antepasado del rabino Wallis, Rafael Valls. Ella le pidió, según los registros de la Inquisición, hacer caso omiso de las llamas, aferrarse a su fe.

Para el rabino Wallis, esta visita a Mallorca era una vuelta al hogar, el cierre de un círculo de desafío. Su padre, un superviviente del Holocausto, siempre recordaba el nombre de Rafael Valls, dijo, que ya encabezaba una lista de los familiares que figuran en una vieja Biblia familiar que se había pasado de generación en generación, pero desapareció durante la Segunda Guerra Mundial. La ortografía de su apellido cambió a Wallis, dijo, al trasladarse a nuevos países del Este.

Mientras caminábamos juntos por Palma, hablamos de su distante antepasado español y el regalo que él cree que Rafael Valls transmitió a sus descendientes, entre ellos al padre del rabino Wallis, quien sobrevivió a la prisión en el campo de Dachau.

«Le pregunté a mi padre cómo sobrevivió», dijo. «Ellos sufrieron mucho. ¿Qué les dio fuerza? Creo que fueron nuestras raíces que se remontan a Rafael Valls lo que nos dio la fuerza de voluntad para

permanecer y continuar nuestra tradición».

Por parte de su madre era como un desafío. Su padre, un rabino ultra-ortodoxo de Hungría, murió en un acto personal de rebelión, recordó.

«Los nazis llamaron a los judíos para formar un círculo y le ordenaron a mi abuelo dar un paso adelante», dijo. «"En un par de horas será liberado", le dijo un nazi a mi abuelo. "Pero si quieres vivir, toma un bocado de este cerdo". Cuando se negó, el nazi sacó su revólver y gritó: "Si comes esto, puedes ir a casa. Si no, morirás como un perro". Mi abuelo se limitó a sacudir la cabeza, los nazis apretaron el gatillo y cayó al suelo muerto. Fue el último día antes de la guerra.»

Su historia familiar me recordó historias dramáticas que leí cuando era niña sobre mártires y santos que hicieron frente a difíciles dilemas entre la vida y la muerte. Tal vez algunas de las leyendas sobre los santos ascienden a la creación de mitos. Mi familia tenía elegido otro camino. Por eso había generaciones de chuetas en Palma que comieron carne de cerdo, que portaban la cruz, que vivieron una doble vida para sobrevivir y evitar el fuego. Incluso el incondicional rabino Valls había intentado huir con su esposa, quien también fue ejecutada.

Pensé en ello mientras caminaba con el rabino Wallis hacia la iglesia de Nuestra Señora de Montesión, a través de carriles serpenteantes entre las casas de color salmón con persianas verdes, que son una vista común en el casco antiguo, un antiguo símbolo de los musulmanes que creían que el color representaba la vida y la naturaleza.

«Los Valls», pensó, «no se dieron por vencidos. Mi padre procedía de una familia que no se dio por vencida».

Él era su legado. Cuando llegamos a la puerta barroca del siglo XVII de la iglesia, se quedó en silencio. Estudié la elaborada entrada de pilares y pilastras con columnas envueltas con flores de piedra y frutas. En ambos lados aparecían estatuas de los primeros santos jesuitas, el misionero Francisco Javier y San Ignacio de Loyola, fundador de la orden jesuita y que se enfrentó con la Inquisición. Fue denunciado por su peculiar vestimenta y acusado de pertenecer a la secta de los Illuminati. Por encima de las puertas de color granate, tallada en piedra, aparecía la inscripción «Diligit Dominus

portas sion»: «El Señor ama las puertas de Sión».

Pero nuestro grupo ignoró la entrada opulenta. El rabino Ben Abraham señaló en cambio hacia una pared desnuda de la iglesia en las sombras de un callejón estrecho, el Carrer del Vent. En la oscuridad, todos pudimos ver una línea irregular de piedras en tonos vainilla, los restos de una sinagoga. Ni siquiera se salvaron las piedras, pensé, mientras veía a cada rabino tocar el muro del silencio.

También seguí la textura áspera con mis dedos, dispuesta a volver al pasado. El olvido es la injusticia, pensé, y después dejé caer mi mano. No fue una sorpresa, tal vez, que las campanas de la iglesia empezaron a repicar.

Después seguí a los rabinos a lo largo de la calle donde el monasterio de Santo Domingo mostraba los sambenitos de color naranja y amarillo que las víctimas eran obligadas a vestir en su desfile hacia el auto de fe. Las ropas aparecían colgadas desde hacía siglos en la exposición pública, otro castigo de la Inquisición que intensificó el aislamiento y la segregación de los chuetas, porque cada traje llevaba los nombres de las familias. Hasta 1820, las vestimentas se colgaron en exposición pública. Hasta que un día de ese año, un grupo de chuetas atacó la iglesia y quemó los sambenitos.

Ahora, por supuesto, el mayor peligro era olvidar. Muchas de las personas con esos quince nombres se reunieron para el funeral público por las víctimas judías de la Inquisición en el patio de un edificio del gobierno cerca de una iglesia. Sus campanas retumbaron tan fuerte durante la ceremonia que era como si se hubieran unido en una oración por los muertos.

«Vamos a sufrir al hablar porque este es el comienzo de toda la verdad», dijo Aina Aguiló Bennassar, descendiente chueta. En cuanto terminó la ceremonia en el crepúsculo, me quedé en el patio para hablar con algunos de los chuetas que aún parecían agradecidos por la comprensiva atención. Muchos de sus apellidos se leyeron en voz alta por el rabino Ben Abraham durante la ceremonia mientras entonaba los nombres de los muertos desde 1691.

En las filas de atrás, pude ver a Bernat Pomar, un violinista de conciertos jubilado y profesor de música, asintiendo ante la

mención de Catalina Pomar, que fue ejecutada a la edad de setenta y un años. Luego vino otro nombre, Rafael Agustín Pomar, treinta y nueve. La noche anterior, Bernat había celebrado una pequeña fiesta con el rabino Wallis y el rabino Ben Abraham para marcar su conversión al judaísmo. A los setenta y ocho años, se había sometido a la circuncisión y confió su secreto a sus hijos adultos solo durante esa semana, a pesar de que había estado pensando acerca de la conversión y estudiando desde hace años. No quería que se sintieran obligados a seguir su ejemplo.

«Había miedo, siempre el miedo», dijo Bernat, quien me explicó por qué tardó tanto tiempo en contárselo a su propia familia. «Detrás de las cortinas, teníamos miedo. Los chuetas son especiales debido a que la comunidad de Mallorca nos forma».

Más tarde conocí a Bernat Aguiló Siquier, un funcionario gubernamental con traje y corbata, que tenía ganas de hablar. Por primera vez, señaló, los chuetas eran reconocidos públicamente por una institución gubernamental. Ahora los escolares están desconcertados cuando su hijo les cuenta que él es chueta, afirmó. Pero recuerda cuando el nombre provocaba insultos de colegiales y su abuelo se limitó a sentarse en un banco especial en una iglesia católica, donde fue obligado a llevar una chaqueta amarilla, la marca de la vergüenza de la familia.

«Siempre supimos que éramos descendientes de las personas que murieron en la horca por sus creencias religiosas y sufrieron la persecución de la Inquisición», afirmó. «Eso solo me hizo más fuerte».

Con el carácter insular de la isla, muchos chuetas pudieron rastrear sus familias durante cientos de años en árboles genealógicos perfectamente documentados que mostraban cómo se casaban entre sí, entrelazando los quince apellidos. Pero era una tradición complicada. A diferencia de los judíos que trazan su herencia religiosa en la línea materna, los chuetas se caracterizaron por sus nombres en la línea paterna.

«Los chuetas no fueron los únicos que se casaron entre sí», dijo Bernat.

«Todos los mallorquines se casaban por clase. Los chuetas entre sí hasta la década de 1950 y los aristócratas hicieron lo mismo

hasta la década de 1970».

«Entonces, ¿cuál es la característica de los chuetas? Para mí, es el estigma», dijo. «Nuestro nombre era un insulto. Casarse entre nosotros fue un acto de un grupo paria contaminado por sus transgresiones».

En la mercería de la familia del rabino Ben Abraham, hay un árbol elaborado en verde y azul, que se remonta a 500 años y se almacena en el almacén de arriba. La tienda de la familia, Angela (que vende una variedad de cintas, calcetines, hilo de bordado y abanicos españoles) ha evolucionado con el árbol, cambiando su nombre con cada nueva generación de propietarios de la misma tienda que se remonta al siglo XVII.

Los mismos nombres chuetas familiares se extienden a lo largo de las ramas de la familia, con más de 560 personas surgiendo de sus raíces. Me di cuenta de que Israel Wiesel, un rabino del grupo de Israel y juez de un tribunal ultra-ortodoxo, estudió este gráfico de cerca, siguiendo los patrones comunes de las familias mencionadas Pomar, Fuster, Pina, Terongi, y el propio nombre de nacimiento del rabino Ben Abraham, Aguiló. Más tarde me enteré de que el rabino Wiesel tenía una misión legal discreta: obtener información para presentar a otros jueces del tribunal para decidir si los conversos descendientes son realmente judíos a pesar de los siglos de persecución y discriminación que los obligaron a convertirse para sobrevivir.

El rabino Wiesel era un detective genealógico improbable con su sombrero negro rígido y gafas, pero que había venido en busca de evidencias del pasado en el presente. A diferencia de otros marranos que se dispersaron, los chuetas eran casi como flores de invernadero que se habían quedado en la isla durante siglos, casándose constantemente entre sí, y que ofrecían posibilidades de investigación a los científicos que estudiaron los patrones de su ADN. En definitiva, fue mucho más fácil para el tribunal rabínico de Israel determinar unos meses después que los chuetas eran judíos basándose en la evidencia que recogió el rabino Wiesel para una decisión que se llamaría «resolución titular».

«No podemos decir que cada uno de los miembros de la comunidad chueta tiene la fe», me explicó más tarde en una llamada telefónica desde Israel. «En las últimas dos generaciones ha

habido una cierta cantidad de matrimonios mixtos pero, por lo general, si una comunidad ha mantenido una línea pura de la historia durante los últimos 700 años, a pesar de la opresión y la persecución, entonces son judíos».

Pero no aplican la misma línea pura de la historia a los descendientes católicos de los judíos de España, Portugal y Estados Unidos, porque lo más probable era que la línea se hubiera perdido entre las generaciones a través del matrimonio con otros. Sin embargo, el tribunal había descubierto patrones claros de que las familias de esos países lejanos habían transmitido los rituales, aunque a menudo no entendieran su significado.

«Hay millones de personas en América Central y del Sur que tienen una línea de descendencia de los marranos», afirmó. «Cientos de personas han llegado a nuestro tribunal para convertirse desde Brasil, Colombia, Argentina, Chile, Venezuela, México, Costa Rica. Tenemos muchos.»

«Hemos oído las mismas historias de personas que vienen a convertirse. Todos ellos mantienen una especie de costumbre, al menos una costumbre judía de padres a hijos que conservaron con mucha fuerza.»

«Por ejemplo, solo comían pollo estrictamente sacrificado. Algunos cubren los espejos cuando alguien muere. Otros eran enterrados en dirección a Jerusalén. Cada familia tenía unas costumbre particulares.»

Schulamith Chava Halevy, un investigador de la Universidad Hebrea, recogió historias similares y anécdotas sobre rituales únicos de los descendientes de conversos, de los salmos, con frecuencia de lectura en relación con la muerte antes y después del entierro, pero sin las oraciones cristianas habituales.

El rabino me había ofrecido un asesoramiento tentador. ¿Conservaba mi familia alguna costumbre? Tal vez fuera otro ritual perdido en el río del olvido.

Había tratado de habitar el mundo de mis ancestros, pero en algún momento tuve que aceptar que era incognoscible. Algunos aspectos de su historia eran simplemente impenetrables.

Me preguntaba sobre qué los llevó, precisamente, a bordo de un barco de vela a huir de España desde la Bahía de Cádiz. ¿Tenían

remordimientos o querían encontrar una sensación de hogar? ¿A qué esperaban las generaciones nuevas para reclamar su religión?

Mi respuesta contemporánea vino del viejo violinista Bernat Pomar, quien hizo la paz con las contradicciones de su vida y de su familia a través de su música. Su disco compacto Suite de Danses de Mallorca exploró temas tremendamente incongruentes, desde la tolerancia e Israel a ritmos flamencos y de danzas mallorquinas.

Nos reunimos dos veces. En ambas ocasiones, lo presioné con preguntas para entender por qué se había convertido tan tarde en la vida. Cuando era joven, recordó, solo estaba la Iglesia Católica. Sus padres nunca hablaron de su fondo chueta, y aprendió sobre los orígenes de su nombre de un libro publicado hacía décadas.

«Me lo imaginé», dijo, mirando una taza de café, mientras los coches rugiendo en la calle cerca de la terraza donde nos sentamos. «Nadie me lo dijo. No formulé preguntas sobre este tema, porque no se podía preguntar sobre estas cosas».

«No sabía nada. No sabía quienes éramos. Siempre me sentí inferior.»

Cuando Franco comenzó a aflojar las restricciones sobre la religión, a finales de 1960, Bernat creyó que era el momento de volver. Pero no pudo.

«Un chueta no podía preguntar sobre este tema. Era algo muy extraño. Ahora debería ser capaz de explicarlo, pero no puedo», dijo.

Traté de investigar más, puesto que había dejado mucho sin decir en su conversación. Sus oraciones estaban llenas de pausas y desvíos. Parecía más fácil para él comunicarse a través de su violín, emociones que permanecían en las notas agridulces. Había pasado este legado a muchos violinistas talentosos que aprendieron a tocar a los tres años utilizando su sistema especial, El Meu Violí. Bernat desarrolló una técnica para enseñarles canciones tradicionales de Mallorca mediante la lectura de los símbolos de dibujos de animales y los iconos. Y ellos lo han recompensado a su vez tratándole como a un abuelo. No era difícil: tenía una cualidad cálida y atenta, aunque a veces le resultaba difícil expresar sus pensamientos más profundos sobre ser chueta.

«La realidad es que cuando te conocí pensé que te adaptarías perfectamente a Mallorca y entenderías mi música», me escribió un

par de semanas después de haber dejado la isla camino de Francia con el regalo de un CD lleno de su música.

Sabía que Bernat se disponía a viajar a Israel a sus ochenta años. Planificaba sumergirse en el baño ritual de un mikvé, la culminación de años de estudio.

En cambio, sus hijos lo enterraron. Me sorprendió recibir una nota sobre su muerte a principios de diciembre, pocos meses después de su conversión la primavera anterior. Tenía tantos planes. La orquesta local iba a interpretar la composición «Aquarius» en un concierto en febrero. Había contado a sus amigos su sueño de mudarse a Israel.

Por supuesto, fue apropiado que se llevara a cabo una conmemoración en su honor en una iglesia local de Palma, con la actuación de sus jóvenes estudiantes. Sus hijos organizaron un entierro judío, donde se leyó en voz alta un poema que se encontraba en su mesa: el final de un largo viaje de Bernat, quien en el ocaso de su vida, finalmente hizo las paces con sus padres.

24

Carta final

Lucainena de las Torres, España, agosto de 2011

En ocasiones las respuestas están a la vista. ¿Cómo las había perdido todas? Seguí pensando sobre la pista del rabino Wiesel sobre los rituales familiares inexplicables, pensando en eso en el desierto del sureste de España. Fuimos a visitar otro pueblo blanco andaluz, Lucainena de las Torres, a las afueras de la Sierra Alhamilla, donde las noches azules demoraban hasta medianoche.

«Hoy en día tenemos muchas, muchas personas que buscan la verdad, que buscan un ancla en la vida», me dijo. Tal vez es por eso que me sentía tan atraída por las campanas de Arcos de la Frontera y por las que ahora repicaban sobre la plaza de este pequeño pueblo de setecientas personas. Las campanas son mi ancla. Me decían cuando orar, celebrar y huir. Marcaron mi vida. Invadieron mis noches.

Tuve el mismo sueño con las campanas de Santa María, repetido una y otra vez. En mi sueño, las campanas hacen que la iglesia vibre, tronando a través de la oscura nave. Y yo estoy sentada en un banco de madera dura, congelada en el sitio, hipnotizada por las llamas de las velas que explotan en hogueras. Las puertas de madera están atrancadas. El fin es obvio.

Sabía que tenía suficiente información para escribir nuestra historia. Sabía que mi familia había compartido el secreto entre las generaciones más viejas de que fuimos sefarditas, y que los

nombres, símbolos, costumbres e historias eran parte del rompecabezas que respondía a mis preguntas. Sus historias debían contarse o los recuerdos morirían. Cuando las historias mueren, no podemos recordar quienes somos y por qué estamos aquí.

Pero yo quería una pista más definida que resolviera todas las dudas, al igual que el momento en el que finalmente descubrí el significado de la inscripción en latín mal escrita en el grueso de copa de la campana más antigua de Arcos de la Frontera, la campana conocida como La Nona, la abuela. Había buscado respuestas a través de libros de folklore y de historia de las campanas.

Sin embargo, finalmente desenredé el mensaje clandestino con la ayuda del Museo de la Campana, en una antigua escuela en Meruelo, en un valle del norte de España. El museo guardaba el recuerdo de cuando la región era el centro europeo más importante para la producción de campanas, que se remontaba al siglo XV. Sus artesanos maestros fundadores forjaron a mano «La Gorda», que cuelga en la catedral de Toledo, y «María» de la catedral de Pamplona.

La colección del museo de treinta y ocho campanas ilustra cómo los antiguos forjadores jugaban con los mensajes en sus obras maestras, explicando sus pensamientos en una mezcla de latín y sistema cifrado. Una de las campanas más antiguas, fechada en 1574, me ayudó a descifrar el código del forjador de la campana de Arcos de la Frontera y su misterioso mensaje:

MENRTEN SANCTAM SPONTANEAM HONOREM DEO PATI ET LIBERACIONEM.

La mayoría de las campanas de la colección del museo están normalmente señaladas con una fecha, junto con una referencia a Dios, María y José. Pero una de ellas contiene otra intrigante inscripción:

IHS MEN TEN SCTAN ES PONTA NE AN ONO REM DEO ET PA TRIE LI BERA TIONEM IS74.

Es la abreviatura de la misma antigua expresión que apareció en la campana de Arcos y tiene, según el museo, «un significado

oscuro» que se remonta a una mártir cristiana del siglo III, Santa Águeda, en Catania, Sicilia, que era venerada por cristianos, paganos y judíos porque protegía la ciudad del fuego y los volcanes.

La leyenda dice que después de que ella rechazara a un prefecto romano, fue torturada y asesinada, y su cuerpo se puso en una piedra sarcófago que fue preparado para el sellado. Después, un hombre joven, vestido de seda blanca, llegó con un centenar más. Él colocó una lápida de mármol, que llevaba la abreviatura latina M.S.S.H.D.E.P.L., de la misma expresión que significa «En sus facultades mentales y dispuesta a honrar a Dios, la patria y la libertad».

La noción de desafío se extendió a Alemania, Inglaterra y España y se convirtió en un amuleto para escribir en el techo o en las paredes de una casa para protegerla contra rayos o incendios. Me gusta pensar en esto como una advertencia del fabricante de la campana de Arcos, Don Antón López, cuyo mensaje sonoro se puede escuchar de muchas maneras. Aprecia la libertad. Honra a Dios. Resiste al fuego.

¿Por qué mis antepasados no dejaron un mensaje que también permaneciera? Su historia siempre parecía flotar justo por encima del borde del horizonte, una patria oculta de resistencia secreta.

Sé que algunos escritores o biógrafos se consumen con la historia que están siguiendo, torturados ante la imposibilidad de resolver las cuestiones. Todo lo que quería era un trozo de papel. Palabras. Párrafos.

Yo había hablado con la mayoría de mis familiares, mezclados a través del nacimiento y defunción, y traté de vivir el pasado en muchos lugares. Estaba tan cerca. En Costa Rica, mi primo Javier ofreció más pistas tentadoras sobre su abuela, mi tía abuela Luz. Ella le dijo que su padre era muy amigo de un rabino, a quien visitaba a menudo. Me recordó, que en su cómoda habitación, ella conservó una menorá de bronce de siete brazos, pero cuyo significado nunca explicó.

Y después añadió un pensamiento más. Tía Luz siempre tuvo sueños acerca de regresar a la región de la que provenía la familia, la cuenca donde confluían los ríos Guadalquivir y Guadalete en el Golfo de Cádiz. Me sorprendió que fuera tan preciso.

A pesar de todo, anhelaba algo más. Un base a partir de la que

reconstruir una identidad, algo físico que pudiera sostener. Le pedí a mi primo que buscara la menorá y me enviara este tótem de la familia o compartiera fotografías. Mientras esperaba, me quedé mirando.

Cuando regresé a nuestra casa de campo en Francia, empecé a buscar un baúl de viaje mítico o unas cajas de cartón maltratadas con pistas sobre el pasado.

No fue el baúl. Había pasado por alto mi antiguo escritorio de nogal, a unos pasos de mi cama. Fue un regalo de boda comprado en Lambertville, Nueva Jersey, con el dinero de mi abuela, Mamita. El escritorio se llenó de pequeña detritus de movimientos variados.

El escritorio con una inclinación en la parte superior, tenía estantes pequeños y rincones con restos flotantes de vida, viejas notas de florines holandeses, un brillante par de gafas de ojo de gato de quinto grado de color caramelo, y una silueta de oro de la cabeza de un niño procedente de la pulsera de Mamita con mi nombre grabado.

En una de las ranuras de la parte superior se encontraban los papeles y las tarjetas que no había mirado durante años, desde que el escritorio había viajado de Estados Unidos a Francia. Comencé a ordenar todos los documentos de los estantes, tirando los recibos de seguros de coche de Long Island desde 1994 y la cuenta de un banco alemán de 2001 que nunca iba a necesitar de nuevo.

Me dirigí a la ranura superior y buceé a través de estampas y recortes periodísticos que mi madre me había enviado desde California. Todos eran recuerdos de memorias olvidadas. Y después me detuve en una tarjeta de oración, de color marfil, que se repartía en los funerales.

A un lado aparecía una cruz de oro en relieve rodeada de lirios, en memoria de mi tía abuela Luz Carvajal de Llubere, quien murió en octubre de 1998 en San José, Costa Rica. En el otro lado de la tarjeta, había una oración, el Salmo 92.

El justo florecerá como la palmera, crecerá como cedro en el Líbano, plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán aun en la vejez fructificarán.

Apreté mi mano sobre mi boca con incredulidad. Luz Carvajal, quien había dicho a otros de la familia que éramos sefarditas, había ido a la tumba con una oración tradicional del Sabbat, el shir shel

yom, «un salmo, una canción para el día del Sabbat».

Solo ver el salmo y su referencia al templo me hizo reír a carcajadas con el puro placer del descubrimiento y del alivio. ¿Podría tratarse de una oración del Sabbat adaptada para los católicos? Tal vez. Sin embargo, dada la gran cantidad de pistas, incluyendo la menorá, creía que era la pieza que faltaba en el rompecabezas. Estaba segura de que la tía abuela Luz, cuyo nombre significa «claridad», había dejado un mensaje críptico.

Simplemente me costó trece años descifrar la pequeña tarjeta del funeral, escondida en el cajón. Encima de la tarjeta estaba la oscura pintura al óleo de la mística Santa Teresa de Ávila, con su mano derecha levantada en señal de advertencia y coronada de rosas de color rosa que significaban secretos.

Al cerrar la tapa abatible del escritorio, me estremecí. La duda ya no era mi religión. Por un momento fugaz pude sentir los vientos calientes del solano. Pude imaginar el enorme velero blanco español Elcano surcando las desgarradoras aguas azules de la Bahía de Cádiz, donde se vierte el río Guadalete, lavando mi hogar.

Epílogo

Todavía estoy buscando la menorá de bronce que mi tía abuela Luz guardó en una cómoda de su apartamento con jardín en San José, Costa Rica. Lo recuerdo como un objeto desgastado, de un verde moteado y oscurecido por el tiempo, muy manoseado. Puede que esas marcas ofrezcan pistas sobre la vida secreta de mis antepasados.

Quiero conocer la relación entre este objeto y mi familia. Imagino la habitación de Luz donde estaba guardada la menorá, recuerdo el diminuto espacio, la claridad entrando por la ventana. Me pregunto, ¿de qué ha sido testigo?

Un primo la recuerda con claridad. Otros familiares nunca la vieron. La historia de la familia es igual de confusa. Eso es fe.

Hay estudios científicos que han investigado si las experiencias de nuestros antepasados, de algún modo, forman parte de nosotros, heredadas de manera inesperada a través de una inmensa red química en nuestras células que controlan nuestra estructura genética. La idea principal de esta área, conocida como epigenética, es la noción de que los genes tienen memoria y la vida de nuestros abuelos, lo que respiraron, vieron o comieron, puede afectar directamente a las generaciones posteriores.

La psicoterapeuta francesa Anne Ancelin Schützenberger, ahora con más de 90 años y prácticamente ciega, ha estudiado durante décadas lo que llama elsíndrome de aniversario. Sostiene que somos los eslabones de una cadena de generaciones, que inconscientemente está influenciada por sus dramas y sus asuntos pendientes hasta que reconozcamos el pasado.

De acuerdo con la Dra. Schützenberger, quien ha trabajado en este campo durante cinco décadas, la historia familiar es para la

primera generación algo implícito. Para la segunda generación, se convierte en un secreto de familia. Para la tercera y cuarta generación, perdura en el inconsciente. Es lo que denomina el "fantasma en la cripta".

Recientemente, mi prima Rosie me confesó que también había intentado avivar el fantasma. Recordó que, hace muchos años, preguntó a tía Luz sobre nuestros antepasados en una reunión familiar en Costa Rica. Dada nuestra tendencia familiar al secretismo, dejó constancia de la conversación gracias a una grabadora oculta.

—Luz me dijo que nuestra familia venía de España. Y me preguntó: «¿Nunca te ha dicho tu madre que somos sefardíes?» —me contó Rosie—. Por supuesto, cuando mencioné el tema a mi madre, se negó a hablar de ello.

Fue después de conversar con Rosie cuando decidí que necesitaba un nuevo enfoque. Ya había llevado a cabo lo que la Dra. Schützenberger había aconsejado: profundizar en mí misma en lo que denominaba el "nicho ecológico" de la familia, es decir seguir la huella de los antepasados, investigar su historia, la geografía y la economía de su tiempo, comer su comida y descifrar su gran letra cursiva. Había intentado sentir el pulso del pasado.

Es una forma de genealogía de la parte derecha del cerebro que realiza una conexión emocional con los antepasados. Las historias familiares son como las antigüedades, algo se pone de manifiesto al frotar el roble viejo hasta que brilla. Aun así todavía anhelaba el rigor, por la dificultad que implicaba, de datos concretos que pusieran fin a todas las dudas. Me apetecía un momento de "ya te lo dije".

En 2012, me animó el nuevo ofrecimiento de nacionalidad del gobierno español para los descendientes de los judíos sefardíes que fueron expulsados de España durante la Inquisición. Para conseguir las pruebas, revisé mi árbol genealógico e investigué las diferentes líneas que conducían hacia España. Ya me había topado con el muro de la familia Carvajal tras descubrir que mi segundo bisabuelo había adoptado el nombre de su madre, María Carvajal. Ningún documento enumeraba al padre y no pude encontrar más información sobre María.

Fue una apremiante lección de genealogía. Había ignorado de

manera obstinada otras ramas del árbol genealógico. Estaba obsesionada con un apellido, Carvajal, pero obviamente había muchos más antepasados. Curiosamente, la solución se me ocurrió durante una visita al palacio real de la Zarzuela en Madrid donde me encontraba recopilando datos de investigación para un nuevo perfil del rey Juan Carlos I de España.

Cuando estaba acomodada en la sala de estar del palacio oficial —contemplando las fotos de la familia real y los estuches de plata de ley con la firma del rey grabada— me di cuenta de lo que debía hacer. Mirar hacia una nueva dirección del linaje de mi abuela, Ángela Chacón.

Había asumido que mi abuela era descendiente de judíos sefardíes debido a la manera tan exclusivista en la que fue obligada a casarse en la familia Carvajal a los 17 años de edad cuando era huérfana. Pero no estaba segura.

Surgieron nuevos nombres cuando comencé a sumergirme en los certificados de bautismo de Costa Rica que fueron escaneados y publicados online. Conocí a un bisabuelo lejano, Álvaro de Cuña, un conquistador del siglo XVI que buscó en vano El Dorado. También existió una Leonora de Chacón de Narváez y Zapata, una acaudalada colona que dejó Andalucía junto con su familia en 1603. Su marido, Juan de Alarcón de Rabaneda, fue un juez español que presidió arrestos y decomisos de propiedad. La familia llegó al nuevo mundo, pero el juez murió de un ataque al corazón de camino a Costa Rica a la edad de 33 años. El hijo de ambos se ahogó en un río.

¿Por qué Leonora y Juan renunciaron a una vida de privilegios por una lejana colonia sin riquezas naturales? Sospechaba, por supuesto, que estaban huyendo de algo, pero carecía de pruebas. Sus apellidos me condujeron a las publicaciones de genealogía de América Central donde aparecían elaborados árboles genealógicos de los primeros fundadores de Costa Rica que se cruzaban con mis propias líneas ancestrales.

Recogí los nombres de manera mecánica y los dejé a un lado para su posterior estudio. Otro de los bisabuelos lejanos fue Juan Vásquez de Coronado, un conquistador de Salamanca, en España. A los 17 años, partió hacia las nuevas colonias y se convirtió con el tiempo en gobernador de Costa Rica. Fue entonces cuando se casó

con una aristócrata española, Isabel Arias Dávila, hija de un conquistador.

Estudié el nombre de este antepasado que no significaba nada para mí. Había recopilado una pila de diferentes libros sobre la Inquisición para buscar nombres. Cada noche me sentaba en la sala de estar a repasar las pistas. Así que el momento explosivo, cuando se produjo, fue en realidad solitario, aunque sonaban las sonoras notas de las campanadas de un viejo reloj francés a medianoche.

Los libros de historia que leí estaban repletos de referencias sobre la familia de Arias Dávila, perseguida por la Inquisición incluso después de sus muertes. Fueron judíos secretos acusados de herejes y de judaizar durante un juicio de la Inquisición que analizó sus costumbres diarias con minucioso detalle. Sus restos fueron retirados de manera secreta de Segovia en el siglo XV y trasladados a Roma para evitar el espectáculo público del auto de fe, cuando los inquisidores podían quemar sus huesos en efigie.

Aquella noche, sentada entre las sombras de mi sala de estar, comprendí por fin el miedo que había heredado de las generaciones de mis antepasados. El juicio fue la investigación más destacada de la historia medieval de Segovia, una demostración pública del creciente poder de la Inquisición. Desde 1486, los inquisidores habían reunido testimonios de 231 testigos para un juicio, celebrado tres años después, que se centró en los miembros de la familia de Arias Dávila.

Fueron conversos ricos que lucharon por seguir siendo judíos, divididos entre dos religiones en los albores de la Inquisición en 1478. El patriarca fue Diego Arias Dávila, mi bisabuelo lejano, quien nació en 1380. Su familia judía se convirtió al cristianismo en 1411 durante un tenso período en Segovia y tras la llegada de un exaltado predicador conocido como Vicente Ferrer. En una ciudad que antaño había sido un importante centro de la comunidad judía, Ferrer predicó su conversión y expandió el rumor de que estos habían profanado una hostia de la comunión, lo que provocó la ejecución de un médico judío.

Diego se convirtió siendo un niño, abandonando su nombre, Isaque Abenacar. Posteriormente, llegó a ser el tesorero real de dos monarcas españoles, Juan II de Castilla y, su hijo, Enrique IV. Sin embargo, fue tan odiado por su empeño de aumentar los impuestos

que un poeta español le compuso un amargo homenaje: “A ti Diego Arias p . . . Que eres é fuiste Judio, E tienes gran señorio, Contigo non me disputo”.

En su vida cotidiana, la familia entremezcló sus identidades. Mientras Diego Arias Dávila hizo donaciones a la iglesia católica, su mujer Elvira, también conversa desde los once años, ayudó a financiar la construcción de la Sinagoga del Campo que todavía, hoy en día, sigue en pie.

Doña Elvira se retiraba secretamente al mikvé comunal para el baño ritual con sus familiares judíos. Diego Arias Dávila añoraba la música de su infancia y se reunía con sus amigos judíos en privado para cantar melodías hebreas. Mantuvieron una mesa kosher y evitaron ir a misa.

Su hijo, Juan Arias Dávila, fue el poderoso obispo de Segovia durante más de 30 años. Aun así, no pudo eludir a los inquisidores de Torquemada quien empujó a la familia Dávila a un conflicto político con el obispo quien, además, fue acusado de obstruir el trabajo de la Inquisición.

Cuando Diego Arias Dávila y su mujer, doña Elvira, fueron enterrados, se rumoreó que sus restos se habían preparado de acuerdo con la costumbre judía, se les había envuelto en una capa y una capucha. Esto fue causa suficiente para provocar una investigación y un juicio póstumo de la Inquisición con 23 cargos de judaizar o practicar rituales judíos violando así sus conversiones.

Judíos y cristianos testificaron sobre las costumbres más banales de la pareja. Doña Elvira había enviado pan ácimo y lechuga a unos amigos judíos durante la Pascua. Los sábados “malgastaba el tiempo” con judíos. Además, la prueba condenatoria mencionó su pasión por la adafina, un cocido sefardí de cordero que se preparaba a fuego lento sobre las brasas y se servía el sábado durante la hora de la comida.

Algunos testigos, en cambio, se mofaron de que Diego Arias Dávila no tuviera fe en nada. El tesorero real había expresado a otras personas sus dudas sobre la salvación y la vida eterna. No obstante, por si acaso, había comprado toda la capilla de un antiguo monasterio, La Merced, en 1461 como lugar para un gran sepulcro.

La broma del tesorero real sobre el doble beneficio de esta ubicación apareció en el expediente de la Inquisición. Le comentó a

un fraile que era un lugar de reunión muy popular. En caso de que las oraciones de los monjes no le salvaran, tendría una segunda oportunidad con los cantos procedentes de la sinagoga vecina.

A medida que la investigación de la Inquisición avanzaba, el obispo desenterró de manera secreta los restos de su familia del sepulcro y los escondió en Roma. Desde el exilio, luchó contra las acusaciones de la Inquisición, defendiéndose de las acusaciones sin el expediente de una sentencia definitiva.

Traté en vano de encontrar dónde había escondido el astuto obispo los restos de sus padres y de su abuela, Catalina Gonzalez. ¿En España?, ¿en Italia?, ¿en algún lugar de camino? Un día me gustaría posar una piedra sobre sus tumbas, un homenaje postergado durante mucho tiempo por esos sacrificios que se habían prolongado durante generaciones.

Mientras estuve investigando, comencé a sentir una conexión especial con doña Elvira. Del testimonio de la Inquisición se desprende claramente que añoraba mantener los lazos familiares y la alegría de disfrutar de las bodas y las festividades judías. Esta relación fue tan fuerte que había conseguido compartir algo precioso con nosotros, dieciséis generaciones después. Quizás algunas cosas están destinadas a ser así.

Me sorprendió el descubrimiento del verdadero nombre de doña Elvira, que cambió tras la conversión. Su nombre original fue Clara. Es un nombre con mucha fuerza, que significa claridad y luminosidad. Quizás por casualidad —o quizás no—, llamamos a nuestra hija Claire, su versión francesa.

Ahora es el turno de que mi hija brille con luz.